
MARIAH EVANS
Cuando los ángeles lloran
SERIE ESPAÑA VII

MARIAH EVANS

Cuando los ángeles lloran

SERIE ESPAÑA VII

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Cuando los ángeles lloran. Serie España VII.
©Mariah Evans, diciembre 2024.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada a todos los lectores que me han acompañado en este largo camino. Diecinueve novelas de los cazadores y ya, al fin, después de más de diez años desde que se publicó la primera novela de los cazadores: Ciudad de reyes (serie de Nueva York), cierro este círculo.

De todo corazón, muchas gracias por haberme acompañado en este camino tan largo como gratificante.

María.

Hay algo que quiero explicar y que debéis conocer antes de comenzar con la lectura.

En cuanto a los demonios, rituales para conjurar y sellos están extraídos del libro "*La llave de Salomón*", "*Clave de Salomón*", etc., aunque advierto que he modificado algunos sellos y conjuros de demonios durante esta serie, no vaya a ser que acabéis conjurando a alguno…

Los hechos históricos de leyendas y todo lo referente a sectas y organizaciones secretas actuales son reales.

¡Allá vamos! Espero que estas novelas os hagan pasar un buen rato y, ante todo, muchas gracias por apoyarme siempre.

Con esta novela cierro la *división española* y, posiblemente, todas las divisiones.

No descarto, en un futuro, escribir algún libro más sobre alguno de los personajes secundarios, si bien, por el momento, me concederé un descanso de los cazadores.

Ha sido un placer increíble escribir estas novelas y, sobre todo, disfrutarlas y compartirlas con todos vosotros.

Gracias por todo el cariño que siempre me demostráis que, sin duda, es uno de los motores que me hace seguir adelante.

Espero que os guste mucho y la disfrutéis al máximo.

Mariah.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Agradecimientos

PRÓLOGO

Henry Anderson dio un paso al frente y miró a todos sus alumnos.

—La llamamos la cuna de la civilización, Mesopotamia —explicó—. Los primeros en desarrollar la agricultura, el comercio, la escritura, los que dividieron el año en doce meses… ¿alguien puede decir algún logro más que pueda vincularse a esta antigua civilización? —preguntó.

Hubo un silencio generalizado hasta que uno de sus alumnos levantó tímidamente la mano. Henry lo señaló.

—Establecieron un sistema de medición y pesaje —comentó el muchacho.

—Exacto —le dio la razón Henry—. Y, además, elaboraron el primer sistema legal de derecho civil y… algo muy importante: estipularon el descanso sabático, algo que nos gusta mucho a todos —pronunció gracioso—. ¿Quién no se pone contento cuando llega el sábado? —Los alumnos sonrieron ante sus palabras—. Mesopotamia significa tierra entre ríos. ¿Dónde surge esta civilización?

—En la llanura entre los ríos Tigris y Éufrates —contestó una chica.

Él asintió.

—El desarrollo de la agricultura en la zona y el comercio que surge del excedente de producción hace que se formen ciudades importantes en la zona sobre el año cuatro mil antes de Cristo. —Dio unos pasos dejando a un lado su atril y caminó sobre la tarima—. En esa época la zona era fértil, contigua a la franja entre ambos ríos… —Se giró y señaló el mapa de la zona—. Esto coincide aproximadamente con las áreas no desérticas del actual Irak y la zona limítrofe del norte y este de Siria. —Miró a sus alumnos de nuevo—. ¿En cuántas zonas se dividía Mesopotamia? —Esperó a ver si alguien respondía—. Vamos, no seáis tímidos… —bromeó extendiendo los brazos hacia ellos.

—Asiria al norte, Babilonia al sur —comentó otra muchacha.

—También conocidas como Caldea y Acadia —puntualizó Henry—. Muy bien —la señaló —. Los nombres de ciudades como Ur o Nippur, de héroes legendarios como Gilgamesh del Código Hammurabi o de los asombrosos edificios conocidos como zigurats provienen de la Mesopotamia antigua, así como episodios tan conocidos y mencionados en la Biblia o en la Torá como el diluvio universal o la leyenda de la Torre de Babel. Todos aluden a hechos ocurridos en esta zona. —Inspiró y caminó hacia el otro lado de la tarima—. Bien, ¿alguien sabe en qué cinco etapas está dividida la historia de Mesopotamia? —preguntó.

En ese momento, el timbre que anunciaba la finalización de la clase sonó y todos los alumnos universitarios comenzaron a recoger sin esperar a que él diese la clase por terminada.

—El próximo día hablaremos de las etapas de la historia de Mesopotamia, así como de su economía. —Chasqueó la lengua—. Aunque si os apetece leerlo en el libro y venir con la lección aprendida os lo agradeceré mucho —bromeó, pues ya sabía que sus alumnos no harían nada de eso.

Fue hacia su atril y guardó los documentos en su maletín.

Cuatro años dando clases de Historia Antigua en la Universidad Stanford, en San Francisco, California, y todavía no había logrado que sus alumnos, cuando sonaba el timbre, no saliesen del aula como si tuviesen un petardo en el culo.

Bajó de la tarima y fue hacia la puerta.

Los pasillos de la Universidad de Stanford estaban concurridos de alumnos que iban de un aula a otra intentando llegar a la hora establecida para el inicio de las clases, otros simplemente permanecían hablando con toda la calma del mundo, como si dispusiesen de todo el tiempo.

Él también había estudiado allí, posteriormente había realizado el doctorado en la misma universidad, consiguiendo una plaza como profesor adjunto hacía ya cuatro años. Anteriormente, tras conseguir su doctorado, se había limitado a dar clases como sustituto.

Salió de la universidad y caminó por sus hermosos jardines rebosantes de césped verde cortado, donde algunos alumnos permanecían tumbados comiendo un sándwich, fumando o simplemente pasando el rato.

Él, en su época universitaria, no recordaba pasar momentos así. Siempre había dedicado todo su tiempo a estudiar, a aumentar sus conocimientos y a preparar su tesis y el doctorado. Ser profesor en la universidad era su mayor sueño, desde que había iniciado su carrera de Historia. Ahora, se daba cuenta de que había conseguido un sueño, pero había perdido muchos otros por el camino.

Se subió en su vehículo y condujo con la radio puesta, escuchando música, dirigiéndose a la ciudad de San Francisco donde vivía en una bonita urbanización de casas. Podía ir en transporte público, pero, sinceramente, era más lento, pues desde su urbanización a la universidad el recorrido en tren era de una hora y media, dado que debía hacer trasbordo, mientras que con su vehículo en menos de cuarenta minutos se encontraba en casa.

No era un trabajo que estuviese al lado de donde vivía, pero era lo que deseaba.

Llegó a su vivienda y observó el pequeño jardín delantero.

—Eh, Henry —comentó su vecino.

Henry apretó el botón del mando a distancia para que la puerta de su garaje se elevase y abrió la ventanilla para saludar a su vecino, un hombre de ochenta y dos años que había perdido hacía menos de un año a su mujer. Pese a sus diferencias de edad, su relación había sido excelente desde que había llegado allí hacía ocho años.

El señor Potter y su esposa lo habían tratado como a un hijo y era habitual que Sussane llamase a su puerta para traerle un táper de comida o bizcocho. Había lamentado su pérdida, pues, pese a ser un vecindario de buena gente, su trabajo y estudios habían absorbido su vida y no se consideraba una persona muy social.

Henry se fijó en el cartel que rezaba “En venta” en el jardín del señor Potter. Tras el fallecimiento de su esposa, uno de sus hijos le había insistido en que se fuese a vivir con él a Denver, en Colorado. Al principio, el señor Potter se había negado, pero tras la insistencia de su hijo finalmente había accedido.

Colorado estaba muy lejos, así que había puesto la vivienda en venta.

—¿Cómo han ido hoy las clases? —preguntó el señor Potter.

—Como siempre —bromeó Henry—. Me limito a hablar mientras mis alumnos hacen garabatos en las libretas. —El señor Potter rio y colocó una mano en su hombro a través de la ventanilla—. ¿Cómo va la venta de la casa?

—Pues la familia que visitó la casa la semana pasada finalmente no la quiere, han encontrado otra vivienda que dicen que está más cerca del colegio de sus hijos… —Se encogió de hombros—, pero hoy me han llamado de la inmobiliaria informándome de que han recibido otra oferta y que los posibles compradores quieren venir a verla.

—Oh, eso está bien… —dijo Henry.

—¡Y una mierda! —protestó—. No quiero irme a Colorado —se quejó el señor Potter. Henry chasqueó la lengua—. Si mi hijo no insistiese tanto…

—Y tiene razón —contestó Henry—. Allí no estará solo y tendrá la compañía de su hijo y sus nietos.

—Baaah… —dijo moviendo su mano—, mi nieto mayor tiene veinticinco años y está más fuera de casa que dentro y la niña tiene veintidós y estudia en la universidad, así que poco la voy a ver. —Suspiró y se encogió de hombros—. Pero bueno, supongo que me irá bien tener compañía… —dijo esta vez más calmado—. Estar solo es muy malo, ¿verdad, Henry? —Henry puso los ojos en blanco—. Deberías echarte una novia ya, ¿no?

—Eso intento, pero ninguna mujer me quiere… —bromeó Henry.

Esta vez fue el señor Potter quien puso los ojos en blanco.

—Voy a recortar el césped de mi zona, ¿te paso la cortadora por la tuya? —le propuso.

—No te preocupes…

—¿Cómo que no me preocupe? Esto tiene que estar más adecentado si quiero vender la casa —rio, aunque sus palabras denotaron cierto tono de bronca.

—Está bien… —dijo Henry—, pero luego me paso con la cena por su casa. Hoy me encargo yo.

—Claro, hoy es viernes y el cuerpo lo sabe, ¡toca fiesta! —bromeó el señor Potter—. Cenamos y luego jugamos unas partidas a las cartas. Planazo —ironizó mientras se dirigía a su casa.

Henry entró el vehículo en el garaje y la puerta volvió a descender.

Lo cierto era que para tener treinta y seis años no tenía muchas aficiones más que leer, escribir artículos para revistas y quedar para cenar con su vecino de más de ochenta años, su mejor amigo.

Resopló, cogió su maletín y accedió a su vivienda.

Tampoco es que fuese una persona muy ordenada.

Se quitó la corbata arrojándola sobre el sofá y luego la americana. Avanzó por su comedor depositando el maletín en la mesa y fue hasta la cocina. Abrió la nevera para observar.

Se encogió de hombros y sacó una cerveza y un plato precocinado de pasta. Lo metió en el microondas y pulsó el tiempo que decía el envase. A esa hora del mediodía siempre llegaba con hambre.

Mientras el plato se calentaba fue de nuevo al comedor. Abrió el maletín y sacó los documentos que había preparado para la clase de aquel día. Se giró con ellos en sus manos y observó su estantería donde amontonaba decenas de libros de historia, archivadores y su tesis doctoral con la que había conseguido la vacante en la universidad.

Se había esforzado mucho por cumplir aquel sueño, pero tal y como le había dicho el señor Potter, había dejado de lado cosas que ahora echaba de menos.

Sus únicos amigos eran el ordenador y los libros que leía, y su compañía los artículos que redactaba día y noche para conseguir publicaciones en revistas, pero apenas tenía vida social, excepto algunas salidas de profesores o cuando el señor Potter lo invitaba a cenar como aquel día.

Había renunciado a tanto… ahora comprendía lo que era la soledad, el no tener una familia, una pareja con la que compartir su día a día, alguien que le estuviese esperando en casa cuando acabase su jornada laboral.

Despertó de sus pensamientos cuando el pitido del microondas sonó. Depositó los documentos en un archivador donde los mantenía ordenados y fue hacia la cocina.

Después de comer repasaría los documentos que necesitaría para impartir la clase del siguiente lunes y llamaría a la pizzería para encargar un par de pizzas para esa noche.

Sí, aquella noche junto al señor Potter, las pizzas y las cartas prometía ser inolvidable, pensó irónico.

Abrió su botellín de cerveza y dio un trago largo mientras dejaba que la comida se enfriase.

1

Hasan Rabah atravesó los jardines con sus lagos, cascadas y áreas de descanso público sujetando con fuerza el maletín en su mano, accediendo a uno de los complejos más emblemáticos de Dubái: el Emirates Towers, el cual albergaba la Emirates Tower One y la Emirates Tower Two. Las dos torres se elevaban hacia el cielo, una de trescientos cincuenta y cinco metros y la otra, la segunda, de trescientos nueve metros.

El complejo Emirates Towers estaba ubicado en la Sheikh Zayed Road y era uno de los símbolos de la ciudad. Se trataba de un complejo de nueve mil metros cuadrados a la venta al por menor conocido como “El Boulevard”.

La Emirates Tower Two, pese a ser más baja, contaba con cincuenta y seis plantas y se trataba de un prestigioso y lujoso hotel, mientras que la Emirates Tower One era más alta y contenía menos plantas, cincuenta y cuatro en total, dado que la altura de los pisos era mayor que la del hotel. Aquella última torre estaba repleta de oficinas, y unas de sus plantas, la treinta y tres, le pertenecía a él.

Miró a los dos hombres que le acompañaban, sus dos guardaespaldas, y entró en el ascensor. Pulsó el botón y las puertas se cerraron.

Hasan respiró profundo y situó el maletín por delante de él, sujeto con las dos manos. Allí llevaba los dos objetos de poder más importantes del mundo, los cuales había conseguido su amigo Farid.

Él y Farid se conocían desde jóvenes. Mientras estudiaban la carrera se habían vuelto inseparables. Tras acabar la carrera los dos habían tenido suerte en el trabajo y, poco a poco, habían logrado ascender en sus posiciones. Farid se había vuelto uno de los empresarios más importantes del mundo comprando más del cincuenta por ciento de las acciones de una sociedad petrolera. Farid era quien lo había ayudado a fundar su empresa de seguridad, la cual gozaba de una prestigiosa reputación y había firmado numerosos contratos con bancos, joyerías de prestigio e incluso militares.

Su empresa de seguridad, además de aportar un gran equipo humano para proteger y mantener a salvo a personas y objetos valiosos, construía las cámaras acorazadas con más reputación del mercado, y ya podían contarse por decenas las cámaras acorazadas que había instalado en bancos de diferentes países.

Sí, a ambos les había sonreído la vida. Vivían una vida llena de lujos, fiestas y desenfreno.

Farid se había casado con su pareja desde el instituto, Janna, el amor de su vida, pero justo cuando la vida les sonreía, la desgracia se había apoderado de ellos. Janna se había suicidado sumiendo a su amigo, al que consideraba su hermano, en una profunda depresión. Había intentado estar a su lado, pero Farid se había encerrado en sí mismo. Sabía que algo le ocurría. Cuando quedaba con él era como si la oscuridad se hubiese apoderado de Farid. En un principio, había pensado que era debido a su depresión, al dolor tan grande que sentía, poco después, Farid le había confesado un secreto. Se había inscrito en una sociedad secreta llamada Thelema, la cual practicaba la magia negra y ancestral, aunque con un fin oscuro. Él mismo había podido apreciar cómo su amigo dominaba algunos encantamientos, cómo sus finanzas mejoraban cada vez más… y no había dudado en apuntarse a ella. Cuanta más riqueza pudiese cosechar, tanto mejor. Se había iniciado dos años más tarde que Farid, aunque debía confesar que él no poseía las mismas habilidades que Farid. Había una fuerza interior en Farid que le había hecho un experto

en la magia, a él le costaba mucho más.

Poco después, Farid, su mejor amigo, había adquirido el grado de hechicero supremo de Thelema. No le extrañaba, con una simple mirada podía doblegar tu voluntad, aunque a él no le asustaba aquello, de hecho, lo veneraba. Aquel poder del que gozaba lo convertía prácticamente en un dios.

Poco después, Farid le había explicado su plan: liberaría a su amada Janna del infierno consiguiendo los dos objetos de poder: el grimorio del rey Salomón y su anillo. Había llegado a un acuerdo con los demonios más poderosos del infierno para liberar a Astaroth, el serafín con tanta fuerza y tanto poder que se encontraba justo por debajo del mismísimo Dios. Una vez liberado, Astaroth podría abrir las puertas del infierno y, a cambio, este liberaría el alma de su amada esposa del infierno para que pudiese ascender a los cielos.

Finalmente, Farid había conseguido los dos objetos de poder y logrado su cometido y, ahora, tal y como habían apalabrado, los dos objetos de poder deberían permanecer totalmente a salvo, debían impedir que aquellos dos objetos cayesen en manos de la Aurora Dorada o de la división. ¿Quién mejor que él para ese cometido?

Las puertas del ascensor se abrieron cuando llegaron a la planta treinta y tres, donde desde aquella mañana aquella planta se encontraba custodiada por cuatro militares que había contratado externamente para su empresa privada.

La construcción de aquella cámara acorazada era, sin duda, su mayor triunfo. Una cámara tan eficaz, tan segura, que nadie podría atravesarla. Nadie que no fuese él, por supuesto.

La planta tenía un ancho recibidor bastante oscuro, iluminado solo por unos pocos ojos de buey. Los cuatro militares estaban allí, fuertemente armados con fusiles de asalto.

Todos se pusieron firmes cuando él entró en la planta con los dos guardaespaldas que lo acompañaban.

Aquella planta no tenía ventanas, realmente toda la planta treinta y tres era una cámara acorazada, pero a medida que avanzabas por ella estaba más reforzada.

Pasó entre los militares, dos a cada lado, hasta que llegó a una enorme puerta de acero. Incrustada en esta había pantalla de ordenador. Situó su mano sobre esta y un programa informático hizo un escaneo de su mano, luego acercó sus ojos a una pequeña cámara situada sobre la pantalla para que escanease sus retinas.

Sonó un pitido y la cámara se abrió, echándose la puerta corredera a un lado, una puerta de acero de unos veinte centímetros de ancho que se abría automáticamente y rodaba hacia el lado gracias a unas ruedas.

Echó la mirada atrás unos segundos y miró a sus dos guardaespaldas.

—Esperad aquí —ordenó sujetando con fuerza el maletín en su mano.

En el interior de esa enorme cámara circular y justo en el centro había otra cámara que permanecía cerrada y a la que solo se podía acceder pasando por la primera.

En el otro lado de la pared de acero introdujo una contraseña pulsando los botones y la puerta de acceso volvió a cerrarse dejándolo encerrado allí dentro, a solas.

No quería que nadie, ni siquiera su personal de seguridad, viese el interior de la otra cámara acorazada. Aquello había sido diseñado específicamente para que nadie, absolutamente nadie, pudiese acceder a la cámara acorazada central.

Miró a los lados observando los sellos imprimidos en oro incrustados alrededor de aquella cámara circular. Gracias a aquellos sellos se dotaba a la cámara acorazada de un hechizo de invisibilidad, por lo que nadie podría saber lo que su interior albergaba, además, numerosos sellos contra ángeles prohibían el paso a estos.

Caminó los cinco metros hasta la siguiente puerta y, esta vez, introdujo una tarjeta en una ranura. Se pudo escuchar un clic y, de nuevo, otra puerta circular se echó a un lado, rodando.

El interior de aquella cámara era pequeño, solo disponía de un altar. Caminó hacia él y depositó el maletín sobre este. Respiró hondo y lo abrió.

Aunque ya los había visto varias veces, no dejaban de asombrarle aquellas dos reliquias milenarias. Cogió el grimorio con cuidado, depositándolo sobre un tapete de color rojo, luego tomó la cajita con el anillo del rey Salomón, depositándola al lado.

No había un lugar más seguro que aquel para aquellos dos objetos de poder.

Se quedó mirando el grimorio, esta vez aterrorizado con lo que debía hacer. Eran las órdenes que había recibido de Farid antes de que este volviese a la Antártida para liberar a Astaroth de la Tierra de Wilkes.

Apretó los labios y abrió el grimorio con cuidado, fue a la página que Farid le había pedido y, con mucho dolor, la arrancó. No quería dañar un objeto tan poderoso como aquel, pero si Farid se lo había ordenado sus razones tendría. Dobló aquel papiro antiguo en varios trozos y lo guardó en su bolsillo. Cuando llegase a su hogar debería quemarlo.

No quiso darle más vueltas a lo que acababa de hacer. Dañar aquellas reliquias era un ultraje.

Cerró el grimorio y observó la cajita donde guardaba el anillo del rey Salomón.

Se concedió unos segundos más en presencia de aquellos preciados objetos hasta que se giró y salió de la primera cámara. De nuevo, introdujo su tarjeta en la ranura y esta se cerró, protegiendo aquellos dos objetos de todo el mundo, incluso de él mismo si fuese necesario.

Cuando la puerta sonó con un estruendoso golpe fue hacia el panel y volvió a pulsar unos botones para abrir la segunda cámara.

Salió de esta y miró a sus hombres que no se movían ni un ápice de su posición. Fue hacia el panel del ordenador y pulso una combinación de seis números. Pudo ver cómo los rayos de color verde inundaban toda la estancia que rodeaba a la cámara central que protegía el grimorio y el anillo mientras la puerta se cerraba. Nadie podría sacarlos de allí jamás. Si alguien que no fuese él sin sus cinco huellas digitales y la palma de la mano, sin su retina, sin la combinación de seis números y su tarjeta lo intentaba, al tercer error la cámara se incendiaría por dentro destruyendo los objetos. Además, a todo eso debía sumarle la seguridad extra que había añadido con los láseres de detección de movimiento. Nadie más que Thelema podría poseer aquellos objetos. Aquella era su obra maestra.

Esperó a que la compuerta se cerrase del todo y, durante unos segundos, se quedó allí plantado, admirándola una vez más. Fue hacia el panel de control introduciendo un DVD. No lo había visto, la orden expresa de Farid era que lo dejase preparado en el ordenador que proyectaba a la cámara acorazada.

Se giró y miró a sus guardaespaldas. No dijo nada, simplemente inició su camino con su maletín ya vacío hacia el ascensor. Introdujo la tarjeta en la ranura y esperó a que el ascensor llegase. Cuando las puertas de este se abrieron, se giró hacia los cuatro militares que se quedaban allí custodiando la cámara acorazada.

—Que nadie acceda a esta planta a no ser que sea yo o alguien que yo os notifique.

—Por supuesto, señor —contestó el que estaba más cerca.

Subió al ascensor acompañado de sus dos guardaespaldas y descendieron a la planta cero. Cuando salieron a la calle, Hasan se detuvo y se puso las gafas de sol que ocultaban sus ojos marrón oscuro. Su piel morena contrastaba con su cabello negro del que asomaban algunas canas.

Iniciaron el camino hacia el vehículo que los esperaba aparcado a pocos metros de la puerta y entró en este. Uno de los guardaespaldas se sentó de copiloto, al lado del conductor, y el otro en la parte trasera con él.

Situó el maletín vacío al lado, entre el guardaespaldas y él, y miró a través de la ventanilla cuando el vehículo inició su camino, un vehículo con todos los cristales opacados para que el fuerte sol de Dubái no los traspasase.

Extrajo el móvil del bolsillo de su americana y buscó el nombre de Bilal Rahal, el asistente personal de Farid.

Esperó hasta que Bilal contestó al otro lado.

—Señor Rabah —dijo Bilal—, ahora iba a llamarle.

Hasan miró por la ventana.

—Dile a Farid que las reliquias ya están donde deben estar —comentó lentamente.

Hubo un largo silencio.

—Señor Rabah —continuó Bilal—, lamentó decirle esto… —Aquellas palabras lo pusieron en tensión—, pero el señor Farid Ansari falleció hace dos días.

Aquel dato hizo que todos sus músculos se pusiesen en tensión.

—¿Ha… fallecido? —preguntó incrédulo—. No puede ser…

—Sé que usted tenía una gran amistad con…

—¿Cómo ha sido? —gritó cortando a Bilal.

Bilal aguantó la respiración.

—En la Antártida, no sé cómo. Estamos haciendo todos los trámites para repatriar el cuerpo. —Se quedó unos segundos en silencio—. Pero todo apunta a que ha sido la Aurora Dorada o la división.

La ira se apoderó de él y se golpeó la pierna con fuerza.

—¡Hijos de puta! —gritó llamando la atención de todos los que se encontraban en el coche. Se pasó la mano por su cabello, revolviéndolo nervioso. ¿Farid había muerto? Estaba seguro de que Bilal acertaba al nombrar a la Aurora Dorada o a esa división de entrometidos. Intentó calmar su respiración—. ¿Quién dirige ahora Thelema? —gruñó.

—La sociedad de Thelema elegirá a su hechicero supremo en dos días —le informó.

Hasan gruñó y se giró hacia la ventana. El corazón se le iba a salir por la boca.

—Por favor, cuando lo elijan dile que se ponga en contacto conmigo de inmediato —ordenó.

—Por supuesto, señor Rabah —contestó Bilal.

Hasan colgó sin despedirse y se quitó las gafas de sol arrojándolas al suelo del vehículo. Ninguno de los guardaespaldas se atrevió a decir o preguntar nada, pues ya conocían el temperamento de su jefe.

—¡Mierda! —gritó tan fuerte que hasta los cristales del automóvil vibraron.

Se pasó la mano por los ojos, frotándoselos. No podía creerlo. Estaba seguro de que el mismo Farid sospechaba que podía morir, ¿por qué si no iba a encomendarle la misión de guardar los objetos en la cámara acorazada antes de partir hacia la Antártida?

Estaba seguro de que la Aurora Dorada o la división eran los responsables de su muerte.

Farid, su amigo, su hermano… no pudo contener la rabia y golpeó el asiento delantero, provocando que el conductor se echase hacia delante, no obstante, de nuevo, ninguna palabra de queja salió de los labios del empleado.

Él no gozaba de unos poderes tan imponentes como los de Farid, pero pertenecía a Thelema, era uno de los hombres de confianza del hechicero supremo y, a partir de ahora,

colaboraría y ayudaría a Thelema en todo lo posible para vengar la muerte de Farid.

Cuando llegaron a su vivienda, una lujosa mansión en el barrio de Mohammed Bin Rashid City, de corte moderno y color blanco, muy acristalada, cerca justamente del lago, cerró la puerta con un portazo dejando a sus dos guardaespaldas fuera de la vivienda, en compañía de otro par que vigilaban la vivienda, y entró en su enorme comedor perfectamente amueblado con mucho lujo y estilo.

Fue hacia la cocina y encontró a la cocinera preparando la comida.

—Salga de aquí. ¡Ya! —gritó sin poder controlar su temperamento.

La mujer de mediana edad dio un brinco al escuchar su voz y, sin decir nada, salió rápidamente de la cocina, pues también estaba al corriente de que era mejor no contradecir al señor de la casa cuando se encontraba de mal humor.

Aquel no era el lugar adecuado para lo que iba a hacer, pero en aquel momento no le importaba.

Fue hacia el cajón y sacó un mechero. Se acercó al fregadero y extrajo la hoja de papiro que había arrancado del grimorio.

Lo situó ante él, observándolo, y sin pensarlo más prendió el papiro que comenzó a arder poco a poco. Fue moviéndolo de un lado a otro para que prendiese en su totalidad, viendo cómo el papiro se ennegrecía y convertía en cenizas hasta que se obligó a soltarlo en el fregadero. Se quedó allí hasta que aquel papiro se consumió del todo.

No había preguntado de qué se trataba ese papiro, se limitaba a cumplir las órdenes de su amigo.

Se apoyó contra el mármol y agachó la cabeza cerrando los ojos.

Solo esperaba que allá donde estuviese su amigo se encontrase con su esposa Janna.

2

La nueva base construida en la colina Bunger, Nueva Esperanza, se había erigido en un tiempo récord. La Antártida era un lugar inhóspito con pocas bases para el gran terreno que ocupaba, pero la edificación de aquella base representaba la única esperanza que le quedaba a la humanidad, de ahí su nombre.

La colina sobre la que se encontraba era pequeña y situada a cien metros de lo que era el escudo protector con el que habían encarcelado a Astaroth. Aquel escudo protector había sido creado por la Aurora Dorada con la ayuda de Anael, un ángel, y había logrado encarcelar, aunque fuese temporalmente, al serafín más poderoso del Universo.

Las intenciones de Astaroth no eran buenas. Había sido creado, al igual que el resto de ángeles, en el preciso momento de la creación y era el serafín del trono de Dios, el que debía defender al propio Dios de los demonios, su última barrera, así que su poder era inconmensurable, tanto que era el único capaz de matar ángeles y de abrir las puertas del infierno. Este serafín había caído en desgracia y había sido desterrado al infierno. Sabiendo de su increíble poder y que era posible que lograse abrir las puertas del infierno, el rey Salomón había conseguido capturarlo en una botella con unos sellos especiales que evitaban que pudiese escapar. Al menos, de esta forma, la humanidad estaría a salvo, dado que sabían del carácter vengativo de aquel serafín. Lo mejor, dado lo poderoso que era, era tenerlo bajo control.

Todo había cambiado cuando Thelema, una sociedad secreta de magia negra, se había hecho con la botella donde lo habían retenido durante milenios. El propio rey Salomón, gracias a los arcángeles, había diseñado un anillo que le concedería el suficiente poder como para combatirlo y encerrarlo. Aquel anillo iba acompañado de un grimorio donde el rey Salomón había escrito los encantamientos más poderosos que el arcángel Miguel le había dictado, entre ellos, allí se encontraba el hechizo que debía aplicarse para abrir o cerrar las puertas del infierno.

La Aurora Dorada, una sociedad secreta contraria a las prácticas de Thelema y que trabajaba con la magia blanca, había contactado con la división para unir fuerzas y luchar contra Thelema y su afán por devolver a Astaroth a la Tierra.

Farid era el hechicero supremo de aquella oscura sociedad secreta y había logrado traerlo de vuelta, primero liberándolo de la botella y, segundo, consiguiendo que fuese devuelto al lugar de donde había salido, el infierno. Posteriormente, había abierto las puertas del infierno, provocando que tanto Astaroth como miles de demonios más fuesen liberados.

La Aurora Dorada junto a la división habían creado una estrella de David que no había tardado en ser destruida por Astaroth y, ahora, lo único que separaba a Astaroth del resto del mundo y de su destrucción era la cúpula que habían creado en toda la Tierra de Wilkes, una cúpula que, aunque era muy poderosa, no tardaría en caer también a manos del serafín más poderoso del Universo. Por eso era tan importante recuperar el anillo del rey Salomón y el grimorio, porque solo de esa forma, y con mucha suerte, ya que se requería de un poder inhumano, podrían lograr volver a encerrar a Astaroth en una botella y cerrar las puertas del infierno abiertas a través de un agujero que descendía a las profundidades de la Tierra.

Iban a contrarreloj, pues sabían que Astaroth no tardaría en romper la cúpula y extender el caos, el miedo y el dolor por todo el mundo. Por eso mismo, la mayor parte de las legiones de ángeles se habían unido en defensa de la Tierra, esa era su misión. Cada arcángel disponía de una gran legión de ángeles. La última que había descendido para proteger la cúpula era la de Gabriel.

Sin embargo, sabían que eso no sería suficiente, pues Astaroth ya había derrotado sin ninguna dificultad legiones enteras de ángeles sin ningún problema.

Por si esto no fuese poco, el arcángel Miguel, el portador de la luz de Dios y el único capaz de hacer frente a Astaroth, había muerto alcanzado por una de las flechas del serafín. La legión de Miguel había caído justo cuando las puertas del infierno se habían abierto y estos habían descendido a la Tierra para ayudar.

Las órdenes de los ángeles eran las de no intervenir en las decisiones humanas, pero que se abriesen las puertas del infierno ya eran palabras mayores. Sabían que Astaroth no se detendría una vez hubiese acabado con toda la humanidad y con la creación de Dios, sino que posteriormente llevaría su venganza hacia los cielos y hacia su mismo Padre. La apertura de las puertas del infierno había sido el punto de inflexión donde los ángeles ya habían optado por una intervención.

Anael se cruzó de brazos y miró a través de la ventana de uno de los búnkeres que constituían la base de Nueva Esperanza.

Portaba un jersey blanco al igual que sus pantalones. En anteriores días había vestido su armadura, pero ahora no la necesitaba, al menos, por el momento.

Cerró los ojos mientras los recuerdos la embargaban.

Astaroth había destruido la estrella de David y se había presentado en la base de Casey donde se encontraba la división, la Aurora Dorada y decenas de militares heridos por los ataques de los vampiros. Diana, una joven militar, había aterrizado el C-5M Super Galaxy de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, el avión militar más grande del mundo, para evacuar a los cientos de militares que habían acudido allí para ayudar y que habían sido heridos cuando Astaroth los había sorprendido.

Gadreel, su fiel amigo con el que había tenido algunas desavenencias, se había intentado interponer entre Astaroth y sus amigos, tratando de protegerlos, pero el poder de Gadreel se había limitado con su caída, pues había perdido su luz.

Cuando ella junto a varios arcángeles habían descendido para ayudar, Astaroth había logrado liquidar a otra de sus legiones de ángeles sin contemplación alguna.

Al menos, sus amigos de la división y de la Aurora Dorada estaban a salvo, pero aquello no implicaba que su dolor no aumentase cada vez que recordaba a Astaroth clavar la espada en el pecho de sus hermanos. Había sido gracias al sacrificio de Gadreel que hoy sus amigos estaban vivos.

Los arcángeles habían intentado contener a Astaroth, pero era demasiado poderoso, así que mientras el avión que pilotaba Diana con todos los heridos y sus amigos se elevaba, Gadreel se había echado sobre Astaroth luchando contra él. Sabía que era una causa perdida, que jamás podría derrotarlo, pero con su sacrificio había logrado el tiempo suficiente para que todos los heridos fuesen evacuados de la base Casey. Les había brindado unos segundos muy valiosos.

Anael observó la cúpula rodeada de la legión de ángeles de Gabriel y buscó en su interior a Astaroth. Este desaparecía muchas veces, suponía que buscando una grieta o un lugar más débil en la estructura transparente formada de energía.

—Gadreel —susurró ella con lágrimas en los ojos.

Habían sido amigos desde su creación, siempre juntos, compartiéndolo todo…

Una triste sonrisa inundó su rostro al recordar el momento en que habían diseñado a la humanidad y su Padre la había creado, en su fascinación al ver cómo evolucionaban. Durante un tiempo se habían mezclado con ellos, habían estado presentes, compartiendo sus experiencias, aunque siempre obedeciendo la orden de su Padre: jamás deberían intervenir en el progreso de la

humanidad.

Gadreel era un ángel poderoso, mucho más que el resto, con unos poderes impresionantes.

El recordar aquellos momentos con él sobrevolando la Tierra, ayudándolos a arar la tierra, paseando entre ellos, jugando con los niños… la llenaba de alegría. Él había sido su confidente, su mejor amigo… incluso se había llegado a plantear si sentía algo más por él, algo que sobrepasaba la amistad.

Todo había cambiado aquella mañana sobre el Monte Hermón, en la Cordillera del Antilíbano, cuando él, junto a doscientos ángeles más, había caído en desgracia por desvelar secretos a los humanos e intervenir en su libre albedrío.

El corazón se le había paralizado cuando lo había identificado a él, arrodillado junto al resto de los ángeles, acusados por el propio arcángel Miguel de desobedecer las órdenes de su Padre. El castigo había sido severo. Todos eran desterrados del cielo y arrojados al infierno para toda la eternidad y solo dispondrían de un año de cada quinientos para poder volver a la Tierra. Muchos de los ángeles caídos ya ni siquiera aprovechaban aquel año, pues volver a la Tierra y ver la evolución de los humanos, todo lo que se habían perdido, era muy doloroso, y era aún peor tener que despedirse una y otra vez de la creación para volver a aquel lugar oscuro y en tinieblas al que llamaban infierno.

Ni siquiera se había podido despedir de él, no había tenido tiempo. Tal y como el arcángel Miguel había emitido la sentencia, los habían llevado hacia las puertas del infierno para arrojarlos. Lo único que había podido hacer era leer sus labios mientras se alejaba, susurrando un "*Lo siento*".

Aquellos recuerdos la encogían. Había pasado milenios sin verlo, pues suponía que ni él mismo quería ascender a la Tierra. Con el tiempo, la tristeza se había transformado en enfado. Había pasado milenios esperando a que apareciese para poder hablar con él y, finalmente, cuando había aparecido, ya no era el mismo de antes. Suponía que pasar eones en el infierno sabiendo que tu Padre te repudiaba y arrebatándote tu luz, es decir, la parte de Dios que todos llevaban dentro, lo habían convertido en lo que no era.

Gadreel siempre había sido un ángel alegre, divertido, cariñoso y muy protector, sin embargo, se había visto obligada a luchar contra él, pues parecía haberse aliado con la tríada maligna compuesta por los príncipes del infierno: Belcebú, Lucifer y, ahora, Astaroth una vez liberado, ayudándoles a buscar los objetos de poder para abrir las puertas del infierno y escapar de allí. El problema era que la promesa de Astaroth no era solo abrir las puertas del infierno para escapar, sino acabar con toda la humanidad y enfrentarse a su propio Padre. Ese había sido el momento de inflexión donde Gadreel había colaborado ya con la división y la Aurora Dorada para detenerlo, a tal punto de entregarse para que sus amigos pudiesen escapar de Astaroth y Gadreel cayese bajo su ataque y espada.

Un grito desgarrador había brotado de sus labios al ver cómo Gadreel se arrodillaba sobre el hielo con una mueca de dolor y cómo de la herida comenzaba a brotar la sangre dorada.

"Volverás al infierno, allá a donde siempre has pertenecido", había ordenado Astaroth a los dos demonios que lo acompañaban, los cuales habían cumplido sus órdenes de inmediato.

Lo que más lamentaba era no haber podido ir en su ayuda, pues Astaroth amenazaba con derribar el avión donde se encontraban todos sus amigos y con el que pretendían huir de la base Casey.

Había tenido que ver con dolor cómo se lo llevaban, aun así, en aquellas palabras sentía una ligera esperanza. "Volverás al infierno, allá a donde siempre has pertenecido". Aquello era una clara amenaza, pero no hablaba de muerte. ¿Lo tendrían preso? ¿Estaría vivo? Esa era la

esperanza que tenía y lo que la carcomía por dentro día y noche. Sentía tal vacío en el pecho que muchas veces se había tenido que alejar de la base varios kilómetros para llorar en soledad y gritar de desesperación. El dolor era inmenso, tanto que era como si le arrancasen el corazón una y otra vez. Miles de veces había pensado en ir en su búsqueda, pero otra de las normas de su Padre era que los ángeles no podían descender a los infiernos.

Tuvo que limpiarse la lágrima que resbalaba por su garganta cuando el padre Santiago llamó a la puerta.

—Ah, estás aquí —dijo con cierto alivio. Ella se recompuso y se giró hacia él—. Te hemos estado llamando, pero no vienes.

Lo miró sorprendida.

—Lo siento, estaba pensando y no prestaba atención —dijo acercándose a él, apartándose con la mano un mechón de cabello rubio de sus ojos azules.

—Estamos todos reunidos en el búnker rojo —informó el padre Santiago—. La división y la Aurora quieren ponerte al corriente y consultarte el plan que han elaborado.

Ella asintió.

—Claro, enseguida voy. Gracias —respondió.

El padre Santiago había sido su amigo desde que el propio arcángel Miguel la había enviado con él para ayudarlo. Santiago era uno de los mejores exorcistas del mundo y, en esos momentos, luchaba contra una oleada de posesiones en Galicia, España, concretamente en Lugo. Él había sido un gran amigo y había mantenido su secreto ante todo el mundo, incluso ante la división. ¿Su secreto? Ella era un ángel.

El sacerdote cerró la puerta dejándola de nuevo a solas y Anael respiró hondo.

Debía esforzarse por mantener la mente fría. El destino de la humanidad dependía de ellos. No podía permitirse desviar la atención de lo que era su misión principal, derrotar a Astaroth y cerrar las puertas del infierno.

Tragó saliva y se trasladó directamente al búnker rojo, el cual había sido asignado a la división.

Cuando se materializó en medio del búnker, Magda dio un paso atrás, pues no parecía acostumbrarse a las apariciones inesperadas de los ángeles.

Tanto Diana, militar y encargada de transportarlos con el avión y que mantenía una relación con Marcos, Magda, doctora de la base Casey que mantenía una relación con Lucas, Kata, la viajera que podía moverse entre diferentes planos de la realidad y que era la pareja de Víctor, y Valeria, miembro de la Aurora Dorada que gozaba de un gran dominio de la magia blanca y que era pareja de Daniel, participaban de todas las reuniones y trabajaban ya con la división. Sin ellas, sería mucho más difícil llevar a cabo las misiones que les habían encomendado.

Anael sonrió a Magda al verla dar un brinco y buscó con la mirada a Aitor, el jefe de la división.

—Santiago me ha dicho que habéis ideado un plan —comentó Anael mirándolo directamente.

Aunque en aquella parte del búnker había sillas y una mesa donde tenían desplegado un enorme mapa de la Antártida, ninguno permanecía sentado, eran tales los nervios de los últimos días que no podían ni relajarse.

—Tenemos un plan —indicó Aitor cruzándose de brazos—. Queríamos comentártelo por si se te ocurre algo más.

Anael asintió y buscó a Kata con la mirada.

—¿Has podido localizar los dos objetos de poder?

Kata negó con la cabeza y apretó los labios enfurecida. El no poder dar con aquellos objetos de poder la estaba desquiciando.

—No hay forma —respondió con voz grave—. Deben de estar protegidos por algún hechizo de invisibilidad como ya hicieron anteriormente. —Se pasó la mano por la cara, agobiada—. Llevo tres días sin parar de viajar buscando la energía de los dos objetos y no hay manera.

Anael la miró con una sonrisa tranquilizadora, sabía que Kata se esforzaba al máximo.

—Thelema sabe ocultar muy bien los objetos —aclaró Anael—. Está claro que Farid sabía lo que hacía.

—Y ahí queríamos llegar… —intervino Aitor—. En el momento en que acabamos con Farid, él no tenía los objetos de poder en su posesión. No los llevaba encima.

—Y se negó a decirnos dónde estaban, el muy cabrón —pronunció Miguel ofuscado.

Anael chasqueó la boca al escuchar aquellas palabras, pero no dijo nada al respecto, ya estaba acostumbrada a los cambios de humor de cada uno de los miembros de la división.

—Así que suponemos que tuvo que entregárselos a alguien de confianza, alguien de Thelema —continuó explicando Aitor. Anael asintió—. No contamos con los documentos que obtuvimos de la sociedad secreta, pues se quemaron cuando Astaroth destruyó la base Casey, pero… sabemos dónde vivía Farid. —Dio un paso adelante—. Kata ha viajado hasta Abu Dabi, al piso que destruimos de Farid. —Esta vez Aitor emitió una sonrisa recordando cuando habían destruido el piso de aquel ser tan malvado.

Anael se giró de nuevo hacia Kata.

—¿Has encontrado alguna pista? —preguntó interesada.

Kata hizo un gesto de no estar muy segura.

—Están reconstruyendo el piso de Abu Dabi, de momento no hay ningún sello que me impida entrar, pues no han instalado las ventanas y los sellos de las paredes se calcinaron, así que puedo pasear a mis anchas por él. —Inspiró hondo—. Hay un hombre que va mucho por ahí. Lo he escuchado hablar varias veces con la sociedad secreta Thelema por teléfono. Supongo que debía de ser el hombre de confianza de Farid.

Anael asintió y ladeó su cabeza. Comprendía a lo que se referían.

—Bueno, es un buen comienzo —los felicitó—. ¿Queréis ir a Abu Dabi?

Víctor dio una palmada.

—Y sacarle toda la información a ese hombre —confirmó colocando la mano sobre el hombro de su novia, Kata—. Dice que se llama Bilal Rahal.

—Así que hemos contactado con Paco —interrumpió Aitor—. Por lo que parece, Bilal era un empleado de la empresa petrolera de Farid, lo que no sabemos es si está al tanto del resto de cosas del que era su jefe.

—Por eso hay que interrogarlo —remarcó Miguel.

—Así que hemos pedido a la Aurora Dorada que lo investigue —intervino esta vez Valeria, miembro de la Aurora Dorada y pareja de Daniel—. Están buscando información sobre él. Supongo que en breve nos informarán si encuentran algo. —Se encogió de hombros.

Anael valoró la situación unos segundos, pensativa.

—Bueno, al menos tenemos algo —comentó ella reflexionando—. Me parece una muy buena opción. —Suspiró y miró a Aitor con la mirada perdida—. Lo cierto es que no se me ocurre otra cosa que hacer, sin poder detectar la energía de los objetos es prácticamente imposible dar con ellos.

Se giró cuando escuchó la puerta abrirse. Santiago entró frotándose las manos.

—Madre mía, qué frío —se quejó y miró a Anael—. Has llegado rápido —sonrió y miró a

Aitor—. ¿Algo nuevo?

Aitor negó.

—Llevaremos el plan que hemos comentado adelante.

No pasó desapercibido ni para Aitor ni para Miguel cómo Anael se acercaba a la ventana y observaba a través de ella con la mirada perdida.

Ambos se miraron unos segundos y Aitor señaló a Anael con la cabeza. Miguel asintió.

De todos los miembros de la división, Miguel siempre había tenido una conexión más fuerte con Anael, más confianza.

—De acuerdo, pues vayamos a hablar con los miembros de la Aurora Dorada y los militares por si alguno se apunta a la excursión —dijo Aitor dirigiéndose a la puerta, pues la mayor parte de los miembros de la Aurora Dorada se iban turnando alrededor de la cúpula, insuflándole más poder para intentar retrasar lo máximo posible la destrucción de la misma.

Todos salieron del búnker excepto Miguel que los siguió, pero en vez de salir cerró la puerta cuando el padre Santiago salió el último.

Observó a Anael. Sí que estaba más abstraída y pensativa aquellos últimos días, y todos intuían la razón.

Se acercó a ella por la espalda y se situó a su lado observando por la ventana. Ante ellos la explanada era inmensa, aunque a los lados había colinas y altas montañas. La Tierra de Wilkes abarcaba casi unos quinientos kilómetros cuadrados, por lo que, aunque ellos estuviesen instalados en la nueva base en la colina Bunger, la legión de ángeles de Gabriel vigilaba otros puntos de la Tierra de Wilkes donde acababa la cúpula para asegurarse de que Astaroth no escapaba.

Miguel metió las manos en los bolsillos y giró su cuello hacia ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó con suavidad.

Anael tragó saliva y negó con la cabeza. Se giró hacia él y le sonrió de aquella forma tan tierna. Cuando un ángel te sonreía sentías una paz interior diferente a todo lo que habías sentido hasta el momento. En este caso, Miguel ya la conocía demasiado como para poder captar que, aunque sonriese, su mirada era triste.

—No ocurre nada, Miguel —dijo situando su mano en su brazo—. No te preocupes.

—Claro que me preocupo, todos lo hacemos —enfatizó—. Eres nuestra amiga.

Ella inspiró hondo y se giró de nuevo hacia la ventana mirando al infinito. Miguel observó su perfil tan perfecto y delicado, sus ojos azul cielo y su cabello rubio suelto. En un principio, cuando la había conocido y no era conocedor de que era un ángel, había incluso tonteado con ella. Anael se había reído y tomado a broma la situación, suponía que por eso mismo Miguel siempre había sido su predilecto de toda la división. Los adoraba a todos, igual que a la Aurora Dorada, pero con Miguel tenía algo especial.

Anael volvió a negar con la cabeza, aunque apretó los labios.

—¿Es por Gadreel? —preguntó él con suavidad. Supo que había dado en la diana cuando ella tragó saliva—. Todos le echamos de menos. Arriesgó su vida por todos nosotros. Somos conscientes del sacrificio que hizo. —Se quedó en silencio—. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar en ese sentido?

—Él hizo lo correcto —pronunció sin girarse hacia Miguel, ofreciéndole su perfil—. Lo más importante era protegeros…

—Tampoco es justo eso, Anael. Somos amigos, nos protegemos y nos ayudamos unos a otros.

Esta vez sí se giró hacia él y le sonrió de nuevo, aunque acabó negando con tristeza.

—No lo entiendes, Miguel —susurró ella—. Nosotros tenemos una misión, y es proteger a la humanidad, eso es lo más importante para nosotros, vuestra seguridad —enfatizó—. Hizo lo que tenía que hacer —pronunció con más seguridad y alzando el mentón, intentando que aquellas palabras no la afectasen—. Y aunque os agradezco vuestra preocupación por mí, no lo hagáis, por favor, no os preocupéis por mí, hay cosas más importantes.

Miguel se quedó observándola y asintió sin decir nada. Anael, como buen ángel, no sabía mentir y lo que decía con las palabras lo negaba con una de las miradas con más dolor que había visto.

No dijo nada, simplemente se acercó a ella y la abrazó. Ninguna otra persona se atrevería a hacer aquello, pero él era Miguel. Anael rodeó sus hombros con sus brazos y situó su frente en su pecho, intentando controlar sus lágrimas. No debía dar aquella imagen delante de ellos. El dolor que había sentido hacía eones cuando habían condenado a Gadreel en el monte Hermón había vuelto, una pena tan grande que la ahogaba. Le había costado milenios superarlo y que aquel dolor se fuese transformando en rabia, sin embargo, ahora, de nuevo, volvía a sentir aquel vacío. Justo cuando pensaba que ya lo había superado, que al menos cada quinientos años podría verlo, ahora él había sido capturado y llevado al infierno sin escapatoria posible. Y no solo era eso, era pensar en lo que podría estar sufriendo y se sentía totalmente desconsolada.

Se tragó sus sentimientos e intentó recobrar la integridad, pues durante unos segundos el abrazo de Miguel la había desarmado.

—Todo es como debe ser, Miguel —dijo dando un paso hacia atrás.

Miguel asintió sin estar convencido de lo que ella decía, pero decidió no insistir.

—Está bien, pero sabes que estamos aquí para lo que necesites —se ofreció.

—Lo sé —respondió con cariño. Luego le señaló hacia la puerta—. Vamos, ve con ellos, tenéis una misión que cumplir —siguió con una sonrisa.

—De acuerdo. Nos vemos luego —dijo lentamente. Se abrochó el abrigo de plumón y abrió la puerta del búnker para ir junto a la división. Aun así, antes de salir se giró para observarla. Anael no estaba bien, por mucho que ella se esforzase en disimularlo.

Anael lo vio caminar sobre el hielo en dirección a donde se encontraban los miembros de la división cuando sintió una corriente de aire tras ella. Supo al momento de quién se trataba, aunque no se giró para recibirlo y siguió en la misma posición.

Su gran amigo, el arcángel Uriel, se situó a su lado mirando también por la ventana.

—Sabes que no podemos hacer nada por él —susurró, como si no solo la división fuese consciente de su sufrimiento.

Ella apretó los labios intentando contener un puchero, hablar tanto del tema la desmontaba.

—Lo sé, Uriel —respondió sin mirarlo.

—Es un ángel caído —le recordó.

Ella cerró los ojos y los apretó. Aquellas palabras, aunque ciertas, le dolían.

Decidió dejar aquella conversación, estaba claro que lo ocurrido a Gadreel le estaba afectando más de la cuenta, pues todos parecían ser conscientes de su estado de ánimo.

Miró a Uriel finalmente y se mojó los labios, pues hablar de ese tema la ponía nerviosa y notaba la boca seca.

—Voy a informarme con Gabriel sobre si se sabe algo nuevo de Astaroth —dijo Anael dirigiéndose hacia la puerta, esta vez prefería caminar.

—Anael —dijo Uriel antes de que ella saliese del búnker, ella se giró con cierto recelo—, no te castigues por lo que le ocurrió a Gadreel.

Ella se limitó a asentir lentamente y salió del búnker. Odiaba ser tan transparente, pero

realmente se sentía desbordada por los sentimientos que afloraban ante aquella situación. Intentaba ser fuerte, al menos aparentarlo, pero con el dolor que sentía le era imposible.

Caminó entre todos los militares y ángeles que colaboraban, aunque los militares recién llegados observaban desencajando la mandíbula a los ángeles sobrevolándolos.

Encontró al arcángel Gabriel hablando con varios ángeles de su legión y se giró hacia Anael como si detectase su presencia.

—¿Se sabe algo nuevo de Astaroth? —preguntó directamente, con la espalda firme e intentando aparentar fortaleza, aunque por dentro estaba rota.

El arcángel negó.

—Desde ayer no aparece por aquí —explicó mirando al interior de la cúpula—. Acabo de mandar a unos cuantos ángeles a vigilar la parte oeste. No sabemos dónde se ha metido —comentó nervioso—. La zona es muy grande, pero por más que la peinamos no lo encontramos.

—¿Puede que se haya escondido en alguna base? —preguntó Anael.

Gabriel negó.

—No tendría sentido —susurró pensativo y elevó la mirada hacia el cielo despejado, observando a varios de sus ángeles sobrevolar la zona.

Ella lo imitó observando a aquellos ángeles en la lejanía.

—La división y la Aurora Dorada tienen un plan para dar con los objetos de poder —le informó Anael—. No es mucho, pero quizá pueda darnos alguna pista.

Gabriel suspiró y asintió.

—Pues esperemos que lo consigan —pronunció preocupado—. Siento que se nos acaba el tiempo.

Anael asintió.

—Yo también —susurró mientras giraba su cuello y observaba a los miembros de la división hablar con varios otros de la Aurora Dorada.

Sin aquellos objetos lo tenían muy complicado, así que esperaba que el plan que habían ideado diese sus frutos.

3

Liú, uno de los miembros de la Aurora Dorada, había sido el encargado de dirigirla en la Antártida mientras el resto viajaban.

Habían despegado de la Antártida el día anterior y, tras repostar y hacer una parada de dos horas en Australia, habían emprendido el viaje hasta Abu Dabi. El trayecto era de unas catorce horas y media, por lo que se hacía agotador tantas horas de avión.

A la división se había unido parte de la Aurora Dorada, en concreto, Idalia, una de las mujeres más poderosas, Ciro, Merak, Johannes, Kamilah, la especialista en protección que podría echarles una buena mano si era necesario y, cómo no, Valeria.

Kata resopló y abrió los ojos. Permanecía tumbada sobre una pequeña esterilla donde se concentraba continuamente.

—Nada —dijo nerviosa. Aitor y Víctor chasquearon la lengua—. Ni rastro de los objetos —acabó desquiciada.

—Bueeeno… —intentó calmarla Víctor—, ya tenemos claro que desde que los obtuvo Farid les hizo un hechizo de invisibilidad. No te preocupes, daremos con ellos igualmente —acabó con seguridad.

—¡Es que es desesperante! —gritó poniéndose en pie, enfadada consigo misma por no lograr captar la energía que desprendían los dos objetos.

La mayoría se giraron para observarla, pero luego siguieron a la suyo.

Aitor suspiró y situó sus manos en su cintura.

—¿Y del piso de Farid? —preguntó.

Ella negó.

—Allí debe ser de madrugada, está todo oscuro y no hay nadie. Lo he vuelto a revisar y tampoco nada —acabó ofuscada.

Víctor situó una mano en su hombro y dio unas palmaditas.

—Lo has hecho muy bien.

Ella frunció su ceño.

—¿Bien? —volvió a elevar el tono, sin duda la idea de no poder dar con los dos objetos la estaba sacando de sus casillas—. ¿Cómo que bien? ¡Ni siquiera doy con ellos!

Víctor miró de reojo al resto de sus compañeros que estaban a unos metros de ellos.

—Bueno, haces todo lo que puedes, no te ofusques.

Ella resopló y se giró dándole la espalda mientras se alejaba. Víctor suspiró, miró un segundo a Aitor haciendo un gesto de fastidio y fue hacia ella para intentar calmarla.

Aitor se pasó la mano por los ojos mientras Víctor se alejaba con Kata intentando aplacar sus nervios.

Miró a su alrededor. Magda, la doctora de la base Casey, se encontraba hablando con varios miembros de la Aurora Dorada. Desde que había descubierto aquella sociedad secreta y que gracias a su poder podía sanar más rápido, se reunía cada día con Ciro para que le impartiese clases, en este caso, se encontraba junto a Ciro, Johannes y Valeria. Sin duda, estaban aprovechando mucho mejor el viaje que él. Lucas observaba atento todo lo que explicaban.

Marcos se encontraba en cabina junto a Diana mientras el copiloto, el militar Liam, el mismo que había disparado el lanzamisiles contra Farid, descansaba unas horas y aprovechaba para hablar con Daniel y despejarse un poco. Era un viaje realmente largo y cansado.

Miguel era el único que se encontraba sentado en un asiento observando el móvil. Aitor se acercó.

—¿Tienes cobertura? —preguntó sorprendido.

Miguel enarcó una ceja.

—Le he preguntado la clave wifi del avión a Diana. —Le sonrió socarrón—. Pareces novato.

Aitor se sentó a su lado estirando las piernas y cruzándose de brazos.

—¿Hablas con Elena? —preguntó.

Miguel asintió.

—Sí, aunque está trabajando y me contesta cuando puede. —Se encogió de hombros.

—¿No le habrás explicado nada de lo que…?

—¿Estás loco o qué? —lo cortó—. ¿Quieres que le dé un patatús? —Puso los ojos en blanco—. No, simplemente le he dicho que la misión se ha complicado un poco y no vamos a volver a casa tan rápido como creíamos.

Aitor asintió.

—Yo hablé con Nerea ayer —dijo Aitor mirando al frente, tragó saliva y se sinceró con su amigo—. Se las echa de menos. Es demasiado tiempo sin verlas.

Miguel asintió dándole la razón.

—Sí, esto es una pedazo de mierda —acabó mirando el WhatsApp de nuevo, por si Elena le había respondido. Suspiró y medio sonrió a su jefe—. Al menos, el resto de nuestros amigos tienen a sus parejas aquí, nosotros somos los dos únicos que no mojamos el churro desde hace…

—Joder, Miguel —le riñó Aitor—, mira que eres basto.

Miguel le sonrió.

—Sí, ya… pero ¿no me dirás que no te afecta al carácter? —Aitor se pasó la mano por la cara, agobiado—. Joder, va… necesito desahogarme.

—Conmigo no hagas terapia de ese estilo —respondió rápidamente y señaló hacia varios militares y a miembros de la Aurora Dorada—. Ellos tampoco tienen pareja aquí y me parece que lo llevan mucho mejor que tú.

—Ja, ja… claro, y el padre Santiago mejor que todos nosotros, sin duda —bromeó. Suspiró y miró al frente—. Cuando todo esto acabe… si es que logramos salvar al mundo, nos vas a tener que conceder unas largas vacaciones a todos.

—En eso sí te doy la razón… —dijo

—Ya, como que en lo otro no —ironizó Miguel.

Aitor negó y puso los ojos en blanco. Se quedó unos segundos pensativo mientras observaba a todo el equipo que se había embarcado en aquella misión. Era un grupo grande.

—¿Hablaste con Anael? —preguntó mirando al frente. Miguel asintió—. Está diferente…

—Bueno, creo que es obvio lo que le ocurre —contestó como si tuviese toda la lógica del mundo. Aitor apretó los labios y asintió—. Es su amigo desde los inicios de la creación —acabó diciendo.

—¿Te dijo algo? —preguntó preocupado.

—No, simplemente me dijo que Gadreel había hecho lo correcto, que la misión principal de los ángeles es la de proteger a la humanidad, y eso era lo que debían hacer, pero vamos… que ya sabemos todos cómo es Anael —acabó diciendo—. Lo lleva por dentro.

—He pensado una cosa… pero no sé si servirá —susurró. Miguel miró intrigado a su jefe —. ¿No podemos invocarlo como hacíamos con los demonios?

Aquella idea dejó a Miguel pensativo.

—No sé si serviría con un ángel caído, además, usábamos los sellos del grimorio de Salomón y cuando lo tradujimos no recuerdo nada sobre la invocación de ángeles caídos.

Aitor se rascó la barba.

—No sé… creo que deberíamos intentar algo. Al fin y al cabo, está en el infierno porque se enfrentó a Astaroth para ponernos a salvo.

—Sí, no es mal tipo, al final se le coge cariño y todo —acabó bromeando Miguel. Miró hacia Valeria y la señaló con la cabeza—. ¿Se lo preguntamos? —Aitor asintió—. ¡Valeria! —le gritó mientras Aitor se ponía en pie.

—Pero tío, ¿qué vas a decirle? ¿Que venga? Mueve el culo… que llevamos casi diez horas de viaje.

Miguel suspiró como si estuviese agotado y puso los ojos en blanco mientras se ponía en pie.

—Ya vamos, ya… —comentó a Valeria mientras ambos se acercaban.

Ciro, Johannes, Magda y Valeria se encontraban sentados en el suelo formando un círculo mientras Daniel simplemente permanecía ahí de pie, apoyado contra la pared del avión y cruzado de brazos.

Tanto Aitor como Miguel se arrodillaron a su lado, captando la atención de todos ellos.

—Tenemos una duda… —comentó Aitor. Valeria lo miró esperando a que continuase—. Igual que se puede invocar a demonios, ¿se podría invocar a ángeles caídos?

Daniel se puso firme y fue hacia ellos.

—¿Es por Gadreel? —preguntó directamente.

Miguel asintió.

Valeria hizo un gesto incómodo.

—Igual que los demonios no. Puedes rezarles, encomendarte a su protección, pero los ángeles tienen tanto poder que no sirve una invocación hecha por un humano, no es lo mismo que un demonio. Ellos se aparecen ante quienes ellos eligen —aclaró—. Además… —señaló a Daniel—, hablamos de un ángel caído. Lo siento mucho, pero yo al menos no sé ninguna forma de invocarlo. —Miró al resto de la Aurora Dorada que se encontraba con ella dándole la razón—. Lo siento.

—Nada, se tenía que intentar —comentó Aitor.

—Yo no me lo quito de la cabeza —intervino Daniel—. Vale que al principio fue un cabrón, pero se ha jugado el tipo por nosotros en muchas ocasiones.

Víctor que pasaba por su lado les dio la razón.

—A mí me salvo el culo de quedarme en el infierno… —dijo acercándose acelerado—, ¿queréis hacer algo para traerlo de vuelta?

—No se puede —le explicó Miguel—. Se trata de un ángel, y además caído. —Negó con la cabeza.

Víctor resopló y se quedó pensativo.

—Pues qué putada —susurró.

Todos se quedaron callados unos segundos recordando a Gadreel hasta que Miguel intervino.

—¿Qué hacéis? —preguntó al grupo.

Magda se giró hacia él con una sonrisa.

—Estoy aprendiendo a canalizar la energía para sanar antes —respondió.

Miguel asintió y se sentó en el suelo.

—Me apunto… de todas formas no tenemos otra cosa que hacer.

Gadreel gritó cuando el látigo con espinas golpeó su espalda arrancando trozos de piel y carne. Intentaba no gritar, no quería darles ese placer, pero el sufrimiento ya era demasiado.

Inspiró hondo esperando el próximo latigazo. Cerró los ojos con fuerza y el demonio arrastró el cuero trenzado con espinas de hierro hasta la espalda ensangrentada de Gadreel que apretó los dientes y resopló cuando el golpe fue tan fuerte que lo empujó hacia delante.

Ni siquiera podía defenderse. Sus brazos estaban tirantes, amordazados por cadenas a cada lado de la caverna.

Tragó saliva y miró a través de la pequeña ventana con barrotes, observando aquella niebla oscura que impedía que entrara la luz. Las montañas negras se alzaban ante él, aunque lejanas, y no se alcanzaba a ver la cima, pues permanecían ocultas tras aquella barrera de nubes gruesas y oscuras.

Inspiró con fuerza y un grito se escapó de sus labios cuando el látigo volvió a incrustarse en su carne.

Escuchó el silbido del látigo cuando el demonio lo movía por encima de su cabeza para tomar impulso justo cuando la puerta de la celda se abrió.

—Detente —ordenó Lucifer.

Incluso sin girarse supo que era él.

El demonio dejó de agitar el látigo, obedeciendo, y dio un paso atrás.

Lucifer dio unos pasos hacia delante, observando la espalda ensangrentada de Gadreel y sonrió como si aquello le produjese placer. Tenía algunas heridas profundas, incluso trozos donde le faltaba la carne. Aquel ángel caído los había traicionado y no iban a perdonárselo.

—Déjanos a solas —exigió al demonio.

El demonio inclinó levemente su espalda hacia Lucifer, como si hiciese una reverencia, y salió directamente de aquella caverna.

Sabía que había pasado mucho tiempo, pero allí el tiempo no era igual que en la Tierra, era mucho más lento. Entre los desmayos, lo poco que dormía y el desajuste temporal no sabía si llevaba allí una semana, un mes o un año.

Escuchó los pasos de Lucifer a su espalda e intentó mirar hacia atrás, pero tenía los músculos demasiado doloridos.

—Perdona que no me gire para recibirte —ironizó Gadreel—, las cadenas no me lo permiten.

Lucifer puso su espalda recta y pasó por debajo de una de las cadenas, rodeándolo, aunque mientras lo hacía palpó la carne de Gadreel provocándole que se pusiese en tensión por el dolor.

—Solo venía a asegurarme de que estás recibiendo el trato que te mereces —explicó Lucifer situándose frente a él. Gadreel lo miró fijamente y apretó la mandíbula. Lucifer lo miró de la cabeza a los pies. Gadreel solo vestía unas mallas marrón oscuro que llegaban hasta por debajo de las rodillas, ajustadas y medio rotas por los latigazos—. Estás hecho un asco —puntualizó él.

—Lamento no estar más decente para ti —pronunció lentamente y suspiró. Cerró los ojos y agachó su cabeza intentando reponerse de aquella última tortura. Lucifer lo observó, aunque sin nada de pena—. ¿Cuánto… cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó ya esta vez sin disimular su agotamiento y su dolor.

Lucifer hizo un gesto gracioso, divirtiéndose ante el desconcierto de Gadreel.

—¿Qué más da, Gadreel? —Se agachó hacia delante buscando los ojos de Gadreel, pero él mantenía la cabeza agachada y su respiración acelerada. Llevó su mano hasta su barbilla y lo obligó a levantar la cabeza hacia él. Se encontró con sus ojos—. Estarás aquí toda la eternidad —rio él. Gadreel apretó los labios y separó rápidamente la barbilla de su mano—. Tengo noticias

para ti… —pronunció—, aunque no creo que sean de tu agrado. —Lucifer lo miró de una forma siniestra—. Nuestra facción posee los dos objetos de poder. Sí… —rio divertido—, y los humanos jamás los encontrarán. Tu amada Tierra, tus amigos… tu amada ángel… —La mandíbula de Gadreel se apretó cuando nombró a Anael—. Toda la creación desaparecerá en breve y se iniciará una nueva era. Ya estamos cerca. —Gadreel lo miraba fijamente. Lucifer hizo un gesto de burla—. ¿No te alegras? —preguntó—. Una pena —acabó encogiéndose de hombros.

—El bien siempre triunfa sobre el mal —susurró.

—Sí, claro… —se burló Lucifer—, ¿eso crees? ¿De verdad lo crees? Fuimos desterrados del cielo y arrojados al infierno por ayudar a la humanidad…

—Oh, ya… se te llena la boca diciendo que fue por ayudar a la humanidad —lo interrumpió Gadreel con desprecio—, y ahora, sin embargo, pretendes destruirla. —Lo miró—. No estoy conforme con el castigo que se nos impuso, pero realmente desobedecimos órdenes, Lucifer. Lo que no entiendo es cómo un ángel como tú, un ángel que amaba tanto a la humanidad y que le dio tanto conocimiento ha pasado a odiarla tantísimo… hasta el punto de querer hacerla desaparecer. Ellos no tienen ninguna culpa.

—Yo no los odio —aclaró Lucifer—, simplemente su desaparición es una consecuencia de lo que debe ocurrir. —Se encogió de hombros—. Cuando Astaroth se alce, iremos contra nuestro Padre por condenarnos a una eternidad llena de sufrimiento y lo derrocaremos. —Se acercó a su rostro, amenazante—. Y tú, más que nadie, deberías estar de acuerdo con nosotros. —Se puso recto, con el mentón alzado en señal de superioridad—. Tú colaboraste con nosotros y, luego, de repente… —Lo observó pensativo—. ¿Esa angelita te comió la cabeza?

—¡No vuelvas a nombrarla! —le gritó, pues no soportaba siquiera que pronunciasen el nombre de Anael o hiciesen alguna referencia a ella—. ¿De verdad crees que vas a poder derrocar a nuestro Padre? —lo miró con burla—. Estáis locos.

—Astaroth, con nuestra ayuda, puede hacerlo, además, ahora ya no está Miguel… —se encogió de hombros—. Una pena… —luego rio—, bueno, realmente no me da ninguna. ¿Recuerdas cuando nos llevó desde el monte Hermón a las puertas del infierno? No tuvo piedad con nosotros, ni siquiera intentó interceder por nosotros ante nuestro Padre. —Gadreel cerró los ojos y suspiró—. Nos arrojó a este lugar sin piedad alguna.

Gadreel no dijo nada, la imagen del arcángel Miguel arrojándolos por el pozo hacia el infierno perduraría siempre en su memoria. Había tardado milenios en que aquella imagen no le afectase, pero ahora… ahora ya lo había perdonado. Solo cumplía órdenes. Si ellos se hubiesen limitado a hacer lo que su Padre les había pedido no hubiesen corrido aquella suerte.

—Bien —continuó Lucifer—, acabarás doblegándote. —Gadreel no levantó su cabeza, solo cerró los ojos con fuerza—. Tenemos toda una eternidad para hacerlo. —Lo cogió del cabello y tiró de él hacia arriba. Gadreel estaba totalmente destrozado—. Por ahora ya está —dijo y sacó una llave del bolsillo de su túnica negra para abrir el grillete de la mano derecha.

Tal y como había pensado, era mucho tiempo de tortura y el cuerpo de Gadreel estaba muy resentido. Ni siquiera pudo aguantar de pie. Cuando el grillete soltó su brazo se quedó colgando solo de uno. Lucifer rio sádicamente al verlo tan maltrecho y fue hacia el otro brazo para abrir el otro grillete.

—Esto es lo que les pasa a los traidores —dijo antes de que Gadreel cayese sobre el suelo sin poder aguantarse en pie. No tenía fuerza alguna. El golpe contra el suelo fue fuerte, pues sus piernas temblaban demasiado como para aguantar el equilibrio.

Se quedó tumbado sin moverse y apretando la mandíbula para no gritar.

—Cuando te recuperes un poco nos volveremos a ver —se despidió Lucifer dirigiéndose a la puerta.

Se giró un segundo antes de salir.

El cuerpo de Gadreel estaba totalmente destrozado. Sabía que un ángel sin luz tardaba más en sanar.

Cerró la puerta y miró al demonio que esperaba fuera.

—Dale un tiempo para que se regenere. Has hecho un buen trabajo. —El demonio asintió por el cumplido—. Y diles a todos que se reúnan. Astaroth quiere hablar.

Gadreel aguantó la respiración al escuchar aquello. Luchaba por mantener la conciencia, pues le dolía hasta respirar, pero pudo escuchar perfectamente aquel nombre, no habían sido imaginaciones suyas. ¿Astaroth estaba allí?

Inspiró hondo e intentó arrastrarse hasta la puerta para escuchar mejor la conversación, pero le era imposible.

En ese momento, sollozó desesperado. Definitivamente su Padre lo había abandonado del todo, ¿por qué tanto sufrimiento si no?

Cerró los ojos y dejó que la inconsciencia se apoderase de él, pues el dolor y la quemazón que sentía en todo el cuerpo eran insoportables. Al menos, de aquella forma, durante un tiempo no sentiría nada.

El último pensamiento antes de perder el sentido fue para Anael.

4

Marcos negó mientras cerraba la despensa del avión. Se giró ofuscado hacia el resto de sus compañeros.

—Hay que hacer algo, nunca hay nada apetitoso para comer aquí —se quejó.

—Es un avión militar, ¿recuerdas? —le gritó Diana desde la cabina, lo que provocó que Marcos suspirase.

—¿Y qué? —Miró a su jefe, el cual paseaba por el avión para estirar las piernas—. Hay que llenar esta despensa, Aitor.

Aitor lo miró y suspiró.

—Ya la llenaremos.

—No, ni hablar —gritó Diana desde la cabina, pues tenía la puerta abierta—. El avión es militar, no de pasajeros. No es de vuestra propiedad, así que calmaos un poco.

Valeria los interrumpió a todos con un grito.

—¡Bien! —Todos se giraron hacia ella—. Tenemos la dirección de Bilal Rahal.

Daniel fue hacia ella.

—¿La Aurora la ha conseguido? —Ella asintió. Daniel se giró hacia Aitor que se acercaba —. Son más efectivos ellos que Paco desde el CNI.

—Más efectivos y más rápidos. En el CNI deben hacer demasiada burocracia —confirmó Aitor situándose ante ellos—. ¿Dónde vive?

Valeria miró el móvil.

—Tiene una vivienda a su nombre en el barrio de Sonapur. —Aitor la miró confundido—. Es uno de los barrios más pobres de Dubái.

—¿Dubái? —preguntó Miguel—. ¿No vamos a Abu Dabi?

Diana que escuchaba desde la cabina interrumpió la conversación.

—Están el uno muy cerca del otro —gritó—, pero decidíos ya porque tendré que avisar al aeropuerto.

Valeria se quedó callada unos segundos.

—Es extraño que Bilal viva en uno de los barrios más pobres de Dubái siendo uno de los hombres de confianza de Farid.

Kata se acercó.

—Cuando lo he escuchado hablar parecía ser su mano derecha —recordó.

—Pues debía de ser un tacaño con los sueldos —intervino Miguel.

Kata no parecía estar de acuerdo.

—Si era su mano derecha es posible que viviese con él, el piso es muy grande. Quizá era su asistente las veinticuatro horas —dijo encogiéndose de hombros—. Además, va bien vestido, siempre va de traje. No me encaja con que su vivienda esté en ese barrio de Dubái.

—Ya —dijo Aitor—, pero recordad que el piso de Abu Dabi está destruido, en algún lugar tendrá que alojarse y si aparece en el registro de la propiedad esa vivienda…

—¿A dónde voy? —volvió a gritar Diana—. ¡Decidíos!

Aitor miró a sus compañeros apretando los labios.

—¡A Dubái! —dijo al final y miró al resto—. ¿Estáis de acuerdo?

Víctor se encogió de hombros.

—Es donde se encuentra la vivienda de Bilal, así que… por probar que no quede.

—Además, Abu Dabi y Dubái están cerca, no habrá problema —corroboró Miguel.

—¡Pido pista en Dubái! —gritó Diana desde la cabina cogiendo la radio para contactar con el aeropuerto de Dubái.

Aitor se giró hacia Valeria.

—¿Te han pasado alguna fotografía de ese sujeto? Nos iría bien.

—No, pero ahora me la envían —respondió—. En cuanto me llegue os la envío a cada uno para que podáis reconocerlo. Y, por cierto, voy a avisar a mis jefes para que nos esperen en el aeropuerto de Dubái. Supongo que avisarán a la facción.

—¿Los conoces? —preguntó Daniel.

Ella negó.

—No, no conozco a nadie de esa facción —respondió tecleando en el móvil.

—Yo sí —intervino Efrem—. Un tal Abdel y un tal Hakim.

—Síií —respondió Valeria con una sonrisa—. Me acaban de decir que Hakim Saieh saldrá en pocos minutos hacia el aeropuerto de Dubái. Ese es nuestro contacto.

—Ah, es buen tipo, coincidí hace unos años con él en unas clases de hechicería. Es bastante bueno.

Valeria se encogió de hombros.

—Nos envían un par de furgonetas —acabó Valeria leyendo los mensajes que le enviaban.

Aitor pestañeó asombrado por la rapidez y la organización de la Aurora Dorada.

—La Aurora mola más que el CNI —comentó.

—Es lo que pasa cuando no estás financiado por los presupuestos del Estado —se burló ella.

Dos horas después, la voz de Diana sonó por los altavoces del avión.

—Vamos a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Dubái en diez minutos. Por favor, sentaos y poneos los cinturones.

El viaje había sido muy largo y agotador, pero, al fin, después de catorce horas, llegaban a su destino.

Los miembros de la Aurora Dorada, los militares y la división se sentaron en los asientos y se pusieron los cinturones.

Marcos se sentó al lado de Aitor.

—Bien, y… ¿cómo lo hacemos?

Aitor señaló a Kata.

—Kata suele verlo en el piso de Farid, así que iremos allí, a ver qué tal van las remodelaciones —se burló—. Si no, siempre podemos ir al piso en el barrio de Sonapur. —Miró a los miembros de la Aurora Dorada—. Efrem, Idalia, Jake y Valeria, venid con nosotros. —Miró a los militares—. Si no os importa, prefiero que esperéis aquí en el avión, en el caso de que os necesitemos os lo haríamos saber. —Miró a Kata—. ¿Te quedas en el avión y así nos puedes ir dirigiendo?

Ella asintió.

—Sí, me es mucho más fácil concentrarme aquí que en un vehículo en movimiento. Eso sí… —le dijo rápidamente—, si no encontráis a Bilal, necesitaré, al menos, algún objeto de él o prenda de ropa. Me será mucho más fácil localizarlo.

—De acuerdo —dijo Aitor—. De momento vamos de paisano, pero antes de salir del avión guardaremos los uniformes en unas bolsas de viaje y nos los llevaremos por si hacen falta. Los dejaremos en los vehículos.

Cuando el avión tocó tierra, Diana lo llevó hasta el hangar que le habían notificado desde la

torre de control.

La división abrió las cajas donde llevaban los uniformes y lo guardaron todo en varias bolsas.

Tal y como les había informado Valeria, dos furgonetas esperaban en el interior del hangar. Cuando la trampilla trasera descendió, la oleada de calor los hizo echarse hacia atrás.

—Madre de Dios —susurró Daniel—, ¿a quién se le ocurre vivir en este país? Parece un puto horno.

Marcos se dirigió a la cabina donde Diana hablaba con la torre de control para solicitar el próximo plan de vuelo y la carga de queroseno. Cuando colgó la radio se puso en pie y se giró, aunque no esperaba encontrarse allí a Marcos.

—Dios… qué susto —dijo llevándose la mano al corazón.

—Nos marchamos ya —comentó Marcos acercándose.

Ella asintió.

—Ve comunicándome lo que ocurre, por favor —le pidió un poco nerviosa.

Marcos ladeó su cabeza.

—Puedes estar tranquila, ya sabes que nos las apañamos. —Diana movió su cabeza no muy segura mientras Marcos se acercaba más situando una mano en su cintura. Ella miró a su espalda donde sus compañeros de división y de la Aurora Dorada parecían estar esperándolo. Marcos se acercó para besarla, pero ella hizo un gesto que denotaba vergüenza—. Va, dame un besito —suplicó.

Ella se removió nerviosa y finalmente accedió.

Marcos se agachó hacia ella y la besó de una forma un tanto posesiva.

Miguel que esperaba en la trampilla a su compañero resopló al ver aquello. Se giró hacia su jefe e hizo un gesto enfurruñado.

—Qué dolor de huevos, joder —se quejó este.

Aitor que estaba a su lado sonrió divertido y negó con la cabeza.

Cuando Aitor vio que Marcos ya se acercaba miró a Liam, el responsable de los cinco militares que los acompañaban.

—Iremos informando de todo. Estad preparados por si debéis intervenir y, si tenemos la suerte de conseguir los objetos, en cuanto los obtengamos, organizad un perímetro alrededor del avión. Que nadie se acerque. —Los militares asintieron ante las órdenes. Miró también a los miembros de la Aurora Dorada que se quedaban allí: Ciro, Merak, Kamilah y Johannes—. Lo mismo os digo, aseguraos de que nadie entra en este avión.

Diana se acercó a ellos.

—Hasta dentro de una hora no nos harán la carga de queroseno —explicó.

—No creo que seamos tan rápidos —ironizó Aitor—. Tenemos que localizar a Bilal e intentar recuperar los objetos. Vamos a tardar más de una hora, seguro. —Ella asintió—. Te informaremos para que en cuanto sepamos algo prepares el avión para el vuelo.

—Es un aeropuerto concurrido —informó ella—. Cuanto antes lo sepa, antes podré notificarlo a la torre de control para que nos dé pista.

—Entendido —dijo Aitor y los miró a todos—. Nos vemos luego.

—Tened cuidado —reaccionó Kata mientras se separaba de la mano de Víctor.

—Siempre lo tenemos —respondió este con una sonrisa. Se acercó y Víctor fue más delicado que Marcos besándola en la mejilla—. Ea, jefe, ¿nos vamos?

Aitor asintió mientras observaba de reojo a Miguel que resoplaba de nuevo. Buscó a Valeria y a Efrem.

—¿Nos presentáis a vuestros compañeros de la Aurora? —preguntó bajando ya la trampilla, cargando con una bolsa bastante grande, igual que Marcos, donde portaban las botas, uniformes y armas por si las necesitaban.

Todos bajaron por la trampilla trasera del enorme avión militar y, aunque estaban dentro del hangar, a la sombra, las gotas de sudor inundaron sus frentes.

—Eh, Hakim —exclamó Efrem adelantándose.

Hakim era un hombre bastante más bajo que ellos y delgado, con una tez morena y un bigote sobre unos finos labios marrones. Sus ojos casi negros reflejaron alegría cuando vieron a Efrem.

—Efrem, qué alegría, amigo —pronunció abrazándose a este.

Efrem le devolvió el abrazo y le dio unas palmadas en la espalda.

—Sí, hacía mucho tiempo —respondió y se giró hacia el resto del equipo que se acercaba —. Te presento a Valeria —dijo mientras ella extendía la mano hacia él para saludarlo—. Ellos son Idalia y Jake.

Hizo lo mismo con la división y Hakim se giró hacia otro compañero que los esperaba cerca de las furgonetas de color negro.

—Él es Amin. —El muchacho, bastante joven y más alto que Hakim, así como de complexión más fuerte, los saludó a todos—. Lleva la otra furgoneta —explicó señalándola. Inspiró hondo y miró a Efrem—. Bien, ¿qué necesitáis?

Efrem se giró hacia Aitor para que hablase él.

—Estamos buscando a un hombre llamado Bilal Rahal —Hakim asintió—. Gracias a vuestra organización disponemos de una dirección en el barrio de Sonapur. —Ambos hicieron mala cara—. Bilal trabajaba para uno de los jeques más importantes del mundo, Farid Ansari.

—Sí —respondió Hakim como si ese nombre lo conociese—. Lo hemos estado persiguiendo durante mucho tiempo. El hechicero supremo de Thelema —apuntó.

—Exacto —le dio la razón Aitor—. Acabamos con él en la Antártida.

Aquel dato llamó la atención de Hakim y Amin.

—Ah, ¿sí? —preguntó. Todos asintieron—. ¿Y de eso están al corriente los responsables de la Aurora Dorada?

Valeria decidió intervenir.

—Ocurrió hace apenas un par de días —explicó.

—Pues… —Hakim miró a Amin—, no teníamos ni idea, pero sin duda son buenas noticias.

Aitor chasqueó la lengua.

—No tantas —pronunció más serio—, estamos buscando los dos objetos de poder: el grimorio y el anillo, ambos del rey Salomón, Farid los custodiaba, pero debió esconderlos con un hechizo de invisibilidad antes de morir, ya que no hay forma de dar con ellos. Los necesitamos con urgencia.

—Ya, por Astaroth, ¿no? —preguntó Hakim.

Aitor asintió.

—Disponemos de una viajera, Kata. Está intentando localizarlos, pero no hay manera.

—Mi novia —interrumpió Víctor con una gran sonrisa, como si se sintiese orgulloso de ello.

Aitor lo miró de reojo y resopló ante su interrupción.

—Sin duda deben estar bajo un hechizo de invisibilidad. Esos dos objetos desprenden mucha energía. Es raro que vuestra viajera no los localice —aclaró Hakim.

—Por eso mismo necesitamos dar con Bilal. Kata, su novia —señaló a Víctor—, tal y como

él se ha encargado de aclarar, aunque no es un dato que sea interesante… —acabó arrastrando las palabras hacia Víctor—, ha averiguado que ese hombre era la mano derecha de Farid, así que… hay que interrogarlo. —Hakim asintió—. Disponemos de la dirección en el barrio de Sonapur, pero Kata suele verlo en el piso que era de Farid, en Abu Dabi, en el Burj Mohammed Bin Rashid —explicó.

—Dubái está a una hora y veinte minutos aproximadamente de Abu Dabi —aclaró Hakim —. Supongo que preferís visitar primero el piso en Sonapur.

Aitor asintió.

—Sí, Kata puede avisarnos si hay alguien. Queremos revisarlo a fondo por si encontramos alguna pista, y si no, a las malas, siempre podemos coger algún objeto de Bilal para que a Kata le sea más fácil encontrarlo.

Hakim se cruzó de brazos.

—Y, ¿en el caso de que no encontréis nada? ¿Queréis ir a Abu Dabi en avión o en furgoneta?

Aitor se quedó pensativo unos segundos.

—Creo que, si el trayecto es tan corto, mejor ir en furgoneta, así no debemos movilizar más el avión y Diana, nuestra piloto, puede descansar. —Miró a Marcos, el cual asintió, pues Diana necesitaba algunas horas de sueño. El viaje había sido largo y de la mayor parte del trayecto se había encargado ella. Liam la había sustituido algunas horas, pero prácticamente todo el tiempo la piloto era ella.

—Está bien, ¿tenéis la dirección en Sonapur? —preguntó Hakim.

Valeria le mostró el móvil donde ponía la dirección.

—Calle treinta y siete —comentó Hakim a Amin.

—Sé dónde es —respondió Amin.

Aitor se giró y miró al resto de sus compañeros.

—La división conmigo, excepto Daniel —bromeó—, que supongo que querrás ir con Valeria en la otra furgoneta, ¿no?

—Supones bien —dijo cogiendo la mano de Valeria para dirigirse a la furgoneta que conduciría Amin.

El resto de la división fue hacia la primera.

—¿A cuánto está de aquí? —preguntó Víctor.

—No llega a media hora —respondió Hakim abriendo la puerta trasera para que dejasen las mochilas que cargaban.

Subieron a la furgoneta y Aitor se sentó delante junto a Hakim.

—Joder, ¿tenéis aire acondicionado? —preguntó Miguel pasándose la mano por la frente.

—Sí, enseguida lo pongo —respondió Hakim poniéndose el cinturón—. En un par de horas, cuando se vaya el sol, mejorará la temperatura, ya verás —respondió con una sonrisa.

Arrancó la furgoneta y esperó a que Amin le hiciese luces desde la otra furgoneta conforme que todos estaban ya preparados. Una vez estuvieron todos listos, aceleraron para salir del aeropuerto.

Aitor se giró hacia el resto.

Hakim puso el aire acondicionado y en pocos segundos la furgoneta tuvo una temperatura más fresca.

—Mucho mejor —comentó Miguel echando la cabeza hacia atrás, acalorado—. Madre mía, qué *torraera* está cayendo. —Miró hacia delante—. Al menos tenéis todas las lunas tintadas y no da tanto el sol.

Hakim asintió mientras salía del aeropuerto.

—Sí, aquí podemos tintar todas las lunas del vehículo, incluida la delantera —explicó.

Aitor miró a todo su equipo.

—Hay que informar a Anael y al resto de que hemos llegado —dijo buscando su móvil en el bolsillo.

—¿Para qué vas a llamarla por teléfono? —preguntó Víctor—. Ella puede presentarse aquí en un momento.

Hakim los miró de reojo.

—Iba a llamar al padre Santiago, pero bueno… vale —comentó Aitor. Elevó la mano hacia Miguel para que se mantuviese callado, pues parecía que iba a pronunciar su nombre llamándola —. Un momento —lo detuvo. Se giró hacia Hakim y le sonrió—. Los ángeles están colaborando con nosotros —explicó.

—Algo me habían dicho —respondió.

—Vamos a llamar a Anael, es un ángel —continuó explicándole—. Cuando la llamemos se aparecerá en la furgoneta, lo digo para que no te coja de improviso y te estrelles.

Hakim negó.

—Tranquilo.

—¡Joder! —gritó Víctor cuando Hakim tuvo que hacer un giro brusco para apartarse del trayecto de un vehículo que venía contra dirección adelantando al de su carril.

La furgoneta volvió a la carretera como si nada.

—No pasa nada, amigo, es normal —pronunció Hakim encogiéndose de hombros.

Aitor se pasó la mano por la cara, agobiado, y se giró de nuevo hacia sus compañeros. A través de la luna trasera de la furgoneta pudo ver la otra que los seguía.

—Haz los honores cuando quieras —ironizó mirando a Miguel.

Miguel carraspeó.

—¡Anael! —gritó.

—También sirve si la llamas más bajo —le recordó Marcos.

—¡Anael! —volvió a gritar cuando esta no se presentó.

Anael hizo acto de presencia en ese momento entre Miguel y Víctor que iban en el segundo asiento.

—Hooolaaa —pronunció Miguel con una sonrisa.

Hakim miró a través del espejo retrovisor asombrado.

—Guaaauuu —susurró anonadado. Tragó saliva y pudo apreciarse su nerviosismo.

Aitor miró de reojo al conductor.

—Anael —dijo Aitor—, te presento a Hakim, es miembro de la facción de Dubái de la Aurora Dorada.

Anael se echó hacia delante y situó una mano en su hombro.

—Encantada —dijo con una amable sonrisa.

Todos apreciaron el suspiro de Hakim cuando fue tocado por la mano de un ángel. Sí, Anael, el ángel del amor, tenía un toque especial que transmitía una paz y un amor sobrenatural.

—Igual… igualmente —susurró Hakim con los ojos llorosos, como si no pudiese soportar aquella oleada de sentimientos de paz y amor.

Anael se sentó de nuevo en el asiento.

—¿Ocurre algo? —preguntó mirando a Aitor.

Aitor negó.

—Solo queríamos informarte de que ya estamos en Dubái —informó Miguel. Ella se giró

hacia él—. Aitor iba a llamar a Santiago, pero mejor decírtelo a ti.

—Nos dirigimos al barrio de Sonapur —continuó Aitor—, a ver si hay suerte y encontramos a Bilal. Si no lo encontramos aquí nos dirigiremos a Abu Dabi.

—Está a una hora y media aproximadamente de aquí —continuó Miguel.

Anael asintió y los miró a todos, luego se extrañó.

—El resto van en la furgoneta que os sigue, ¿verdad? —preguntó mirando hacia atrás.

—Sí —respondió Marcos.

Ella volvió a girarse hacia Aitor.

—Está bien. Avisadme cuando sepáis algo o si necesitáis mi ayuda —comentó. En ese momento sintió la mano de Miguel tomando la suya con cariño. Ella se giró con una tierna sonrisa hacia él.

—¿Todo bien? —le susurró Miguel.

Ella asintió con una débil sonrisa.

—Todo bien. De momento, ni rastro de Astaroth, solo unos cuantos demonios por los bordes de la cúpula, pero todo está en calma… aunque una calma bastante extraña. —Miguel la miró seriamente, indicándole que no se refería a eso—. Todo bien, Miguel, tranquilo —le susurró dando unos golpecitos a su mano. Miró a Aitor, el cual observaba la escena con preocupación—. Tenedme al corriente de todo e id con cuidado.

—Así lo haremos —confirmó Aitor.

Ella les sonrió y se echó de nuevo hacia delante para darle otro toque de su mano a Hakim, el cual sintió un escalofrío recorrer toda su columna vertebral.

—Hasta otra, Hakim —se despidió antes de desaparecer.

Anael apareció en la Antártida, aunque no en la base Nueva Esperanza, sino en un sitio mucho más retirado y al borde de la cúpula. Allí, en esos momentos, no había ningún demonio, lo cierto era que ahora disfrutaban de una calma extraña, aunque sabían que no podían fiarse y que la tormenta podía comenzar en cualquier momento.

El lugar era un enorme valle con montañas a los lados en los límites de la Tierra de Wilkes. Desde allí, pudo apreciar la energía transparente que formaba aquella cúpula y que mantenía presos a los demonios y al mismo Astaroth.

Se quedó observándola y tragó saliva. Cerró los ojos sintiendo cómo la brisa helada acariciaba su piel y echaba hacia atrás sus largos cabellos rubios. Su fina túnica blanca formaba ondas hacia atrás.

No se controló más y un puchero inundó sus labios mientras caía sobre el hielo de rodillas. Se echó hacia delante apoyando sus manos y tocó con la frente el hielo sin controlar el llanto. No podía soportarlo más. El dolor por la pérdida de Gadreel era tan grande que se le hacía insoportable. Sentía un vacío tan grande que le costaba respirar.

Se llevó la mano al corazón sintiendo cómo se aceleraba y cómo le costaba respirar mientras su cuerpo se convulsionaba con los espasmos del llanto.

Los recuerdos en que Astaroth atravesaba el costado de Gadreel con la espada se repetían en su mente una y otra vez, igual que cuando había sido arrastrado por los dos demonios para llevarlo lejos de ella, al infierno.

—Gadreel —sollozó mientras las lágrimas caían sobre el hielo.

Aunque le costaba, intentaba mostrar fortaleza ante todos, ante la división y, sobre todo, ante Miguel, pero sabía que la conocía demasiado bien y que lo que ella experimentaba no pasaba desapercibido para nadie.

¿Por qué no fue a ayudarlo?

—Debería haber ido a por ti —gritó mientras golpeaba el hielo del suelo—. Y no fui —sollozó temblando—. ¡No fui! —gritó desesperada por el dolor que sentía. Inspiró hondo e intentó calmarse—. Lo siento, Gadreel, lo siento muchísimo —gimió sin reprimir los espasmos que sentía, no por el frío, sino por el llanto.

No era la primera vez que se desahogaba así, en los últimos días era habitual que se ausentase para sacar todo el dolor que llevaba dentro.

Uriel no había ido mal encaminado, le había dicho que no se sintiera culpable, pero no podía evitarlo.

Ella tuvo que elegir, se vio obligada a elegir entre la división, la Aurora Dorada y el grupo de militares que iban en el avión que pretendía despegar de la base Casey y Gadreel, y la culpabilidad se hacía cada vez más presente en su mente y en su corazón.

Los recuerdos de cuando eran felices en el paraíso paseando entre la humanidad, su sonrisa, cuando la tomaba de la mano con aquella ternura… no podía apartar aquellos pensamientos de su mente.

Le había fallado. Sabía que él lo había hecho para protegerlos a todos, siempre había sido un buen ángel, justo, solo se había desviado del camino un tiempo, pero ella conocía su corazón, su alma… y no soportaba pensar en lo que podía estar sufriendo en aquellos momentos.

Sabía que Astaroth le ocasionaría un infierno real, que Gadreel lo había traicionado y para Astaroth eso no tenía perdón. Sin embargo, Gadreel se había sacrificado por todos ellos, para intentar darles aquel tiempo que tanto necesitaban los humanos para huir.

Se limpió las lágrimas de las mejillas y se puso en pie con la mirada fija en la cúpula. Una corriente de aire echó sus cabellos hacia atrás.

El no saber de él, pensar en lo que debía estar sufriendo… la incertidumbre, eso era lo peor.

Inspiró hondo y avanzó hacia la cúpula con la espalda recta y los músculos en tensión. Se detuvo a unos metros de ella, observando cómo aquella mágica energía con la que habían sellado la Tierra de Wilkes para evitar que Astaroth y los demonios pudiesen escapar ascendía hacia el cielo. La Aurora Dorada había hecho un excelente trabajo, aunque no sabía cuánto duraría intacta la cúpula mágica ante el poder de Astaroth.

Jamás había sentido que la rabia la consumiese por dentro. Había sentido dolor, pena, pero ahora todos aquellos sentimientos eran acompañados por la ira y la culpabilidad.

Puso su espalda totalmente recta y miró al interior de la cúpula.

—¡Astaroth! —gritó con tanta fuerza que el eco rebotó en las montañas rompiendo el silencio. Se quedó allí esperando con todo su cuerpo en tensión—. ¡Astaroth! —gritó de nuevo con rabia.

La figura del serafín más poderoso del Universo apareció ante ella, detrás de la barrera que formaba la cúpula. Su figura era imponente. Sus cabellos rubios y largos y sus enormes ojos azules, acompañados de su altura y corpulencia, lo hacían un ángel temible. Este elevó su mentón y dio unos pasos hacia delante, al límite de la cúpula.

Vestía su armadura como siempre y a su espalda llevaba sus flechas, así como la espada en su cinturón.

Miró a Anael unos segundos y ladeó su cabeza.

—Anael —pronunció lentamente, con voz tenebrosa—, ¿has decidido al fin unirte a nosotros? —preguntó a modo de ironía.

Anael no retrocedió ni un centímetro, sabía que, por el momento, era imposible que rompiese la cúpula, pues en aquella zona la energía estaba prácticamente intacta. Lo miró fijamente. Sabía que no la tomaría en serio, aunque aparte de ser el ángel del amor, era una

experta guerrera, ya se lo había demostrado anteriormente.

—Libera a Gadreel —ordenó directamente, sin preámbulos.

Astaroth parpadeó varias veces y luego rio.

—¿Crees que estás en condiciones de dar órdenes? —La miró fijamente—. Gadreel pertenece al infierno…

—No —sentenció ella.

—Claro que sí, nuestro Padre lo desterró, ¿recuerdas? —ironizó—. ¡A todos nosotros! —acabó gruñendo.

Ambos se miraron fijamente, como si se retasen, hasta que ella apartó la mirada de él, acongojada.

—Una vez fuiste el serafín del trono de Dios… —susurró ella—, el más poderoso de todos nosotros, el encargado de velar por la protección de la humanidad y la nuestra. Por favor…

Astaroth rio maliciosamente.

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo, mucho antes de que nuestro Padre me enviase al infierno y nadie de vosotros, nadie, intercediese por mí. Yo… —dijo acercándose a la cúpula amenazante, señalándose con el dedo—, había librado las mayores batallas contra los demonios para poneros a salvo, protegí a nuestro Padre con todas mis fuerzas… y, sin embargo, fui tratado como uno más, condenado a toda la eternidad en el infierno. —Apretó los labios controlando su ira—. Nuestro Padre me condenó, pero vosotros lo permitisteis —sentenció.

—Corrompiste a millones de humanos, por eso caíste.

—Oh, sí… por la pereza —se burló Astaroth—, qué gran pecado —exageró su voz.

—No fue solo por eso —le recordó ella—. Alentaste a muchos humanos a que dejasen de orar, a que era mejor retozar y divertirse antes que recordar a nuestro Padre o a nosotros mismos. Intentaste borrar esa chispa de Dios que lleva toda la humanidad en su interior. Sí, créeme, mereciste ese castigo y lo sigues mereciendo —sentenció ella con rotundidad.

Inspiró hondo mientras Astaroth se ponía firme al escuchar aquellas palabras.

—Anael, el ángel del amor con lengua de serpiente —se burló de ella—. ¿Para qué me has llamado? —acabó preguntando—. Supongo que no será para recordar viejos tiempos.

—Te ordeno que liberes a Gadreel del infierno —repitió ella.

—No —gruñó él con una mirada cargada de rabia. Ella se removió nerviosa. Sabía que no era del todo correcto lo que estaba haciendo, que ni siquiera debería intercambiar palabra alguna con él, pero la situación era superior a ella—. Desde luego, tal para cual… —acabó diciendo Astaroth, ella elevó la mirada hacia él enarcando una ceja. ¿Había dicho tal para cual? Eso significaba que, al menos, seguía vivo—. ¿Sabes que grita tu nombre cuando lo torturamos? —Aquellas palabras provocaron que ella cerrase los ojos con fuerza, intentando controlar su temperamento y el dolor al escuchar aquello—. Síííí —dijo ladeando su cabeza—, y luego, cuando despierta de su inconsciencia, repite tu nombre en susurros. —Ella tragó saliva y lo miró fijamente—. Una lástima que no vayas a verlo nunca más.

Anael se removió incómoda y, finalmente, lo miró decidida.

—Está bien, te ofrezco un trato —pronunció.

Aquellas palabras interesaron a Astaroth.

—¿Debilitarás la cúpula para mí?

—No —dijo ella—, pero… me cambio por él.

Astaroth la miró como si no comprendiese.

—¿Y por qué iba yo a aceptar ese trato?

—Porque yo soy un ángel con luz, él no —le recordó.

Astaroth la miró fijamente.

—¿Harías eso por él? —preguntó sin apartar la mirada de sus ojos.

Ella no se movió ni un milímetro.

—¿Aceptas el trato o no? —interpeló de nuevo, como si se le agotase la paciencia.

—No —respondió él—. Aunque tú seas un ángel con luz, él sigue teniendo mucho más poder que tú. ¿Me has tomado por un idiota? —se burló—. Él supone una amenaza mayor para mí que tú, así que prefiero seguir manteniéndolo preso a él. Además, me gusta escucharlo gritar y verlo retorcerse de dolor. Contigo sería diferente —acabó con cierta burla. La miró con duda —. Sin embargo… sí aceptaría un intercambio por alguno de los arcángeles: Gabriel, Uriel… cualquiera me serviría.

Ella dio unos pasos atrás.

—Jamás haría algo así —exclamó.

—Pues entonces, ¡jamás volverás a verlo! —Ella apretó los labios—. Así que, si no tienes nada más que decir u ofrecer… —Esperó unos segundos por si ella quería ofrecerle algo más, algo que le fuese ventajoso, pero Anael se mantuvo callada—, debo marchame. No vuelvas a llamarme nunca más, Anael.

Dicho esto, desapareció sin esperar a que ella dijese nada más.

Anael recobró la respiración y se llevó la mano a la boca conteniendo un grito de impotencia. Miró de un lado a otro nerviosa, con el corazón desbocado y el mundo dando vueltas bajo sus pies. ¿De verdad había perdido a Gadreel para siempre?

Se fijó en que nadie se encontraba cerca, nadie sabía de su reunión secreta con Astaroth. Al menos sabía que seguía vivo, pero ¿a qué precio? Se encontró más desesperada que nunca.

Se dejó caer sobre el hielo y gritó una y otra vez mientras su cuerpo se convulsionaba al dar paso a un llanto desgarrador y cargado de dolor que formó un eco que fue viajando de montaña en montaña a lo largo del ancho valle.

5

Hakim detuvo la furgoneta en la calle que Valeria le había mostrado y señaló hacia el edificio.

—Es la segunda planta —indicó.

El edificio de un color blanco estaba ubicado frente a un arenal. El clima era muy caluroso y corría aire, por lo que la arena del desierto inundaba todo el ambiente.

Decenas de personas paseaban por aquella explanada de tierra donde se encontraban varios autocares esperando.

—Menudo sitio —pronunció Víctor mirando por la ventanilla.

El lugar se veía pobre, totalmente diferente a lo que era el centro de Dubái con los altos y lujosos edificios que se elevaban hacia el cielo. Allí, los pisos estaban construidos de ladrillo, barro y planchas de aluminio, y de sus balcones colgaban ropas que, obviamente, con la arena del desierto no acabarían limpias del todo, aunque sí secas rápidamente.

La furgoneta que conducía Amin se detuvo a su lado y este la apagó.

Todos miraron a su alrededor, a esa hora la calle estaba muy concurrida pese al calor que hacía.

—¿Puedes esperar en la furgoneta? —preguntó Aitor a Hakim.

—Sí, claro, esperaremos aquí —asintió.

Se giró hacia sus compañeros.

—No iremos todos, creo que llamaremos demasiado la atención si vamos un grupo tan numeroso, más de lo que la vamos a llamar ya de por sí. —Se giró hacia Hakim y lo miró de la cabeza a los pies—. ¿Por casualidad no tendrías unas túnicas? —Hakim negó con la cabeza—. Pues ya verás…

—A ver… —Miró a sus compañeros—, se viene…

—Yo paso, hace mucho calor —dijo rápidamente Miguel.

—Vale, Miguel, te vienes…

—Joder, jefe —se quejó.

Aitor chasqueó la lengua y rio.

—De acuerdo, a ver… Víctor, me iría bien que vinieses por si es necesario coger algo para Kata —Víctor asintió—, y luego… mmm… ¿algún voluntario? —Todos resoplaron—. Hace calor, vale… pero alguien tendrá que ir, ¿no?

—Daniel seguro que quiere —comentó Marcos.

Aitor suspiró y sacó el móvil de su bolsillo. Marcó el teléfono de Daniel y esperó a que lo cogiese.

—¿Vamos, jefe? —preguntó Daniel directamente.

—Menos mal, uno que se toma el trabajo en serio… —dijo mirando al resto de sus compañeros, los cuales estaban nada más que abanicándose, Miguel incluso sacaba la lengua como si se derritiese.

—Que se vengan Valeria y Jake también —comentó Aitor hacia el teléfono—. Conmigo se viene Víctor.

—Perfecto. Vamos —dijo antes de colgar.

Aitor se giró hacia el resto enarcando una ceja.

—Cobardes —pronunció hacia ellos y miró a Hakim—. Hakim, apaga el motor…

—¡El aire acondicionado! —se quejó Miguel—. Ni hablar, déjalo como está.

Aitor chasqueó la lengua y salió del vehículo junto a Víctor que descendió por la puerta trasera. Lo cierto era que aquella temperatura era insoportable, y si además le sumabas el aire acompañado de arena que entraba por todos los orificios del cuerpo la sensación era sumamente desagradable.

Víctor cerró la puerta de la furgoneta y situó la mano ante sus ojos para que la arena no le entrase.

—Voy a masticar tierra una semana —se quejó este.

Al momento, Daniel, Valeria y Jake se unieron a ellos y comenzaron a caminar hacia el edificio.

—¿Sabes qué edificio es? —preguntó Daniel situándose a su lado.

—En la segunda planta, la puerta cinco —comentó Valeria mirando el móvil.

Daniel se puso al lado de Valeria y miró hacia los lados. Muchas personas los observaban, por lo visto no era muy normal ver a gente occidental pasear por esa zona.

Llegaron al portal y Valeria lo abrió.

—Hakim nos ha explicado que las puertas de los portales siempre están abiertas —dijo entrando al interior.

El olor los echó hacia atrás.

—Joder —pronunció Víctor.

Al momento se dieron cuenta de dónde venía el olor, pues decenas de zapatos se amontonaban en cada una de las puertas del largo pasillo. Cruzaron parte del pasillo hasta que encontraron unas escaleras. Giraron y las subieron. Todo estaba bastante sucio y lleno de arena que provenía del desierto. Las paredes, de un color crema, estaban desconchadas.

Llegaron a la segunda planta y Aitor se adelantó.

—¿Cuál es el número cinco? —pregunto viendo los número en árabe. En eso no habían pensado.

Aitor sacó su móvil y llamó directamente a Miguel que descolgó el teléfono al momento.

—¿Ocurre algo?

—Sí —respondió Aitor—. Estamos en la segunda planta del edificio, pero es la puerta cinco y está escrito en árabe, ¿puedes preguntarle a Hakim cómo es el número cinco?

—Ah, joder, me habías asustado… Hakim, ¿cómo se escribe el cinco en árabe?

—Parecido a una C con un punto encima… espera —dijo cogiendo su móvil—, hazle una fotografía y envíasela.

—Ahora te paso una foto —comentó Miguel antes de colgar.

Aitor esperó unos segundos mientras miraban de un lado a otro. El pasillo era muy largo, había como diez pisos por planta y al final de cada pasillo había una ventana abierta, suponía que para ventilar la zona de los olores de tanto zapato junto.

—Ya está —dijo Aitor mirando el móvil. Todos observaron la pantalla y luego buscaron aquel símbolo en las puertas—. Aquí —dijo dirigiéndose a la puerta sobre la cual rezaba el número cinco en árabe.

Víctor miró al grupo.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Llamamos al timbre?

—O echamos la puerta abajo —comentó Víctor alzando sus dos cejas.

Valeria suspiró y se puso ante ellos.

—Hooombres… ¿Preparados? —preguntó situando la mano ante el pomo y miró a Aitor que asintió.

Valeria hizo rodar su muñeca, lo que provocó que aquella puerta que seguramente estaba

echada con llave se abriese directamente.

Daniel la cogió por la cintura y la situó detrás suyo mientras Aitor y Víctor entraban directamente en el piso. Daniel los siguió mientras indicaba a Valeria y a Jake que permaneciesen fuera.

El piso era bastante pequeño y constaba de un comedor donde había un solo sofá cubierto por una tela roja frente a una ventana y una estantería. Al final había una pequeña cocina.

Aitor se movió ágilmente hacia la primera puerta y la abrió encendiendo la luz.

Resopló ante el olor que provenía del aseo y de las tuberías. El aseo era francamente pequeño, con un retrete, un lavamanos y una ducha con moho oculta por una cortina transparente.

Víctor entró en la otra habitación donde había un colchón de matrimonio tirado en el suelo.

—No hay nadie —dijo Víctor.

Daniel fue hacia la pequeña cocina y abrió unos armarios. Estaban prácticamente vacíos, solo había unas cuantas latas de conserva y unos cubiertos sucios en unos cajones.

—Y parece que no vive aquí —respondió Daniel mientras abría la nevera—. Está vacía.

Aitor chasqueó la lengua.

—Mierda —dijo mientras iba al centro del piso y miraba de un lado a otro—. ¿Veis algo que pueda ser de Bilal? A ver si Kata puede saber dónde está.

Todos se giraron y concretamente Valeria y Jake entraron al piso cuando escucharon que alguien subía por las escaleras. Todos estaban preparados, pero Valeria suspiró cuando vio que se trataba de una mujer acompañada de tres niños pequeños.

—Puede que esté en Abu Dabi —recordó Víctor—. Kata siempre lo ha visto en el piso de Farid.

Valeria miró un momento a los muchachos y salió del piso a toda prisa.

—*Mrhban*[1] —exclamó avanzando por el pasillo hacia la mujer, la cual se giró hacia ella sorprendida. Todos salieron rápidamente del piso, sorprendidos por lo que hacía Valeria—. *Hal yumkinuk musaeadati?*[2]

La mujer la miró de la cabeza a los pies y luego observó a los hombres que la acompañaban a su espalda, aunque estos se quedaron un poco distantes.

—¿Sabe hablar árabe? —preguntó Aitor a Daniel sorprendido.

Daniel permanecía con la boca desencajada.

—Sé lo mismo que tú sobre eso —respondió paralizado.

—Pues es tu novia —le recordó Aitor.

La mujer reflexionó un momento y finalmente asintió. Valeria elevó un dedo en señal de que esperase y extrajo el móvil de su bolsillo. Marcó el teléfono de Merak y esperó a que lo cogiese.

—Dime, Valeria —comentó su compañero de la Aurora Dorada.

—¿Puedes pasarme con Amik? —Merak le pasó directamente el teléfono a él—. ¿Amik?

—Sí, hola.

—Soy Valeria, estoy con una mujer que vive en este piso, necesito que me traduzcas unas preguntas y respuestas del árabe —le pidió.

—Sí, claro, dime —respondió este.

—Dile que estamos buscando a nuestro amigo Bilal, que vive en el piso número cinco. —Amik tradujo al árabe lo que Valeria le pedía.

La mujer comenzó a hablar hacia el móvil mientras señalaba el piso.

—Dice que no, que el hombre que vivía ahí hace mucho tiempo que ya no está. Que no lo

ve desde hace meses.

Valeria se giró hacia la división e hizo un gesto de desagrado.

—¿Y sabe dónde está?

Amik tradujo y la mujer respondió de nuevo. Su forma de hablar era como si estuviese enfadada.

—Dice que no tiene ni idea —tradujo Amik.

—De acuerdo, dale las gracias de mi parte.

Cuando Amik tradujo aquello colgó y ella repitió la frase con un movimiento de cabeza.

—Skraan jzylaan.

La mujer se giró y se marchó hacia uno de los pisos al final del pasillo donde habían entrado anteriormente los tres niños.

Se giró y se encogió de hombros.

—Pues no lo vamos a encontrar aquí ni ahora ni más tarde —concluyó ella—. Aunque este sea su piso de propiedad debe de hospedarse en el de Farid o en otro lugar.

Aitor asintió y se giró de nuevo hacia el piso. Entró y miró de un lado a otro.

—Bueno… —dijo cogiendo la tela roja que cubría el sofá—, supongo que ese tal Bilal puso el culo aquí, así que esto le servirá a Kata para el caso de que tampoco lo encontremos en Abu Dabi.

Cogió la tela y la dobló varias veces.

Todos salieron del piso y Jake fue quien cerró la puerta.

—¿Sabes árabe? —le preguntó Daniel a su novia.

—Un poco —respondió ella con una sonrisa—. Recuerda que pasé mucho tiempo en Turquía. Algo aprendí.

Daniel sonrió directamente y la miró de arriba abajo.

—Eres una caja de sorpresas —dijo colocando una mano en su hombro y atrayéndola hacia él para besarla en la mejilla.

Comenzaron a bajar las escaleras con Aitor al inicio, con la tela roja doblada bajo su mano y poniendo los ojos en blanco.

—Al final Miguel tendrá razón con el dolor de huevos —susurró para sí mismo.

Salieron al exterior donde el calor volvió a sofocarlos y se dirigieron cada uno a sus respectivas furgonetas.

Aitor y Víctor entraron en la primera y Daniel, Valeria y Jake en la segunda. El cambio de temperatura fue brutal, pues dentro de la furgoneta se estaba bastante fresco.

Miguel se echó hacia delante.

—¿Nada?

Aitor negó y le pasó la tela roja a Víctor.

—Nada de nada, es más, no pasa por ese piso desde hace meses.

—Entonces… —intervino Marcos—, nos toca ir a Abu Dabi, ¿verdad?

Aitor asintió y miró a Hakim.

—¿Nos va de paso el aeropuerto de Dubái? Hay que darle esta tela roja a Kata.

—Lo siento, pero no —respondió Hakim—. Hay que desviarse. Si queréis pasar por el aeropuerto de Dubái antes de ir a Abu Dabi representará una hora más de carretera.

Aitor suspiró y miró al equipo, pensativo.

—Hay que darle esa tela roja a Kata o vamos a ir a ciegas —recordó Víctor—. Abu Dabi es muy grande, necesitamos que Kata tenga la tela.

—Está bien —comentó Aitor poniéndose el cinturón—. Llévanos al aeropuerto de Dubái,

por favor, y luego ya tomamos rumbo a Abu Dabi. —Cogió el móvil y llamó a Daniel de nuevo —. Pasamos por el aeropuerto de Dubái para entregarle la tela roja a Kata y vamos a Abu Dabi —ordenó.

Anael paseó cerca de la cúpula en la base Nueva Esperanza. Algunos demonios se habían acercado a aquella zona y golpeaban con fuerza la barrera energética intentando romperla. Algunos de ellos la golpeaban desde el suelo, los que tenían alas la golpeaban desde el aire. Aquella acción por parte de los demonios no la asustaba, pues sabía que era imposible que ellos quebrantasen la cúpula, solo Astaroth podía hacerlo.

Aún sentía su piel erizarse tras la conversación que había mantenido con él.

Observó a Gabriel y a Uriel hablando entre ellos, organizando las legiones para buscar a Astaroth. Ella ya sabía que estaba allí.

Uno de los legionarios descendió hasta los arcángeles provocando que bastante hielo saliese disparado.

—Lo hemos encontrado, señor —dijo directamente.

Aquellas palabras provocaron interés en Anael que se acercó. No había confiado a nadie la conversación que había mantenido con Astaroth hacía pocas horas, se había limitado a pasear por la base y a reforzar la cúpula con su luz durante un rato, tal y como hacían los ángeles y los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban allí.

Gabriel y Uriel lo miraron fijamente.

—¿Dónde se encuentra?

—A unos veinte kilómetros de aquí —explicó el ángel—. Viene en esta dirección.

Gabriel miró a Uriel y asintió.

—Esta es la zona más débil de la cúpula, si intenta escapar lo hará por aquí. —Se giró hacia atrás—. Que todos los ángeles y la Aurora Dorada refuercen la cúpula en este lado. ¡Vamos! —ordenó con un grito.

Todos obedecieron de inmediato acercándose a la cúpula para imbuir su energía e intentar endurecerla más, aunque sabían que no aguantaría eternamente. Cuanto más tiempo consiguiesen, mejor, de aquella forma podrían darle más tiempo a la división para conseguir los objetos de poder.

Anael se quedó observando la luz que emitían los ángeles de su pecho, así como la que emanaba de las manos de los miembros de la Aurora Dorada, luz que se introducía en la cúpula, reforzándola. Los chillidos de los demonios aumentaban al ser conscientes de ello, golpeando con más fuerza la barrera energética.

—Viene hacia aquí, ¿verdad? —preguntó el padre Santiago situándose al lado de Anael. Ella lo miró y asintió. El sacerdote también se quedó unos segundos en silencio hasta que se sacó la cruz del cuello y la besó—. Que Dios nos ampare —imploró.

Anael respiró más hondo y al ver el nerviosismo de su amigo situó una mano en su hombro en señal de confianza.

—Tranquilo, solo necesitamos tiempo —pronunció ella con un tono calmado—. Y ellos nos lo proporcionarán —dijo señalando a los ángeles y a la Aurora Dorada.

El sacerdote se removió nervioso.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó.

Anael negó.

—Rezar —le ofreció ella.

Santiago asintió y unió sus manos ante su pecho cerrando los ojos, como si comenzase una oración en su cabeza. Anael lo observó unos segundos y se giró hacia la cúpula sin apartarse de

él.

Tragó saliva e intentó controlar las lágrimas.

—Padre… —susurró sin mirarlo, provocando que Santiago abriese los ojos—, he hecho algo que no debía.

Aquellas palabras provocaron que Santiago la mirase preocupado. Al ver su gesto de dolor y sus ojos llorosos se preocupó y dejó la oración tomándola de la mano.

—¿Qué ocurre, Anael? —le susurró.

Ella inspiró hondo y apretó los labios mientras miraba la cúpula. Tragó saliva y negó con su cabeza.

—He hablado con Astaroth a solas —confesó.

El sacerdote la miró sorprendido.

—¿Con… Astaroth? —Ella asintió—. ¿Para qué?

Anael se mojó los labios, pues aún se sentía nerviosa por todo lo que Astaroth le había dicho, pero mucho más por lo que había hecho.

—Para pedirle que liberase a Gadreel —dijo apartando la mirada de él, sin poder enfrentarla.

Santiago inspiró hondo y se quedó unos segundos en silencio.

—¿Qué ha respondido? —preguntó.

—Que jamás volveré a verlo… —intentó controlar las lágrimas—, y que disfrutaba torturándolo.

—Oh, Anael… —dijo abrazándola, comprendiendo su dolor.

Ella se apoyó en su hombro intentando controlarse, aunque era difícil. Conocía a Santiago desde hacía años, siempre habían mantenido una estrecha amistad.

—Fue culpa mía… —susurró en su oído.

—No —dijo él.

—Sí, podría haber ido a liberarlo…

—Nos salvaste la vida a todos, Anael —sentenció él apartándose y cogiéndola por los hombros—. La mayoría de nosotros te debemos la vida. Si no fuese porque acudiste a la base Casey, todos estaríamos muertos. —La miró fijamente—. No te tortures así, por favor.

Anael intentó recuperarse y se pasó la mano por la mejilla disimuladamente para secar sus lágrimas.

—No me lo quito de la cabeza —se lamentó esta vez aparentando más serenidad.

—Es normal —respondió Santiago—, pero… —dijo apretando su mano—, el único culpable de todo esto es Astaroth, nadie más. ¿Sabes cuántas vidas has salvado? ¿Cuántos hermanos han vuelto con sus hermanas? ¿Cuántos padres con sus hijos? —La miró fijamente—. No te lamentes por algo que escapa a tu control. Sé que tu elección fue difícil, pero todos te estamos profundamente agradecidos y algo me dice que Gadreel también.

Aquellas palabras, aunque no la reconfortaron del todo, sí la calmaron. Sí, Gadreel era plenamente consciente de a quién se enfrentaba, lo había hecho por protegerlos a todos sabiendo las consecuencias que aquello podía acarrear.

Inspiró con fuerza y asintió.

—Gracias —susurró ella.

El padre Santiago negó emocionado por la delicadeza con la que había pronunciado aquellas palabras.

—No, Anael, gracias a Gadreel y a ti.

Un puchero asomó a los labios de Anael, pero se obligó a calmarse.

El padre Santiago dio un paso atrás cuando un estremecimiento recorrió toda la llanura helada.

La mirada de Anael se desvió hacia delante rápidamente. Ante la barrera energética había aparecido Astaroth con su cabello largo y rubio, su armadura y su posición de ataque. Algunos miembros de la Aurora Dorada dejaron de crear aquella luz y retrocedieron asustados.

—No os preocupéis —intentó calmarlos Uriel—. ¡No puede traspasarla!

Anael tragó saliva y observó cómo algunos miembros de la Aurora Dorada se alejaban despavoridos, gritando, otros, los que ya llevaban más tiempo allí, seguían en sus posiciones insuflando energía a la cúpula.

Observó de reojo al padre Santiago dar unos pasos atrás y santiguarse.

—Tranquilo —dijo calmándolo—, no puede romperla.

—De momento —balbuceó el sacerdote.

Se giró hacia él y le indicó con un movimiento de cabeza que fuese hacia el búnker.

—Ve al búnker y prepara café —le propuso—. Hace frío y los militares y miembros de la Aurora Dorada agradecerán una taza de café caliente.

Santiago asintió, aunque sabía que era una mera excusa para que se marchase.

Anael se giró hacia la cúpula, observándola. De momento no se observaban fisuras, pero la capa energética era más delgada que en otras partes. Las fisuras no tardarían en aparecer si Astaroth se empleaba a fondo.

Anael caminó hacia la cúpula entre todos los militares que apuntaban con sus rifles temblorosos hacia ella. Entre los gritos de los demonios y de los humanos, el lugar se había vuelto un caos en cuestión de segundos.

Llegó hasta la cúpula e inspiró hondo mientras observaba de reojo a Astaroth que, de momento, solo parecía observar y vigilar lo que hacían.

Abrió los brazos dejando fluir la luz que llevaba dentro, reforzando con aquel poder la energía de la cúpula.

No se asustó ni se movió cuando vio que Astaroth la miraba de reojo, sonreía y caminaba lentamente hacia ella.

Se situó enfrente, con la barrera energética de por medio, y Anael observó los ojos azul claro, casi transparentes, de Astaroth. Una sonrisa maliciosa apareció en los labios del ángel caído mientras la observaba.

Del pecho de Astaroth comenzó a emanar una niebla oscura hasta que, de golpe, aquellas raíces negras acabadas en punta golpearon la cúpula con fuerza, provocando que vibrase.

Aquel gesto provocó que varios ángeles brincasen y que más militares retrocediesen, aunque sin dejar de apuntar.

Anael no se movió ni un ápice, ni siquiera pestañeó, sino que iluminó con más fuerza la cúpula dándole la energía suficiente para que Astaroth no pudiese destruirla.

Los golpes por parte de Astaroth no cesaban, intentando disipar la energía de la cúpula. Por el momento no lo lograba y, además, Anael observó a los arcángeles que con una luz mucho más potente que la suya abandonaban su puesto y corrían a donde se encontraba Astaroth, situándose cerca de Anael.

Uriel se situó a su lado y miró extrañado a Anael, pues Astaroth se había situado justo frente a ella y la miraba con furia incalculable mientras aquellas espinas negras intentaban quebrantar la cúpula.

—No lo conseguirás —le susurró Anael con firmeza mientras emanaba más luz de su pecho.

6

Cuando llegaron a Abu Dabi el sol ya comenzaba a descender y, con ello, la temperatura.

Aquella zona de Abu Dabi ya les era conocida.

Las dos furgonetas se detuvieron ante el Burj Mohammed Bin Rashid y sus ocupantes miraron a través de las ventanillas. El edificio aún estaba con grandes desperfectos.

Aitor miró las dos últimas plantas y sonrió a Hakim.

—Le reventamos las dos últimas plantas —comentó con alegría—. La penúltima planta, la ochenta y siete, la usaba a modo de vivienda, mientras que la última, la ochenta y ocho, la tenía acomodada como centro de reuniones de Thelema y era también donde llevaba a cabo sus conjuros y hechizos.

—Bien hecho —contestó Hakim.

Aitor se giró hacia atrás y miró a Víctor.

—¿Te importa llamar a Kata y pedirle que investigue a ver si está aquí o si lo ha localizado en algún lugar?

—Claro —respondió Víctor extrayendo el móvil de su bolsillo.

Buscó su número y llamó.

Tras unos segundos Kata respondió al otro lado.

—Hola —respondió ella—. Ya habéis llegado, ¿verdad?

Víctor sonrió.

—¿Nos estás controlando? —bromeó.

—No, pero por la hora que es… he estado descansando un poco.

—Ah —dijo Víctor y chasqueó la lengua. Miró por la ventanilla—. Estamos aparcados ante el Burj Mohammed Bin Rashid. ¿Puedes mirar si Bilal se encuentra aquí?

—Claro, ahora lo miro. Os llamo en cinco minutos. Me concentro mejor y voy más rápida si no tengo que ir informando a la vez.

—Ya, ya lo sé —respondió Víctor con ternura, lo que provocó que Miguel mirase a Aitor y pusiese los ojos en blanco.

Miguel suspiró y apoyó su cabeza contra la ventanilla de la furgoneta, dándose unos pequeños golpes.

—Ahora te llamo —comentó ella con una sonrisa antes de colgar.

Víctor se encogió de hombros y miró a su jefe.

—Ahora nos llama.

—De acuerdo —respondió Aitor apoyándose en el respaldo y suspirando.

Todos se quedaron en silencio unos segundos hasta que unos golpes en la ventana les hicieron reaccionar. Daniel golpeaba la ventana del copiloto donde Aitor estaba sentado.

—Eh, ¿qué hacemos? —preguntó Daniel impaciente.

—Perdona —respondió Aitor—, ¿quieres pasar?

—No, quiero que me cuentes si vamos ya o…

—Estamos esperando la llamada de Kata —contestó Miguel frotándose los ojos.

—Vale, pues cuando sepáis algo me llamáis —comentó Daniel volviendo a su furgoneta.

Marcos, sentado en la parte trasera junto a Lucas, se llevó la mano al estómago.

—Yo ya tengo hambre.

—¡Aleluya! —exclamó Miguel.

—Yo también —le dio la razón Lucas y miró al bar de la parte baja del edificio—. Podríamos comprar algo.

—Esperad a que Kata nos informe. Depende de lo que nos diga vamos ahora o luego. Yo también tengo bastante hambre. —Miró hacia el restaurante—. ¿Harán bocadillos?

Hakim negó.

—Es un restaurante y coctelería. No hacen bocadillos —explicó—. Además, es bastante caro —remarcó.

Aitor se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso, paga Paco —comentó Miguel alzando sus dos cejas.

—¿Paco? ¿Quién es Paco? —preguntó Hakim.

El teléfono de Víctor sonó en ese momento.

—Dime, Kata —comentó Víctor.

—Ponme en manos libres —le pidió ella.

Víctor pulsó el botón.

—Ya está.

—Bilal no está en el edificio —comenzó a explicar—. Eso sí, he echado otra ojeada y no encuentro nada que pueda ayudarnos.

Aitor se giró hacia atrás mirando el móvil que Víctor sostenía en su mano.

—¿Lo has localizado a él?

—Sí, con la manta roja me es mucho más fácil. Estaba hablando con un hombre por teléfono, pero no ha pronunciado su nombre. No sé con quién hablaba, pero sí he escuchado que decía que en unas horas se pasaría a mirar cómo iban las obras del piso de su difunto jefe. Además, por lo visto, ya están repatriando el cuerpo de Farid.

—Así que vendrá al piso —corroboró Marcos.

—Eso parece, supongo que se refería a ese piso —respondió ella sin estar muy segura.

—Perfecto, Kata —la felicitó Aitor.

—Le iré echando un ojo y cuando se dirija al piso os aviso.

—Eso estaría genial —indicó Víctor—. Vamos a aprovechar para comer ahora, ¿no, jefe? —preguntó Víctor con cara de cordero degollado.

Aitor puso los ojos en blanco y suspiró.

—A vosotros no se os va el apetito ni en medio de una misión tan crucial como esta, ¿verdad? —ironizó.

—El hambre nunca se pierde —bromeó Miguel.

—De acuerdo, avísanos cuando veas que se dirige hacia el piso con toda la antelación que puedas, así nos preparamos. Gracias por todo, Kata.

—A servir —contestó ella feliz por haber logrado algo, pues los anteriores días estaba de mal humor al no conseguir nada sobre el paradero de los dos objetos de poder—. Víctor… —lo llamó—, un beso.

—Otro para ti —dijo antes de colgar.

Miguel lo miró e hizo un gesto de burla.

—Ay, sí… un besitooo, Víctooor —ironizó.

Víctor enarcó una ceja hacia él y lo escudriñó de la cabeza a los pies.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó sorprendido por la reacción de su amigo.

Miguel cerró los ojos unos segundos y suspiró.

—Perdona, perdona… —se disculpó rápidamente—. El hambre.

Aitor sonrió.

—Sí, claro —ironizó este mientras abría la puerta de la furgoneta.

Estaba claro que lo que afectaba realmente a Miguel era estar tanto tiempo lejos de Elena. A Aitor también le afectaba estar lejos de Nerea, aunque no lo expresase tanto y llevase mucho mejor la presión que Miguel.

Aitor fue hacia la furgoneta donde estaban el resto de sus compañeros. Daniel se encontraba sentado de copiloto, así que abrió la ventanilla.

—Kata ha localizado a Bilal. Ha escuchado una conversación donde dice que vendrá en unas horas al piso para ver cómo van las obras de reconstrucción.

—¿Un par de horas, tal vez? —preguntó Daniel.

Aitor asintió.

—Sí, vamos a aprovechar para cenar algo rápido, luego nos ponemos los uniformes y vamos a explorar el piso antes de que llegue. Parece que disponemos de algo de tiempo.

—Perfecto —dijo Daniel bajando de la furgoneta igual que sus compañeros—. Ya empezaba a tener hambre.

—Parece que estamos todos hambrientos —comentó Lucas.

—Vamos a recuperar fuerzas y luego nos ponemos manos a la obra —dijo Aitor que cruzaba ya la calle en dirección al restaurante.

Lucas se situó a su lado y sonrió.

—Anda que si los del restaurante supiesen que fuimos nosotros los que volamos las últimas plantas…

Aitor chasqueó la lengua.

—Nos van a servir la cena, mejor que no lo sepan —concluyó.

Bilal colgó el teléfono y suspiró. Llevaba todo el día al teléfono hablando con la empresa que se encargaba de la repatriación del cuerpo de su antiguo jefe, el señor Farid Ansari. Siempre había sido un jefe parco en palabras, pero llevaba en la empresa más de diez años, los últimos tres como su asistente personal, ayudándolo en todo las veinticuatro horas del día, lo que había implicado un gran aumento de sueldo. Sí, estaba junto a él todo el día, asistiéndole, pero aquel trabajo le había permitido enviar dinero a su familia en Irak.

Se había criado en la ciudad de Bagdad, en el antiguo barrio de al-Anbariyen y, con catorce años, había emigrado a Emiratos Árabes Unidos donde había encontrado trabajo en la afamada compañía petrolera del señor Ansari. Había comenzado como un simple peón en la industria del petróleo y, poco a poco, gracias a sus dotes organizativas y de liderazgo, había subido escalafones hasta convertirse en el hombre de confianza y la mano derecha del mayor accionista de la empresa. Ahora, sus acciones se venderían al mejor postor, solo esperaba poder seguir en su puesto de trabajo, pues necesitaba desesperadamente el dinero para enviarlo a sus padres y hermanos que aún seguían en Bagdad.

Había tenido que contactar con el seguro de decesos contratado por el señor Ansari. Ellos se habían encargado de traer su cuerpo que, en esos momentos, viajaba hacia allí y llegaría en unas seis horas.

Al día siguiente se haría el entierro al que acudirían centenares de personas, tanto empresarios como trabajadores y amigos.

Aún no era consciente del giro que había dado su vida en tan pocos días, solo esperaba que el señor Ansari se hubiese reunido ya con su esposa, tal y como él mismo deseaba.

Caminó por la calle lentamente, a esa hora el sol ya se ponía y la temperatura era mucho más confortable. La gente comenzaba a salir fuera y las calles rebosaban de vida.

Cuando el Burj Mohammed Bin Rashid asomó entre los altos edificios, se detuvo y se

quedó observándolo. Pese al incidente en las últimas plantas, seguía siendo majestuoso.

Aquellos últimos tres años aquel había sido su hogar. La planta ochenta y siete se había transformado en su casa, incluso tenía su habitación allí. Se levantaba cada día a las seis y media de la mañana para preparar la agenda del señor Ansari y arreglarse, y a las ocho de la mañana siempre desayunaba con él. Desde la muerte de la esposa de Farid, aquel edificio se había convertido en el hogar tanto del señor Ansari como de él mismo. A la planta ochenta y ocho no solía subir muy a menudo, aunque debía reconocer que desde la destrucción de esta sí lo hacía con más asiduidad, pues quería asegurarse de que la remodelación siguiese correctamente su curso. Sabía lo que el señor Ansari realizaba cada vez que iba allí: sus reuniones con Thelema, aquella sociedad secreta de magia negra, sus hechizos y conjuros. Él nunca había asistido a ninguna de aquellas reuniones, se limitaba a asistirlo en todo lo personal y en lo referente a la empresa, pero sí lo había visto ejercer alguna vez la magia, lo cual le había impresionado profundamente, hasta el punto de que la admiración que había sentido por aquel hombre se había transformado en adoración.

Accedió al edificio y saludó con un movimiento de mano al vigilante de la puerta. Tomó el ascensor y pulsó el botón a la planta ochenta y siete donde, en principio, aquella tarde, los obreros debían haber pintado parte del piso y haber arreglado ya la instalación eléctrica.

Miró su reloj e inspiró hondo. En poco más de cinco horas llegaría al Aeropuerto Internacional Zayed de Abu Dabi el cuerpo del señor Ansari. Desde allí llevarían el féretro al forense y, posteriormente, al velatorio para que todos sus allegados y conocidos pudiesen velarlo.

Le esperaban días duros.

La semana siguiente ya había concertado cita con el notario para abrir el testamento. Estaba seguro de que le había dejado algo, pues era su hombre de confianza y con el paso de los años les unía una gran amistad.

“Si alguna vez me pasa algo, este piso será para ti”, había pronunciado Farid hacía un par de años. Solo esperaba que fuese cierto. Si era así y había modificado su testamento adjudicándole la propiedad de aquel piso, podría venderlo y, con el dinero obtenido, traer a toda su familia de Irak, además, confiaba en que cuando las acciones del señor Ansari saliesen a la venta el nuevo comprador lo mantuviese en plantilla, al fin y al cabo, él conocía perfectamente la empresa y le podía ser de mucha ayuda.

Las puertas del ascensor se abrieron y accedió al piso. El olor a pintura lo echó para atrás.

Miró al techo donde las placas faltaban y algunos cables colgaban de él. La mayoría de objetos, así como sofás, televisión, mesas, sillas… todo había quedado calcinado. Lo primero que los obreros habían hecho era retirar todo aquello que estaba defectuoso, casi todo, de hecho, y luego, tras asegurarse de que la estructura del edificio estaba en buen estado, se habían limitado a rascar las paredes y pintarlas de nuevo, aunque aún faltaba gran parte de ellas.

El viento caliente del desierto que se filtraba a través de algunas ventanas sin cristales movió sus cabellos negros de un lado otro.

Se fijó en el suelo de parqué ennegrecido por la explosión de las pequeñas bombas y se agachó para palpar la nueva madera. En gran parte del comedor habían retirado el suelo y añadido algunas tablas de madera nuevas. Volvería a reconstruir el piso del señor Ansari tal y como era antes.

Se situó en medio del salón y miró a su alrededor. Sí, los obreros eran rápidos y trabajaban eficientemente, pero deseaba que lo acabasen ya para poder volver al que consideraba su hogar, pues el hotel donde se encontraba no le parecía del todo confortable. Podría haber vuelto a Dubái, a su piso en el barrio de Sonapur, pero tenía demasiado trabajo que hacer aquí: encargarse

de la reconstrucción de las plantas ochenta y siete y ochenta y ocho, supervisar la repatriación del cuerpo de Farid y organizar el velatorio y el entierro. Ni siquiera él tenía tiempo para llorar a su fallecido amigo.

Dio unos pasos hacia delante, sin acercarse mucho a la maltrecha ventana por donde entraba el aire caliente del desierto, la cual simplemente tenía unas cintas de seguridad a la espera de poner los nuevos cristales. Se quedó observando la ciudad desde lo alto.

—Hola, Bilal —dijo una voz masculina a su espalda.

Bilal dio un brinco y miró asustado de un lado a otro. ¿Aún quedaban obreros allí? ¿A esas horas? Miró nuevamente a lado y lado, sin encontrar el causante de aquella voz.

—¿Quién? ¿Quién anda ahí? —tartamudeó mientras se removía mirando a izquierda y derecha—. ¿Quién anda ahí? —repitió en un tono más alto.

Miguel apareció ante él sin previo aviso y lo cogió del cuello.

—Ahhh —gritó Bilal por la impresión.

Después de cenar, y una vez se hubieron marchado todos los obreros, la división al completo y los miembros de la Aurora Dorada que los habían acompañado, habían subido a las plantas superiores. Sus movimientos eran tan rápidos que ni siquiera el ojo humano era capaz de detectarlos, eran solo como una ventisca.

Habían revisado las dos plantas palmo a palmo sin hallar nada que les pudiese ayudar a dar con los dos objetos de poder, así que se habían limitado a esperar y, cuando Kata les había avisado de que Bilal se acercaba, se habían escondido por el piso.

No sabían si Bilal también formaría parte de Thelema o si tendría algún poder, así que habían preferido ser precavidos. Se habían vestido con sus uniformes y habían esperado en la oscuridad.

Miguel lo miró de la cabeza a los pies mientras Bilal golpeaba su brazo y gritaba desesperado.

—Definitivamente no pertenece a Thelema —concluyó Miguel—, grita como un cochinillo —se burló.

El resto de la división salió de detrás de las sombras mientras la Aurora Dorada se quedaba escondida por si les sorprendía de alguna forma.

Bilal miró a su alrededor, observando a los seis hombres vestidos de negro. Uno lo sujetaba por el cuello, alzándolo, y los otros cinco se acercaban peligrosamente.

—¡Nooo! —gritó Bilal—. ¡Socoorrooo!

Aitor se situó al lado de Miguel y chasqueó la lengua.

—Suéltalo ya… o al final le dará un infarto y no podremos interrogarlo.

Miguel se encogió de hombros y lo soltó, aunque era tal el temblor de piernas que Bilal tenía que no aguantó el equilibrio y cayó al suelo.

Tragó saliva y se arrastró por el parqué de madera intentando alejarse de ellos mientras emitía sollozos cargados de pánico. No los conocía en persona, pero sabía perfectamente de quiénes se trataba. Farid Ansari le había hablado sobre ellos varias veces y, por lo que él sabía, ellos eran los causantes directos junto a la Aurora Dorada de la muerte de su jefe.

—No… no me matéis… —imploró.

Todos lo miraron enarcando una ceja.

Lucas chasqueó la lengua.

—No sé, no sé… ¿tú qué opinas, jefe? —le preguntó con una leve sonrisa mientras se cruzaba de brazos.

—Dependerá de si nos ayuda o no —respondió Aitor.

Bilal miró a los seis hombres que estaban ante él y se giró levemente hacia atrás, observando cuán alto se alzaba el edificio. No tenía escapatoria.

—¿Qué… qué queréis? —tartamudeó.

Aitor fue hacia él y se arrodilló enfrente.

—Queremos información —pronunció con voz grave. Bilal tragó saliva—. ¿Eras la mano derecha de Farid Ansari? —Bilal miró de reojo al resto de hombres que lo rodeaban y finalmente asintió—. Bien, pues supongo que estarás al tanto de que era el hechicero supremo de Thelema, ¿verdad?

Bilal tragó saliva y apretó los labios.

—¡Vosotros lo matasteis! —le gritó en un arrebato.

Aitor se llevó la mano al oído sorprendido por aquel grito y lo miró enfadado.

—Vuelve a gritar así y te tiro por la ventana —lo amenazó, provocando que Bilal temblase aún más—. ¿Ya estás más calmadito? —preguntó Aitor irónicamente al ver que el hombre apretaba los labios—. Bien, pues vamos a hablar como dos personas civilizadas, seguro que estás de acuerdo con eso, ¿verdad? Vamos a llevarnos bien, ¿te parece? —Bilal tragó saliva e inspiró hondo. Si esos hombres eran la división a la que se refería el señor Ansari, estaban dotados de unos dones impresionantes, tanto que habían podido acabar con el hechicero supremo de Thelema. Finalmente asintió—. Bien —continuó Aitor en tono sosegado—, ¿dónde están los objetos de poder?

Bilal tragó saliva y miró asustado a Aitor y al resto. Sabía perfectamente a lo que se refería. Aquellos hombres buscaban los objetos que Farid le había entregado: el grimorio del rey Salomón y su anillo. El señor Ansari se los había entregado en dos maletines antes de volver a la Antártida sin saber que aquella era su despedida, que jamás volvería a verlo.

—Quiero que lleves estos dos maletines a mi socio, Hasan Rabah. Él sabrá qué hacer con ellos. —Lo había mirado con intensidad—. Necesito que los oculte.

—¿Dónde?

—Él sabe dónde. No te preocupes por eso, preocúpate de que estos dos maletines acaben en manos de Hasan Rabah y de nadie más. Deberás dárselos tú mismo en persona. —Había situado su mano sobre los maletines y los había empujado hacia él—. Esta es la misión más importante que te voy a encomendar en mi vida. No me defraudes.

—No lo hare, señor —le prometió mientras cogía los maletines y los situaba sobre sus piernas.

Le había prometido que no le fallaría.

—No… —tragó saliva—, no sé a qué os referís.

—¡Venga ya! —exclamó Marcos cruzándose de brazos y atrayendo la mirada de Bilal.

—Bilal, Bilal… —comentó Aitor golpeándole la mejilla levemente para que volviese a prestarle atención—, hemos dicho que nos íbamos a llevar bien. —Bilal tragó saliva nervioso—, hay que poner voluntad por ambas partes. Te voy a volver a repetir la pregunta porque creo que no la has comprendido bien —insistió Aitor—, ¿dónde están los dos objetos de poder? Y por objetos de poder me refiero al grimorio del rey Salomón y a su anillo. Vamos, no me defraudes esta vez —ironizó.

Bilal negó con la cabeza.

—De verdad que… que no lo sé. No tengo ni idea de lo que me estás diciendo…

Miguel comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo.

—Se me agota la paciencia —canturreó Miguel.

—Ohhh… eso es malo —lo señaló Aitor—, no te interesa —acabó mirando a Bilal.

—De… de verdad, yo… yo solo me encargaba de organizarle la agenda, de llevarle la documentación empresarial… —Aitor arqueó una ceja—. No sé de qué me estáis hablando, de verdad, si lo supiese os lo…

—Se me agotó —dijo Miguel antes de aparecer ante él, levantarlo del suelo y llevarlo alzado hacia una de las ventanas.

—¡Nooo! —gritó Bilal.

Aitor ladeó su cuello mientras observaba la escena.

—Si no lo sabes, no nos sirves —apuntó Lucas.

Miguel lo llevó hasta la ventana y lo sacó al vacío, sujetándolo solo por el cuello. Bilal apretó con sus dos manos el brazo de Miguel.

—¿Seguro que no sabes nada? —insistió Miguel—. Habla o te aseguro que en menos de un minuto tus sesos estarán esparcidos por toda la acera.

Marcos se acercó y miró hacia abajo mientras Bilal no dejaba de gritar y convulsionarse por el terror que sentía en aquellos momentos.

—¡Habla! —ordenó Aitor.

Bilal balbuceó, pero ni siquiera le salió la voz.

Miguel enarcó una ceja y miró de reojo a su jefe.

—¿Está intentando hablar? —preguntó confundido, pues Bilal movía su boca compulsivamente.

—Eso o se está ahogando, creo que lo estás asfixiando —respondió Aitor.

—Yo creo que le está dando un ictus —ironizó Marcos encogiéndose de hombros.

—Oye —le gritó Miguel de los nervios, apretando su mandíbula—. ¡Tu jefe invocó a uno de los seres más poderosos del Universo y ahora este amenaza con destruirlo todo! —le gritó—. ¡Eso me pone de muy mala leche! Pero hay algo más… —Bilal lo miró con ojos vidriosos, cargados de miedo—, tengo una novia muy guapa a la que llevo sin ver meses por culpa de vosotros y vuestros jueguecitos con lo oscuro… —Aitor suspiró cuando escuchó a su amigo nombrar a Elena y negó con la cabeza, incrédulo ante lo que decía Miguel—, ¿sabes lo que significa eso? —le gritó. Bilal gritó de nuevo—. ¡Que me tenéis hasta los putos cojones! —le gritó—. Así pues, si no vas a hablar y no sabes nada y, por tanto, no vas a facilitarme que vuelva con mi novia, adiós muy buenas. —Aitor puso su espalda recta y miró al resto de sus compañeros, Miguel tenía un tono ronco demasiado fuerte—. Voy a contar hasta cinco y lo siguiente será tu cuerpo esparcido por todo Abu Dabi… —Lo miró con intensidad—. Uno… dos…

—Nooo, por favor… no sé nada… —gritó Bilal.

—Treees… —pronunció Miguel con voz grave.

Aitor se giró hacia sus compañeros, los cuales estaban bastante tensos, igual que él. Miguel parecía estar hablando en serio y no usaba ahora su típico tono de humor.

—¡Miguel! —llamó su atención Aitor al ver que comenzaba a relajar el brazo como si fuese a soltarlo.

—¡Cuatro! —continuó este su cuenta ante la mirada inquieta de todos sus compañeros.

Bilal movía los pies compulsivamente y se sujetaba con fuerza al brazo de Miguel—¡Cinco! —gritó Miguel y ladeó su cabeza—. Adiós, Bilal —se despidió.

—Nooo… ¡Hasan! —gritó sujetándose con fuerza a su brazo—. ¡Hasan! —repitió.

Miguel enarcó una ceja y miró de reojo a sus compañeros.

—¿Hasan? —preguntó Aitor dando un paso al frente, acercándose a Miguel.

—Por favor… —suplicó Bilal llorando—, no me matéis y os lo diré todo. ¡Por favor! —

gritó.

Miguel miró a sus compañeros y sonrió divertido. Todos pusieron sus ojos en blanco. Ya sabían que iba de farol, pero Miguel asustaba cuando se enfadaba y hablaba tan serio.

Miguel se giró con Bilal aún suspendido en el aire y lo arrojó sin cuidado sobre la parte del parqué chamuscado que todavía no habían cambiado los obreros.

Bilal rodó sobre este hasta que se quedó quieto, luego se las apañó para girarse y, aún tumbado en el suelo, reculó como pudo rápidamente hacia atrás.

—¡Habla! —ordenó Marcos.

Bilal tragó saliva y durante unos segundos se quedó en silencio, como si intentase ordenar las ideas, pues los nervios vividos lo habían bloqueado.

Miguel le propinó una patada no muy fuerte en el pie.

—O hablas o volarás… —lo amenazó.

Bilal asintió.

—Hasan Rabah —acabó diciendo.

Aitor se arrodilló ante él y extrajo una pistola, moviéndola amenazante ante él. La mirada de Bilal se clavó en ella. Parecía realmente asustado.

—¿Quién es?

—Es… es el socio del difunto Farid Ansari. —Tragó saliva y se removió nervioso—. El señor Ansari me entregó un par de maletines, supongo que contenían los dos objetos de poder —balbuceó—, aunque jamás los vi. Me pidió que se lo entregase en mano al señor Hasan Rabah, que él pondría a buen recaudo el contenido.

Aitor se giró hacia el resto y asintió.

—Vaya… —dijo volviéndose hacia él—, después de todo parece que algo sí sabías, ¿eh? —dijo golpeándole en el hombro como si tuviese toda la confianza del mundo con él.

Bilal se encogió y se removió nervioso de nuevo.

—¿Dónde lo encontramos?

—No lo sé, solo quedé con él esa vez. No sé lo que hizo con el maletín —sollozó—. Eso es verdad, se lo entregué y no sé nada más… —Tragó saliva y negó—. Solo sé que esos objetos los ha guardado en algún lugar, pero no sé dónde.

Aitor se puso en pie e inspiró con fuerza. Se giró hacia el resto y se encogió de hombros.

—Algo es algo —dijo como si estuviese conforme con la información. Se giró hacia él de nuevo—. Pero más te vale que nos hayas dicho la verdad…

—¡Lo he hecho! —gritó él.

—O iremos a buscarte y la próxima vez cumpliremos nuestra amenaza —acabó con voz grave.

Bilal asintió rápidamente.

—Os prometo que os he dicho la verdad —insistió rápidamente.

Aitor se puso en pie y lo observó unos segundos.

—Dame tu móvil —le ordenó.

—¿Qué?

—¡Tu móvil! —exigió Aitor tendiendo la mano hacia él. Bilal metió la mano en el bolsillo de su pantalón, lo extrajo y se lo tendió—. ¿Cuál es tu clave? —preguntó.

—Dos ocho cuatro uno —susurró.

Aitor comprobó que lo podía desbloquear y lo miró unos segundos. Luego inspiró hondo y señaló hacia la puerta del ascensor.

—Está bien… márchate, vamos —ordenó señalando hacia la puerta.

Bilal se removió nervioso, sin reunir aún las fuerzas necesarias en sus piernas para poder ponerse en pie.

—Venga, va… vete antes de que nos arrepintamos de dejarte ir —le gritó Aitor.

Bilal comenzó a ponerse en pie, tembloroso, sin poder guardar la estabilidad, pues las piernas le temblaban muchísimo.

—Los he visto más rápidos, ¿eh? —ironizó Daniel.

Aitor apuntó hacia los pies de Bilal y disparó varias veces provocando que Bilal diese unos saltos.

—Ahhh.

—Se me acaba la paciencia. ¡Que te marches! —le gritó Aitor.

En ese momento, Bilal sí reunió las fuerzas suficientes para salir corriendo de allí a toda prisa, casi derrapando.

—Corre, corre… —se burló Miguel—. ¡Que te pillo!

Escucharon otro grito antes de que Bilal desapareciese tras la puerta del ascensor.

Marcos ladeó su cabeza hacia Miguel, estudiándolo.

—Menudo genio, pensaba que ibas a soltarlo…

—Hasta yo me lo he creído —rio Lucas.

Miguel se encogió de hombros.

—Es que iba a soltarlo —respondió directamente.

Todos lo miraron de arriba abajo, sin saber si bromeaba o no.

—Chicos —dijo Valeria saliendo de la habitación donde se había escondido junto a Efrem, Idalia y Jake y les mostró el móvil—, ya están buscando la vivienda de ese tal Hasan Rabah.

Aitor tendió el móvil de Bilal a Efrem.

—Quizá podamos extraer información de aquí.

Efrem cogió el móvil.

—Yo me encargo —dijo manipulándolo—. Se me da bien la tecnología.

—De paso ganamos tiempo, no podrá avisar tan rápido a Hasan —acabó Aitor que miró a Valeria—. ¿Tardarán mucho en…?

—Tengo la dirección y una fotografía. Es el dueño de una empresa de seguridad —dijo dando un salto de alegría.

—¡Qué rápidos! —exclamó Aitor asombrado.

—En la Aurora somos muy eficientes —pronunció Valeria con honor.

Todos se acercaron a ella.

—¿Está cerca de aquí? —preguntó Lucas.

Valeria puso su espalda recta.

—Oh, oh… —comentó.

—¿Qué? —preguntaron casi todos a la vez.

Valeria chasqueó la lengua y miró a la división con fastidio.

—El tal Hasan Rabah vive en una urbanización llamada Mohammed Bin Rashid City…

—¿Está lejos? —preguntó Daniel inquieto.

Ella resopló y los miró a todos.

—Está en Dubái —pronunció lentamente, como si la situación la agotase mentalmente.

—¡Venga ya! —se quejó Marcos—. ¿Otra vez a Dubái? Acabamos de venir de ahí.

—Bueno… —comentó Aitor quitándole importancia—, de todas formas… nuestro avión está en el Aeropuerto Internacional de Dubái, así que… deberíamos ir igualmente.

—Pues nada… otra hora y media de coche para hacerle una visita a ese tal Hasan de las

narices —ironizó Daniel mientras cogía a Valeria por la cintura y se acercaban a las escaleras de incendios por donde ellos bajaban mucho más rápido, cargando a los miembros de la Aurora Dorada y desapareciendo de la vista del conserje que custodiaba la puerta de acceso al edificio.

—Venga, otra vez para Dubái —los animó Aitor acercándose también a las escaleras—. Al menos ya nos vamos acercando. El viaje no ha sido en vano.

Dicho esto, descendieron las ochenta y siete plantas rápidamente y salieron al exterior. Ahora que el sol ya se había escondido bajo el horizonte, aunque aún hacía bastante calor, este era mucho más soportable.

—Hakim… —comentó Aitor abriendo la puerta de la furgoneta—, volvemos a Dubái. Valeria —la llamó mientras ella se dirigía al otro vehículo—, pásame el enlace de la dirección de Hasan.

—Ahora mismo —respondió antes de subir a la furgoneta seguida por Daniel.

Cinco minutos después estaban de nuevo camino a Dubái.

7

Astaroth descendió a los infiernos y aterrizó sobre la tierra formando una nube de polvo a su alrededor. Ahora que había logrado abrir las puertas del infierno y salir al exterior, el ambiente allí le resultaba insoportable: el calor, la toxicidad del aire por la cantidad de azufre, la poca luz…

Había pasado tantos milenios encerrado en la botella que se había sentido liberado al volver al infierno, pero no recordaba lo maravilloso que era caminar sobre la Tierra con la brisa fría acariciando su piel.

Varios demonios lo esperaban allí.

—Por aquí, mi señor —pronunció uno de ellos realizando una reverencia.

Astaroth lo siguió internándose entre las altas montañas, por aquellos pasillos estrechos donde la luz apenas llegaba y reinaba la oscuridad. Los gritos de las almas que permanecían allí encerradas fueron como música para sus oídos y la comisura de sus labios se tensó hacia arriba en una leve sonrisa maliciosa. Con el tiempo, te acostumbrabas a los gritos y lamentos, incluso no imaginabas el infierno sin ellos.

—Puedes irte —ordenó al demonio que lo acompañaba—, me sé el camino perfectamente.

El demonio hizo otra reverencia y obedeció sus órdenes.

Avanzó por el pasillo con su espalda recta. No le importaba descender a los infiernos de vez en cuando, no alteraría el curso de lo que ocurriría en breve en la Tierra, cuando lograse romper la cúpula mágica. Quería que todo saliese a la perfección.

Llegó hasta la zona donde solían reunirse, aquella sala donde había una larga mesa formada por las mismas piedras de las montañas, unas duras sillas y, al otro lado, un trono, el trono que había sido suyo durante muchos milenios y que, posteriormente, había usado Lucifer en su ausencia.

Belcebú y Lucifer lo esperaban allí.

Astaroth fue hasta ellos y se detuvo enfrente.

—Veo que has cogido algo de color —ironizó Belcebú—. La Tierra te sienta bien. Antes estabas muy pálido.

—Pasar más de un milenio encerrado en una botella no favorece al cutis —respondió Astaroth rodeándolo para dirigirse al trono.

Subió los escalones y se sentó en él. Sintió placer al volver a sentarse allí, se sentía poderoso en aquel trono, aunque fuese duro y de piedra. En breve, el trono del reino de los cielos también le pertenecería.

Ladeó su cuello hacia ellos.

—¿Para eso me llamáis? Tengo cosas importantes que hacer en la superficie —recordó.

Lucifer dio unos pasos hacia delante.

—Todo está preparado, tal y como ordenaste —le informó—. ¿Cuándo prevés que podamos atacar?

Astaroth se quedó pensativo.

—La cúpula que han creado alrededor de la Tierra de Wilkes es poderosa, mucho más que la estrella de David. —Movió sus dedos sobre el reposabrazos de piedra y repiqueteó sus uñas—. Puede que aguante una semana o un poco más, siempre y cuando no volváis a interrumpirme.

Lucifer y Belcebú asintieron.

—¿A qué zona debemos dirigirnos?

—A la zona sur —respondió Astaroth—, allí la cúpula es más débil y fácil de romper, aunque los humanos no dejan de reforzarla…

—¿Y lo logran? —preguntó Belcebú.

—Levemente, lo único que pueden lograr es retrasar un par de minutos terrenales lo inevitable —respondió con soberbia—. Han creado una base para vigilar la zona, la llaman la base Nueva Esperanza —rio incrédulo—. Lo cierto es que tienen gracia, ya no recordaba su sentido del humor —se burló y miró a Lucifer—. ¿Todas las tropas están listas?

Lucifer asintió.

—Así es, preparadas para que en el momento en que la cúpula salte por los aires todos ataquemos. Las tropas están ansiosas por salir de aquí… Además, todas están dispuestas a apoyar en el derribo de la cúpula cuando des la orden.

—Lo imagino —confirmó Astaroth—, pero no pueden hacerlo bajo ningún concepto hasta que yo dé la orden, no quiero poner en preaviso a los humanos, y mucho menos a la Aurora Dorada. —Se removió inquieto—. La cúpula mágica está muy bien creada y es fuerte. —Se encogió de hombros—. Está claro que tuvieron ayuda angelical. Igualmente, como he dicho, no creo que aguante más de una semana terrestre.

Belcebú asintió y miró de reojo a Lucifer.

—Y… ¿y nosotros? —preguntó está vez titubeante.

—¿Vosotros? —Astaroth enarcó una ceja.

—También queremos salir de aquí —respondió rápidamente Belcebú.

Astaroth se quedó mirándolo fijamente.

—Vosotros os encargáis de preparar a las tropas para mí, para cuando llegue el momento de atacar —recordó con un tono de voz que no daba lugar a discusión. Se quedó observando a los dos, como si aquella petición le molestase—. Os traje un juguete para que os divirtieseis —recordó alzando el mentón—. Por cierto, ¿cómo está Gadreel? —ironizó—. Espero que esté recibiendo toda la hospitalidad que se merece del infierno.

—La está recibiendo, créeme —respondió Lucifer.

Astaroth asintió y se puso en pie.

—Te creo, pero le haré una visita igualmente. Quiero ver cómo ese perro se retuerce de dolor por traicionarme —acabó diciendo con los dientes apretados, preso de la rabia.

Bajó los escalones que alzaban el trono y giró para dirigirse a la primera puerta que se encontraba a la izquierda, en aquel pasillo oscuro y donde los gritos no cesaban.

Se asomó a través de la pequeña ventana rectangular con barrotes y observó. Gadreel se encontraba en un rincón de la celda hecho un ovillo, con unos pantalones rotos y todo el pecho ensangrentado. Aquella visión le erizó todo el vello del cuerpo. No había nada que le produjese más placer que ver el sufrimiento de aquellos que habían conspirado contra él.

Abrió la celda y entró lentamente. Gadreel solo elevó la mirada hacia él, sin mover un ápice su cuerpo.

Una sonrisa inundó los labios de Astaroth cuando se situó ante él. Realmente estaba destrozado. Su cuerpo estaba lleno de heridas, algunas más profundas por los latigazos sufridos, además, podía apreciar quemaduras en su pecho.

Se arrodilló ante él observándolo de arriba abajo, algunas partes de su cuerpo estaban en carne viva. Gadreel siguió sin moverse, acurrucado, y apartó la mirada de él cerrando los ojos, intentando controlar el dolor de su cuerpo.

—Veo que están haciendo un buen trabajo contigo —pronunció lentamente. Gadreel solo

abrió los ojos, pero ni lo miró, estaba totalmente exhausto, agotado y sin fuerzas para moverse.

Astaroth alargó su mano y tocó el hombro de Gadreel. La sangre dorada lo cubría parcialmente. Gadreel gimió y se movió hacia atrás, encogiéndose.

—Qué dócil pareces ahora —se burló Astaroth, pero Gadreel no entró a la provocación, se mantuvo callado.

—Tu sacrificio no ha servido de nada… —continuó Astaroth. Aquella vez sí provocó que Gadreel lo mirase. ¿Había roto ya la cúpula que habían creado? No lo creía, pues a lo lejos había escuchado la conversación que había mantenido Astaroth con Lucifer y Belcebú, y parecía que se estaban preparando para el ataque, por lo que deducía que la cúpula todavía seguía en pie—, ya queda poco para que todos seamos libres, para que comience mi reinado. —Gadreel no apartaba la mirada de él, aunque todo su cuerpo temblaba por el dolor de sus heridas—. Un ángel como tú… —dijo llevando la mano al costado donde había clavado su espada en la lucha mantenida en la base Casey—, con tanto poder… —Gadreel gimió cuando Astaroth apretó la herida a medio cicatrizar—, es un desperdicio. —Se acercó a él amenazante—. Únete a mí de nuevo, ya lo hiciste una vez, y quizá así… tu castigo no sea tan severo.

Gadreel tragó saliva e inspiró hondo sin emitir respuesta alguna. Astaroth esperó, pero Gadreel no pronunció nada.

—¿Te han cortado la lengua? —se rio.

Gadreel apretó los labios y apoyó su cabeza contra la pared, agotado. Astaroth chasqueó la lengua en señal de disgusto y se puso en pie.

—Una pena… —ironizó—, podrías ser libre en breve, pero si es esto lo que tú deseas, que así sea —dijo al final con asco.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, aunque en ese momento la voz de Gadreel lo detuvo.

—Astaroth… —pronunció con voz grave. Este se giró hacia él con una sonrisa—, jamás ganarás —sentenció.

La sonrisa de Astaroth se borró y se puso firme. Lo contempló allí tendido, sin fuerzas para ponerse en pie ni mover un solo músculo, pero con la suficiente fuerza aún para decir aquellas palabras.

—Creo que estamos siendo muy clementes contigo —dijo alzando el mentón sin apartar la mirada de los ojos de Gadreel que lo observaban fijamente—. ¡Amón! —gritó el nombre del demonio de la ira. El demonio se situó a su lado—. Diviértete con él un poco más… —le ordenó girándose hacia la puerta—, aún tiene fuerzas para hablar.

—Vete a la mierda, Astaroth, jamás te saldrás con la tuya —escupió las palabras Gadreel sacando fuerzas de donde pudo.

Astaroth decidió ignorarlo y salió de la celda mientras Amón cerraba la puerta con una risa grave.

Pasó al lado de Lucifer y Belcebú que se encontraban en la sala del trono y ni siquiera los miró.

—Os avisaré cuando llegue el momento —pronunció caminando firme y dirigiéndose a los pasillos para internarse entre ellos.

Amón se giró y observó los objetos de tortura que había en aquella celda.

Gadreel inspiró hondo y se rodeó con los brazos formando un ovillo, apoyando su cabeza contra la pared. Tragó saliva y ni siquiera quiso abrir los ojos para observar el instrumento de tortura con el que aquel cruel demonio intentaría someterlo aquella vez.

Eran las doce y media de la noche cuando se detuvieron frente a la dirección que habían recibido

de la ubicación de Hasan Rabah.

La urbanización era impresionante, con lujosas casas modernas, todas de color blanco, que contrastaban con la arena del desierto y lagos y ríos artificiales en toda la zona, además, tenía muchos árboles y palmeras.

Marcos silbó.

—Menudo sitio para vivir —dijo asombrado mirando la casa de Hasan Rabah.

—Ni con cinco vidas trabajando para el CNI podría comprarme una casa así —continuó Lucas.

—Hay que decirle a Paco que nos aumenten el sueldo —bromeó Aitor mientras cogía el móvil y marcaba el teléfono de Daniel, el cual se encontraba en la furgoneta aparcada tras ellos.

—Dime —respondió Daniel.

—Esto lo haremos solo nosotros. La Aurora que se quede aquí fuera vigilando —informó —. Estaremos en contacto todo el rato con ellos a través de los auriculares. Si hace falta los llamaremos.

—De acuerdo —respondió Daniel—. ¿Vamos ya?

Aitor se reclinó para mirar por la ventanilla opuesta a la suya.

—Están todas las luces apagadas —comentó.

—Ya lo veo —respondió Daniel a través del teléfono.

—Estará durmiendo —supuso Miguel—. En una bonita cama redondeada de plumas de ganso.

Aitor enarcó una ceja hacia Miguel cuando este suspiró tras decir aquellas palabras.

—Vente aquí y lo planeamos.

—Voy —respondió Daniel antes de colgar.

—¿Qué vamos a planear? —preguntó Lucas—. Entramos, que Miguel lo coja por el cuello como hizo con Bilal y que lo cante todo.

—Trato hecho —rio Miguel frotándose las manos.

—No —intervino Aitor—, es posible que los objetos de poder los tenga él, así que ni hablar. Hay que mantenerlo con vida —señaló a Miguel, el cual elevó sus manos hacia él—. Además, si era el socio de Farid Ansari es posible que también pertenezca a Thelema. Farid era el hechicero supremo de esa organización, así que seguramente Hasan también sea miembro, más teniendo en cuenta que a él se le entregaron los objetos.

La puerta de la furgoneta se abrió y Daniel entró decidido.

—Tira a un lado. —Empujó a Víctor, el cual se movió para hacerle un hueco—. Bien, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Daniel, deseoso de entrar en acción.

Aitor miró hacia la casa, observando que las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, seguramente por el aire acondicionado.

—Está todo cerrado —aclaró.

—¿Y cuándo eso es un impedimento para nosotros? —ironizó Lucas.

Aitor miró el móvil y marcó de nuevo.

—¿A quién llamas? —preguntó Lucas.

—A Kata.

—¿Para qué? —preguntó Víctor, su pareja.

—¿Tú para qué crees? —le preguntó en tono burlón.

Tras unos cuantos tonos Kata lo cogió.

—Hola, Aitor.

—Hola, Kata… necesitamos un favor —dijo rápidamente.

—Claro, dime.

—Hola, cariño —intervino Víctor rápidamente.

—Hooolaaa —respondió ella divertida—. ¿Va todo bien?

—Sí, estamos en Dubái otra vez, vamos a entrar en la casa de un magnate… ¡y menuda casa!

—Eh, eh… —interrumpió la conversación Aitor—, vamos a centrarnos.

—Sí, claro… perdona —respondió ella—, ¿qué necesitáis?

—¿Nos has seguido? —preguntó Aitor.

—No, hace unos quince minutos he intentado localizar los objetos otra vez, pero no hay manera.

—Vale, pues necesito que vengas. Es algo sencillo, prefiero que no cuelgues.

—De acuerdo, espera. ¡Magda! —la llamó—, ¿dónde está la esterilla?

La voz de Magda sonó a lo lejos.

—Aquí, toma —respondió.

—¿Estáis todos despiertos aún? —preguntó Lucas.

—Todos excepto Diana, está acostada desde hace unas horas, está la pobre rendida —explicó—. Vale, ¡Magdaaa! —gritó de nuevo.

—Vais a despertar a Diana con esos gritos —se quejó Marcos.

—¿Me asistes, por favor? —le preguntó Kata a Magda.

—Claro —escucharon todos la voz cercana y emocionada de Magda.

—Magda —comentó Lucas—, ¿cómo van las clases?

—Pues bien, he ensayado un poco más con Johannes —explicó ella—, ahora puedo localizar el dolor por la energía que desprende el cuerpo y…

—Por favor —volvió a interrumpir Aitor—, necesitamos que Kata se concentre.

—Ya estoy preparada —dijo Kata. Todos se mantuvieron en silencio, permitiendo que ella se concentrase—. Os veo. —Víctor saludó sin saber en qué dirección—. Hola, Víctor —comentó ella.

—Kata… —comentó Aitor en un tono sosegado—, en la acera contraria hay una casa muy moderna, la que tiene una palmera justo en la entrada…

—La veo —dijo ella.

—Necesitamos que nos digas si hay alguien o algún lugar por el que acceder.

—De acuerdo, dadme un minuto —respondió. Esperaron en silencio hasta que ella volvió a intervenir—. Hay un hombre durmiendo en la segunda planta… a ver, a ver… En el pasillo superior, en la segunda habitación por la derecha.

—Debe de ser Hasan —intervino Miguel.

—Hay dos vigilantes de seguridad abajo, en el comedor. Uno está sentado en el sofá, medio dormido, y otro está en la mesa mirando el móvil.

Todos se miraron impresionados, pues no habían caído en que pudiese haber seguridad.

—¿Alguna puerta abierta?

Hubo unos segundos de silencio.

—Ninguna.

—Tampoco es que nosotros necesitemos un cerrajero —bromeó Daniel.

—De acuerdo Kata, ya está —comentó Aitor—. Muchas gracias.

—De nada —respondió Kata aún estirada en la esterilla, abrió lentamente los ojos y se incorporó—. ¿Quién es ese hombre?

—Que me mira y me desnuda, una fiera inquieta que me da mil vueltas y me hace temblaaar

—canturreó Miguel.

—En serio, Miguel… con la que nos está cayendo encima y tú con tus tonterías… —le regañó Aitor.

—Lo siento, jefe, es que me lo ha puesto a huevo —se excusó Miguel.

—Mira, casi prefiero que resoples por tu dolor de huevos a que andes canturreando chorradas —susurró a Miguel para que solo él lo escuchase. Puso los ojos en blanco y se acercó al móvil—. En fin, Kata, volviendo a tu pregunta… creemos que es Hasan, puede que él tenga los objetos de poder.

Kata suspiró.

—No he detectado ninguna energía poderosa en el interior de la vivienda.

Aitor resopló y miró a sus compañeros.

—Lo interrogaremos a ver qué nos dice. Os dejamos.

—Buena suerte —intervino Magda.

—Gracias, hasta luego —se despidió Aitor antes de colgar.

Miró a sus compañeros y se giró hacia la casa.

—Hay dos vigilantes de seguridad abajo…

—Yo me encargo —dijo Marcos.

—¿Y por dónde entramos? —preguntó Lucas.

Aitor abrió la puerta de la furgoneta y bajó.

—Creo que lo más sensato es por la puerta. —Se encogió de hombros mientras el resto salían imitándolo.

Situó unas cuantas armas y dagas en su cinturón y fueron hacia la verja de la entrada.

—Marcos, Lucas y Víctor… por detrás —ordenó—. Miguel y Daniel conmigo. Reducid a los dos vigilantes de seguridad y nosotros vamos directamente arriba. —Se apretó el oído—. Valeria, Jake… ¿me escucháis? —preguntó a los dos miembros de la Aurora Dorada que se encontraban en la otra furgoneta aparcada.

—Alto y claro —respondió Jake.

—Preparaos por si necesitamos vuestra ayuda.

Se situaron todos frente a la puerta y Aitor les indicó que la saltaran por encima.

Saltaron sin ningún problema y el grupo formado por Marcos, Lucas y Víctor rodeó la vivienda por el jardín lateral mientras los demás se movían rápidamente hacia la puerta principal.

—Hay una puerta que parece que da a una cocina. Listos —escuchó que susurraba Víctor por el audífono que todos llevaban.

—Ya —ordenó Aitor sin esperar más.

Daniel dio un paso atrás, tomó carrerilla y golpeó la puerta con la pierna.

La puerta salió disparada y ellos entraron ante los gritos asustados de los vigilantes de seguridad de Hasan.

Aitor fue el primero en entrar seguido de Miguel y Daniel. No esperaron, ya que sabían que sus compañeros se encargarían de los vigilantes de seguridad en cuestión de segundos. Solo esperaba no encontrarse con grandes hechiceros.

Subieron las escaleras a gran velocidad, pues tenían claro que Hasan habría escuchado los golpes y que era posible que se armase o se preparase para un ataque, aunque eso tampoco les importaba demasiado.

Tal y como había explicado Kata, giraron el pasillo a la izquierda y entraron directamente en la segunda habitación. Hasan se había levantado y rebuscaba en la mesita de noche. Cuando la encontró, cogió la pistola y en cuanto entraron en la habitación apuntó hacia ellos.

La bala salió disparada en dirección a los tres miembros de la división, pero el trío la esquivó sin problemas con un movimiento tan acelerado que dejó totalmente noqueado a Hasan.

Aitor llegó y con un golpe en el estómago lo estrelló contra la pared, cayendo sobre el suelo.

—¡Encended la luz! —ordenó mientras iba hacia él.

Antes de que pudiese elevar el brazo para apuntarlo de nuevo, Aitor llegó quitándole el arma rápidamente y arrojándola a su compañero Miguel que la cogió al vuelo.

Cuando la luz se encendió observaron la lujosa habitación.

—¡Ja!, cama redonda, te lo dije… típico de los ricos —bromeó Miguel.

Aitor miró a Miguel un segundo y se giró hacia Hasan.

—Hola, Hasan —dijo con voz grave. El hombre se removió nervioso en el suelo buscando algo con lo que defenderse—. No vas a poder defenderte de nosotros… así que te recomiendo que te calmes.

Hasan era un hombre con bastante más temperamento que Bilal, ya que se puso en pie e intentó acercarse de nuevo a la mesita. Aitor volvió a golpearlo en el pecho y este salió despedido contra la pared otra vez.

Daniel se acercó a la mesita y abrió el cajón.

—¿Tienes más armas por aquí, Hasan? —dijo revolviéndolo todo. Hasan los miró con odio —. Mira… —dijo extrayendo una daga—, nosotros también tenemos —le mostró las que llevaba en el cinturón—, y te apuesto lo que sea a que sabemos manejarlas mucho mejor que tú.

Hasan se llevó la mano al pecho dolorido y comenzó a ponerse en pie.

Sabía perfectamente quiénes eran esos hombres, Farid le había advertido sobre ellos.

—¿A qué venís aquí? ¡A mi casa! —gritó casi escupiendo.

En ese momento subieron los escalones Víctor, Marcos y Lucas.

—Los vigilantes de seguridad ya están reducidos —aclaró Víctor entrando por la puerta junto a sus compañeros.

—Muy bien —los felicitó Aitor y se volvió hacia Hasan—. Creo que ya sabes a lo que venimos —respondió con la mirada clavada en sus ojos.

Hasan arrugó su nariz y alzó su mentón. No era tonto y sabía lo que querían, por eso mismo Farid le había pedido que escondiese los objetos de poder.

—No os los daré —sentenció Hasan.

—Ohhh… y tanto que nos los darás —canturreó Miguel que tocaba el colchón mirando si era cómodo o no. Se giró y se sentó sobre él—. ¿Es de pluma de oca? —preguntó.

Aitor se interpuso entre Miguel y Hasan, atrayendo la mirada de este.

—Más te vale dárnoslos o te aseguro que acabaremos con tu vida —pronunció Aitor con voz grave.

—Pues haced lo que tengáis que hacer. Estoy preparado para morir —dijo extendiendo los brazos hacia ellos, sin ningún temor.

Aitor enarcó una ceja y miró de reojo a sus amigos.

—Pues vale —comentó Miguel extrayendo el arma de su cinturón, levantándose del colchón—. Comencemos por la pierna.

—Migueeel… —pronunció Aitor con paciencia.

Ninguno esperaba que Miguel disparase de verdad hacia la pierna de Hasan que comenzó a gritar.

—¡Eh! —exclamó Aitor extendiendo los brazos hacia los otros—. ¡Joder!

—El tío es un puto kamikaze… mano dura, jefe —pronunció Miguel—. Déjamelo a mí,

este también cantará. —Aitor se frotó los ojos con paciencia mientras los gritos de dolor inundaban toda la estancia—. Vamos a ver… Hasan, Hasan… —continuó Miguel lentamente, arrodillándose ante él. Hasan gritaba sin cesar, pero Miguel golpeó su cara para que le prestase atención—. Eh, mírame… shhh… ehhh… —dijo girando su cabeza para coincidir las miradas—, concéntrate en lo que voy a decirte, escúchalo y entiéndelo bien. —Miguel se puso firme—. Voy a llenarte de plomo como no empieces a cantar ahora mismo, ¿entiendes?

Hasan gritó y miró furioso a Miguel.

—¡Hazlo! —lo alentó.

Miguel ladeó su cuello y miró de reojo a Aitor que apretaba los labios.

—Vale, tú lo has querido —dijo apuntando el arma a la otra pierna y apretando el gatillo.

Otro grito salió de lo más profundo de su ser cuando la bala atravesó su carne.

Aitor cerró los ojos con fuerza y suspiró.

—Mira, hijo de puta… —gritó Miguel cogiéndolo por el cuello y apretando—, por tu culpa estás condenando a toda la humanidad a desaparecer, así que créeme que no voy a tener ninguna piedad contigo.

—¡Habla! —ordenó Aitor.

El grito de Hasan se transformó en una risa nerviosa.

—¡Y encima se ríe! —exclamó Miguel asombrado mientras se giraba hacia sus amigos—. Es que… ¡ya me has hinchado los huevos! —dijo extrayendo una daga. Se reclinó sobre él y la situó sobre su entrepierna. En ese momento Hasan dejó de reír y se puso serio—. ¿Te quieres despedir de tu pequeñín?

Aitor apretó los labios y miró al resto de sus compañeros, la mayoría estaban serios y nerviosos, pues Hasan era más duro de lo que pensaban.

—Debe comenzar una nueva era en este mundo…

—¡Serás idiota! —exclamó Marcos—, ¿y pretendes matar a la humanidad al completo? —le gritó—. Tú también morirás, merluzo.

—Estoy dispuesto a ello.

—¿Y a vivir sin pequeñín? —interrumpió Miguel apretando más con la daga en su entrepierna—. Te arrancaré cada una de tus extremidades y te dejaré hecho un tronco. Tú mismo.

—Ya lo he dicho… estoy preparado para morir.

—No, no… no morir, vivir así… como un tronquito. —Hasan lo miró con odio—. Oh, sí, además… ¿dónde crees que irá tu alma?

—He visitado el infierno y te aseguro que no es nada agradable —comentó Víctor por detrás.

—¿Crees que irás al cielo? —se burló Miguel. Daniel y Marcos resoplaron y comenzaron a revisar los cajones de su mesita y la cómoda buscando alguna pista, luego salieron de la habitación para ir a las otras y seguir investigando—. Irás al infierno por toda la eternidad, donde lo más bonito que te van a hacer es lo que yo estoy haciendo, así que piensa bien si te merece la pena.

—No me importa… —escupió hacia delante—. Ya te lo he dicho, haz lo que tengas que hacer —gritó con los dientes apretados.

Miguel puso los ojos en blanco y se giró hacia el resto.

—Por Dios, qué cabezota es —dijo asombrado.

—Estás muy equivocado, Hasan, mucho —comentó Aitor—. Estás jugando a ser Dios cuando no lo eres…

—Trabajo para Dios —comentó él.

—No, trabajas para un ángel caído… y eso no tendrá recompensa en la vida del más allá. Estás muy equivocado.

—Tú no eres nadie para darme lecciones a mí sobre lo que debo… —se calló cuando Aitor estrelló el puño en su mejilla.

No les gustaba la violencia, pero si no conseguían aquellos objetos de poder estarían perdidos. Los necesitaban para encerrar a Astaroth en una botella desesperadamente e iban a contrarreloj.

Aitor se puso en pie y fue hacia Víctor y Lucas.

—No va a cantar… —susurró—, ¿alguna idea más?

—Nos iría bien alguien con telepatía —indicó Lucas.

Aitor enarcó una ceja.

—Ya, pero no tenemos a nadie aquí —le recordó.

—¿Quizá la Aurora Dorada? —insistió Lucas.

Aquella idea convenció a Aitor que salió de la habitación con el móvil en la mano. Iba a marcar el teléfono de Valeria para preguntarle cuando Daniel y Marcos fueron hacia él con unos documentos en la mano.

—Eh, mira lo que hemos encontrado —dijo Daniel entrando por la puerta y depositando aquellos documentos sobre la cama redondeada.

Todos se acercaron, incluso Miguel.

—¿Qué es? —preguntó este último.

—Parecen los planos de una cámara acorazada —explicó Marcos—. Parece bastante compleja, y mira lo que hay dibujado en el centro del plano.

—¿Eso es un altar? —preguntó Aitor asombrado.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Víctor observando también los planos—. Puede que Kata consiga averiguar dónde está.

Aitor asintió rápidamente.

—Hazle una foto y envíasela. ¿Servirá?

—No lo sé, voy a preguntarle —dijo realizando una fotografía al plano.

Víctor se distanció de la habitación para hablar con Kata mientras el resto seguían observando el mapa.

—¿No pone dirección? —pregunto Aitor girando el plano. Fue hacia Hasan y lo situó ante su nariz—. ¿Están aquí? ¿Ahí es donde guardas los dos objetos de poder?

Hasan inspiró con fuerza y se incorporó. Los miró a todos.

—Jamás lograréis sacarlos de esa cámara acorazada —los retó—. Jamás.

—Ya, bueno… di lo que quieras —comentó Marcos.

Víctor entró en la habitación.

—Kata va a concentrarse y me llama en unos minutos, con la foto del plano le cuesta más, pero dice que lo va a intentar —comentó Víctor.

Aitor miró a sus compañeros y luego a Hasan, el cual estaba rodeado de un charco de sangre.

—Hacedle un torniquete en cada pierna —ordenó. Luego miró a Daniel y a Marcos—. Seguid investigando a ver si encontráis algo más.

Marcos negó.

—Estaba en un cajón con llave de su oficina. No hay más planos que ese —explicó—. Es curioso que solo tenga ese plano en casa guardado bajo llave. Supongo que el resto lo tendrá en su oficina.

Hasan gritó cuando Miguel hizo dos torniquetes rompiendo las sábanas de su cama redondeada.

—Listo —dijo Miguel.

Hasan estaba pálido, pues había sufrido una gran pérdida de sangre.

—Bien, esperaremos la llamada en las furgonetas… —Se acercó a Hasan—. Tú te vienes con nosotros. —Hasan balbuceó—. ¡Ahora! —ordenó sin compasión.

Daniel cogió el plano, lo enrolló y lo situó bajo su brazo mientras Marcos se encargaba de coger a Hasan y arrastrarlo por el pasillo. Se lo echó a la espalda para bajar las escaleras. Hasan observó a los dos vigilantes de seguridad inconscientes en el suelo.

Abrieron la verja y salieron al exterior acercándose rápidamente a las furgonetas.

—Vamos a dar un bonito paseo —le informó Marcos mientras soltaba a Hasan en el interior de la furgoneta.

Hakim se giró y vio que el hombre no dejaba de sangrar.

—Joder, me va a poner la furgoneta perdida —se quejó—. En el maletero hay toallas y gasas.

Daniel abrió la puerta del maletero y cogió un botiquín que había, así como una toalla.

Hasan no dejaba de gritar y gimotear.

Lo levantaron sin mucho cuidado y lo dejaron caer sobre la toalla.

—¡Joder! —gritó Hasan por el dolor—. ¡Cuidado!

—Amenazas con destruir a la humanidad y no colaboras con nosotros para detener este desaguisado. Eres un asesino —dijo Víctor con los dientes apretados—. Miguel ha sido demasiado cuidadoso y clemente contigo —continuó sacando las gasas del botiquín que Daniel sujetaba. Colocó las dos gasas sobre los torniquetes que Miguel le había realizado—. Por mí, puedes desangrarte —acabó cerrando la puerta con un portazo. En ese momento, sonó su móvil y lo llevó a su oído—. Dime, Kata.

—Creo que lo tengo, aunque me cuesta bastante con un plano.

—¿Qué tienes? —preguntó directamente poniendo el manos libres.

Todos escucharon con atención.

—El mapa se corresponde con una cámara de máxima seguridad situada en el edificio Emirates Towers, en la torre uno, planta treinta y tres —explicó kata—, aunque es la primera vez que hago esto con un plano por fotografía. No puedo asegurarlo al cien por cien. Además, me impide entrar y ver lo que hay dentro, solo puedo ver que está ubicado en esa planta.

Aquel dato llamó la atención de todos.

—¿Está protegido?

—Definitivamente sí, debe de haber sellos de protección —concretó ella.

Víctor miró a Aitor y asintió.

—Debe de ser el sitio que buscábamos.

—Seguro que sí —respondió Aitor—. Muchas gracias, Kata.

—De nada. Cualquier cosa me decís.

Víctor rodeó la furgoneta para entrar por la puerta trasera del otro lado.

—Te tendremos informada. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo antes de colgar.

Todos entraron en la furgoneta, excepto Daniel que fue corriendo al otro vehículo.

Aitor se sentó en el asiento del copiloto y miró a Hakim.

—¿Has escuchado la dirección? —le preguntó.

Hakim asintió.

—La torre uno del Emirates Towers —confirmó él mientras arrancaba la furgoneta y miraba por el retrovisor interno a Hasan que no paraba de gritar y de quejarse—. Vamos allá.

8

Anael miró hacia fuera desde el búnker, el sol se ponía en el horizonte y en breve llegarían las tres horas de oscuridad de aquella zona.

Astaroth seguía golpeando con su energía y con aquellas raíces negras que salían de su cuerpo la cúpula, aunque, de momento, no había conseguido realizar ninguna fisura.

Ella había estado allí durante horas hasta que, por arte de magia, Astaroth se había ausentado cerca de una hora. Aquel momento lo habían aprovechado para reforzar la cúpula, no era mucho lo que podían hacer, pero cada minuto contaba.

Una hora después, Astaroth había aparecido de nuevo golpeando con fuerza la estructura.

Se abrazó a sí misma observando que tras la cúpula cientos de demonios gritaban intentando escapar de allí. Frente a estos, decenas de miembros de la Aurora Dorada, así como un gran número de ángeles y gran parte de arcángeles reforzaban la estructura energética.

Suspiró mientras apretaba los labios, sin apartar la mirada de allí. La humanidad entera dependía de lo que estaba ocurriendo en la Antártida, y nadie, absolutamente nadie, excepto los que se encontraban allí y algunos gobiernos seleccionados, eran conocedores de la dura batalla que se estaba librando. En parte, era mucho mejor así, la humanidad podría desatar un caos alrededor de todo el planeta de saber lo que estaba ocurriendo.

Uriel apareció a su lado, con su armadura puesta y con el mismo gesto que ella, mirando al frente.

—¿Qué ha ocurrido antes, Anael? —preguntó con voz calmada. Ella tragó saliva e intentó contener sus emociones.

Sabía a lo que se refería, cuando Astaroth se había situado frente a ella intentando destruir la cúpula, mirándola como un animal que se preparaba para capturar a su presa.

—Hablé con él —confesó lentamente. Uriel giró su cuello hacia ella, observándola—. Le pedí que liberase a Gadreel…

—Anael… —susurró él.

Lejos de enfadarse, Uriel pareció comprender su dolor, ya que no dijo nada al respecto, además, su nombre lo había susurrado con gran delicadeza.

Ella negó intentando controlar las lágrimas.

—Lo siento, Uriel, pero… —Anael no pudo evitar un puchero—, no puedo soportarlo. —Uriel la miraba con tristeza al ver su sufrimiento—. Gadreel es un ángel caído, sí, fue condenado… pero me salvó la vida, ayudó a dos miembros de la división a escapar del infierno exponiendo su propia vida ante Astaroth, ofreció su vida por todas las personas de la base Casey… ¿qué más necesitas para comprender que no es un mal ángel? —Lo miró—. Gadreel y tú erais grandes amigos antes de la caída —le recordó.

—Nadie ha dicho que sea un mal ángel…

—Cometió errores y…

—Desobedecieron órdenes, Anael —le recordó Uriel con delicadeza—, y todos ellos fueron condenados.

—Lo sé —dijo ella removiéndose nerviosa y apretó los labios. Se giró hacia él—. Pero ¿qué hay del perdón, Uriel? Nuestra mayor virtud es el perdón, sin ello perdemos nuestra esencia. —Se abrazó a sí misma y suspiró—. Quizá lo único que necesiten los ángeles caídos es el perdón de todos nosotros —acabó pensativa.

Uriel miró al frente también.

—Tenemos prohibido descender a los infiernos —recordó.

—Estamos en guerra, Uriel —dijo ella—. Y yo… —susurró—, no puedo evitar pensar que… después de todo lo que ha hecho por nosotros, le he fallado…

—Tú no le has fallado, Anael. —Tragó saliva—. Él sabía lo que hacía y a lo que se exponía.

—Y se expuso por nosotros y por todos los humanos de la base, Uriel —le recordó—. Creo que, si ha habido algún momento en la historia para el perdón y la misericordia, es este —pronunció lentamente—. Este mundo está tan falto de ello… —dijo volviendo su mirada hacia el exterior, inmersa en sus pensamientos—. Perdonar es amor —recordó—, y solamente aquellos espíritus verdaderamente buenos saben la manera de perdonar. Un ser maligno como Astaroth jamás perdonará lo que le ocurrió, no está en su naturaleza, pero esa no es la nuestra, Uriel, ni la de Gadreel.

Uriel se quedó pensativo, observándola, hasta que, finalmente, asintió mientras reflexionaba sobre las palabras que Anael había pronunciado.

—Realmente eres el ángel del amor —sonrió Uriel. Ella lo miró—. Lamento mucho que estés viviendo esta situación. Sé que los sentimientos son difíciles de dominar, pero ahora no es momento de ello. —Señaló hacia delante, hacia la cúpula—. Ahora es hora de luchar. No creo que Astaroth comparta esas palabras.

—¿Pero tú sí? —preguntó sin mirarlo.

Uriel la miró de reojo y situó sus manos a su espalda, mirando al horizonte.

Las palabras de Anael habían producido un sentimiento en Uriel que no había experimentado hasta ese momento.

Uriel iba a hablar cuando Gabriel se presentó en el búnker. Ambos se giraron.

—Astaroth está empleando toda su fuerza —los informó—. Os necesito frente a la cúpula para contrarrestar el poder maligno que está debilitándola.

Ambos asintieron antes de que el arcángel Gabriel desapareciese de nuevo.

—Enseguida voy, Uriel —dijo ella mirando al frente.

Él la miro de la cabeza a los pies.

—¿Estás bien?

Ella asintió rápidamente.

—Solo necesito un momento.

Uriel asintió concediéndole ese momento y desapareció de allí. Anael pudo apreciar al arcángel Uriel aparecer ante la cúpula y aquella potente luz comenzar a emanar de su cuerpo. Su luz no era tan poderosa como la de los arcángeles, pero en aquel momento todo valía.

Uriel se acercó unos pasos a Gabriel sin disminuir la potencia de su luz.

—¿Va todo bien con Anael? —preguntó Gabriel que obviamente también había captado el estado de ánimo de ella.

Uriel negó con la cabeza.

—No, tenemos que hablar sobre ella —contestó dando más intensidad a la luz de su pecho.

Anael se giró y fue hacia la mesa que tenía más próxima. Allí se encontraba, sobre esta, uno de los colgantes que había confeccionado con la estrella de David y el nombre de Dios en el centro en hebreo, el cual permitía a un ángel caído o demonio salir y entrar de aquella cúpula, igual que había hecho Gadreel. Lo tomó entre sus dedos, observándolo, y lo colgó en su cuello. Cualquier medida de protección era buena, pues ya había visto que Astaroth tenía fijación por ella.

Por otro lado, estaba la espada que le había legado el arcángel Miguel, el portador de la luz

de Dios, una espada única con la que podía irradiar aquella mágica energía azul el único arcángel que podía hacer frente a Astaroth. Este último había sido muy inteligente acabando con la vida de la única figura que podía plantarle cara y acabar con él. Aquella espada había lucido de color azul portando aquella mágica energía hasta que el arcángel Miguel había dejado de respirar. Ahora, era totalmente negra.

Su mente volvió a aquellos momentos, cuando Astaroth había accedido a la Tierra a través de aquel agujero que unía los dos planos, Tierra e infierno, y había acabado con su gran amigo, el arcángel Miguel. Astaroth había disparado una de sus flechas acabando con casi toda la legión de ángeles del arcángel Miguel y con su propia vida.

—A… Anael… —había susurrado cogiendo su mano, mirando hacia el final del descampado donde todos los humanos contemplaban petrificados lo ocurrido, sin saber cómo actuar—, protégelos —suplicó el arcángel.

Ella se había echado sobre él rota de dolor.

—No me dejes —le había suplicado Anael situando sus manos sobre el pecho del arcángel, intentando contener la intensa hemorragia que surgía de las dos heridas que atravesaban su pecho—. No puedes dejarnos, Miguel, sin ti no somos nada —lloró.

Miguel tragó saliva y cogió su espada, una espada que, aunque siempre lucía con fuerza, en aquel momento se estaba apagando, igual que la vida del arcángel más grande jamás conocido.

—Ahora es tuya… —había susurrado.

—Nooo —sollozó ella rota por el dolor—, por favor.

—Pro… protégelos —suplicó de nuevo entregándosela, insistiendo en ello.

Desde la muerte del arcángel la espada era de un color plateado, cada vez más oscuro, no había vuelto a lucir con aquella brillante energía azulada.

—Protégelos —repitió Anael como un mantra la última palabra de su gran amigo. Cogió la espada y la situó en su cinturón mientras se giraba para observar la cúpula y la figura de Astaroth luchando por escapar—. Te prometo que lo haré, Miguel —pronunció firme—. Te lo prometo.

Aquella era la última petición de su gran amigo y no pensaba defraudarlo. Ella siempre lucharía por la humanidad. Los amaba.

Apareció frente a la cúpula, al lado de Uriel y Gabriel que la miraron de reojo, abrió los brazos y su intensa luz entre blanca y dorada comenzó a emanar de su pecho hacia la cúpula.

Todos observaron la primera torre del complejo Emirates Towers, según lo que habían descubierto, Hasan poseía los planos de una cámara acorazada en la planta treinta y tres, planta justamente a la que Kata no podía acceder, lo que implicaba que estaba protegida con sellos mágicos. Todo encajaba. Tenía que ser aquel lugar, sin duda.

Daniel se acercó a la furgoneta número uno y entró en ella. Aitor le había pedido que echase un vistazo antes de entrar en la torre. Todos suponían que, si realmente estaban allí los dos objetos de poder, debían de estar fuertemente custodiados.

—Ya está. Hay dos vigilantes de seguridad en la entrada. El ascensor lleva a todas las plantas, pero la treinta y tres tiene una ranura, como si se necesitase una tarjeta para acceder a ella.

Aitor resopló y se giró hacia Hasan.

—¿Se necesita tarjeta para acceder a la planta treinta y tres?

Hasan había estado gimiendo y sollozando todo el rato por los dos disparos que tenía en las piernas, de hecho, su tez estaba pálida por el dolor y la pérdida de sangre.

—No pienso deciros nada —rugió entre dientes.

—Eso es que sí —comentó Víctor enfadado y directamente se echó sobre él para buscar en los bolsillos—. No lleva nada. —Miró su cuello por si llevaba algún colgante—. Maldito hijo de puta —le gritó—. ¿Dónde está la tarjeta para acceder?

—Habrá escaleras… —propuso Marcos.

Lucas se movió y fue hacia el maletero de la furgoneta donde llevaban las bolsas con todo el equipamiento y armas necesarias.

Hasan comenzó a reír, aunque su risa llevaba un lamento implícito.

—No hay otra forma de entrar en la planta treinta y tres, solo por el ascensor, y no tengo la tarjeta. —Tragó saliva—. Esos objetos jamás serán vuestros.

—Tranquilo —pronunció Marcos desde atrás—, si tenemos que echar el edificio abajo lo haremos—. Y le mostró unas granadas y dinamita—. Ya lo hicimos con el piso de Farid —comentó con una sonrisa tirante—. Así que… —se encogió de hombros—, tú mismo —dijo pasándole a sus compañeros varios explosivos.

Hasan miró hacia atrás asombrado por la cantidad de armas que portaban en aquellas bolsas.

—Daniel —lo llamó Aitor con un movimiento de mano. Este se acercó—. Ve a la furgoneta de la Aurora Dorada… —le susurró para que Hasan no lo escuchase—, y pregunta si serían capaces de derribar una pared con su poder. Supongo que habrá escaleras para subir hasta la planta.

Daniel asintió y salió de la furgoneta a toda prisa.

Aitor se giró de nuevo hacia Hasan y extendió el plano de la cámara acorazada ante él.

—Dinos cómo abrirla —ordenó.

—¡No os voy a decir nada! —le gritó casi escupiéndole.

Miguel sacó la daga de nuevo y se la puso en el pecho.

—Habla…

—Prefiero morir a que esos objetos sean vuestros —confirmó.

Aitor se encogió de hombros.

—Bueno, al menos tenemos la seguridad de que los objetos están ahí.

Todos miraron el plano con atención cuando el móvil de Aitor sonó de nuevo.

—Dime, Daniel.

—Dicen que podrían derribar alguna pared pequeña, pero trabajan sobre todo con energía —explicó Daniel a través del teléfono.

Aitor asintió y se giró hacia Marcos.

—Necesitaremos todos los explosivos y dinamita que tengamos —confirmó Aitor. Marcos asintió y comenzó a llenar una de las bolsas con todos los explosivos—. ¿Alguno de ahí domina de cámaras acorazadas?

Daniel se lo preguntó a la Aurora Dorada.

—No mucho —respondió Daniel—, lo mismo que nosotros.

Víctor que estudiaba el plano llamó su atención.

—Parece que hay dos cámaras acorazadas. En una parece haber un sistema informático, y en el otro una clave —explicó.

—Normalmente el sistema informático se activa por huella o por retina —comentó Lucas.

Todos miraron a Hasan.

—Dime… ¿tengo que cortarte las manos y sacarte los ojos? —ironizó Miguel—, porque si para salvar el mundo tengo que hacerlo, lo haré —sentenció.

Aitor se pasó la mano por el cabello al ver que Hasan no decía nada y se quedaba callado.

—Esta vez iremos todos, dile a la Aurora Dorada que se prepare. En dos minutos salimos —

ordenó antes de colgar.

Se giró y dio un salto para acceder a la parte trasera de la furgoneta y observar el plano junto a los otros.

—Es una cámara acorazada muy buena —susurró Aitor.

—Jamás conseguiréis abrirla —murmuró Hasan.

Lucas se giró levemente para mirarlo enfadado.

—Vuelve a hablar cuando no te preguntamos y Miguel te pega otro tiro —lo amenazó.

Aitor se desesperó y plantó el mapa en las piernas ensangrentadas de Hasan mientras extraía el arma de su cinturón.

—Vas a decirnos todo lo que debemos saber para acceder al interior de la cámara acorazada o date por muerto —lo amenazó apretando su arma en la pierna, lo que provocó que Hasan gritase.

El grito fue largo y grave, pero cuando se calmó agachó la cabeza hacia ellos con furia y se acercó al rostro de Aitor.

—Jodeos —le susurró con voz ronca.

Esta vez fue Lucas quien dio un puñetazo en la mejilla de Hasan, provocando que se golpease la cabeza contra la luna de la furgoneta.

—Eres un maldito psicópata, ¡millones de personas morirán por tu culpa! —le gritó Aitor, pero aquellas palabra solo hicieron que la sonrisa de Hasan se ensanchase más mientras un hilillo de sangre bajaba por su barbilla. Miró a sus compañeros—. ¿Creéis que con un buen bombazo la destruiremos?

—No lo creo —respondió Víctor observando los planos a conciencia—. Las paredes son muy gruesas.

—¿Y si dejamos el edificio sin electricidad? La Aurora ya lo hizo provocando una subida de tensión —propuso Lucas.

Aitor lo miró y asintió.

—No es mala idea.

Hasan volvió a reír.

—Tiene un generador de electricidad autónomo —se burló—. Los objetos jamás serán vuestros.

Aitor resopló, pero lo ignoró.

—Podemos probar con eso o creando un cortocircuito en la cámara acorazada —propuso.

Hasan no hacía más que sonreír en esos momentos, como si las propuestas de la división le divirtiesen.

—De acuerdo. Marcos, Lucas… —dijo girándose hacia ellos—, noquead a los vigilantes de seguridad y buscad la escalera de emergencias. Id hasta la planta treinta y tres a ver qué encontráis y nos lo comunicáis —dijo mostrándole el móvil—. Y de paso decidle a Daniel y a la Aurora que se acerquen.

—Vamos —dijo Lucas abriendo la puerta.

Avisaron a los de la otra furgoneta, los cuales fueron hacia la primera mientras Marcos y Lucas adquirían tal velocidad para entrar al edificio que era imposible verlos.

Aitor abrió la puerta de la furgoneta y los invitó a entrar, aunque eran demasiados para estar allí dentro y optaron por quedarse fuera dejando la puerta abierta.

—Tenemos un grave problema —explicó Aitor—. La cámara acorazada está fuertemente blindada… —Se puso en pie y se acercó a ellos—. ¿Tenéis alguna habilidad telepática? —Todos negaron con fastidio—. Joder —susurró desesperado—. ¿Y fuerza para abrirla? ¿Quizá creando

un cortocircuito?

Valeria se encogió de hombros.

—Podríamos intentarlo, en el piso de Farid funcionó —recordó ella.

El móvil de Aitor volvió a sonar.

Lo cogió de inmediato llevándolo al oído.

—Entrada despejada. Las puertas para acceder a las escaleras de emergencias están pasado el mostrador de vigilancia a mano derecha —explicó Marcos—. Todas las plantas tienen una puerta para acceder excepto la treinta y tres que no tiene puerta, está tapiada, pero hemos escuchado alguna voz detrás de la pared.

Víctor miró con su mandíbula en tensión.

—Si han escuchado voces es que debe de estar vigilada —supuso.

Aitor negó.

—No me preocupa lo más mínimo —respondió—, aunque fuesen de Thelema. —Volvió su interés hacia el teléfono—. ¿Creéis que la pared es muy gruesa?

—No —respondió Marcos—, con unas cuantas bombas se irá abajo —remarcó.

—Perfecto. Miguel —lo llamó—, coge las dos maletas con los explosivos y las armas. —Miró a Víctor—. Te ha tocado la peor parte. Ahora nos vemos —dijo a Marcos antes de colgar.

Víctor resopló.

—No —sentenció él.

—Lo necesitamos —remarcó Aitor.

—No pienso cargar con este monstruo —señaló a Hasan—. Te aseguro que como tenga que cargarlo le partiré un brazo o el cuello.

Aitor se encogió de hombros y miró a Hasan.

—Hazlo —lo apremió—, pero una vez consigamos los objetos de poder, no antes. —Los miró a todos y respiró hondo—. ¿Preparados? —Todos asintieron—. Esta, posiblemente, es la misión más importante de nuestras vidas, así que… hay que darlo todo. —Se giró hacia Hakim, el cual se encontraba en el asiento del conductor—. Espéranos aquí, Hakim. Cualquier cosa sospechosa que veas, nos llamas.

—De acuerdo —respondió Hakim.

9

Víctor había cargado a regañadientes con Hasan en su hombro, pues este no podía apenas caminar debido a los disparos que tenía en cada pierna. Lo había soltado sin cuidado sobre los escalones de la escalera de emergencias.

Cada miembro de la división se había encargado de subir a uno de los miembros de la Aurora Dorada.

Marcos y Lucas habían hecho un buen trabajo reduciendo a los dos vigilantes de seguridad que vigilaban la entrada del edificio y que ahora permanecían amordazados y atados en uno de los armarios donde se guardaban muchos productos de limpieza.

Miguel soltó la mochila en la que cargaban todas las armas y explosivos en la planta treinta y tres, donde les esperaban sus dos compañeros, y miró la gruesa pared del edificio.

—Hemos escuchado voces —susurró Marcos al equipo, pues si había personal al otro lado de la pared era preferible que no los escuchasen.

Miguel se acercó a Hasan con una pistola en la mano. Hasan no dejaba de hacer muecas de dolor, pero igualmente su mirada era decidida, realmente estaba dispuesto a morir con tal de que aquellos objetos no cayesen en manos de la división.

—Grita y el próximo disparo será en la frente —lo apuntó amenazante con el arma.

Lejos de lo que esperaba, Hasan le sonrió con malicia y situó su frente en el cañón, pegándose a él.

—Hazlo.

Miguel ladeó su cuello y pestañeó varias veces.

—Tío, estás zumbadísimo —pronunció Miguel asombrado.

Aitor se agachó junto a Víctor y Lucas para preparar la carga con la que pretendían abrir un boquete en la pared.

—Creo que con esto será suficiente —dijo extrayendo la dinamita y una bomba—. Tampoco queremos echar el edificio abajo —bromeó—. Dame la cinta. —Le tendió la mano a Lucas.

Lucas la buscó en la bolsa y se la tendió. Aitor fue el encargado de pegar con la cinta carrocera las dos dinamitas y la bomba a la pared. Puede que solo se pudiese acceder de forma oficial a aquella planta a través del ascensor, pero ellos ya buscarían la manera de acceder de otra forma.

Miró a Hasan para preguntarle si había gente al otro lado de la pared, pero luego resopló y negó. Total, no iba a contestar. Centró su atención en Valeria y en el resto de miembros de la Aurora Dorada.

—¿Podéis crear un escudo protector para la explosión?

Idalia, una de las más poderosas y de origen griego, asintió.

—Yo me encargo —se ofreció.

Aitor golpeó la cinta para que no se despegase de la pared y así la explosión diese de pleno.

—Listo —dijo descendiendo los escalones para situarse tras la Aurora Dorada.

Ellos los protegerían de la explosión, pero mejor alejarse un poco. El resto de compañeros siguieron a Idalia.

—Todos detrás de mí —pronunció ella.

Aitor iba a bajar los escalones con la bolsa de los explosivos cuando vio a Hasan sentado en

los escalones.

—Víctor, cógelo —ordenó—. Aún lo necesitamos.

Víctor resopló, fue hacia Hasan y lo cogió llevándolo detrás de Idalia.

Idalia se giró para asegurarse de que todos estaban detrás de ella, inspiró con fuerza y creó un escudo de protección de color anaranjado.

—¿Servirá? —preguntó Aitor mirando el escudo.

—Sí que nos protegerá, pero si estáis más tranquilos… Valeria —la llamó.

Valeria pasó entre los miembros de la división y se situó al lado de Idalia creando un doble escudo.

Daniel resopló y miró a Miguel con una sonrisilla traviesa.

—Cómo me pone —susurró al ver a su novia usar la magia.

Miguel lo miró fijamente y luego giró su cuello hacia delante lentamente mientras ponía los ojos en blanco.

—Joder —dijo en el mismo tono y se frotó los ojos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Daniel al ver su cara tensa.

Miguel se giró hacia él para explicarle, pero Aitor alzó la mano.

—¿Todos listos? —Todos asintieron—. En cuanto se abra el boquete entramos y reducimos a todos los que se encuentren en el interior.

—Claro, jefe —reaccionó Miguel golpeando una mano con la otra.

En efecto, la ausencia de sexo estaba afectando a Miguel más de la cuenta, pues estaba más agresivo de lo normal.

Aitor suspiró y miró al frente situando su mano en el mando. Colocó su dedo sobre el botón rojo y sus músculos se pusieron en tensión.

—Voy —dijo unos segundos antes de apretar el botón.

La explosión fue inmediata, llenando toda aquella planta de polvo y trozos de tocho. Todos clavaron la mirada en el boquete que se había abierto en la pared.

La división se movió de inmediato hacia allí y saltaron a través del agujero que se había abierto en la pared. En el interior había bastante polvo. Se agacharon rápidamente cuando el silbido de las balas se escuchó sobre ellos.

Aitor y Lucas se movieron rápidamente esquivando las balas a gran velocidad hasta que llegaron a los dos primeros militares, arrojándolos al suelo sin contemplación. Miguel y Daniel fueron a por los otros dos repitiendo los movimientos de sus compañeros y arrancando las armas de sus manos. Aquellos militares no tenían nada que hacer frente a ellos.

—¡Víctor! —gritó Aitor—, asegúrate de que no hay nadie más en la sala. —Se giró y miró a Marcos, el cual se encontraba al lado del agujero para proteger a la Aurora Dorada si fuese necesario.

El polvo comenzó a aposentarse sobre el suelo y el humo de la explosión comenzó a disiparse.

—¡Limpio! —gritó Víctor.

Aitor se giró de nuevo hacia Marcos.

—¡Trae las cuerdas!

Marcos repartió las cuerdas entre sus compañeros que mantenían a los militares tendidos en el suelo.

—Dejadlos al final de la sala —ordenó Aitor.

—Ehhh —gritó uno de los militares mientras lo ataban.

—¡A callar! —gritó Aitor señalándolo, también con los nervios a flor de piel.

Dejaron a los militares en un lateral de la sala, cerca de la puerta del ascensor, y todos miraron a su alrededor.

La sala no estaba muy iluminada, solo con unos focos en el techo que no daban mucha luz. Las paredes eran de un color rojizo. La sala era redondeada al igual que la gran cámara acorazada que había en el interior.

Víctor extendió el plano de la cámara en el suelo, observándolo.

En ese momento los miembros de la Aurora Dorada entraron por el agujero arrastrando a Hasan que no dejaba de gritar.

—¡Deja de quejarte! —le ordenó Miguel pasando por su lado.

Los miembros de la Aurora Dorada, Efrem y Jake lo llevaron hasta el plano, sujetándolo para que se mantuviese de pie.

—¿Cómo se abre? —le preguntó Jake.

Hasan alzó el mentón sin decir nada.

Aitor resopló y miró de un lado a otro.

—Eh —pronunció Marcos señalando una pantalla al lado de la cámara acorazada—. Es una pantalla táctil —pronunció mirándola—, y tiene una cámara.

—Es igual que las del CNI —indicó Víctor acercándose y observándola.

Aitor se puso en pie y se acercó también mirando la pantalla, la cual estaba insertada en la cámara acorazada. Situó un dedo sobre la pantalla y directamente esta pitó y apareció la palabra "*first mistake*".

—Mierda —susurró este—. Primer error.

—Debe leer la palma de la mano —indicó Marcos y miró hacia Hasan.

—No sabemos cuántos errores admite —pronunció Aitor nervioso y se giró hacia Hasan. Se levantó y fue hacia él—. ¿Es con la palma de la mano y los ojos? —preguntó. Para variar, Hasan no respondió—. Traedlo —ordenó a Jake y a Efrem que aún lo sujetaban.

Lo situaron frente a la pantalla y Aitor cogió su brazo. Hasan se negó, apartándolo de su mano, pero Aitor se lo atrapó rápidamente. Se acercó a él amenazante.

—¿Prefieres que te lo corte? —le preguntó Aitor con asco—. Maldito hijo de puta —acabó ya sin controlarse, cogiendo su mano y situándola en la pantalla. Luego observó aquella cámara, igual que las que usaban en las zonas secretas del CNI, y lo tomó por la nuca acercándolo a ella hasta que sus ojos estuvieron enfrente—. Abre los ojos o te juro que te los saco —le amenazó con un grito. Siempre intentaba mantener la compostura, pero Hasan le estaba haciendo perder la paciencia. No podía comprender cómo una persona era capaz de condenar así a toda la humanidad.

En ese momento sonó un clic y la puerta comenzó a desplazarse hacia un lado. Dieron unos pasos atrás permitiendo que esta se abriese y Aitor empujó levemente a Hasan, pero este no aguantó el equilibrio por los disparos en las piernas y cayó al suelo con un grito.

—Todos quietos —comentó Aitor alzando su mano.

Observó que aquella cámara disponía de numerosos símbolos y sellos ancestrales. Con razón Kata no podía acceder. Miró a su alrededor y en ese momento se dio cuenta de que en las paredes que los rodeaban, de una forma muy sutil, también había sellos de magia ancestral.

—Víctor —dijo rápidamente—, hay sellos de protección. Rompedlos. Necesitamos a Kata.

Víctor extrajo la daga de su cinturón y enfocó con la linterna la pared. Era cierto, había varios símbolos de protección que impedían que una viajera como Kata o los ángeles pudiesen acceder a aquella planta. Rodeó la sala rasgando todos los sellos y símbolos dibujados en la pared y finalmente llamó a Kata. Ella cogió la llamada al momento.

—Kata —dijo acelerado—, tal y como dijiste la planta treinta y tres tenía sellos de protección, los hemos roto. Necesitamos que vengas.

—De acuerdo —dijo ella estirándose de nuevo sobre la esterilla—. Magda, toma —dijo tendiéndole el móvil.

Kata inspiró diversas veces para relajarse y comenzó a concentrarse.

—Hola —dijo Magda en un tono más bajo.

—Hola, Magda —respondió Víctor.

—Te iré diciendo lo que ella me diga, así puede concentrarse mejor.

—De acuerdo —aceptó Víctor acercándose a Aitor, el cual prestaba atención.

Un fuerte pitido llamó la atención de todos.

Todos miraron impresionados que la pantalla que había en la segunda cámara se encendía.

Aitor y Miguel ladearon su cabeza, sobre todo cuando el difunto Farid apareció en la pantalla.

Hasan se giró para mirarlos con una sonrisa.

—Hola a todos —dijo Farid desde la pantalla, mirando la cámara fijamente—. Es hora de jugar a un juego —pronunció con voz grave, casi distorsionada. Aitor miró de reojo a toda la división que se había situado a su lado—. Todos vosotros acabasteis con lo que yo más amaba, con los recuerdos de mi difunta esposa, destruisteis todos sus recuerdos saltando por los aires mi piso y, seguramente, acabasteis con mi vida…

—Esto me suena —susurró Miguel pensativo, enarcando su ceja.

—Pero lo que he planeado para vosotros es muy real —gruñó.

—¡Es de Saw! —gritó Miguel.

Aitor se giró hacia él.

—¿Qué?

—La película de Saw, es verdad… —le dio la razón Lucas—, ¿no la has visto? —le preguntó a Aitor—. A mí Magda me obligó.

—¡Callaos! —les gritó Aitor prestando atención a la grabación.

—Puto chalado —susurró Miguel de nuevo.

—Shhh —volvió a reprenderle Aitor.

Todos miraron a la televisión donde se reproducía aquella grabación.

—En esta cámara acorazada se guardan los dos objetos que buscáis: el grimorio del rey Salomón y su anillo… —comentó Farid mirando fijamente a la cámara, con una mirada cargada de odio—, los únicos objetos con los que podéis cerrar las puertas del infierno.

—¡Este tío está de psiquiátrico! —gritó Lucas señalando la pantalla.

—Estaba —le rectificó Marcos.

—¿Queréis callaros, por favor? —suplicó de nuevo Aitor.

—Os explicaré —continuó Farid—. Si habéis llegado hasta aquí es porque habéis abierto la primera compuerta, lo que implica que habéis dado con mi buen amigo Hasan, al que supongo que no habréis tratado muy bien… —Miguel se giró hacia Hasan y le guiñó un ojo—. Pero esta segunda compuerta no es tan fácil de abrir.

Aitor se cruzó de brazos y resopló.

—Sí que es un poco pedante, la verdad —pronunció Aitor.

—Esta cámara está llena de detectores de movimiento, si detecta algún movimiento los dos objetos de poder que se encuentran dentro de la cámara central se destruirán en cuestión de treinta segundos…

—¿Somos tan rápidos como para atravesarlos? —preguntó Víctor.

Aitor negó.

—Nos detectaría igual —dijo mirando la cámara acorazada.

—Además, en esta pantalla… —continuó Farid—, hay diez números. Existe una combinación de seis números que deberéis teclear antes de que pasen los treinta segundos para detener la explosión.

Aitor se giró directamente hacia Hasan.

—Necesitamos esa combinación —dijo dirigiéndose hacia él.

—Disponéis de dos minutos —acabó diciendo y sonrió maliciosamente hacia la cámara—. Juguemos —los desafió.

—¡Está como una chota! —gritó Daniel sorprendido.

En ese momento, una cuenta regresiva de ciento veinte segundos apareció en la pantalla.

—Ahhh —gritó Lucas—. ¡Joder!

—¡Mierda! —gritó Aitor comenzando a estresarse.

Todos se giraron hacia Hasan y fueron hacia él, excepto Miguel que se quedó observando la cámara, intentando buscar alguna pista desde ahí fuera.

Aitor lo cogió por el cuello de la camisa y lo zarandeó compulsivamente.

—¡Dinos la combinación!

—No la sé —rio Hasan.

Miguel se giró al escuchar aquello y fue directo hacia la bolsa con todos los explosivos que llevaban.

—¿Qué haces? —preguntó Lucas.

—¿Tú que crees? —le gritó nervioso—. ¡Voy a volar la cámara! —dijo preparando las bombas y la dinamita.

Víctor se puso en pie.

—Kata… —gritó—, ¿tienes idea de cuál puede ser la combinación? ¿Ves algo que nos pueda dar una pista?

Unos segundos después su voz angustiada llegó hasta él.

—No la sé, no encuentro nada —sollozó.

Aitor seguía agitando a Hasan por el cuello.

—¡No te creo! ¿Cuál es la combinación? —exigió saber, pero Hasan solo reía sin parar.

—Nunca la obtendréis —dijo con los dientes apretados—. ¡Jamás!

Aitor resopló y lo soltó golpeándolo contra el suelo. Miró la cuenta atrás: noventa segundos.

Aitor corrió hacia Miguel y lo ayudó con la preparación de aquella bomba.

—¿Crees que esta bomba va a poder con la cámara acorazada? —le preguntó Aitor.

—¡Y yo qué cojones sé! —respondió Miguel estresado perdido, pegando con cinta americana una bomba a otra y uniendo también dinamita—. No lo creo —le gritó—, pero no tenemos otra opción. —Miguel apretó los labios y miró a Hasan que no dejaba de reír—. ¡Deja de reír o te reviento! —le amenazó. Sí, desde luego la falta de sexo y de la compañía de Elena lo estaban afectando. Miguel negó con la cabeza, incrédulo ante la tozudez de Hasan—. Destruiremos la cámara entera —sentenció Miguel uniendo toda la dinamita.

—Ufff —reaccionó Aitor.

—¿Se te ocurre otra cosa? —preguntó este con ironía.

Aitor negó apretando los labios.

—No —respondió al final.

—Pues ea… —respondió Miguel mientras rodeaba las granadas y la dinamita en una bola unida con cinta americana.

Miguel miró la pantalla donde marcaba que solo faltaban ochenta segundos.

Aitor se puso en pie y miró a la Aurora Dorada.

—Intentad crear una subida de tensión o cualquier cosa… algo que pare esa cuenta atrás —ordenó rápidamente.

Los cuatro miembros de la Aurora Dorada corrieron hacia la cámara y se arrodillaron ante ella, al momento, las luces comenzaron a parpadear, pero la cuenta atrás no se detuvo.

—¡Puto psicópata! —gritó Lucas pasando al lado de Hasan, corriendo hacia Miguel y Aitor para ayudar con los explosivos.

La luz se fue durante unos segundos por la magia que practicaba la Aurora Dorada, pero en ningún momento la cuenta regresiva se detuvo.

—¡No sirve! —gritó Valeria de los nervios.

Aitor le dio un par de bombas más a Miguel para que las uniese con la cinta americana y corrió hacia Valeria.

—¿Podéis abrir la cámara desde aquí? —preguntó impaciente.

Los cuatro se pusieron en pie y estiraron sus brazos hacia delante, intentando abrir la compuerta, pero a duras penas esta temblaba.

Valeria negó.

—Es demasiado pesada —sollozó, aunque volvió a intentarlo con los cuatro—. Y seguro que en el interior tiene sellos y símbolos de protección también. Nuestra magia no le afecta —respondió desesperada.

—¡Cincuenta segundos! —gritó Jake.

—¡Miguel! —gritó Aitor girándose hacia él.

Víctor seguía hablando desesperado con Kata por teléfono, intentando hallar alguna pista.

—¡La tengo! —gritó Miguel mostrando aquella maraña de bombas, dinamita y cinta americana. Se puso en pie y se la lanzó a Aitor.

Aitor la cogió al vuelo y la situó bajo su brazo.

—Cuarenta segundos —susurró Aitor y observó los sellos que se encontraban también en aquella cámara, los cuales impedían que Kata pudiese observar en el interior de la cámara que protegía los objetos de poder.

Tomó impulso y entró en la primera cámara. Al momento sonó un pitido conforme que había sido detectado movimiento dentro de aquella cámara.

Fue hacia la televisión y se situó ante ella.

—Pero ¿qué haces? —gritó Miguel—. ¡La bomba! ¡Engancha la bomba en la puerta de la segunda cámara! —señaló hacia ella.

—¿Y si hay suerte? —ironizó Aitor pulsando seis botones al azar

Una voz de mujer interrumpió la cuenta atrás.

“Su combinación es errónea. Quedan dos oportunidades”.

—Joder —susurró Aitor volviendo a marcar otra combinación diferente.

—¡Veinte segundos! —gritó Lucas acercándose a la cámara.

“Su combinación es errónea. Queda una oportunidad”.

Aitor resopló.

—De perdidos al río.

Pulso otros seis botones al azar.

“Su combinación es errónea. El contenido se destruirá en nueve, ocho…”.

—¡Mierda! —gritó Aitor acercándose a la puerta de la segunda cámara y tirando de ella.

—¡Aitor! ¡Tengo que volar la cámara antes de que se destruyan los objetos! —le gritó

situando su dedo en el botón rojo.

Aitor empleó toda su fuerza, pero no pudo moverla. Jamás había estado en un sitio como aquel.

—¿Qué cojones? —preguntó Miguel de los nervios al ver que la puerta de la primera cámara comenzaba a cerrarse, amenazando con dejar allí recluido a Aitor.

Hasan comenzó a reír como un loco mientras el resto de la división corría hacia la puerta de acero que comenzaba a cerrarse, intentando detenerla.

—¡Aitor! —gritó Lucas—. ¡Sal! ¡Ya!

Aitor resopló, pero igualmente se movió a gran velocidad hacia los tres símbolos que rodeaban aquella cámara.

—¡Sal! ¡Vamos! —gritó Marcos intentando detener la puerta que avanzaba para cerrarlo. La puerta avanzaba, aunque con la fuerza de la división lo hacía un poco más lenta.

Aitor rayó con la daga el tercero de los símbolos, se acercó a la segunda cámara y pegó el explosivo, luego se dirigió rápidamente hacia la puerta. Salió unos segundos antes de que esta se cerrase rodando por el suelo, justo cuando Miguel apretó el botón de aquella bomba intentando destruir la cámara central.

La Aurora Dorada detuvo el estallido con un escudo de poder, protegiéndolos a todos antes de que la primera puerta se cerrase del todo.

—¡Joder! —gritó Aitor mirando la cámara cerrada de nuevo. Aquello ya lo estaba desquiciando. Fue directamente hacia Hasan, lo cogió del cuello de la camisa, elevándolo, y lo estrelló contra la pared—. ¡Dinos ahora mismo cómo la abrimos otra vez! —exigió con tanta rabia que Hasan dejó de reír en ese momento—. ¡Habla!

Miguel señaló hacia la pantalla del ordenador donde habían puesto la palma de su mano y las retinas.

Hasan lo miró a los ojos y, tras unos segundos, sonrió.

—Ya es demasiado tarde —susurró.

Aitor miró hacia la cámara acorazada y luego observó a Hasan mientras sus manos rodeaban el cuello de Hasan.

—¿A qué te refieres?

Su sonrisa se hizo más estridente.

—Los objetos ya se están destruyendo, arden. —Comenzó a reír—. Aunque abrieses esa compuerta otra vez tu bomba no ha hecho nada contra la compuerta de la segunda cámara. Mi cámara es la más segura del mundo y es capaz de resistir ataques nucleares. ¿Creéis que podéis hacer algo contra eso?

Aitor lo miró unos segundos y lo soltó sin cuidado. Tal y como Hasan cayó, continuó riendo.

Aitor se acercó corriendo a Víctor que sujetaba el móvil.

—Kata, ¿puedes acceder a la segunda cámara? He destruido los sellos y símbolos de protección —preguntó Aitor, pues todos se removían inquietos.

Magda tardó unos segundos en responder en nombre de Kata.

—Dice que ve el grimorio ardiendo y el anillo fundiéndose.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —gritó Aitor y corrió de nuevo hacia Hasan, elevándolo de nuevo—. ¡Dime de una jodida vez cómo saco los objetos de ahí! —le gritó tan fuerte que provocó que hasta las paredes temblasen.

El resto de la división intentaba abrir a pulso la primera cámara, incluso la Aurora Dorada con su poder, gimiendo y sollozando por el esfuerzo que empleaban.

—Los objetos jamás serán vuestros —le dijo Hasan con prepotencia—. Jamás cerraréis las puertas del infierno. Una nueva era ha comenzado.

—¡Hijo de puta! —gritó Aitor golpeando su mejilla y arrojándolo al suelo—. ¡Has condenado a toda la humanidad! —Estuvo a punto de volver y rematarlo al escuchar su risa desquiciada, pero se contuvo—. ¿Podéis abrirla? —preguntó acercándose a la cámara donde todos intentaban abrir la puerta. Se acercó y tiró de la puerta tan fuerte como pudo, pero a duras penas se movía unos milímetros. Sin duda, Hasan había diseñado una cámara acorazada inquebrantable.

—¡Jodeeer! —gritó Miguel haciendo toda la fuerza posible que podía.

La risa de Hasan los estaba enloqueciendo.

—Y, además, aunque lo consigáis… —continuó Hasan con una sonrisa triunfal—, la página con el hechizo para cerrar las puertas del infierno no está. —Aitor se giró para mirarlo, sorprendido por lo que decía—. Yo mismo me encargué de arrancarla y quemarla. ¡Jamás lograreis vuestro cometido!

Daniel también intentaba abrir la puerta con todas sus fuerzas, ignorando las palabras de Hasan. Aitor miró a Valeria y al resto de la Aurora Dorada cómo intentaban mediante unos rayos de luz derribar la puerta, pero era imposible de hacer, sin duda, Hasan había construido aquella cámara con conocimiento de que la división o los miembros de la Aurora Dorada intentarían entrar.

—Las llamas en el interior lo están consumiendo todo —dijo Magda aterrorizada.

La única esperanza que tenían de capturar a Astaroth se estaba destruyendo en el interior de aquella cámara acorazada.

—¡Ha llegado la era de Astaroth! —gritó Hasan desde atrás con una sonrisa maliciosa, con todo su rostro lleno de sangre—. ¡Su reinado se ha iniciado y nosotros somos sus elegidos!

Esta vez fue Marcos quien no se contuvo más y fue hacia él.

Lo cogió por el cuello acercándolo a su rostro.

—¡Te equivocas! —le gritó—. Aquí no hay elegidos, idiota. Astaroth pretende destruir a toda la humanidad y posteriormente derrocar a su Padre, o sea, al mismísimo Dios, y acabar con toda la creación —pronunció con los dientes apretados—. ¡Aquí no se va a salvar ni el Tato! ¿Entiendes? —Hasan seguía riendo como si no creyese nada de lo que decía—. ¡Habéis condenado a toda la humanidad, incluidos vosotros! Ni tú, ni tu fantástica organización de mierda se salvará de la extinción —lo amenazó.

—Mientes —le gritó Hasan.

Era tal la impotencia que sentía, que Marcos no se contuvo más y comenzó a golpear su rostro compulsivamente, aunque a Hasan no parecían importarle los golpes y siguió riendo a pesar de que Marcos se empleaba a fondo. Lo golpeó otra vez más y lo dejó inconsciente en el suelo.

Marcos apretó todos los músculos de su cuerpo y miró hacia el resto de sus compañeros. Todos permanecían en silencio. No había forma de abrir aquella cámara acorazada y, aunque así fuese, ya era demasiado tarde. El grimorio del rey Salomón que contenía los hechizos y conjuros para encerrar a Astaroth en la botella y cerrar las puertas del infierno, así como el anillo, habían desaparecido.

Valeria y parte de la Aurora Dorada cayeron sobre el suelo igual que la división, totalmente derrotados.

—Nuestra única esperanza —susurró Víctor y miró hacia el móvil arrodillado en el suelo, tragó saliva y buscó su voz—. ¿Está destruido?

Magda tardó un poco en responder.

—Sí —susurró.

Víctor apretó los labios y asintió, intentando asimilar la idea. Habían fracasado totalmente. Sin aquellos dos objetos la humanidad estaba condenada.

—Gracias, Magda —susurró antes de colgar sin poder articular más palabras.

Aitor miró a todos sus compañeros realmente apenado. Habían luchado tanto por proteger a la humanidad de Astaroth que ahora se les hacía muy difícil asimilar aquel fracaso. La humanidad quedaba condenada a desaparecer bajo la maldad y la tiranía de Astaroth.

Aitor inspiró hondo y fue el primero en ponerse en pie. Miró a Hasan inconsciente a unos metros de él y luego a todo su equipo y a la Aurora Dorada cabizbaja, en silencio, incluso Valeria intentaba controlar las lágrimas.

La desesperación se estaba apoderando de todos ellos. Inspiró hondo y se puso en pie intentando controlar su rabia. Aunque hubiesen fracasado en aquella misión no podían rendirse.

—Encontraremos otra forma de acabar con Astaroth —susurró él intentando aparentar fortaleza.

—¿Cómo? —preguntó Idalia desesperada—. La única forma era con esos objetos. —Directamente se echó a llorar presa del terror—. Sin esos objetos no podemos hacer nada. Estamos condenados. —Se echó hacia delante apoyando sus brazos en el suelo.

—Encontraremos otra forma —insistió Aitor. Se pusieron en pie lentamente, intentando controlar la rabia que sentían—. Hay que marcharse de aquí. Es posible que la detonación haya llamado la atención de alguien más —indicó. Se fijó en que todos estaban realmente afectados por lo ocurrido—. Cada día hay una nueva oportunidad —les dijo Aitor—, y en cada oportunidad una nueva esperanza. Encontraremos la forma —sentenció.

Miguel tragó saliva y asintió. Fue hacia Hasan que permanecía inconsciente.

—¿Qué hacemos con él y con los vigilantes de seguridad? —dijo señalando a los cuatro militares que permanecían atados al final de la sala.

Aitor fue hacia él y los observó a todos.

—Dejadlos aquí. —Miró a su alrededor—. Coged todas las armas, las bolsas y vámonos. No hay nada más que podamos hacer aquí —dijo mientras tomaba una de ellas para entregársela a Miguel.

Aunque con movimientos lentos y alicaídos todos cumplieron las órdenes y limpiaron la zona en cuestión de segundos. Luego, se dirigieron al agujero en la pared para acceder a las escaleras que los llevarían hasta la planta baja.

El avión había despegado hacía más de una hora de Dubái. Los ánimos estaban por los suelos. Ninguno pronunciaba una sola palabra. No había hecho falta que la división se explicase mucho, pues, por suerte, Kata y Magda habían informado de todo a los militares y a los miembros de la Aurora Dorada que se habían quedado allí.

A la media hora de llegar tenían pista para despegar y, ahora, sobrevolaban el cielo, todos sentados o bien tumbados, sin intercambiar palabras entre ellos, pensativos, pues todos eran conscientes de lo que se les venía encima.

Habían intentado proteger a toda la humanidad con todas sus fuerzas, sin embargo, habían fallado… solo esperaba que Hasan ardiese en el infierno cuando le llegase su hora.

Aitor permanecía sentado en el suelo del avión, apoyado contra la pared y con las piernas flexionadas, pensativo.

¿Qué iban a hacer? Ellos jamás se habían rendido, siempre habían encontrado la forma de solucionar los problemas, sin embargo, ahora… lo veían todo oscuro.

Elevó su cabeza hacia Miguel que se acercaba y este se sentó a su lado, apoyándose también contra la pared.

—Los ánimos no están muy boyantes, ¿eh? —pronunció Miguel—. Hemos fracasado.

Aitor lo miró de reojo y se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

—Encontraremos otro modo, seguro que lo haremos —respondió mirando al frente, al resto de sus compañeros—. Siempre lo hemos hecho y esta vez no será diferente.

Miguel asintió. Sabía que eso era cierto, el viaje iba a ser horrible, pero en cuanto llegasen a la base se pondrían manos a la obra con otro plan. Así era el carácter de todos aquellos que luchaban en la división o en la Aurora Dorada, ellos jamás se rendían.

Miguel tragó saliva e inspiró hondo.

—Siento haberte gritado antes… —pronunció y lo miró con una sonrisa de soslayo—. Es que… —resopló—, echo de menos a Elena y… esta situación me está enloqueciendo.

Aitor asintió.

—Yo también echo de menos a Nerea —confesó. Lo miró y le sonrió con tristeza—. Pero debemos luchar hasta el final, lo que implica quedarnos en la Antártida para proteger la cúpula y, sobre todo, mantener la mente fría.

Miguel rio.

—Sí, ese es el problema, que yo la tengo demasiado calenturienta y me hace perder la cabeza —bromeó.

—Lo sé —Aitor rio dándole la razón.

Miguel le hizo un gesto gracioso, luego suspiró y apoyó su cabeza en la pared.

—Debemos comunicárselo a Anael —dijo Miguel lentamente—. Así al menos ella y los arcángeles estarán prevenidos.

Aitor apretó la mandíbula y asintió.

—Sí, debemos informar.

Miguel se quedó unos segundos callado y se pasó la mano por los ojos, masajeándolos. Inspiró hondo y finalmente se armó de valor.

—Anael —la llamó.

Anael tardó pocos segundos en aparecer ante ellos. Llevaba su armadura plateada puesta e iba peinada con una larga trenza recogiendo todo su cabello. Los miró y su expresión cambió mostrando preocupación.

Nadie exclamó al verla aparecer allí, pues los militares ya parecían acostumbrados y, sobre todo, estaban inmersos en sus propios pensamientos.

Anael se arrodilló frente a Aitor y Miguel.

—¿Volvéis ya a la Antártida? —susurró ella.

—Vamos rumbo a Sídney —explicó Aitor y chasqueó la lengua. Se incorporó sentándose más erguido—. Lo siento… —susurró. Anael los miró a ambos—, no hemos podido hacernos con los dos objetos de poder.

Anael se puso en pie lentamente, consciente de lo que aquello entrañaba.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido… —pronunció Miguel—, pero no hemos podido evitar que se destruyesen. —Anael lo miró y asintió pensativa—. Lo sentimos mucho, Anael.

Ella negó.

—Habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos —dijo intentando calmarlos, pues se les veía totalmente compungidos—. Hablaré con Gabriel y con el resto de arcángeles para informarles. Hay que buscar otra forma de detener a Astaroth.

Tanto Miguel como Aitor asintieron.

—Le daremos vueltas a ver si se nos ocurre algo a nosotros también —comentó Miguel.

Anael los miró con ternura y volvió a agacharse frente a ellos, colocando una mano en cada uno de sus hombros.

—Sé que ahora no veis salida, que pensáis que nos habéis defraudado, pero no es así —les sonrió con cariño—. En toda oscuridad hay una luz, en cada lucha hay una solución y en toda fe hay esperanza. Jamás la perdáis.

Ambos asintieron agradecidos por sus palabras, aunque no parecían lograr levantar el ánimo.

Anael miró de un lado a otro hasta que vio a Víctor y a Kata en un lateral. Víctor tenía un brazo sobre los hombros de Kata y esta permanecía apoyada en su pecho, descansando.

Fue hacia ellos, lo cierto era que en ese avión había un silencio sepulcral.

Marcos se encontraba en cabina con Diana y Lucas permanecía tumbado al lado de Magda que parecía estar dormida.

Se agachó ante Víctor y Kata con una triste sonrisa. Víctor se incorporó y Kata hizo lo mismo.

—Hola, Anael —susurró Kata con cariño.

Víctor se removió nervioso.

—Supongo que ya te habrán puesto al corriente de lo ocurrido —pronunció pausado. Ella asintió—. Te prometo que lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas…

—Shhh —lo interrumpió Anael tomando sus manos—. Sé que habéis hecho todo lo que podíais, pero lo ocurrido es solo una batalla, no la guerra final —dijo ella intentando calmarlos, pues todos parecían muy nerviosos al haber fracasado en su misión—. No os preocupéis.

—¿Cómo no nos vamos a preocupar? —preguntó Víctor—. Era la única forma de atrapar a Astaroth.

Anael dio unas palmaditas en sus manos.

—No nos vamos a rendir —sentenció ella. Tragó saliva y miró hacia los lados—. Necesito un favor de vosotros dos… —susurró.

—Claro, dinos —comentó Kata.

—Vosotros descendisteis a los infiernos. ¿Cómo es aquello?

Víctor miró de reojo a Kata, sorprendido por la pregunta.

—¿Quieres que te expliquemos cómo es el infierno?

—Con todo lujo de detalles, por favor —pidió ella.

Kata inspiró hondo y se sentó más firme.

—Es un lugar oscuro, sin mucha luz… —comenzó explicando—, hay una neblina que impide ver el cielo. Hay montañas muy altas de color negro, puntiagudas. Nosotros cuando descendimos fuimos a parar a una cueva. Desde allí, nos movimos a través de un descampado enorme, infinito, de tierra, sin un solo árbol, solo tierra que se movía de un lado a otro formando remolinos.

—Hacía calor y olía… a azufre —recordó Víctor—. A medida que nos acercábamos a las montañas negras nos dimos cuenta de lo altas que eran, pues la cima de algunas de ellas estaba oculta por esa niebla. Entre esas montañas hay caminos, algunos más estrechos que otros. Nosotros nos dirigimos a una especie de salón que hay en medio de aquellas montañas. Es un salón muy grande, con una mesa enorme y algunas sillas…

—¿Sabéis donde encierran a las almas?

Kata asintió.

—Detrás de ese salón hay muchas celdas, de hecho, la zona es… —miró de reojo a Víctor

—, es infinita. Nos mantenían encarcelados en celdas contiguas, encadenados. Las celdas no eran muy grandes, sí muy calurosas, y parecían estar excavadas en la misma roca de aquellas montañas.

Anael asintió intentando hacerse un mapa de lo que era el infierno. Sobre todo, se quedó con el dato de dónde se encontraban las celdas.

—El calor es sofocante y… la pérdida de la noción del paso del tiempo, no se lleva nada bien —recordó pensativo—. Los gritos de angustia, ese olor… acabas volviéndote loco.

—Sí —confirmó Anael—, el tiempo no funciona igual. —Los miró a los dos—. Gracias por explicármelo —dijo poniéndose en pie.

Víctor la miró nervioso.

—¿Por qué querías saberlo?

Ella le sonrió con tristeza y negó con la cabeza, sin querer hablar más del tema. Giró sobre sí misma y miró a todos, los cuales seguían alicaídos.

Se giró de nuevo hacia Víctor llevando la mano a su pecho, sintiendo el colgante de la estrella de David.

—No os preocupéis —intentó infundirles valor—. Todo se arreglará.

Dicho esto, desapareció.

Víctor miró a Kata y se mordió el labio.

—No le veo solución —comentó tras unos segundos. Kata tragó saliva y negó dando a entender que ella tampoco se la encontraba—. Han destruido el grimorio donde estaba el conjuro para volver a atrapar a Astaroth y el anillo que dotaba de máximo poder al hechicero, en este caso al rey Salomón. —En ese momento se miró la mano y comenzó a rodar en el dedo con su otra mano la réplica que Anael les había hecho del anillo, una réplica que les permitía hacer exorcismos más poderosos que con simples palabras. Se quedó quieto y miró la réplica unos segundos, pasmado.

Kata lo miró extrañada.

—¿Ocurre algo? —preguntó lentamente.

Víctor se puso en pie de inmediato y buscó con la mirada a Aitor.

—Tengo una idea —susurró—. Puede que sirva —dijo dirigiéndose directamente hacia Aitor.

Kata se levantó rápidamente y lo siguió.

Víctor se situó ante Miguel y Aitor que hablaban en un tono bajo para no molestar a los que descansaban.

—Eh —dijo Víctor llamando la atención de los dos que giraron su cuello para mirarlo—. Creo que tengo una idea, y puede que sirva —pronunció con una sonrisa enigmática.

Aitor puso su espalda firme y asintió.

—¿En qué consiste? —preguntó acelerado.

10

Anael caminó lentamente sobre la nieve, con los mechones de cabello que se habían soltado de su trenza volando hacia atrás. La nieve crujía bajos sus pies y el aire llevaba hasta su rostro trozos de hielo que chocaban contra su tez, pero no le importaba. Lo único que tenía en mente era el plan que había rondado en su cabeza aquellas últimas horas.

Ahora que los objetos de poder habían sido destruidos no quedaba otra opción.

Tras las explicaciones de Víctor y Kata sobre el infierno cada vez lo tenía más claro.

Había vuelto a la base Nueva Esperanza y observado desde dentro del búnker cómo todos los ángeles y arcángeles recargaban la cúpula mientras Astaroth intentaba destruirla.

Ahora los demonios y Astaroth permanecían a kilómetros de allí, intentando destruirla, nadie se daría cuenta de su ausencia, pues todos permanecían luchando contra Astaroth.

Se situó ante la cúpula y la miró, luego observó a la lejanía, a aquel agujero que descendía a los infiernos y que Farid se había encargado de abrir.

Aquel portal era realmente enorme y, ahora, sin aquellos objetos de poder, sería muy difícil de cerrar.

Lo necesitaban. Gadreel era uno de los ángeles con más poder, aunque hubiese perdido su luz. Con su luz había sido uno de los ángeles más poderosos, el segundo al mando del general Shemiaza, el promotor de aquella revuelta que había ocasionado la caída de más de doscientos ángeles.

Inspiró hondo mientras miraba el interior de la cúpula, ningún demonio salía de aquel portal ni vigilaba ya aquella zona.

No lo pensó más y accedió a la cúpula. No era la primera vez que accedía a ella, ya lo había hecho para ayudar a la división y a la Aurora Dorada a acabar con Farid mientras ella y todos los ángeles intentaban contener a Astaroth.

Caminó despacio, pensativa… el único sonido era el silbido del helado viento moviendo sus cabellos y la nieve crujiendo bajo sus pies.

Se elevó en el cielo y voló lentamente el espacio que debía recorrerse hasta el enorme agujero en la tierra, sujetando con una mano la espada del arcángel Gabriel y en la otra su casco.

Aterrizó de nuevo sobre la nieve, a varios metros del agujero, y se acercó a este caminando despacio.

No pensaba dejarlo allí, el dolor y el vacío que sentía eran tan grandes que no podía soportarlo. Arriesgaría su vida por él sin dudarlo, igual que él había hecho con ellos.

Cerró los ojos conteniendo las lágrimas que brotaban de estos e inspiró hondo intentando controlarse. Debía concentrarse en la misión que iba a emprender.

Miró hacia el cielo y tragó saliva. El cielo estaba totalmente despejado, de un color azul precioso.

—Perdóname Padre por lo que voy a hacer —susurró en una súplica.

Miró hacia el agujero e inspiró hondo. Sabía que estaba prohibido descender a los infiernos, que iba a desobedecer la orden de su Padre, que corría el riesgo de caer, pero el dolor y el vacío que sentía ante la ausencia de Gadreel eran superiores a su miedo a la caída.

Dio un paso adelante cuando escuchó un aleteo tras ella.

Se puso firme y miró con decisión a Uriel que aparecía a su lado. Tragó saliva al ser descubierta. No quería involucrar a nadie más, aquello era cosa suya.

—Uriel… yo… —balbuceó al ver al arcángel y gran amigo suyo, conteniendo de nuevo las lágrimas.

Uriel elevó su mano para que guardase silencio y miró al frente.

—Tus palabras me hicieron reflexionar… —susurró ante la mirada de ella. En ese momento el resto de arcángeles descendieron hasta donde ellos se encontraban, rodeando el gran agujero. Zadquiel, Gabriel, Jofiel, Rafael y Baraciel se encontraban allí. Ella puso su espalda recta y torció su cuello de nuevo hacia Uriel, aunque le sorprendió que su mirada no era enfadada, sino compasiva—. Nuestra mayor virtud es el perdón —recordó las palabras que ella había pronunciado—, sin ello perdemos nuestra esencia —dijo mirándola con ternura y, finalmente, asintió—. No quiero perder mi esencia, Anael, ni ninguno de nosotros —le susurró. Se puso firme y la miró fijamente—. Vayamos a buscar a Gadreel.

Anael sintió cómo sus ojos se humedecían y su labio temblaba al escuchar aquellas palabras. Asintió débilmente e inspiró hondo mirando el hondo agujero en la tierra. Solo podían hacerse una idea de lo que encontrarían allí abajo, pero no pensaba volver sin Gadreel.

Miró a cada uno de los arcángeles vestidos con sus armaduras y sus espadas en el cinturón, todos ellos con el casco que cubriría sus cabezas y parte de la nariz, preparados para descender junto a ella para ir en busca de Gadreel.

Observó a cada uno de ellos agradeciéndoles con la mirada lo que iban a hacer mientras se ponían el casco, preparándose para entrar en batalla. Sabían que no iba a ser fácil, pero todos ellos estaban dispuestos a perdonar a Gadreel y a descender a los infiernos junto a Anael para rescatarlo. Anael cerró los ojos unos segundos, sintiendo el viento helado en su rostro, y se puso el casco también. El casco, formado del mismo metal que la armadura, le protegía toda la cabeza y descendía hacia abajo cubriendo la nariz, formando una especie de M y dejando sus ojos totalmente expuestos para poder observar todo lo que les rodeaba.

Tragó saliva y dio unos pasos adelante, observando la profundidad de aquel enorme agujero.

Inspiró hondo cargándose de valor y directamente se arrojó hacia allí como si se arrojase a una piscina de cabeza, desplegando sus enormes alas blancas.

El resto de arcángeles la siguieron en formación.

El gran túnel por el que descendían fue tornándose cada vez más oscuro, tuvieron que modificar el rumbo girando a la derecha o a la izquierda para evitar algún saliente, pues no era un túnel uniforme, sino discontinuo, con salientes de roca puntiaguda.

Los siete descendían a gran velocidad, la primera en la formación era Anael seguida por el resto que iban en parejas. No eran muchos para enfrentarse a todo el infierno, pero el poder de los arcángeles era infinitamente superior al de cualquier demonio que pudiesen encontrar allí abajo.

No sentía miedo, no estaba asustada por tener que batirse contra cientos de demonios con tal de rescatar a Gadreel, al contrario, la necesidad de ponerlo a salvo era tan grande que aumentó más la velocidad de su caída.

“Vamos a por ti, Gadreel”, pensó para ella misma, “Aguanta un poco más”.

Pasaron por una cámara enorme formada en la piedra. Anael miró a ambos lados, aquella cámara tenía al final la continuación del túnel que se estrechaba más.

El resto de arcángeles se pusieron en fila india, ya que el túnel que seguía era mucho más estrecho, como si se tratase de un embudo.

Enseguida supo que se aproximaban, pues el calor comenzó a ser más intenso y el olor a azufre penetró en sus fosas nasales.

Siguieron bajando hasta que al final vio que aquel túnel finalizaba y aparecía una niebla. Debía de ser la niebla de la que le habían hablado Víctor y Kata, aquella que recubría todo el cielo impidiendo que la luz penetrase y que convertía al infierno en un lugar sombrío y desolador.

Salió del túnel y, en ese momento, el calor fue sofocante. Los arcángeles aumentaron su velocidad y se pusieron en línea horizontal con Anael, atravesando aquella bruma.

Cuando salieron de ella, el paisaje los sobrecogió. Era tal y como Kata y Víctor se lo habían explicado. Había una gran explanada de tierra escarpada y, al final, grandes montañas negras se elevaban, ocultadas por la bruma que acababan de atravesar.

Anael miró hacia los lados, Gabriel, Zadquiel y Baraciel iban a su izquierda mientras a su derecha se encontraban Uriel, Rafael y Jofiel formando una línea que sobrevolaba aquella infinita tierra. Jamás habían descendido hasta allí, ningún ángel que conservase su luz había visitado antes aquel lugar.

Los gritos de varios demonios que permanecían vagando en aquella tierra los alertó, pero ellos no descendieron su ritmo, fueron directos hacia esas montañas siguiendo el vuelo de Anael.

El grito de aquellos demonios que vagaban por aquella tierra escarpada hizo que miles de demonios apareciesen de las entrañas de las aún lejanas montañas negras, aunque podían ver cómo muchos de ellos se asomaban para observar e instintivamente comenzaban a gritar ante la intrusión de los ángeles en su territorio. Aquello era la guerra, y ellos no pensaban ceder ni un paso, al contrario.

Anael inspiró hondo cuando los miles de demonios que se alzaban desde aquellas lejanas montañas se elevaron en el aire en posición de ataque, dispuestos a defender su territorio.

—Preparaos —gritó Gabriel extrayendo de su espalda el escudo y situándolo por delante.

El resto lo imitó, igual que Anael, que mantenía la mirada fija en aquella nube de demonios que se acercaba a ellos a gran velocidad.

Zadquiel, Jofiel y Baraciel se situaron sobre los otros, formando una pequeña pirámide constituida por cuatro ángeles en la base y tres sobre ella, manteniendo el ritmo constante de su vuelo.

Gabriel, situado a su lado, la miró unos segundos antes de apretar su mandíbula. Anael miró hacia el otro lado donde Uriel aguantaba firme la posición.

Los demonios cada vez estaban más cerca, sin embargo, ellos comenzaron a mover las alas con más intensidad. Hasta ese momento solo habían planeado, ahora se disponían a atravesar aquella pared de demonios que se interponía entre ellos y las altas montañas donde sabían que se encontrarían las celdas. En una de ellas se encontraba Gadreel.

El viento chocaba contra todos ellos mientras situaban sus grandes escudos ante ellos, cubriendo parte de sus cabezas. Atravesarían aquella nube de demonios y llegarían hasta las montañas costase lo que costase. Sabía que aquello le podía traer problemas, que era una declaración de guerra absoluta del cielo hacia el infierno, si bien, en realidad, no iba a cambiar nada, pues Astaroth seguiría en su empeño de destruir la cúpula y hacer desaparecer todo el Universo conocido, comenzando por la mayor creación de Dios, la humanidad.

—¡Ahora! —gritó Gabriel.

Todos extendieron el brazo que tenían libre hacia un lado o hacia arriba dependiendo del lugar que ocupaban.

En ese momento, todos los arcángeles y Anael comenzaron a expulsar aquella potente luz de su pecho con la que conseguían exorcizar a los demonios.

Se internaron en aquella nube de demonios que los rodeaban sin dejar de avanzar hacia

delante, como si de un bólido se tratase, en dirección a la montaña, haciendo desaparecer a todos los demonios que tenían a su alrededor cuando aquella poderosa luz los tocaba, creando un túnel entre todos los demonios que intentaban obstaculizar el paso.

La luz que emitían los arcángeles y Anael era tan potente en aquella oscuridad que iluminó parte del infierno como si de una estrella fugaz se tratase.

Muchos demonios que permanecían en el suelo sin la capacidad de volar observaban impresionados el espectáculo, incluso se cubrían los ojos por la cegadora luz que invadía el infierno avanzando sin tregua hacia las montañas.

Lucifer que se encontraba cerca de unos precipicios avanzó hacia delante para observar mejor. ¿De dónde venía aquella increíble luz?

Salió del pasillo y avanzó por la explanada colocando su mano a modo de visera, intentando observar mejor aquella explosión de luz. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron cuando comprendió de qué se trataba. ¿Qué estaban haciendo allí?

—¡Aguantad! —ordenó Uriel ante la gran cantidad de demonios con la que chocaban, pero que desaparecían al instante ante su luz.

Anael apretó los dientes ante la fuerza que debía hacer, era como chocar continuamente contra rocas, aunque esa presión disminuía ante la desintegración del demonio antes de chocar con otro.

Cuando se acercaron a la montaña bajaron en formación y en picado hacia la tierra, debían buscar dónde se encontraba Gadreel y sacarlo de allí cuanto antes.

Llegaron a tierra en formación, todos menos Jofiel que se quedó suspendido en el aire como ángel centinela, expulsando de su pecho una gran luz e impidiendo que muchos de los demonios que podían atacarlos por aire lo hiciesen.

Anael desenvainó su espada nada más tocar tierra, al igual que el resto de arcángeles, y comenzó a luchar directamente contra los demonios que le negaban el paso hacia aquellos estrechos pasillos que, por lo que recordaba que Víctor y Kata le habían explicado, los llevaría a una gran sala, la sala del trono. Tras esta, se encontraba la zona de las celdas.

Anael se agachó para evitar las zarpas de uno de los demonios y lo bloqueó con el escudo, acto seguido, extrajo de su pecho la luz para hacerlo desaparecer.

La cantidad de demonios que descendían por los precipicios de aquellas montañas era interminable, rodeándolos. Al menos, Jofiel, desde el aire, los protegía sobrevolándolos y eliminando a gran parte de ellos.

Anael corrió por el estrecho pasillo mientras blandía su espada y exorcizaba a unos cuantos demonios más, seguida por todos los arcángeles que, sin duda, tenían mucha más fuerza que ella.

Sería el ángel del amor, pero era una guerrera como cualquier otro ángel, dispuesta a la batalla en el momento que fuese necesario, y ese era uno de ellos.

Atravesó con su espada otro demonio y rodó sobre sí misma para parar con el escudo la embestida de otro por su espalda. Lo aplastó contra la pared de piedra y de su pecho emanó aquella luz haciéndolo desaparecer mientras ocultaba su cuerpo con el escudo por el otro lado ante el ataque de otro demonio.

El avance era más lento de lo que esperaba, pero al menos no retrocedían.

Gabriel apareció a su lado y con su escudo impulsó a unos cuantos demonios que rodeaban a Anael situando su espada por delante de ella. Los gritos de todos ellos amenazaban con destruir sus tímpanos.

Anael agradeció la ayuda, más cuando Jofiel los sobrevoló con aquella intensa luz dejando aquel estrecho pasillo más o menos libre.

Anael siguió corriendo mientras acababa con muchos de los demonios que les cortaban el paso, sin compasión alguna, hasta que llegaron a la gran sala de piedra.

Anael corrió y se detuvo en medio de esta. En ese momento, Jofiel, que había realizado las veces de ángel centinela protegiéndolos desde el aire, aterrizó a su lado y extrajo su espada.

Anael giró sobre sí misma mientras los arcángeles luchaban contra todos los demonios que los amenazaban, extrayendo rayos de luz de su pecho y acabando con decenas de ellos a la vez.

Anael se giró y vio aquel trono, justo lo que Víctor y Kata le habían explicado. Recordó sus palabras.

"Detrás de ese salón hay muchas celdas, de hecho, la zona es… —había explicado Kata—, es infinita. Nos mantenían encarcelados en celdas contiguas, encadenados. Las celdas no eran muy grandes, sí muy calurosas, y parecían estar excavadas en la misma roca de aquellas montañas".

Atravesó aquella enorme sala mientras el resto de arcángeles mantenían una encarnizada lucha contra decenas de demonios a la vez, pues por más que acababan con ellos, otros iban a su encuentro intentando destruirlos.

Anael se detuvo y situó su escudo por delante de ella, sujetando con fuerza la espada del arcángel Miguel en su mano cuando un demonio aterrizó ante ella extendiendo sus enormes alas y gritó con fuerza. Aquel demonio era mucho más grande que el resto, como si fuese de una jerarquía superior.

No se detuvo, avanzó hacia él y esquivó el golpe del demonio, se arrodilló en el suelo y golpeó sus piernas haciéndole perder el equilibrio, luego clavó con rabia su espada en el pecho de aquel demonio mientras se arrodillaba para usar su peso e imprimir más fuerza a su estocada.

Miró hacia delante y extrajo la espada del demonio que agonizaba. Avanzó hacia el trono y miró los diferentes pasillos y cómo se bifurcaban.

—¡Gadreel! —gritó ella desesperada.

Se giró cuando observó la cantidad de demonios que se dirigían hacia ellos, miles. Eran demasiados para aguantar mucho más rato allí.

—¡Gadreel! —volvió a gritar mientras corría hacia uno de los pasillos.

Uriel apareció a su lado y la tapó con el escudo para que uno de los demonios que saltaban desde lo alto de aquellos pasillos no la dañase. Lo empujó con tanta fuerza hacia la pared que el demonio cayó hacia el suelo sin moverse.

Uriel miró de un lado a otro.

—Debe de estar por aquí —explicó ella.

Uriel asintió y comenzó a mirar por las celdas mientras gritaba también su nombre.

Aquella zona era muy escandalosa, con gritos y lamentos, y si a eso le sumabas los chillidos de los demonios que luchaban contra los arcángeles para defender su territorio, era imposible escuchar si Gadreel respondía.

Gabriel llegó hasta ellos y miró las celdas. Directamente comenzó a buscar en cada una de ellas, asomándose entre los barrotes.

—¡Gadreel! —gritó a pleno pulmón, pero con aquel escándalo era imposible escuchar una respuesta.

Uriel resopló consciente de que sus compañeros Jofiel, Zadquiel y Baraciel no lograrían controlar aquella embestida mucho más tiempo sin su ayuda.

—¡Aquí! —gritó Gabriel llamando la atención de ambos. Anael y Uriel corrieron hacia él mientras Gabriel corría el cerrojo con el que mantenían la celda cerrada.

Abrió la puerta y Uriel y Anael entraron directamente mientras Gabriel se quedaba

custodiando la entrada para que ningún demonio pudiese acceder.

La imagen que observó en el interior la dejó petrificada unos segundos.

Gadreel permanecía apoyado contra la pared, vestido con unos pantalones ajustados de color marrón, rotos. Su pecho estaba al descubierto con cientos de heridas y su piel estaba sucia. La sangre dorada recubría todo su cuerpo.

Se lanzó sobre él llorando y acarició su rostro.

—Gadreel, Gadreel —susurró.

Gadreel abrió los ojos agotado, sin fuerzas, y miró asombrado los enormes ojos azules de Anael que lo observaban con un increíble amor.

—¿A… Anael? —balbuceó incrédulo. Luego giró su cabeza y vio que Uriel se encontraba a su lado alzando la espada para romper las cadenas con las que lo mantenían preso. Volvió a mirar a Anael que acariciaba su rostro con emoción, controlando sus lágrimas—. ¿Qué… qué haces aquí?

—Hemos venido a rescatarte —respondió ella.

Uriel dio otro golpe a las gruesas cadenas y estas cedieron, liberándolo. Uriel había roto las cadenas con las que lo mantenían allí preso, pero Gadreel aún llevaba los grilletes en las muñecas. Miró de un lado a otro hasta que encontró una llave sobre una mesa.

Gadreel contempló el rostro de Anael incrédulo. ¿Era una alucinación? La suavidad que sintió cuando Anael acarició su mejilla le hizo ser consciente de que aquello era cierto, que estaba allí por él. Anael tenía un toque tan rebosante de amor que era capaz de calmar y llenar de paz a un persona o un ángel en situaciones desesperadas.

Uriel se agachó a su lado e introdujo la llave en los grilletes. Cuando las muñecas de Gadreel se liberaron por fin de los grilletes este gimió. Uriel apretó los labios al ver que tenía las muñecas en carne viva y miró a Anael que no dejaba de acariciar su rostro con una ternura infinita.

—Hay que irse de aquí, ¡ya! —gritó Uriel—. Vamos, amigo —dijo Uriel cogiéndolo del brazo para ayudarlo a ponerse en pie.

Gadreel estaba extremadamente débil y herido, la tortura a la que lo habían sometido lo había dejado francamente vulnerable.

Gadreel observó pasmado cómo Uriel lo ayudaba a ponerse en pie y tragó saliva.

—Gracias —susurró Gadreel con las pocas fuerzas que le quedaban.

Uriel asintió y se giró hacia Gabriel que custodiaba la puerta de la celda.

Anael le colocó rápidamente el colgante que ella llevaba en el cuello con la estrella de David, solo de aquella forma lograrían sacarlo de la cúpula. Ya sabían que funcionaba, pues el propio Gadreel había luchado en el interior de la cúpula cuando Astaroth había llegado al plano terrestre, así que lo único que necesitaban era llevarlo de vuelta, algo que no iba a ser tarea fácil.

Uriel cogió uno de los brazos de Gadreel pasándolo por encima de sus hombros para ayudarlo a caminar, pues parecía que Gadreel iba a desfallecer en cualquier momento.

—Vamos —animó a Gadreel iniciando los pasos para salir de la celda.

Anael se acercó a la puerta y tocó el hombro de Gabriel mientras protegía su cuerpo con el escudo.

El resto de los arcángeles luchaban para impedir el paso a cualquier demonio que intentase entrar allí y arruinar el rescate.

La luz que desprendieron los arcángeles provocó que decenas de demonios desapareciesen del pasillo y pudiesen correr hacia la sala grande del trono.

Anael que iba en primera fila junto a Zadquiel, Jofiel y Baraciel protegía con los escudos y

su luz a Uriel que cargaba con Gadreel, eliminando la posibilidad de cualquier demonio de llegar hasta ellos.

Anael miró hacia atrás, Uriel iba tras ellos cargando con Gadreel que no podía dar un paso sin titubear, mientras que la retaguardia la protegían Gabriel y Rafael.

Lo más efectivo era la luz que desprendían de sus pechos, pero debían usar sus espadas y escudos para defenderse cuando los atacaban por el lado contrario.

Atravesaron a toda prisa el estrecho pasillo, corriendo y huyendo de todos los demonios que los acechaban sin descanso y que gritaban cerca de ellos hasta que salieron al exterior, internándose en aquella enorme explanada.

Gabriel y Rafael miraron hacia atrás observando la gran nube de demonios que se dirigía hacia ellos.

—¡Uriel! —gritó Rafael llamando su atención.

Uriel y el resto se giraron para observar el gran número de demonios que se acercaba, superior a los que les habían recibido. Si no se marchaban de allí los atraparían, eran demasiados.

Uriel se giró hacia Gadreel y situó una mano en su nuca para que lo mirase.

—Gadreel, ¿puedes volar?

Anael se acercó rápidamente y miró asustada la gran cantidad de demonios que los alcanzarían en cuestión de segundos.

Gadreel inspiró hondo y asintió. Necesitaba sacar fuerzas de donde fuese.

—¡Huye! —le gritó Uriel—. Nosotros los detendremos. Vamos Gadreel, ¡huye! —dijo soltándolo.

Gadreel se giró hacia Anael y ella asintió.

—Vamos, nosotros los detendremos, te dará tiempo a escapar —dijo cogiéndolo de la mano para que empezase a correr.

Gadreel apretó su mano unos segundos y asintió. Se soltó de ella y dio unos pasos titubeantes hacia delante, fijando su mirada en aquel enorme agujero formado en el cielo del infierno, cubierto por aquella bruma. Debía llegar hasta allí para escapar. Extendió sus alas color marrón oscuro, enormes, y comenzó a moverlas para elevarse. Sollozó por el dolor que le causaba cualquier movimiento, pero se armó de valor y comenzó a elevarse en el aire. Algo que era tan natural para ellos como volar ahora le era casi imposible, pero no iba a defraudarlos, y mucho menos después de que Anael y los mismos arcángeles hubiesen acudido al infierno para liberarlo.

Comenzó a elevarse más lento de lo que deseaba, pero al menos avanzaba en dirección a su salvación. Si lograba llegar a aquel túnel sería más fácil escapar.

Se giró mientras se elevaba, observando a los arcángeles y a Anael prepararse para frenar la oleada de demonios que pretendían evitar su huida mientras él cogía más altura y velocidad.

Anael se dispuso a enfrentar a todos los demonios sin mirar atrás, sabía que Gadreel lucharía con todas sus fuerzas para escapar, era lo único que deseaba. Todos se pusieron en posición de ataque observando cómo se acercaban miles y miles de demonios.

Gabriel miró hacia atrás asegurándose de que Gadreel seguía su ascenso y extendió los brazos hacia los lados. El resto lo imitaron extrayendo la luz de su pecho. Muchos demonios comenzaron a desaparecer a medida que se acercaban, pero Anael miró hacia arriba viendo a muchos de los demonios que podían volar cruzar por encima de ellos.

—Gabriel —lo llamó mirando hacia arriba, señalando a los demonios que los sobrevolaban.

Gabriel alzó el vuelo junto a Rafael y Uriel para evitar el paso de aquellos demonios que pretendían llegar hasta Gadreel, el cual volaba a poca velocidad y titubeante.

Anael se quedó en el suelo junto al resto y atacó al primero de los demonios que se acercó, se giró y se cubrió con el escudo. Empujó al demonio arrojándolo al suelo y, mientras se acercaba a él, derribó a dos más. Se cubrió con el escudo y cuando llegó al demonio clavó la espada en el centro de su pecho. Se giró y extrajo luz de su pecho para hacer desaparecer a varios más. El resto de arcángeles luchaban con mucha más violencia que ella y sus movimientos eran más efectivos. Ella podía derribar a varios demonios a la vez, pero los arcángeles, con su gran fuerza, podían acabar con el triple o el cuádruple de demonios que ella con un solo golpe. Eran mucho más efectivos.

Anael se giró un segundo y observó a Gadreel, asegurándose de que seguía libre volando, dirigiéndose hacia su libertad.

Se giró y siguió combatiendo a los demonios.

Gadreel sollozaba con cada aleteo que debía dar, pero no iba a rendirse, llegaría a aquel agujero y sería libre, al fin. Aún no comprendía cómo Anael y los mismos arcángeles habían descendido a los infiernos en su búsqueda, era algo prohibido.

Había perdido toda esperanza de volver a la Tierra, de volver a ser libre, pero habían ido a rescatarlo a las mismísimas entrañas del infierno. Aquello hizo que sus ojos se humedeciesen. Sabía que una parte de su existencia, sobre todo recientemente, había sido oscura, más cuando había trabajado para la trinidad maligna, sin embargo, ahora luchaban por liberarlo, y él no encontraba palabras suficientes de agradecimiento para ellos.

Había rectificado su comportamiento y, quizá, esa era su recompensa. Nunca había deseado el mal para la humanidad, jamás, al contrario, la amaba, la amaba muchísimo, tanto como para exponerse a una eternidad de sufrimiento.

Miró hacia el agujero ya más cercano. Las fuerzas se le agotaban, pero después de aquella oportunidad, de que Anael fuese a buscarlo, no iba a desperdiciar la ocasión. El sufrimiento que había experimentado a manos de aquellos demonios, de Lucifer, de Belcebú y de Astaroth, le hacía coger fuerzas y volar con más ímpetu.

Extendió su mano hacia aquel agujero aún lejano, pero al que se acercaba lentamente con los ojos llorosos. Él solo quería ser libre, dejar de sufrir, pero, sobre todo, deseaba estar junto a Anael. Ella era la única que había hecho que aguantase aquel tormento.

Tragó saliva y sus ojos se humedecieron más cuando estiró su brazo hacia su libertad, cuando recordó el grito de Anael cuando Astaroth lo atravesó con la espada en la base Casey.

Inspiró hondo concentrándose en seguir moviendo sus alas y no prestarle atención al dolor cuando un grito salió de lo más profundo de su ser por un dolor tan intenso que su visión comenzó a oscurecerse y sintió cómo perdía el sentido.

Sintió cómo una flecha atravesaba su costado por completo y se quedaba clavada. El suplicio era tal que gritó antes de perder el sentido y de que su cuerpo comenzase a caer.

Lucifer descendió su arco y sonrió mientras veía a Gadreel caer hacia la infinita explanada. Su cuerpo caía descontrolado, a gran velocidad, y sus alas se movían hacia arriba sin rumbo.

¿Acaso creía que iba a escapar? ¿Pensaba quizá que conseguiría irse de allí?

Sonrió maliciosamente al ver el cuerpo de Gadreel precipitarse descontrolado.

—No vas a ir a ningún sitio, Gadreel —susurró Lucifer orgulloso de su puntería.

Gadreel había perdido la conciencia y descendía en caída libre a gran velocidad.

Anael se deshizo de unos cuantos demonios más mientras Gabriel golpeaba con su pierna a otro demonio, apartándolo de ellos. Aquello iba de mal en peor, pues los demonios comenzaban a rodearlos. Se giró para controlar de nuevo a Gadreel cuando contuvo la respiración. Se quedó totalmente impactada al verlo caer hacia la explanada, sin sentido.

—Gadreel —susurró angustiada.

Gadreel caía a gran velocidad, con sus alas envolviéndolo y moviéndose de un lado a otro, precipitándose hacia aquella explanada sin poder hacer nada por evitarlo. Su cuerpo estaba tan debilitado por las numerosas torturas que ya ni reaccionaba, ni siquiera podía recuperar la conciencia, además, la flecha disparada por Lucifer había atravesado su costado y seguía incrustada en él, cerca de la herida que le había provocado Astaroth al clavar su espada.

Su cuerpo malherido atravesó la bruma precipitándose a gran velocidad. Anael lo interceptó todavía a gran distancia del suelo, lo cogió por las axilas rodeando su pecho con un brazo y comenzó a volar con fuerza en dirección al agujero, seguida por todos los arcángeles.

—Aguanta, Gadreel, por favor, aguanta —suplicó mientras batía sus alas con fuerza, dirigiéndose al portal que había abierto Farid y que les permitiría escapar de allí.

Tras ella, los arcángeles volaban ofreciéndole la espalda, liberando rayos de su pecho y conduciéndolos con los brazos para eliminar el mayor número de demonios posible, pues todos los perseguían a poca distancia y cada vez se acercaban más.

Uriel y Gabriel estiraron sus brazos hacia aquella nube de demonios que los perseguía intentando evitar que abandonasen el infierno y que se llevasen a su prisionero, irradiándolos con su potente luz.

Lucifer rugió cuando vio aquello, cuando observó a Anael elevar rápidamente el vuelo para interceptar a Gadreel en caída libre, al igual que el resto de arcángeles que rápidamente habían realizado una barrera entre Anael que llevaba en volandas a Gadreel y los demonios, protegiéndolos en su huida.

Anael gimió por el esfuerzo de cargarlo y giró directa hacia arriba, internándose en aquel agujero que los conduciría a la libertad.

Tal era la desesperación y la velocidad que llevaba que se golpeó contra una de las piedras, pero siguió su vuelo hacia arriba, con Gadreel inconsciente, pero entre sus brazos.

—Vamos, vamos… —susurró ella elevando el brazo que tenía libre hacia arriba para llevar mejor su rumbo, aleteando con fuerza.

Bajo ella, los arcángeles evitaban que los demonios pudiesen alcanzarlos.

Cuando llegaron a la enorme cámara, Anael siguió elevándose hacia arriba con todo el ímpetu que podía y sujetando a Gadreel con fuerza.

Jofiel y Baraciel que iban en la retaguardia crearon unas fuertes ráfagas de luz de sus pechos que iluminaron la ancha cámara, provocando que los demonios que los seguían de cerca desapareciesen. Miraron hacia arriba comprobando que Uriel, Gabriel, Zadquiel y Rafael iban por delante de ellos, en pareja y espada en mano, vigilando por si debían intervenir.

La luz del sol impactó en los ojos de Anael tras esquivar una roca.

—Ya casi, ya casi… —susurró animándose a sí misma.

Volvió a sollozar por el esfuerzo de volar a aquella velocidad y cargar con el peso de Gadreel y, finalmente, salió al exterior, sobre el manto blanco de hielo. Torció rápidamente hacia la izquierda en dirección al final de la cúpula, donde los demonios ya no podrían perseguirlos. Miró a Gadreel, no podía observarle la cara, pero tenía la cabeza hacia abajo y su cuerpo pesaba lo suyo, pues debía de seguir inconsciente.

Observó hacia atrás sin dejar de volar en dirección al límite de la cúpula, comprobando que los arcángeles salían y, pocos segundos después, infinidad de demonios los seguían, gritando desesperados.

Anael siguió volando con ímpetu y un suspiró escapó de sus labios cuando finalmente atravesó la barrera, sobre todo cuando comprobó que el colgante que había puesto en el cuello de

Gadreel funcionaba y le permitía escapar de la cúpula, al igual que en anteriores veces.

Descendió sobre la nieve y tendió a Gadreel sobre ella. Segundos después, el resto de arcángeles abandonaron la cúpula, aunque no se acercaron a Anael, sino que se quedaron frente a ella asegurándose de que los demonios no podían escapar.

Los demonios llegaron hasta el límite y se golpearon contra esta con fuerza. Muchos comenzaron a patearla y a gritar hacia ellos.

Uriel fue el primero que corrió hacia Anael y Gadreel.

Anael pasó su mano por su cara con los ojos llorosos, acariciándolo.

—Gadreel —susurró Anael y miró la flecha que salía por su costado. Miró a Uriel—. Ha sido Lucifer —pronunció delatando al causante del flechazo. Anael se echó sobre la cara de Gadreel—. Por favor, Gadreel… —sollozó asustada, pues él no recuperaba el sentido. Miró a Rafael que los observaba atento—. Cúralo, por favor —le suplicó con lágrimas en los ojos.

Rafael se acercó mientras guardaba la espada en su cinturón.

—Deseo hacerlo, pero no puedo, Anael —le recordó—. Un ángel que ha perdido su luz no puede aceptar la de otro.

—Inténtalo —suplicó sollozando.

Rafael miró de reojo a Uriel y Gabriel, los cuales asintieron dándole permiso.

Rafael situó sus manos sobre una de sus heridas y de estas emanó una potente luz sanadora. Anael miró sollozando cómo la luz no causaba el efecto que deseaba en el cuerpo de Gadreel.

—Gadreel es fuerte —le recordó Uriel—, se pondrá bien. —Se puso en pie—. Pero es mejor llevarlo a la base. Allí lo podremos tratar mejor.

Ella asintió mientras Uriel, Rafael y Gabriel lo cogían con cuidado. Ella tomó su mano con fuerza y la besó.

—Te pondrás bien —dijo y, acto seguido, pasó la mano de Gadreel por su rostro, como si así pudiese sentir una caricia de él.

Elevaron el vuelo sujetando a Gadreel con fuerza, alejándose de la cúpula donde cientos de demonios gritaban ofuscados por lo ocurrido e intentaban escapar, golpeándola con fuerza.

Se dirigieron directos a la base Nueva Esperanza mientras Anael volaba al lado de Gadreel sin soltar su mano. Lo tenía de vuelta con ella, y no podía evitar pensar que aquello había sido posible gracias a todos los arcángeles. Tragó saliva y los miró a todos agradecida por lo que habían hecho mientras sobrevolaban las montañas rumbo a la base Nueva Esperanza.

—Gracias —susurró ella con una mirada cargada de dolor y ternura.

Uriel y Gabriel asintieron y miraron el cuerpo malherido de Gadreel.

Anael pasó su mano por su mejilla y agachó su cabeza hasta su frente, besándolo.

Ahora lo tenía de nuevo a su lado y eso provocaba que su corazón latiese a una velocidad desorbitada.

—Te pondrás bien, Gadreel —le prometió en un susurro mientras con su frente tocaba la de él.

11

Depositaron a Gadreel en una de las camillas del búnker donde varios doctores lo miraban asombrados.

La mayoría de la legión de ángeles que se encontraba en el exterior rodeando la cúpula, así como los miembros de la Aurora Dorada y los militares ni se habían dado cuenta de que los sobrevolaban con Gadreel en brazos, pues estaban demasiado concentrados en reforzar la cúpula.

Anael acarició la mejilla de Gadreel, aún inconsciente, y observó todo su cuerpo. Estaba cubierto por la sangre dorada, no quería ni imaginar el tormento que había sufrido en el infierno a manos de la tríada maligna. Aquellos sentimientos la alteraron.

Rafael apartó a Uriel y miró la flecha que Gadreel tenía clavada en el costado, la que Lucifer había disparado intentando frustrar la huida.

Cogió la flecha por un extremo y tiró de ella extrayéndola lentamente. Cierto que Rafael no podía sanarlo, pues Gadreel no disponía de su luz, pero Rafael, como el arcángel de la curación, podía atenderlo mejor que ningún otro.

—Una gasa —pidió Rafael tendiendo su mano hacia uno de los doctores.

El doctor abrió rápidamente uno de los armarios y le tendió una gasa con mano temblorosa, pues aún se sentía nervioso por la presencia de los ángeles allí.

Rafael apretó en la herida intentando controlar la hemorragia y miró a Gabriel con cara de circunstancias.

Gabriel se fijó en Gadreel. Aquel ángel había sido uno de los más poderosos y su caída había ocasionado un gran revuelo, pues siempre se había mostrado bondadoso y amigable con todos. Aún no podía comprender cómo había aceptado las órdenes de Shemiaza y precipitado su caída. Se fijó en sus alas marrón oscuro, típicas de un ángel que había caído y diferentes a las suyas, totalmente blancas. Miró a Anael tendida sobre su rostro, acariciando su mejilla y con los ojos llorosos. Sabía de su intensa relación con ella, que siempre habían estado unidos desde su creación, pero verla así lo destrozó.

—Anael —susurró Gabriel—, tranquila.

Ella negó sin dejar de llorar. Ver así a Gadreel la destrozaba, habían maltratado su cuerpo hasta unos límites insospechados. No quería ni imaginar el dolor que había sufrido a manos de Astaroth, Lucifer y Belcebú, así como de todos los demonios que estaban bajo las órdenes de la tríada maligna.

—Mira lo que le han hecho, Gabriel —sollozó y lo miró—. Él no se merecía esto.

Gabriel inspiró hondo y apretó sus labios. Anael siempre había sido una gran amiga suya, de hecho, él mismo le había encargado la misión de descender a la Tierra y ayudar al sacerdote Santiago ante la oleada de posesiones que estaba teniendo lugar en Lugo, confiaba plenamente en ella.

Gabriel tragó saliva compungido y miró a Rafael, el cual hizo también un gesto nervioso.

Rafael volvió a poner sus manos sobre Gadreel y comenzó a insuflarle aquella luz dorada que sanaba a los ángeles en cuestión de segundos, intentándolo de nuevo.

Todos eran conscientes de que Gadreel era un ángel caído, pero también de su cambio y del sacrificio que había hecho por todos ellos. Los ángeles nunca abandonaban a un amigo.

Anael se apartó con la esperanza de que aquella luz sanadora lograse reparar el cuerpo de Gadreel, pero este no la absorbía.

Rafael suspiró y dejó de emitir aquella luz, lo que provocó que Anael se echase de nuevo llorando sobre Gadreel.

Uriel se acercó.

—Gadreel es muy fuerte. Se recuperará —intentó calmarla depositando su mano en su hombro—. No tan rápido como si Rafael pudiese sanarlo, pero lo hará —le aclaró.

Ella asintió justo cuando sintió que Gadreel movía su mano. Se separó un poco de él y vio que Gadreel abría los ojos lentamente.

Todos se acercaron.

—Gadreel —susurró ella acariciando su mejilla.

Él tragó saliva con dolor y se quedó observando aquellos ojos azules que ahora lloraban de emoción.

Gadreel llevó lentamente su mano hasta la de ella y la acarició.

—A… Anael —logró susurrar.

—Hola —sollozó ella feliz, intentando reprimir un puchero.

Gadreel cerró los ojos intentando controlar el dolor que sentía todo su cuerpo y giró su cuello mirando a todos los que lo rodeaban. Había varios doctores que observaban desde el final de la sala paralizados, luego reconoció a los arcángeles.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó intentando ubicarse.

—Hemos ido a rescatarte —explicó Anael.

Él volvió a mirarla asombrado y luego observó a los arcángeles Gabriel, Rafael y Uriel que eran los que estaban más cerca, detrás se encontraban Jofiel, Baraciel y Zadquiel. Gadreel cerró los ojos unos segundos.

—¿Por qué? —preguntó e intentó tragar saliva de nuevo, pues a duras penas podía hablar—. Mi lugar está allí —susurró cerrando los ojos—. Esa es mi condena.

Ella negó mientras comenzaba a llorar de nuevo.

—No, Gadreel… ese ya no es tu lugar —le susurró con amor—. Tu lugar está aquí, defendiendo a la humanidad como has hecho hasta ahora, a nuestro lado —le recordó.

Gadreel se quedó unos segundos con los ojos cerrados, como si intentase reunir fuerzas para hablar de nuevo. Realmente estaba exhausto.

Uriel situó una mano en el hombro de Gadreel con sumo cuidado.

—Descansa, Gadreel, reúne fuerzas —comentó.

Gadreel abrió los ojos y lo observó con agradecimiento, no solo por haber descendido a los infiernos en su búsqueda, sino por aquellas palabras que ahora lo reconfortaban y por aquella muestra de complicidad. El único ángel que se había dignado a tocarlo hasta ese momento era Anael.

Gadreel llevó su mano hasta la de Uriel que no la apartó y la apretó levemente, lo único que le permitían las pocas fuerzas que tenía.

—Gracias… —balbuceó emocionado—, gracias a todos —dijo antes de cerrar los ojos y sumirse en otro largo sueño.

Anael lo miró con ternura y luego observó a Uriel con ojos llorosos. Uriel observó la escena y, en ese momento, supo que habían actuado bien. Anael lo amaba, o al menos eso parecía por sus gestos, y un ángel como ella no podía amar a alguien que no fuese bueno y bondadoso. Lo que ella le había dicho ahora cobraba sentido, y no había nada que permitiese más al alma descansar y llenarse de amor que el perdón.

Uriel apartó la mano del hombro de Gadreel lentamente, conmovido, y miró a Gabriel. Tanto Gabriel como el resto de arcángeles parecían realmente estremecidos y emocionados por

Gadreel. No se había quejado por lo que había ocurrido, no les había recriminado nada, simplemente les había agradecido que lo hubiesen ayudado, incluso había preguntado por qué lo habían hecho, ¿por qué no lo habían dejado en el infierno, pues allí es a donde pertenecía por la condena de su Padre? La humildad era el rasgo principal que hacía a los bondadosos ser lo que eran.

Uriel sonrió a Gadreel con una tierna sonrisa y Gabriel asintió también, sintiéndose en paz con lo que habían hecho.

Un ángel de la legión de Gabriel apareció ante ellos y, aunque en un primer momento se quedó asombrado al ver a Gadreel, reaccionó mirando directamente a su general.

—Gabriel, algo está ocurriendo, os necesitamos a todos —pronunció con ansiedad.

Anael que acariciaba el rostro de Gadreel se acercó a la ventana y pudo ver cómo uno de los demonios hablaba con Astaroth. Tragó saliva al saber lo que ocurría, directamente Astaroth gritó tan fuerte que hasta los cristales del búnker temblaron.

Todos desaparecieron de inmediato transportándose al lado de la cúpula, excepto Anael que volvió junto a Gadreel tomándole la mano. Gadreel permanecía inconsciente, descansando. Debía recuperar fuerzas lo antes posible.

—Descansa, Gadreel —dijo besando su frente.

Dicho esto, apareció ante la cúpula para ayudar también. No podía olvidar su misión, y ahora que tenía a Gadreel junto a ella se sentía mucho más fuerte que antes, era como si el saber que él ya estaba a salvo hubiese desbloqueado una parte de ella que permanecía paralizada por el padecimiento que sufría. Ahora aquella parte había despertado.

Se acercó a la cúpula mientras los arcángeles tomaban posiciones extrayendo una potente luz de su pecho.

Fijó su mirada en Astaroth que aún mantenía una conversación con el demonio hasta que vio cómo giraba su cabeza hacia los arcángeles, aunque eso no pareció bastar y siguió buscando. Supo de inmediato que la buscaba a ella. Aquel demonio debía de haberle comunicado la intrusión y la operación de rescate que habían llevado a cabo en el infierno.

Las astillas y la neblina que surgió de Astaroth hizo temblar todo el suelo mientras hacía chocar con fuerza aquellas raíces negras contra la cúpula, con una potencia que jamás habían visto. Sí, la ira se había apoderado de él. Su respiración era acelerada y gruñía de forma gutural.

Anael se acercó a la cúpula mientras el suelo temblaba bajo sus pies y alzó el mentón. No iba a demostrar sumisión ante él, y menos aún después de lo que le habían hecho a Gadreel.

La mirada de Astaroth se topó con la de Anael que se situaba ante la cúpula. Astaroth temblaba de rabia, ni siquiera podía contenerla.

—¿Cómo os atrevéis? —rugió con los dientes apretados, proyectando toda su rabia con unos potentes golpes contra la cúpula con la luz negra que emanaba de su pecho. Ella lo miró fijamente, con rabia—. Habéis descendido a mi territorio…

—Y rescatado a Gadreel —confirmó ella—. Él ya no te pertenece —sentenció firme.

Astaroth rugió provocando que su luz sólida impactase con más fuerza y violencia en la cúpula. Se sentía humillado. Que los arcángeles hubiesen descendido a los infiernos y que sus legiones de demonios no hubiesen sido capaces de detener el rescate le hacía sentir una furia como jamás había sentido.

—¿Crees que vas a poder contra nosotros? —le preguntó ella desplegando sus alas blancas de su espalda—. Jamás podrás.

—No es que lo crea —respondió Astaroth—. Es que lo sé. Destruiré esta cúpula e iré a por cada uno de vosotros, a por cada ser viviente y cada ser humano sobre la faz de la Tierra y,

cuando haya acabado con todos, ascenderé a los cielos y acabaré con nuestro Padre.

Ella alzó el mentón y comenzó a extraer una potente luz de su pecho, con la mirada fija en él.

—No volverás a tocar a un ángel o a un ser humano nunca más. No te lo permitiremos.

—No prometas cosas que no vas a poder cumplir. No olvides con quién estás hablando, Anael —rugió.

En ese momento, su energía oscura impactó con tanta fuerza en la cúpula que hizo temblar todo el suelo de la zona con gran intensidad, provocando el grito de los militares que retrocedieron unos pasos, apuntando con sus fusiles y lanzamisiles en dirección a Astaroth.

Anael tragó saliva cuando vio que una pequeña grieta aparecía en la cúpula. Miró de reojo a Uriel y a Gabriel, consciente de que la cúpula comenzaba a debilitarse ante la explosión de poder de Astaroth.

La luz de los arcángeles se hizo más potente, así como la suya, intentando reforzarla. Observó de reojo cómo toda la Aurora Dorada también corría hacia el lugar donde había aparecido la fina fisura.

Astaroth parecía decidido a cumplir su amenaza, pero ellos lucharían contra él hasta el final con tal de proteger lo que con tanto amor habían creado.

Los miembros de la Aurora Dorada se situaron a su lado y alzaron sus manos hacia la cúpula intentando arreglar la fisura que Astaroth había conseguido crear en ese preciso momento.

Los gritos se incrementaron cuando Astaroth aumentó su fuerza y el temblor del suelo se hizo más patente, provocando que algunas grietas apareciesen en el hielo.

Uriel se giró hacia Gabriel sin dejar de emanar su luz.

—La legión —ordenó—, que rodee la cúpula.

Gabriel ordenó a su general que fue a dar el mensaje al resto.

Anael tragó saliva, pero intentó aparentar fortaleza, estaba claro que lo que habían hecho había provocado en Astaroth una rabia inconmensurable. Sin duda, era mucho más fuerte que todos ellos.

Inspiró hondo y cerró los ojos concentrándose en extraer de su cuerpo toda la luz posible.

Ahora que los objetos de poder habían sido destruidos no podían encerrarlo de nuevo en una botella y, por otro lado, el arcángel Miguel, la luz de Dios, el único capaz de hacer frente a Astaroth, estaba muerto.

¿Qué iban a hacer? Si Astaroth seguía a ese ritmo, aunque reforzasen la cúpula continuamente no lograrían aguantar más que unos pocos días.

Abrió los ojos y miró preocupada el estado de la cúpula, aún seguía firme, fuerte, pero cada día que pasaba era un poco más fina que el anterior y, además, presentaba ya su primera fisura, pequeña, pero ya comenzaba a quebrarse.

Los golpes de Astaroth con su poder retumbaban en los oídos de todos tan fuerte que provocaba que los militares y la Aurora Dorada cerrasen los ojos ante tal estruendo.

Sí, su última acción lo había enfurecido sobremanera, pero Gadreel también tenía mucho poder y podría ayudarles en cuanto se recuperase.

Se giró un segundo y miró hacia el búnker donde se encontraba inconsciente. No había nada que desease más que ir junto a él, pero en aquel momento le era imposible. No podía dejar a la humanidad abandonada a su suerte. Aquel arrebato de cólera de Astaroth provenía de su incursión en los infiernos, del rescate de Gadreel, y ellos debían responder con contundencia.

Apretó los dientes y extrajo con más fuerza la luz de su pecho. La luz de todos los ángeles provocó que aquella fisura se sellase levemente, aunque no lo suficiente como para desaparecer.

Todos ellos estaban dando el máximo de su poder en aquel momento, igual que Astaroth. Sabía que no aguantarían mucho tiempo así, pero Astaroth tampoco.

Esperaba que con el paso de los minutos se calmase.

Observó a la legión de ángeles rodear la cúpula. Su vista se perdía entre las montañas, pues la zona que abarcaba la cúpula era realmente enorme, así que debían mantenerla toda fuerte y no descuidar ningún resquicio por donde Astaroth pudiese atacar, pues sus demonios revisaban continuamente cada parte de la Tierra de Wilkes buscando la zona más débil para atacar.

Miró hacia atrás, hacia todos aquellos valientes humanos que permanecían tras ellos. La Aurora Dorada, con sus capas y capuchas puestas creando una luz que también reforzaba la cúpula y a los militares por detrás, creando una barrera de armas. Sabía que los humanos no tenían nada que hacer contra Astaroth y los demonios, pero admiraba su valentía.

—Padre, danos fuerzas para combatirlo —suplicó Anael antes de apretar los dientes de nuevo para hacer más potente la luz de su pecho—. Danos fuerzas para protegerlos a todos —suplicó e inspiró con fuerza.

El estallido de furia de Astaroth había durado cerca de una hora donde todos habían colaborado para proteger la cúpula. Poco después de aquella hora, Astaroth había desaparecido, suponía que había descendido a los infiernos para rendir cuentas con los demonios que habían dejado escapar a Gadreel. Habían hecho guardia varias horas más, asegurándose de que no volvía.

La Aurora Dorada y gran parte de los ángeles seguían insuflando energía a la cúpula, pese a que Astaroth ya no se encontrase allí.

Apartó con cuidado el mechón de cabello oscuro de Gadreel de su frente. Los médicos habían limpiado su cuerpo de la sangre y lo habían cubierto con una sábana.

Tragó saliva observando su rostro. Realmente era un ángel hermoso y masculino, el más bello para ella. Habían pasado tan buenos momentos juntos antes de la creación y durante la misma y, sobre todo, cuando descendían para estar con la humanidad, pero luego todo se había torcido. Miles de años sin verse, llorando por su ausencia y, ahora, permanecía allí, en aquella camilla, luchando a su lado e intentando sanar. Los ángeles sanaban rápido, pues muchas de las heridas de su cuello y rostro ya estaban prácticamente cicatrizadas, pero comprendía que debía estar exhausto. No quería ni imaginar lo que había tenido que padecer en el infierno.

—Anael —susurró Gadreel.

Tan inmersa estaba en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Gadreel abría los ojos y la observaba.

Ella sonrió y se acercó más.

—Hola —dijo con una sonrisa.

—Hola —repitió él llevando su mano hasta la de ella.

Ella se quedó unos segundos observándolo.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansado, pero con menos dolor —respondió en un tono lento.

Ella asintió sin apartar la mirada de sus ojos.

—Rafael ha intentado sanarte, pero…

—¿Rafael? —preguntó sorprendido.

Ella asintió con una sonrisa.

—Pero… —borró la sonrisa de su rostro—, no ha podido.

Él negó.

—No es culpa suya, sino mía —respondió Gadreel—. Sin mi luz es imposible que Rafael me sane. —Ella apretó los labios como si aquello le doliese—. No pasa nada, Anael, sanaré

igualmente. Ya estoy mucho mejor. Poco a poco, en unas horas… ya estaré recuperado —dijo con una sonrisa y luego la miró divertido—. Por favor, no me mires así…

—Así, ¿cómo?

—Como si estuviese a punto de morir —rio él y tomó su mano con más fuerza—. Estoy bien. —Inspiró hondo y se puso más serio mientras acariciaba su mano—. Gracias por venir a buscarme. ¿Os dio permiso nuestro Padre? —preguntó.

Ella se mordió el labio y lo miró con tristeza.

—No. —Tragó saliva.

Aquel dato le hizo mirarla confundido.

—Anael… está prohibido a los ángeles con luz descender a los infiernos.

—Lo sé —reaccionó ella—, pero estamos en guerra, Gadreel —le recordó—. Todos estuvieron de acuerdo. —Gadreel se quedó pensativo—. Y yo no podía… —inspiró hondo—, no podía soportar que tú…

—Os jugasteis vuestra luz por mí —dijo seriamente—. No deberías haberlo permitido, Anael —dijo mirándolo a los ojos—. No en un momento como este.

Ella apretó los labios y se tendió sobre su hombro con cuidado y sin contener las lágrimas.

—No podía soportarlo, Gadreel —admitió. Él la rodeó rápidamente con el brazo para apretarla contra su pecho y juntar su frente con la de ella—. No podía… —repitió.

Gadreel la miró fijamente y asintió mientras limpiaba una lágrima de su rostro.

—Está bien… —susurró—. Tengo tanto que agradeceros a todos. —Ella suspiró—. Me sentía tan solo… —se sinceró—, y tú… tu recuerdo —dijo buscando sus ojos—, era lo único que me hacía no caer en la locura y aguantar el tipo. —Tragó saliva—. He pasado eones en el infierno, pero no como alma condenada al sufrimiento, sino como ángel caído. No es lo mismo —sentenció—. Ahora sí siento que nuestro Padre jamás me perdonará, que me ha olvidado. —Anael se fijó en cómo sus ojos se ponían llorosos, cómo aquella idea parecía atormentarlo—. Me he equivocado y he errado tantas veces, Anael, y he infligido daño…

—No digas eso —susurró acariciando su mejilla—. No pienses que nuestro Padre no sabe lo que te ocurre, que no conoce tu dolor o tu sufrimiento, tu tristeza… él siempre está con nosotros y, aunque no lo creas posible, él nos ayuda, y eso te incluye a ti.

Gadreel la miró con ternura, pero negó.

—Créeme, en el infierno no está —dijo él más serio, acariciando su mejilla.

—Pero sí está en los arcángeles que decidieron descender a los infiernos para liberarte y traerte de vuelta. Ahí es donde se encuentra nuestra Padre, en el amor.

Gadreel pasó su mano por la mejilla de Anael, acariciándola.

—Y en ti —pronunció emocionado.

Ella situó su mano en el pecho de Gadreel.

—También está en ti, Gadreel.

Gadreel suspiró y miró hacia el techo mientras acariciaba a Anael, apretando los labios. Se puso serio y ella pudo sentir cómo sus músculos se ponían en tensión.

—¿Aún contenéis a Astaroth en la cúpula? —preguntó.

Ella asintió.

—No sé cuánto tiempo aguantará —reconoció—. Hace unas pocas horas ha creado una pequeña fisura, aunque la hemos subsanado, más o menos. —Se alzó levemente para mirarlo a los ojos—. Nuestra incursión en el infierno no le ha sentado muy bien.

—Apuesto a que no —ironizó. Se quedó callado unos segundos y tragó saliva—. Tengo que hablar con Gabriel y con Uriel —dijo en tensión.

Ella lo miró preocupada.

—Deberías descansar.

En ese momento Gadreel intentó incorporarse, pero hizo una mueca de dolor.

—No lo entiendes…

—Por favor —suplicó ella al ver que intentaba incorporarse de nuevo—, en unas horas tu cuerpo habrá sanado, pero por ahora debes…

—Astaroth está preparando una emboscada —la cortó. Aquello hizo que ella se incorporase poniéndose de pie—. Los escuché cuando estaba encarcelado. Escuché cómo Astaroth, Lucifer y Belcebú preparaban a sus tropas para atacar todos a la vez. Si Astaroth está debilitando la cúpula, un ataque por parte de la tríada maligna y de las legiones del infierno puede acabar de destruirla. Hay que actuar ya.

Ella se mordió el labio y lo miró asustada.

—Gadreel… —susurró—, el grimorio del rey Salomón y su anillo han sido destruidos.

Gadreel se quedó observándola con cara de espanto.

—¿Qué? —preguntó esta vez ya incorporado.

Anael se removió nerviosa.

—La división y la Aurora Dorada acabaron con Farid, pero este no les reveló dónde se encontraban los objetos —explicó pausadamente—. Intentaron dar con ellos, pero finalmente Thelema los ha destruido para evitar que podamos cerrar las puertas del infierno o capturar de nuevo a Astaroth.

Gadreel se quedó pensativo. Si aquello era cierto, sus posibilidades de contener al serafín más poderoso del Universo habían desaparecido.

—Esto es muy grave —susurró inmerso en sus pensamientos. Tragó saliva y miró a Anael —. Debo informar a los arcángeles sobre lo que escuché. —Ella asintió al momento—. Debemos prepararnos para lo que viene.

—Iré a llamarlos —dijo antes de desaparecer.

12

La noche anterior había sido una locura, pero lo habían conseguido. Thelema había logrado que nadie pudiese cerrar las puertas del infierno. Sus años de trabajo, de esfuerzo, habían dado sus frutos y, finalmente, habían logrado su cometido. Una nueva era se iniciaba, un nuevo mundo, una nueva humanidad… todo debía ser destruido para que se iniciase de nuevo. Un reseteo absoluto.

Bilal se sentó en aquel enorme salón ubicado en el sótano del señor Elijah Turner, un americano que había viajado desde California, en Estados Unidos, y que era el segundo al mando de la organización secreta Thelema, un magnate de la informática con varias empresas distribuidas por todo el mundo que había viajado hasta allí con la intención de hacerse con el control de la organización secreta. Era lo más normal, ya que durante los últimos siete años había sido el segundo de Thelema y, de hecho, era uno de los más poderosos. Ahora, había llegado su turno y sería reconocido como el hechicero supremo. De la junta formada por once miembros él era el más poderoso. No igualaba al difunto Farid, pero se le acercaba bastante, quizá con unos años más de práctica lo igualase.

Se habían reunido en la mansión de la que era propietario en Dubái, cerca de la majestuosa mezquita Sheikh Zayed, una de las más hermosas del mundo y que acostumbraba a visitar en cada uno de sus viajes. No compartía su religión, pero sí su arquitectura.

Toda la cúpula de Thelema se encontraba allí. Entre los once miembros de la junta y los veinticinco representantes de las diferentes organizaciones de Thelema que se distribuían por el mundo, la reunión contaba con unas casi cuarenta personas, pues algunas de ellas habían ido acompañadas.

De hecho, por lo que veía, todos parecían conformes con que él fuese el siguiente hechicero supremo y se dirigían a él como si ya hubiese sido nombrado.

—¿Y cómo piensa, señor Turner, seguir con la organización de Thelema?

Elijah se pasó su mano por su cabello negro y lleno de gomina hacia atrás y se puso en pie.

—Igual que lo hizo nuestro difunto hechicero supremo, el señor Farid Ansari. —Miró a Bilal y lo saludó con un movimiento de cabeza, expresando sus respetos, Bilal asintió ante ese movimiento de cortesía—. Creo que no miento cuando digo que el hechicero supremo Ansari ha hecho que nuestra sociedad crezca y se vuelva mucho más poderosa de lo que jamás hubiésemos podido imaginar. —Todos los que se encontraban en aquella reunión sentados en la larga mesa asintieron—. Hemos tenido suerte de contar con él. —Caminó alrededor de la mesa—. Pero ahora se inicia una nueva etapa, una donde lograremos que Thelema crezca mucho más. Ansari inició el camino, y yo me comprometo a finalizarlo. —Inspiró hondo y se detuvo mirando a todos con sus enormes ojos azules—. Todos… —entonó un tono más elocuente—, logramos que Astaroth volviese a caminar sobre nuestro mundo, nuestro señor —dijo llevándose la mano al corazón—. Ansari logró abrir las puertas del infierno como prometió e inició esta nueva etapa. —Siguió caminando alrededor de la mesa, mirando a cada uno de los hombres y mujeres allí congregados—. Yo me comprometo a que esa etapa continúe hasta el momento del reinicio. Tengo grandes metas e ideas para Thelema. Mi pregunta es… ¿alguien más quiere ostentar este puesto? —preguntó. Sonrió cuando observó que nadie elevaba su mano. Elevó el mentón ante todos ellos.

—¿Qué planes tiene para nosotros? —preguntó uno de los hombres.

Tal y como había imaginado, él acabaría ocupando el puesto de hechicero supremo. Sacó pecho mientras caminaba y se tomaba su tiempo para responder, meditando cada una de las palabras que debía decir.

—Como todos sabéis, el señor Ansari se aseguró de que los objetos de poder jamás cayesen en manos de los ángeles o de la división —continuó caminando—. Tan bien lo hizo que esos objetos han sido destruidos… —Hubo un murmullo asombrado entre todos los asistentes—. Señores, señoras… —dijo alzando sus manos—, la división española, así como la Aurora Dorada, intentaron hacerse con los objetos de poder para tratar de encerrar de nuevo a nuestro señor Astaroth en una botella y cerrar las puertas del infierno. —Todos se pusieron tensos—. El señor Ansari lo había dejado muy claro: o esos dos objetos pertenecen a Thelema o no serán de nadie. Así que, para evitar que estos dos objetos cayesen en malas manos fueron destruidos. Ahora ya no hay vueltas atrás, señores, ¡ahora ya no hay forma de que nos frenen! —gritó exaltando a todos los asistentes. Hubo un aplauso generalizado, ocasionado por el éxtasis de lo que habían logrado. Los objetos no tenían importancia, ya habían servido a su propósito y, tras esto, ya no tenía sentido que siguiesen existiendo, de lo contrario, corrían el riesgo de echar por la borda todo lo que habían logrado—. Debemos dar las gracias al señor Hasan Rabah que se encargó personalmente de evitar que los objetos de poder cayesen en las manos equivocadas —gritó señalando hacia la puerta.

En ese momento, dos hombres del servicio abrieron la puerta y Hasan Rabah entró por ella en una silla de ruedas.

Todos se pusieron en pie aplaudiendo con efusividad. Hasan se detuvo y alzó el mentón, con gesto serio. Tenía su rostro amoratado y las piernas inutilizables por los disparos recibidos, pero no podía perder la ocasión de acudir a aquella reunión. Cuando Bilal Rahal le había comunicado que la reunión se realizaría aquella misma noche en Dubái, había solicitado el alta voluntaria del hospital y se había encaminado hacia allí. No iba a dejar pasar una ocasión como esa para recibir los elogios que se merecía después de lo ocurrido y de paso intentar subir algún escalón en la organización, quería conseguir más poder.

—El señor Rabah es dueño de la empresa de seguridad *Rabah Security Company*, una de las mejores compañías del mundo en seguridad, y fue él mismo quien diseñó con maestría la mejor cámara acorazada del mundo justo para albergar los dos objetos de poder: el grimorio del rey Salomón y el anillo del mismo, con los que nuestro anterior hechicero supremo logró traer de vuelta a nuestro señor y abrir las puertas del infierno. —Fue hacia él, le tendió la mano y se la estrechó—. Tenemos mucho que agradecerte —continuó Elijah—. Sé bienvenido —le ofreció que se acercase a la mesa, justo a su lado, presidiéndola. Aquel gesto enorgulleció a Hasan que no pudo evitar una sonrisa de placer. Elijah miró a los dos hombres del servicio para que cerrasen la puerta de nuevo. Se giró y se situó a su espalda, colocando las dos manos en sus hombros—. Este hombre evitó que la división, así como la Aurora Dorada, lograsen los dos objetos de poder, pero no le salió gratis. —Golpeó levemente sus hombros y comenzó a caminar alrededor de la mesa, con todas las miradas de aquella sala puestas sobre él, interesadas en lo que explicaba—. Un disparo en cada pierna y muchas contusiones por todo el cuerpo. Así es nuestro enemigo, letal —dijo con la voz más grave—, pero no vamos a dejar que eso nos asuste —dijo alzando su puño y rodeando la mesa con más velocidad hasta volver al lado de Hasan—. Nuestro señor nos necesita —dijo con contundencia—. Astaroth se mantiene atrapado por una cúpula energética en la Antártida y nosotros, como sus elegidos, tenemos el deber de ayudarlo —sentenció. Todos alzaron su mentón—. ¿Queremos un nuevo mundo? —preguntó hacia todos ellos—. ¿Queremos un nuevo orden? —En ese momento varios de ellos se animaron y

respondieron afirmativamente—. Nosotros haremos desaparecer este mundo en decadencia y repoblaremos el nuevo mundo como los elegidos del nuevo dios —sentenció.

De nuevo, todos comenzaron a aplaudir apasionados con la idea.

—¿Qué necesitas? —preguntó otro de los hombres, concretamente uno de los miembros de la junta.

—La Antártida está vigilada por la división, la misma que estuvo a punto de acabar con la vida de Hasan —dijo señalándolo—, la Aurora Dorada y ángeles, pero al otro lado de esa cúpula está nuestro señor Astaroth junto a su ejército de demonios dispuestos a purgar este mundo. ¡Debemos ir y luchar! —gritó y golpeó la mesa fuertemente. Luego volvió a caminar alrededor de esta, intentando que aquel mensaje calase en todos ellos—. Necesito que cada uno de los responsables de las diferentes facciones de Thelema haga un llamamiento para acudir a la Antártida, yo mismo fletaré los aviones que sean necesarios. —Todos asintieron—. Allí, en ese lugar inhóspito y tan alejado de todo, es donde debemos librar nuestra mayor batalla por un nuevo mundo.

—Soy de la facción de India —dijo un hombre poniéndose en pie—, ¿para cuándo nos necesitas?

Elijah sonrió ante la determinación de ese hombre y de las miradas de todos los que estaban allí.

—El avión saldrá de cada uno de los países en veinticuatro horas. ¿Estaréis preparados?

—Desde la facción de Francia… —dijo una mujer poniéndose en pie—, estaremos preparados para luchar a tu lado.

—También la facción de Rusia —dijo otro hombre poniéndose en pie.

—Italia también lo estará —apuntó un hombre bastante mayor que gritó aquella frase desde su asiento, sin ponerse en pie.

—¡Y China!

Todos los que estaban en aquella sala y que representaban a las diferentes facciones del mundo fueron aceptando aquella propuesta con entusiasmo.

—Nuestro momento ha llegado —pronunció Elijah elevando su copa, proponiendo un brindis. Los que aún se mantenían sentados se pusieron en pie y elevaron también su copa para acompañarlo—. ¡Por nuestro señor Astaroth y por el nuevo mundo que nos espera! —brindó.

Gadreel había mejorado a medida que las horas pasaban y ya podía sentarse sin ningún problema. Las heridas cicatrizaban poco a poco.

—Cientos de legiones de demonios están dispuestas a ascender para ayudar a Astaroth a derribar la cúpula —pronunció Gadreel—. Planean hacer un ataque masivo.

Gabriel y Uriel se miraron unos segundos, nerviosos por lo que Gadreel les relataba.

—¿Sabes cuándo ocurrirá? —preguntó Uriel preocupado.

Gadreel negó.

—Astaroth dijo que no se podía hacer hasta que él no diese la orden —relató pensativo—. Que no quería dar pistas para cogernos desprevenidos a todos —apuntó—. Por esa misma razón no vemos tantos demonios por la cúpula. Están a la espera de esa orden.

Uriel se giró hacia Gabriel.

—Astaroth esperará a debilitar más la cúpula y entonces atacará en masa —corroboró Uriel mirando al arcángel Gabriel.

Gabriel asintió y miró a Gadreel.

—¿Y Lucifer y Belcebú?

—Supongo que los están entrenando e ideando un plan de ataque —respondió Gadreel

pestañeando varias veces—. Cuando Astaroth dé la orden ellos también ascenderán con las legiones de demonios.

Uriel apretó los labios.

—Así que la tríada maligna al completo ascenderá —susurró Uriel pensativo.

Gabriel inspiró hondo.

—No lo tengo muy claro, pero sí escuché que ellos también querían ascender y escapar de ese lugar. Astaroth solo les dijo que cuando él diese la orden, así que… entiendo que sí.

Tanto Gabriel como Uriel se quedaron pensativos.

—Los demonios no me preocupan —comentó Gabriel—, todos podemos con ellos sin problema, pero sí me preocupa la tríada. Tanto Belcebú como Lucifer gozan de mucho poder —recordó.

—Y más cuando están juntos —corroboró Gadreel moviéndose nervioso sobre la camilla.

Se quedó unos segundos en silencio. Sabía que los demonios no eran el problema, pero sí aquella tríada formada por Lucifer, Belcebú y, sobre todo, Astaroth, aquel serafín del trono de Dios, el más poderoso de todos, ese era al que más debían temer. Gadreel miró hacia la ventana por donde veía pasar cientos de militares corriendo de un lado a otro, organizándose e intentando ayudar en todo lo posible—. Esta guerra ya no concierne a los humanos —susurró pensativo—, esta guerra es nuestra. No deberían estar aquí, corren un grave peligro.

Uriel ladeó su cabeza y miró a Gadreel durante unos segundos, luego emitió una leve sonrisa.

—Hablé con los generales para que se retirasen si así lo deseaban, pero ninguno accedió. Están dispuestos a luchar contra ellos.

—Idiotas —susurró Gadreel cerrando los ojos unos segundos y negando con la cabeza, como si aquella idea lo atormentase—. No son conscientes de lo que son capaces de hacer los tres juntos.

—Bueno, se hicieron una idea en la base Casey con el ataque de Astaroth —recordó Gabriel.

—Era solo Astaroth —respondió Gadreel fijando su mirada en el arcángel Gabriel y tragó saliva—. Si Astaroth logra romper la cúpula junto a una legión de demonios, los humanos serán los primeros en caer, y no quiero ni pensar lo que ocurrirá cuando a Astaroth se le unan Lucifer y Belcebú.

Uriel miró también hacia la ventana.

—La división y la Aurora Dorada nos están ayudando mucho, sobre todo la Aurora Dorada. Refuerzan la cúpula junto a nosotros. No tienen tanto poder —continuó Uriel—, pero hacen su cometido. Son de gran ayuda.

Gadreel inspiró hondo.

—Anael me ha explicado que los objetos de poder han sido destruidos. —Apretó los labios y miró al arcángel Gabriel—. Sin esos objetos… —dejó la frase sin acabar, pues todos sabían cómo terminaba.

Gabriel suspiró y se quedó en silencio.

—Sí, eran nuestra mayor esperanza, aunque también hay que tener en cuenta que ninguno de los humanos que pertenecen a la Aurora Dorada posee tanto poder como para encerrar a Astaroth en una botella. Solo el rey Salomón poseía un poder así, y fue ayudado por nuestro hermano Miguel —recordó.

—Y ahora ya no está —recordó Uriel con pesar.

Gadreel se removió nervioso en la camilla. La humanidad, la Tierra, y todo el Universo

pendían de un hilo, y no encontraba una solución a todo ello. El arcángel Miguel era el único que, gracias a su poder, podría haberse enfrentado a Astaroth, pero sin él estaban perdidos.

—Entonces, ¿qué opciones tenemos? —preguntó.

—Luchar —acabó diciendo Uriel—. Lucharemos por cada vida humana.

Gadreel asintió abatido, dándole vueltas a la cabeza e intentando buscar una solución.

Uriel situó su mano en su hombro y lo animó a que lo mirase.

—¿Tú cómo te encuentras?

—Mucho mejor —respondió—. Aunque lamento informaros que no voy a poder ayudaros con la cúpula —acabó bromeando.

—Hay muchas formas de ayudar, Gadreel —le recordó Uriel. Gadreel miró a Uriel y, por primera vez desde hacía milenios, este le sonrió con cariño—. Nos ayudaste mucho en la batalla de la base Casey. Si no fuese por ti no creo que hubiésemos tenido tiempo de evacuar a todos los humanos. Gracias —acabó diciendo.

Gadreel se quedó paralizado unos segundos, sintiendo cómo su vello se erizaba.

—Siento no ser de más ayuda ahora —acabó diciendo Gadreel.

Gabriel asintió y se cruzó de brazos.

—Descansa y recupera fuerzas —lo animó el arcángel—. Te necesitamos en plena forma.

Gadreel asintió mientras ellos se giraban. Tragó saliva mientras los veía dirigirse a la puerta, pero los detuvo antes de que la abriesen.

—Uriel, Gabriel… —los llamó. Ambos se giraron—. Gracias por venir a buscarme.

Ambos arcángeles lo miraron de la cabeza a los pies, pero esta vez Gadreel se dio cuenta de que no lo juzgaban.

—Como dice Anael… —intervino Uriel con una sonrisa reconfortante—, nuestra mayor virtud es el perdón, sin ello perdemos nuestra esencia —dijo con ternura y suspiró—. Recupérate pronto.

Uriel y Gabriel lo dejaron solo en la habitación. Gadreel se miró a sí mismo, aún vestía aquellos pantalones rotos y llevaba el pecho al desnudo lleno de cicatrices, pero algo había cambiado, algo dentro de él le hacía sentir más en paz. Hacía milenios que no se sentía así.

Cerró los ojos e inspiró hondo.

Sabía que Anael era la artífice de todo, que ella era la que había suplicado para descender a los infiernos en su búsqueda, pero los arcángeles habían accedido a ir a buscarlo. Le debía tanto a Anael…

Desde su creación, eones antes, habían permanecido juntos, compartiendo momentos memorables, risas y lágrimas cuando se habían separado. Ella era la compañera que siempre había estado a su lado y que había luchado por él.

Se pasó la mano por los ojos, aún agotado, y giró su cuello para observar por la ventana. Se encontraba mucho mejor, en pocas horas se encontraría al cien por cien. Era lo bueno de ser un ángel, aunque fuese caído: su capacidad de sanación era altísima.

Los militares corrían de un lado a otro adoptando posiciones defensivas alrededor de la cúpula. Los miembros de la Aurora Dorada seguían insuflando energía a la cúpula junto a una gran cantidad de ángeles. Iban a necesitar un milagro para solventar aquello.

Se levantó y, aunque titubeó un poco, caminó hacia la ventana situando su mano en el cristal. Aquel mundo era hermoso. La creación de Dios era preciosa. No merecía desaparecer sin más.

Inspiró hondo y miró con furia aquella cúpula. Los recuerdos de las torturas a las que lo había sometido Astaroth le hicieron cerrar los ojos con fuerza, pues aquel recuerdo lo traumaba

en parte. Él no iba a rendirse. Lucharía por aquel mundo y por cada una de las personas que lo habitaban, aunque tuviese que dar su vida.

13

Anael se había puesto su vestido blanco con el que estaba más cómoda. Había paseado cerca de la cúpula y luego se había distanciado para estar tranquila, sentándose sobre la nieve y apoyando sus brazos en las rodillas.

La imagen desde allí era imponente. Gran parte de la Aurora Dorada que se encontraba en el lugar no dejaba de recargar la cúpula. Desde que Astaroth había desaparecido, suponía que para descender a los infiernos y pedir explicaciones sobre el rescate de Gadreel, no había vuelto a aparecer por allí, aunque suponía que no tardaría.

Al menos, aquellos momentos le daban un respiro. Era sobrecogedor ver cómo los ángeles y la humanidad se habían aliado con un solo fin, derrotar a Astaroth.

Los militares solían pasear por la zona o bien permanecían haciendo guardia por si debían entrar a combatir, provistos de todo tipo de armas, como si de aquella forma se sintiesen más seguros frente a Astaroth y los demonios.

Sabía que la Aurora Dorada y la división habían impartido clases a cada uno de los militares para aprender a exorcizar a los demonios, pero una cosa era la teoría y otra la práctica, y casi ninguno de aquellos militares había combatido contra un demonio. Aun así, nunca estaba de más aprender por si llegaba el momento en que fuese necesario.

Santiago fue hasta ella y Anael lo recibió con una sonrisa.

—Hola —comentó Santiago.

—Hola —respondió ella.

—¿Puedo? —preguntó señalando a su lado, a un montículo de hielo. Anael asintió y Santiago se sentó a su lado—. ¿No tienes frío? —preguntó asombrado, pues ella vestía con su túnica de seda de manga corta.

Anael le sonrió divertida.

—Los ángeles no pasamos mucho frío que digamos —bromeó ella.

Santiago hizo un gesto gracioso.

—Pues es toda una suerte —dijo moviéndose sobre la placa de hielo donde se había sentado —. A mí ya se me está helando el trasero y me acabo de sentar —bromeó provocando que ella sonriese. El sacerdote suspiró y miró al frente, observando la cúpula energética—. Vaya, es… impresionante.

—Sí —respondió Anael—. Es sobrecogedor.

Santiago observó su perfil unos segundos hasta que volvió su mirada al frente.

—Muchos militares y miembros de la Aurora Dorada dicen que Gadreel ha vuelto, ¿es cierto? —preguntó con cautela.

Ella enarcó una ceja y lo miró divertida.

—Veo que las noticias vuelan… —inspiró hondo y asintió—. Sí, está de vuelta. —No hizo falta que Santiago hiciese su próxima pregunta, pues ella ya captaba por su mirada que sentía curiosidad por saber cómo había sido—. Descendimos a los infiernos para ir a buscarlo —respondió.

Aquella respuesta provocó que Santiago dejase caer su mandíbula, aunque se recuperó rápidamente.

—¿A… a los infiernos?

Ella asintió.

—Los arcángeles me acompañaron —respondió con una sonrisa y suspiró—. Todos comprendieron que ese no era el lugar de Gadreel.

Santiago sonrió con ternura y tocó el hombro de Anael.

—Le debemos mucho —dijo sinceramente y luego chasqueó la lengua—. Aunque al principio fuese un poco… maligno —dijo como si no supiese qué otra palabra emplear.

Ella no pudo menos que darle la razón.

—Supongo que la desesperación te obliga a hacer locuras… —lo miró y tragó saliva—, como la que he hecho yo: descender a los infiernos desobedeciendo las órdenes de mi Padre. —Se acercó a él—. Pero todo el mundo tiene derecho a cambiar, a una segunda oportunidad y al perdón. —Santiago asintió y miró de nuevo hacia delante, frotándose las manos por el frío. Ella lo miró graciosa—. Padre, debería ir a uno de los búnkeres o ponerse guantes —rio.

—No, no… estoy bien.

—Santiago… —lo llamó por su nombre con confianza—, se te están poniendo los dedos azules… a este paso te saldrán sabañones.

El sacerdote frotó más fuerte sus manos y las llevó hacia su boca para calentarlas con el vaho.

—Y… ¿ya estás mejor? —preguntó ignorando la proposición de Anael.

Ella asintió.

—Sí, mucho mejor —le sonrió—. Gadreel ha sido mi amigo desde la creación.

—Sí… mmm… entiendo que de eso hace mucho tiempo —bromeó.

Ella rio.

—Sí, mucho. —Suspiró—. Y no quiero perderlo otra vez —susurró. Miró al sacerdote que se abrazaba a sí mismo y temblaba y negó con la cabeza. Se puso en pie y le tendió la mano—. Vamos a un búnker, anda.

—Madre mía, ¡pero qué frío hace aquí! —gritó el hombre poniéndose en pie, aunque tal era el temblor de su cuerpo que sus piernas fallaron un momento antes de recuperar el equilibrio.

—Oh, padre… no exagere, si se está muy bien —dijo cogiendo su brazo y ayudándolo a caminar.

—¿Te has puesto en el lugar con más corriente del valle? —preguntó asombrado.

—Necesitaba refrescar las ideas —bromeó ella.

—Brrr, ¡qué fríooo! —respondió Santiago mientras se dirigían al búnker.

—Allí abajo no hay tanta corriente y se está mejor —dijo ella sin soltarlo. Lo miró y le sonrió divertida—. ¡Cuidado! —dijo cuando sintió que Santiago tropezaba un poco.

—Podrías haberte puesto más cerca del búnker —se quejó Santiago, lo que provocó que ella riese.

—Sabes que con llamarme acudo a donde me necesites —le recordó.

—Ya… —respondió bajando por la pendiente—, pero te he visto ahí…

—Ayyy… —suspiró ella—, la próxima vez llámame, o al final le vamos a dar más trabajo a Rafael del que ya tiene. No quiero que enfermes con una gripe o una pulmonía.

Santiago chasqueó la lengua justo cuando llegaron al búnker.

En ese momento, Uriel y Gabriel aparecieron frente a ellos. Santiago dio unos pasos atrás asombrado y, ante la mirada graciosa de todos, lo vieron confundido, sin saber cómo saludarlos, sin saber si decir un simple hola, hacer una reverencia o arrodillarse.

Uriel lo miró gracioso.

—Buenas tardes, padre Santiago —comentó Uriel con naturalidad.

—Mmm… buenas… buenas tardes —contestó este.

Uriel se giró hacia atrás señalando el búnker.

—Será mejor que entre, hace frío para usted.

—Sí, claro, claro… —respondió soltándose del brazo de Anael, aunque de nuevo le costó guardar el equilibrio—. Voy… voy adentro.

—Y toma un plato de sopa caliente —le sugirió Anael.

Gabriel y Uriel lo vieron alejarse y luego miraron a Anael ladeando su cuello, aunque sus rostros se tornaron más serios.

—Ya hemos hablado con Gadreel —indicó Gabriel e inspiró hondo—. Pasaré esa información a todos los ángeles, debemos reforzar la cúpula lo máximo que podamos.

Ella asintió.

—¿Necesitáis algo más de mí? —preguntó ofreciéndose.

—No, por el momento no —respondió Uriel y miró a los militares—. ¿Se les formó en exorcismo y en magia ancestral?

—Solo un poco —respondió ella.

—Cuando haya algún miembro de la Aurora Dorada libre… —continuó Uriel, pues ahora todos estaban fortaleciendo la cúpula aprovechando que Astaroth no se encontraba allí—, encárgate de que algunos de sus miembros les hagan un recordatorio —ordenó—. Es importante que sepan defenderse lo mejor que puedan.

Ella asintió.

—Por supuesto —respondió.

Gabriel y Uriel se alejaron hacia la cúpula para informar a todos los ángeles de lo que Gadreel les había explicado.

Si estaban preparando un ataque en masa, era realmente importante fortalecer la cúpula.

Se giró y observó el búnker donde se encontraba Gadreel. Se quedó unos segundos mirando en aquella dirección y se dirigió hacia allí observando de reojo cómo Gabriel iba comunicando al resto de arcángeles la información que Gadreel les había facilitado, una información muy valiosa y que, con suerte, les haría estar más preparados ante los planes de Astaroth.

Entró al búnker y caminó por el pasillo hasta la habitación de Gadreel. Iba a abrir la puerta cuando se abrió desde el otro lado.

—Disculpe —dijo un médico que salía de la sala.

Ella negó con una sonrisa y se apartó para darle paso al médico.

Entró y encontró a Gadreel sobre la camilla sentado, aún con los pantalones rotos y sin camiseta. El médico le debía haber traído algo de ropa porque sobre la camilla había una camiseta y unos pantalones limpios.

Cerró la puerta con suavidad cuando Gadreel giró su cuello hacia ella, observándola.

Le sonrió con una ternura que no podía describirse con palabras. Ella se acercó lentamente, aunque su mirada voló hacia la ropa nueva que había a su lado.

—Me han traído algo de ropa —dijo él situando la mano sobre ella.

Anael se fijó en que se trataba de una camiseta de manga larga color negro y unos tejanos. Tampoco necesitaría más.

En ese momento su mirada coincidió con su pecho y tragó saliva al comprobar las cicatrices que tenía. Gadreel fue consciente de ello, pues la mirada de ella recorría su cuerpo con dolor. No se escondió ante la mirada de ella. Sabía que su cuerpo estaba lleno de cicatrices, pero no le importaba encontrarse así ante ella, jamás le había importado mostrarle su debilidad.

La observó, sus enormes ojos azules, sus labios carnosos, su cabello rubio cayendo sobre sus hombros formando tirabuzones… La conocía desde hacía eones, desde el momento de la

creación y, desde ese mismo momento, cuando sus miradas habían coincidido por primera vez, había surgido algo especial entre ellos, como si hubiese una conexión. La amaba, la amaba más que a nada y su bienestar había sido siempre su prioridad para él.

El recordar cuando ambos paseaban por el jardín explicándose anécdotas y lo que habían hecho durante aquel día, cuando se habían bañado en las cascadas, cuando ayudaban a la humanidad en todo lo que podían… hasta aquel fatídico día en que los habían separado. Siempre habían estado juntos, mostrándose un respeto mutuo que iba mucho más allá del amor y del cariño, y recordar su mirada llena de miedo y de tristeza cuando lo habían condenado y lo alejaban de ella lo había perseguido durante milenios. Ni siquiera se había atrevido a volver a la Tierra durante milenios por vergüenza, por no ser capaz de enfrentarse a ella, porque sabía todo el dolor que le había causado.

Su condena no había sido ser desterrado al infierno para toda la eternidad, su mayor condena había sido estar lejos de ella.

Anael llevó su mano hasta el hombro de él, palpando una cicatriz. Gadreel la observó, pero no se movió cuando ella comenzó a rodear la camilla, observándolo.

Su pecho y su espalda estaban marcados por quemaduras y latigazos. Cuando lo habían encontrado tenía el cuerpo destrozado, pero no se había detenido a observarlo, pues su prioridad era sacarlo de allí y mantenerlo con vida, pero tal y como había dicho Uriel, él era un ángel fuerte, uno de los más poderosos después de los arcángeles, y saldría de esta, su cuerpo sanaría poco a poco como estaba haciendo, aunque eso no impedía que las marcas de los latigazos, golpes y quemaduras estuviesen aún presentes en su pecho y su espalda.

Rodeó la camilla lentamente, tomándose su tiempo para observarlo mientras él se mantenía quieto permitiéndoselo, no quería esconderle nada más. Ella era la que había luchado por traerlo de vuelta, la que había descendido al mismísimo infierno para recuperarlo, y aquel pensamiento lo embriagaba y le hacía ser consciente de lo mucho que siempre la había amado.

Anael se fijó en las cicatrices de su espalda, en cómo estas surcaban a lo largo y ancho su piel, cruzándose entre ellas. Al menos ya no estaban en carne viva. Llevó su mano hasta su espalda y cerró los ojos unos segundos intentando controlar las lágrimas. No podía comprender tanta maldad, ¿cómo un ser creado con tanto amor podía llegar a esto? ¿Cómo podía habitar en su interior tanta crueldad como para provocarle aquel sufrimiento a otro ser vivo?

Inspiró hondo y acabó de rodearlo hasta que se situó frente a él.

Gadreel buscó su mirada y se sorprendió al ver que lo observaba con ojos empañados en lágrimas.

—Por Dios… —susurró ella llevando su mano con delicadeza hasta su pecho, resiguiendo otra de sus cicatrices—, ¿qué te han hecho? —sollozó sin controlarse más.

Gadreel cogió su mano directamente y la miró con ternura, sin apartarla de su pecho.

—Ahora ya no importa —pronunció lentamente.

Ella tragó saliva y lo miró a los ojos, aquellos ojos que siempre habían destilado tanta fuerza y a la vez amor, y no pudo evitar un puchero. Debería haber ido a por él antes, no debería haber permitido que sufriese de aquella forma.

Lo miró a los ojos mientras él acariciaba su mano.

—A mí siempre me ha importado —le confesó.

Gadreel se quedó observando sus ojos azules, la forma en que lo miraban, el sufrimiento que veía en ellos y el amor que destilaban.

No se contuvo más.

Eones separado de ella, pensándola y amándola en secreto. Ella siempre había sido su

debilidad, su mayor condena y la única que le había dado fuerzas para vivir aquel castigo eterno. Albergar la esperanza de que uno de cada quinientos años podría verla era lo único que lo había mantenido cuerdo y con vida.

Gadreel se levantó con un movimiento acelerado de la camilla y llevó sus labios hasta los de Anael con más brusquedad de la que esperaba, sin poder contener ni reprimir más sus impulsos. Anael lo recibió sujetándose a su cuello y buscando también sus labios con celeridad.

Gadreel la sujetó por la cintura mientras ella se adhería a su cuerpo y acariciaba su nuca.

Él era un ángel caído, ella un ángel de luz, pero su amor había superado todas las barreras del tiempo y la distancia. Después de eones de conocerse, de milenios separados, ella volvía a sacrificarlo todo por él, al igual que él lo haría por ella. No había amor más grande que el que se había deseado y esperado durante toda la eternidad.

Gadreel dio unos pasos hacia delante sin apartar los labios de los de ella, acariciando su cintura, aunque una de sus manos la abandonó y la llevó hasta la nuca de ella para que no se separase.

Anael no tenía intención de apartarse. Llevaba milenios esperando aquello. Entrelazó sus dedos en su cabello oscuro mientras se rendía a aquel sentimiento que solo Gadreel le provocaba.

Gadreel la apoyó contra la pared y apartó los labios de los de Anael, descendiendo por su cuello mientras ella se abrazaba con fuerza a él y arqueaba su espalda para darle un mayor acceso. Descendió por su cuello hasta su clavícula, sintiendo la suavidad de su piel y su corazón palpitar con más rapidez ante sus caricias.

No era la primera vez que la besaba, pero siempre habían sido simples besos castos, puros… algo que surgía del amor, ahora había algo más, ahora había una desesperación que ninguno de los dos podía controlar. Aquel beso significaba un antes y un después entre ellos.

Gadreel bajó sus manos hasta el filo del vestido de ella y las introdujo acariciando sus piernas con suavidad mientras ella respiraba agitadamente al sentir sus labios calientes pasear por su cuello y su clavícula. La sensación era celestial.

Gadreel volvió a sus labios besándolos con una pasión extrema y acariciando sus piernas, comprimiendo su pecho desnudo contra el de ella, dejando que aquella pasión y amor desenfrenado se apoderasen de sus cuerpos.

Anael se sujetó con fuerza a él, experimentando por primera vez lo que era la pasión desmedida, aquello que invadía a los humanos cuando unían sus cuerpos de una forma tan íntima.

Reprimió un gemido cuando Gadreel se apartó de sus labios para besar su frente antes de sentir cómo las manos de él abandonaban sus piernas y subían por su cintura hasta su pecho.

Ella hizo lo mismo uniendo de nuevo sus labios a los de Gadreel y palpando su pecho. Pese a que estaba lleno de cicatrices sus músculos se contraían ante sus caricias.

—Ejem…

Un carraspeo intencionado los hizo detenerse y mirar ambos hacia la puerta.

La división al completo y parte de la Aurora Dorada se encontraban allí, sin poder moverse ante lo que habían visto, con la mandíbula desencajada y los ojos muy abiertos.

Miguel resopló y se pasó la mano por los ojos, cerrándolos con fuerza.

—Perfecto, ya hasta los ángeles —se quejó dándose media vuelta y apartándose de dicha visión, con el cuerpo totalmente en tensión y un dolor de huevos como no había sentido en años.

Aitor titubeó un poco, sin saber cómo reaccionar.

—Solo… solo queríamos avisar de que ya estamos aquí —dijo mirando a Anael, aunque su atención voló hacia Gadreel y ladeó su cabeza—. ¿Gadreel? —preguntó sorprendido. Gadreel

apartó las manos de la cintura de Anael y sonrió asintiendo—. ¡Qué alegría verte, amigo! —gritó dirigiéndose hacia él sin importarle ya la posición en que los hubiese encontrado.

El resto de la división entró con una gran alegría mientras Anael los miraba con un gesto cargado de cariño.

Gadreel abrazó en primer lugar a Aitor y luego fue abrazando a cada uno de ellos, incluso a Miguel, el cual había entrado rápidamente en la habitación para saludar a Gadreel.

—No te esperábamos aquí —dijo Víctor separándose de él tras un largo abrazo.

—¿Cómo has vuelto? —preguntó Lucas—. Te hacíamos en el infierno.

—Joder, estuvimos parte del vuelo desde Dubái hasta aquí pensando en cómo liberarte… —reconoció Marcos.

Gadreel los miró a todos con cariño y suspiró, luego se giró hacia Anael.

—Ella y los arcángeles fueron a por mí —admitió—. Me trajeron de vuelta.

Víctor miró a Anael comprendiendo ahora el motivo de las preguntas que le había realizado sobre el infierno.

Miguel le estrechó la mano y luego Gadreel lo acercó a él para abrazarlo también.

—Me alegro de verte —dijo Miguel soltándose de él. Luego miró a Anael con una sonrisilla picarona—. Os veo muy… —carraspeó—, te veo —remarcó—, muy bien —dijo mirando su torso desnudo—. Joder, qué músculos tienes, ¿no?

—¿Disponéis de gimnasio en el infierno? —bromeó Daniel.

Gadreel chasqueó la lengua y fue hacia la camilla para coger la camiseta de manga larga de color negro y ponérsela.

—Fui creado así —respondió mientras se ponía la camiseta por la cabeza.

—Buena creación —susurró Valeria mirándolo de la cabeza a los pies.

Daniel la miró de reojo y luego puso los ojos en blanco.

Aitor miró a Anael, la cual mantenía la compostura, aunque sus labios estaban sonrosados por los besos.

—¿El viaje ha ido bien? —preguntó ella al equipo.

—Sí, aunque cansado —respondió Daniel—, son muchas horas de vuelo.

Aitor volvió a intervenir, pues parecía que algo rondaba su mente.

—¿Descendisteis a los infiernos?

Ella asintió.

—Cuanta más ayuda tengamos, mejor —confirmó ella. Gadreel arqueó una ceja hacia ella y luego se encogió de hombros—. Gadreel es un ángel poderoso, aunque ya no tenga su luz, y está de nuestra parte.

—¿Los ángeles no teníais prohibido descender a los infiernos? —preguntó Lucas asombrado—. Al menos eso pensaba.

—Y lo tenemos —confirmó ella—, pero esta es una situación de guerra. —Inspiró hondo—. Una situación desesperada.

Todos se quedaron pensativos y se miraron los unos a los otros.

—Víctor tiene una idea que quizá funcione… —comentó Aitor señalándolo. Gadreel fue hasta Anael colocando una mano a su espalda y ambos miraron atentos a Víctor—, pero deberíamos consultarlo con los arcángeles, sin ellos no sería posible.

—Haremos cualquier cosa por poner a salvo la creación—comentó Gadreel.

Aitor asintió y apretó los labios.

—Bien, pues… ¿reunión? —ironizó Miguel sin saber qué otra cosa decir.

14

Uriel, Gabriel y Rafael se encontraban presentes en aquel búnker mientras el resto de arcángeles, es decir, Zadquiel, Jofiel y Baraciel, se encontraban en la cúpula controlando la zona y ayudando a los ángeles a fortalecerla.

Miguel se apoyó contra la pared al lado de Aitor y lo miró de reojo.

—¿Hemos visto lo que hemos visto? —le susurró aturdido.

Aitor chasqueó la lengua.

—Shhh —le hizo un gesto para que se callase.

—Joder, Aitor —pronunció aún confundido—. ¿Anael y Gadreel son pareja? —continuó asombrado—. Yo no tenía ni idea, ¿y tú? Nos había dicho que eran amigos, pero… ¿lo otro? —Aitor negó con la cabeza vigilando que nadie los oyese, pues era una conversación un tanto subida de tono—. Anael es un ángel de luz y Gadreel un ángel caído, no sé cómo va a sentar eso en el cielo… —resopló ante el suspiro de Aitor, ¿acaso le habían dado cuerda a Miguel? ¿Por qué no se callaba? Miguel se quedó unos segundos pensativo y luego prosiguió—. ¿Y crees que… que los ángeles…? —Aitor se giró lentamente hacia él enarcando una ceja—, ya sabes… sabes a lo que me refiero… —tartamudeó un poco.

En ese momento, los dos se dieron la vuelta cuando se dieron cuenta de que Gadreel se encontraba a su lado escudriñándolos con la mirada.

—Estáis hechos a nuestra imagen y semejanza, recordadlo —pronunció Gadreel con una sonrisilla pícara.

—Lo tendremos en cuenta —respondió Miguel rápidamente—. Gracias por la aclaración, Gadreel, muy instructiva. —Se quedó callado de nuevo y ladeó su cabeza hacia Gadreel, el cual enarcó una ceja—. ¿Y podéis tener hijos? —preguntó con curiosidad.

Aitor resopló y entornó los ojos negando, avergonzado.

Gadreel sonrió divertido por su pregunta y se acercó a él como si fuese a confesarle un secreto.

—¿Por qué crees que a los querubines se los representa como bebés con pañales? —preguntó.

—¡Qué fuerte! —gritó Miguel asombrado—. Pues menuda mezcla sería la tuya con la de Anael, ¿no? —comentó como si nada, girándose hacia los arcángeles.

En ese momento, Gadreel se puso tieso como un palo y lo miró confundido.

—¿Qué? —preguntó asombrado por la conclusión a la que había llegado Miguel.

Todos se callaron cuando el arcángel Gabriel elevó su mano. Se habían reunido en el búnker de color amarillo toda la división y los principales de la Aurora Dorada, básicamente todos los que habían intervenido en la operación para recuperar los objetos de poder en Dubái.

—Anael nos ha dicho que habéis pensado en un plan —indicó el arcángel.

Aitor carraspeó e indicó a Víctor que diese un paso adelante para explicarse. Víctor lo miró confundido y dudó.

—Tú eres el jefe… explícalo tú —le susurró nervioso, lo de hablar delante de arcángeles parecía que les imponía.

Gabriel lo miró de la cabeza a los pies y luego observó a Aitor, esperando con paciencia a ver quién se decidía a hablar.

Finalmente, Víctor resopló y se soltó de la mano de Kata dando un paso adelante.

—Eminencia… —dijo haciendo una reverencia que provocó que Gabriel lo mirase extrañado—, digo… arcángel Gabriel… —El arcángel sonrió gracioso y miró a Uriel con gesto de broma.

—Eh, eh… solo Gabriel, ¿de acuerdo? —lo cortó con una sonrisa.

—Ya… mmm… —dijo Víctor e intentó calmarse—, supongo que ya estáis al corriente de que los dos objetos de poder se han destruido…

—Así es —respondió el arcángel.

—Hemos pensado que… —Le mostró la mano alzando el dedo medio. En ese momento, el arcángel enarcó una ceja hasta que Víctor se dio cuenta de lo que hacía y cerró su puño rápidamente—. No, no… disculpad, en absoluto pretendía hacer un gesto ofensivo o grosero… —Aitor y el resto de la división resoplaron. Víctor se quitó la réplica del anillo del rey Salomón que usaban en los exorcismos y se la mostró—. Me refiero a los anillos. Anael nos ayudó a crearlos. —Gabriel miró a Anael, la cual chasqueó la lengua—. Sé que no es lo mismo que el anillo del rey Salomón, pero también lo diseñó un ángel —indicó con la mano a Anael.

Gabriel se interesó por el anillo y le tendió la mano para que se lo entregase. Víctor lo colocó en la palma de su mano con delicadeza.

Gabriel lo examinó de cerca, pensativo.

—Está muy bien hecho —pronunció asombrado.

—Cada uno de nosotros, los seis miembros de la división, disponemos de uno… Hemos invocado demonios y exorcizado a muchos de ellos gracias a estos anillos. —El arcángel Gabriel le tendió el anillo a Uriel para que también lo observase—. Disponemos de seis anillos como este y, si bien es cierto que el anillo del rey Salomón era mucho más poderoso, tal vez entre los seis… si unimos fuerzas…

—La fuerza o el poder no radican en el anillo, sino en el portador —pronunció Gabriel con cautela, como si no quisiese ofender—. Vosotros sois excepcionales, pero no dominái s la magia.

—Nosotros no… pero ellos sí. —Se giró señalando a la Aurora Dorada—. Entre ellos hay grandes hechiceros. Sé que ninguno de ellos puede igualar el poder del rey Salomón, pero quizá un grupo de seis, portando un anillo cada uno…

Gabriel miró a Uriel pensativo, como si valorase la idea, y le tendió el anillo a Víctor de nuevo, el cual se lo puso de inmediato.

Aitor dio un paso adelante para ayudar a su compañero.

—Por otro lado, necesitaríamos el hechizo —continuó Aitor.

—El creador del hechizo fue el arcángel Miguel, la luz de Dios… —recordó Gabriel.

—Lo sabemos —comentó Aitor—, pero ¿por casualidad vosotros no lo sabéis? —preguntó con precaución.

—No… ese hechizo fue creado por él para acabar con Astaroth. Era un trabajo que encomendó nuestro Padre a Miguel, solo a él. El resto ya teníamos bastante de lo que preocuparnos —acabó arrastrando las palabras y poniendo los ojos en blanco.

—Vale, pues… en principio —continuó Aitor—, normalmente se hacen copias de los libros. En el Vaticano suelen tener escribas que copian las obras o estudiantes de tesis que los ojean… es posible que podamos averiguar algo.

Anael dio un paso adelante.

—Conozco a varios cardenales del Vaticano, concretamente uno de ellos es amigo mío, el cardenal Costa, tengo mucha confianza con él. Nos ayudará encantado con esto. No perdemos nada por intentarlo —propuso ella.

—En cuanto a las botellas que debían ser de bronce… —continuó Aitor—, podemos

fabricar una, bueno… —se encogió de hombros—, Anael ya nos fabricó unas cuantas, así que podríamos…

—Has estado muy entretenida, ¿verdad, Anael? —ironizó Gabriel.

—Ni te lo imaginas —continuó ella con la broma y miró a Aitor—. Traedme bronce y yo me encargo de fabricarla, pero necesito el sello que ponían en el tapón, y ese solo aparecía en el grimorio del rey Salomón.

—Pues esperemos que algún estudioso del tema o escriba haya copiado ese hechizo y los sellos —comentó Gabriel. Miró al resto y dio un paso al frente—. ¿Sois conscientes de que lo que planeáis hacer es muy peligroso? —preguntó serio—. La hazaña que consiguió el rey Salomón no se recuerda porque sí, sino porque lo que hizo fue memorable y ha perdurado en la historia. Encerrar a uno de los seres más poderosos del Universo no es como encerrar a un demonio legionario.

—Lo sabemos —reaccionó Valeria—, pero algo tendremos que hacer, ¿no? —dijo bastante desesperada—. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Debemos intentarlo.

Uriel y Gabriel se miraron unos segundos y finalmente asintieron.

—Probemos con este plan —acabó diciendo—. Los ángeles lucharán junto a vosotros y os protegerán en todo momento. Lo que proponéis es… una locura —acabó riendo—, pero como bien has dicho, hay que intentarlo. Nunca perdáis la fe —comentó Gabriel mirando a cada uno de los integrantes de ese grupo. Miró a Aitor y dio un paso hacia él—. Seleccionad a los seis miembros de la Aurora Dorada que dominen mejor la magia ancestral y que estos sean los portadores de los anillos. Anael —la llamó—, ve al Vaticano e intenta averiguar el hechizo. —Miró a la división—. Buscad todo el bronce que podáis.

Dicho esto, tanto Uriel como Gabriel desaparecieron.

Daniel resopló y se pasó la mano por el cabello.

—¿Y de dónde sacamos nosotros el bronce ahora? —preguntó alzando los brazos.

Diana dio un paso hacia ellos.

—Esta base es nueva, pero en las bases abandonadas debe de haber —explicó—. Anteriormente se usaban mucho en las tuberías de cobre o de bronce para el gas y el agua, sobre todo en accesorios para esas tuberías o en pomos de puertas, barras de cortinas, incluso en los barcos… sus propulsores navales contienen mucho cobre —explicó ella—. La base Orcadas pertenece a Argentina y es la más antigua de toda la Antártida, seguro que encontraríais mucho bronce allí, pero no os la recomiendo, está a unas diez horas en avión desde aquí.

Marcos pasó un brazo por encima de su novia, atrayéndola hacia él.

—Qué lista eres, leche. —Miró a sus compañeros—. Debemos buscar bases abandonadas donde encontrar ese metal y que estén más cercanas.

—Es más… —recordó Miguel—, ¿no trajimos un cargamento con todo lo que Anael había fabricado? ¿No habrá una botella allí?

Todos lo miraron confundidos.

—Lo destruyó Astaroth cuando nos atacó en la base Casey, ¿recuerdas? —preguntó Marcos sin soltar a Diana—. Tío, ¿qué te pasa? Llevas unos días empanadísimo.

Aitor miró a Miguel con una sonrisa de soslayo. Miguel resopló ante aquel gesto.

—No es nada… —dijo este apartando aquella idea como si apartase una mosca—, entonces… ¿hay algún mapa que podamos usar de la Antártida para ver qué bases nos conviene visitar? —Miró a Anael—. ¿Necesitas mucho bronce?

Ella negó.

—No mucho, lo suficiente para recubrir la botella por dentro y por fuera y hacer un sello a

modo de tapón —recordó.

—O sea que no mucho… —concluyó Miguel.

—Bueno, a ver, depende del tamaño de la botella, Miguel —insistió Anael—. Si me traéis una botella de ocho litros es obvio que voy a necesitar más bronce que si me dais una de un litro…

—Y… ¿a Astaroth le gusta un lugar chiquitín para vivir o espacioso? —se burló Lucas.

—Mínimo una botella en la que quepan dos litros, aproximadamente. Y que sea de cristal para recubrirla, por favor —reaccionó rápidamente.

Diana resopló.

—Otra opción, y creo que mucho mejor, es viajar a Nueva Zelanda, está más cerca que Australia y la base de Argentina. Allí podéis conseguir todo lo necesario —respondió encogiéndose de hombros—. Son unas cuatro o cinco horas de vuelo hasta el aeropuerto más cercano, el Dunedin Airport. —Se encogió de hombros—. Tampoco es tanto tiempo y seguro que es más efectivo y rápido.

—Seguro que ahí venden botellas de bronce —pronunció Anael—. Os puedo hacer otra lista de la compra —sonrió alzando sus dos cejas a la vez.

—De acuerdo —respondió Aitor señalando a Diana—. Compro tu idea, mucho más rápida y segura. —Miró a los lados—. ¿Dónde está Liam?

—¿Mi compañero militar? —preguntó Diana. Él asintió—. Creo que está de guardia en la cúpula.

—Vale, ¿crees que él nos podría llevar a Nueva Zelanda?

—Os puedo llevar yo —dijo señalándose a sí misma.

—Ni hablar, tienes que descansar. Ha sido un viaje muy largo desde Dubái —la señaló con el dedo—. Nosotros hemos podido echar alguna cabezada en el avión, pero tú lo has pilotado casi todo el rato. Descansa —ordenó.

Diana resopló mientras Marcos la miraba y asentía.

—Hablaré con Liam para que os lleve a Nueva Zelanda —dijo Diana saliendo del búnker a disgusto por no ser ella, aunque realmente sí necesitaba un descanso.

—¿Voluntarios para ir a Nueva Zelanda? —preguntó Aitor. Víctor y Kata levantaron la mano—. ¿Alguno más?

—Veeenga vaaa —dijo Marcos—. Yo me apunto, total, Diana va a estar durmiendo. —Se encogió de hombros.

—Os haré una lista de la compra, ya que vais, necesitaré pinturas también… —intervino Anael buscando un bolígrafo y un papel.

Gadreel observaba todo en silencio.

—Por favor… —suplicó Marcos—, que no sea una lista de las tuyas como las de antes.

—Pues más o menos, Marcos —comentó ella encogiéndose de hombros—. Hay que ser precavidos.

Aitor miró al resto.

—Los demás nos encargaremos mientras tanto de seguir entrenando a los militares, creo que necesitan un poco de ánimos… —comentó mirando por la ventana cómo uno de ellos corría gritando al ver un demonio golpear la cúpula intentando escapar de ella.

Anael estiró el brazo hacia Marcos y este resopló.

—No sé si vamos a encontrar todo esto —comentó Marcos.

—Inténtalo, por favor —suplicó Anael—. Bueno, yo voy al Vaticano —dijo mirando el reloj—. A ver si el cardenal Costa puede ayudarnos con el hechizo.

Gadreel la tomó del brazo.

—Voy contigo —confirmó.

Anael cogió su mano, le sonrió y asintió. Ambos desaparecieron al momento.

Todos se quedaron callados unos segundos, pues tras lo que habían visto no habían podido comentar la jugada y se notaba a leguas que estaban deseando hablar de ellos.

—Pero entonces… ¿Anael y Gadreel están juntos o no? —preguntó Marcos apartando la mirada de la lista de la compra y mirando a Miguel, pues sabían que él era quien tenía más confianza con ella.

Miguel se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, sé lo mismo que tú —respondió anonadado.

—Pues vaya con los dos tortolitos, qué callado se lo tenían… —zanjó Marcos.

Anael y Gadreel se transportaron directamente a la ciudad del Vaticano, tras una de las columnas de la plaza de San Pedro. Anael miró el reloj que marcaba las doce y media del mediodía. El calor allí era insoportable en comparación con la Antártida.

—¿Conoces al cardenal? —preguntó Gadreel sin soltar su mano.

—Es un buen amigo mío —confirmó ella y miró de un lado a otro, ubicándose—, además, es el camarlengo del Papa. Por aquí. —Tiró de la mano de Gadreel—. Habrán acabado de rezar el Ángelus hace poco, la plaza estaba a rebosar de gente.

Gadreel observó la plaza de San Pedro fascinado mientras ella lo llevaba con paso presto en dirección al alto edificio.

—Nunca había estado aquí… —comentó Gadreel mirando de un lado a otro—. Al menos en este milenio.

Ella le sonrió y subieron los escalones en dirección al Palacio Apostólico de la ciudad del Vaticano. Se aproximaron a los guardias, pero Gadreel se soltó de su mano y tragó saliva observando el edificio.

Anael lo miró extrañada.

—¿Ocurre algo?

Gadreel ladeó su cuello.

—No habrá ninguna iglesia ahí dentro, ¿verdad? Ya sabes lo que pasa si entro en una iglesia —recordó. Sí, la última vez que Gadreel había entrado en una iglesia había sido en Galicia, concretamente en Quiroga, para intentar arrebatarles el grimorio del rey Salomón. La iglesia había temblado ante su presencia, incluso muchas cruces se habían invertido ante la presencia del ángel caído. Al final, Anael había tenido que realizar un exorcismo sobre él para que no consiguiese su propósito—. No quiero asustarlo —bromeó.

—Esto no es una iglesia, es el Palacio Apostólico —explicó—. Aquí se reúnen.

—Pero… ¿hay cruces? —preguntó precavido.

—Pues claro que hay cruces, Gadreel, estamos en el Vaticano, hay cruces por todos lados —le recordó extendiendo los brazos hacia los lados.

—Ya… —dijo con fastidio, pues aquello podía delatarlo—, mejor te espero aquí.

Ella lo miró con una sonrisa intentando tranquilizarlo y le tendió la mano.

—Vamos, no pasará nada.

Él negó.

—Prefiero no jugármela —acabó diciendo.

Ella suspiró y se puso firme.

—Está bien, espérame aquí —dijo antes de entrar.

Gadreel vio cómo se alejaba y se giró dirigiéndose a la plaza, observando las grandes

columnas de mármol de la plaza de San Pedro, la cual era realmente espectacular, y más con el precioso cielo azul.

Se apoyó en una de las columnas, metió las manos en los pantalones tejanos que le habían prestado y se dedicó a observar a la gente que paseaba por allí maravillándose del lugar, ajenos a la guerra que se estaba librando.

Anael entró directamente en el Palacio cruzando un largo pasillo. Observó de reojo varias cruces. Gadreel tenía razón, mejor no arriesgarse a armar un escándalo provocando que las cruces del Vaticano se invirtiesen en su presencia.

Se dirigió a uno de los miembros de la Guardia Suiza Pontificia que permanecía al final del pasillo, bloqueando el acceso a unas amplias escaleras.

—Buenas tardes —comentó ella—. Necesito hablar con el cardenal Giovanni Costa, es muy urgente. Dígale que su amiga Anael se encuentra aquí.

El hombre la miró de arriba abajo y asintió. Parecía que el cardenal había dado la orden a la guardia de que si Anael aparecía por allí lo avisasen de inmediato, sin importar lo que estuviese haciendo.

Anael se giró y observó al final de aquel largo pasillo, donde fuera esperaba Gadreel.

Aún no daba crédito a lo que había ocurrido entre ellos. No era la primera vez que sus labios se rozaban, aunque de una forma muy sutil, como muestra de cariño, sin embargo, en aquella última ocasión había implícito algo más.

—Señorita —la llamó el Guardia Suizo—, puede acompañarme, por favor —dijo sin bajar del todo las escaleras.

Anael siguió al guardia escaleras arriba y continuó por el pasillo. Podía aparecerse directamente donde se encontraba el cardenal, pero no quería invadir así su privacidad, prefería hacerlo de aquella forma, proporcionándole una mayor intimidad.

El guardia llegó hasta una de las puertas y la abrió.

—Camarlengo —dijo el guardia suizo inclinándose hacia él y se echó a un lado para que Anael entrase.

Aquella vez el cardenal Costa se encontraba sentado leyendo unos documentos en la intimidad. Se puso en pie directamente y miró al guardia.

—Puede marcharse, gracias.

Anael esperó a que los dejasen solos para hablar, aunque el cardenal ya notó que algo no iba bien, pues la respiración de Anael era más acelerada de lo normal.

—Anael —dijo inclinando su cabeza a modo de saludo—, ¿a qué debo tu visita?

Ella caminó rápidamente hacia él situándose enfrente.

—Necesito su ayuda —pronunció con confianza—. Es muy urgente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el cardenal nervioso, pues si Anael se encontraba así de alterada algo horrible debía ocurrir—. ¿En qué puedo ayudarte? —se ofreció rápidamente.

Ella apretó los labios.

—¿Recuerda la última vez que nos vimos? —le preguntó.

—Sí, fue por el grimorio del rey Salomón —respondió rápidamente.

—Así es. Lo han destruido…

Aquel dato cogió de improviso al cardenal que se llevó la mano a la boca, sorprendido.

—Semejante reliquia… —dijo sin dar crédito.

—En el grimorio se explicaba detalladamente cuál era el conjuro para encerrar a Astaroth en una botella, tal y como hizo el rey Salomón, así como cuál era la forma de cerrar las puertas del infierno de nuevo —continuó con la explicación—. ¿Es posible que tengáis una copia del

grimorio?

—¿Del grimorio del rey Salomón? —preguntó rápidamente—. No —pronunció—. El grimorio permanecía aquí oculto a todo el mundo por su peligrosidad, muy pocas personas fueron autorizadas a acceder a él.

Anael se removió nerviosa.

—Y… ¿recuerda a alguien de los autorizados que estudiase el grimorio?

El cardenal Costa se quedó pensativo.

—Podría mirarlo en el listado. Hay un registro de entrada y salida de todos los objetos que poseemos —respondió—. Recuerdo a un muchacho que hará unos diez años estudió el grimorio. —Hizo un gesto nervioso—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella inspiró hondo y durante unos segundos se debatió entre explicarle lo ocurrido o no. Finalmente prefirió ser clara con él.

—Padre, las puertas del infierno se han abierto y Astaroth es casi libre. Lo mantenemos atrapado en una cúpula energética en la Antártida, pero dudamos mucho que esa cúpula aguante mucho más. —Los ojos del cardenal casi se salieron de sus órbitas—. Necesitamos el conjuro que el arcángel Miguel le entregó al rey Salomón para encerrarlo de nuevo.

El cardenal la miró sin comprender.

—Pero ¿el arcángel Miguel no puede…?

—Astaroth acabó con él —lo cortó con un tono más lento. El cardenal dio un paso atrás, asustado por lo que acababa de decir, directamente se santiguó y cerró los ojos—. Es de vital importancia que encontremos una copia de ese hechizo.

El cardenal asintió efusivamente y fue directo hacia la puerta mientras le hacía un gesto para que le acompañase.

El pasillo era largo y ancho, de mármol blanco, y unos enormes ventanales dejaban entrar mucha claridad. Los enormes cuadros religiosos tapaban las paredes blancas y daban colorido.

Inició una marcha apresurada mientras ambos se cruzaban con algún que otro cardenal y miembros de la Guardia Suiza Pontificia.

—El registro se encuentra en los archivos secretos del Vaticano, al lado de la Biblioteca Apostólica Vaticana, donde guardábamos el grimorio —explicó mientras caminaban por aquellos largos pasillos. Giraron la esquina y descendieron por unas espaciosas escaleras a la planta baja.

—Recuerdo el camino —respondió ella.

Salieron al exterior y bajaron los escalones en dirección a la plaza de San Pedro. Su mirada se topó con la de Gadreel que enarcó una ceja al verla. Ella le hizo un gesto con la mano para que esperase en ese mismo lugar. Tomaron una calle a la derecha y aceleraron el paso.

El cardenal no decía nada, parecía realmente conmocionado por los hechos que le había relatado Anael.

La Biblioteca Apostólica Vaticana, situada tras cruzar el patio de Belvedere, no accesible a los turistas, estaba bastante concurrida de sacerdotes. La biblioteca, fundada en 1448 por el papa Nicolás V, gozaba de una colección personal de 350 códices. En la actualidad contenía miles. Era considerada el archivo personal del Papa, al cual solo él y sus personas más allegadas tenían acceso.

Subieron unos escalones accediendo a través de una enorme puerta a la biblioteca.

Anael observó de nuevo aquellos altos techos repletos de preciosos murales donde se relataban pasajes de la Biblia.

Las columnas y las paredes estaban igualmente decoradas con dibujos de santos y de Jesús.

El pasillo parecía un tablero de ajedrez, alternándose enormes baldosas de color negro y blanco.

Todo estaba igual que la anterior vez que había acudido a ese lugar.

Al llegar al final giraron a la izquierda y tomaron un pasillo más pequeño.

Llegaron al ascensor y el cardenal extrajo una tarjeta electrónica del bolsillo de su túnica y la insertó en una ranura debajo de donde se encontraban los botones. Nada más insertarla, los botones que señalaban las plantas menos uno, menos dos y menos tres se iluminaron, apretando el cardenal el del sótano tres.

Cuando las puertas se abrieron llegando a la misma planta subterránea que la última vez, la puerta que tenía por delante se encontraba custodiaba por otro cardenal sentado en una silla y leyendo la Biblia.

La soltó de inmediato sobre la mesa y se puso en pie para saludarlo.

—Camarlengo —pronunció este inclinando su cabeza.

—Cardenal Morrison —pronunció con sus manos unidas por delante—. Necesitamos acceder al registro de uno de los objetos que manteníamos guardados hasta que fue robado.

El cardenal supo de qué se trataba de inmediato, pues aquel robo había sido muy sonado en la ciudad del Vaticano entre los cardenales.

—¿El grimorio del rey Salomón, camarlengo?

—El mismo —indicó él dejando que Anael se situase a su lado.

El cardenal Morrison se sentó ante la pantalla del ordenador y tecleó.

—¿De qué año necesita el registro? —preguntó.

Anael tomó la palabra.

—No sabemos el año, solo queremos saber si alguien lo estudió.

—Creo que hace unos diez años un estudiante fue autorizado a su estudio para una tesis sobre él —recordó el cardenal Costa—. ¿Podría mirar si figura ese registro?

—Necesitamos el nombre —indicó ella rápidamente.

El cardenal Morrison tecleó en el ordenador y esperó a que el programa cargase los datos. Ante la lentitud del ordenador les dibujó una sonrisa tímida.

—Hay que renovar estos ordenadores —pronunció. Luego miró la pantalla—. Aquí está —indicó él—. El grimorio fue extraído hace once años para una tesis doctoral.

—¿Tiene el nombre? —preguntó el cardenal Costa.

El hombre asintió y cogió un papel en blanco para apuntarlo.

—¿Y la dirección donde vive? —preguntó Anael—. Si no es mucho pedir, claro.

—La dirección no la tenemos, señorita, lo siento —respondió el cardenal Morrison—. El grimorio no se podía sacar de aquí.

Ella asintió y cogió el papel que el cardenal le tendía.

—Henry Anderson —leyó y miró al cardenal Morrison con una sonrisa—. Se lo agradezco mucho.

—Buen trabajo —lo felicitó el cardenal Costa antes de alejarse. Se dirigieron de nuevo al ascensor y el cardenal volvió a meter la tarjeta en la ranura y a pulsar la planta cero—. ¿Servirá?

—Algo es algo —comentó ella preocupada.

Nada más salir del ascensor giraron la esquina y caminaron por el largo pasillo.

—No sabes cuánto agradezco tu ayuda —pronunció Anael con una sonrisa hacia el cardenal —. Siempre has sido un buen amigo —le tuteó finalmente.

—Mi misión es servir a mi Dios en todo lo posible —comentó seriamente el cardenal al llegar al final del pasillo.

Ella se giró hacia él y sin previo aviso lo abrazó. El cardenal la estrechó entre sus brazos unos segundos y luego se separó de ella.

—Sé que lograrás el hechizo —dijo mirándola a los ojos—. Aunque haya baches en el camino, Dios siempre está con nosotros.

Ella asintió y cogió su mano.

—Nos volveremos a ver, amigo mío, aunque espero que la próxima vez sea en unas circunstancias más tranquilas —acabó con un tono dulce.

—Yo también lo deseo —dijo apretando su mano—. Buena suerte, y que Dios esté con vosotros —se despidió.

Anael descendió los escalones y se encaminó a toda prisa a la plaza de San Pedro donde localizó a Gadreel apoyado en la misma columna de antes, cruzado de brazos y mirando a su alrededor. Parecía estar disfrutando de aquella tranquilidad.

Se giró hacia ella como si detectase su presencia.

—¿Tienes algo? —preguntó interesado.

—Tengo un nombre. Un hombre realizó una tesis doctoral sobre el grimorio del rey Salomón hace once años, pero no tengo su dirección, ni siquiera un teléfono suyo. —Sacó el móvil y comenzó a pulsar unos botones.

—¿Qué haces? —preguntó Gadreel.

—Estoy enviando un mensaje a Valeria. Las llamadas a la Antártida se realizan a través de satélites y es difícil establecer conexión, sin embargo, supongo que estará conectada al wifi —explicó.

—¿Una llamada? —preguntó Gadreel incrédulo—. ¿Por qué haces una llamada cuando podemos aparecer en la Antártida en un segundo?

Ella se quedó mirándolo fijamente, pensativa. Se estaba acostumbrando demasiado a las nuevas tecnologías.

—Tienes razón —dijo guardando el móvil en su bolsillo—. ¿Vamos? —preguntó tendiéndole la mano.

Él hizo un gesto tímido.

—¿Te importa si me quedo estos segundos aquí? —preguntó—. Aquí se respira paz —dijo mirando al cielo.

Le conmovió aquel gesto y acarició su brazo. Suponía que después de por todo lo que había pasado le apetecía tener un poco de calma antes de la tempestad que se les venía encima.

—Claro, enseguida vengo —dijo ella. Él le sonrió de una forma tan tierna que sintió que su corazón se aceleraba.

Dobló la esquina y cuando se aseguró de que nadie miraba desapareció.

15

Daniel miró confundido a Anael y ladeó su cabeza.

El resto de sus compañeros ya se encontraban fuera del búnker.

Kata, Víctor y Marcos salían en diez minutos rumbo a Nueva Zelanda para adquirir los objetos que Anael les había pedido en la lista, mientras que el resto habían formado grupos para hacer un recordatorio a los soldados sobre cómo realizar exorcismos.

Valeria cogió su móvil y comenzó a teclear mientras Daniel escudriñaba con la mirada a Anael.

—¿Los ángeles no tenéis una base de datos o algo así? —preguntó sorprendido porque Anael hubiese aparecido allí solicitando la información de Henry Anderson a la Aurora Dorada.

Anael enarcó una ceja en dirección a Daniel.

—No somos espías o detectives. Somos ángeles —le recordó—. Respetamos la privacidad de los seres humanos —se señaló a sí misma.

—Vale, vale —respondió este situando sus manos ante él.

—Ya está —dijo Valeria—, aquí sí tengo internet. No creo que tarden mucho en responderme, en cuanto lo hagan te envío la dirección al móvil.

Anael asintió.

—Muchas gracias. Hasta luego.

—Espera, espera… —la interrumpió Daniel antes de que desapareciese—. ¿Dónde está Gadreel?

—Me está esperando en el Vaticano —dijo con una sonrisa que no pasó desapercibida para ninguno de los dos—. Nos vemos luego —acabó poniéndose seria antes de desaparecer del búnker.

Daniel y Valeria se miraron de reojo.

—Yo creo que sí son algo más —acabó diciendo Valeria.

Daniel se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió Daniel y miró al exterior—. Bueno, pues… ¿vamos a seleccionar a los que tengan más poder de la Aurora Dorada?

Valeria asintió y salieron al exterior.

Anael apareció tras la columnas. La plaza de San Pedro estaba a rebosar de visitantes, igual o más que antes. Giró la columna y observó el perfil de Gadreel. Sintió cómo su corazón se aceleraba al observarlo. Su perfil perfecto, aquellos labios con los que la había besado con tanta pasión…

Gadreel se giró y le sonrió.

—Ya estás aquí —confirmó él.

Ella asintió acercándose.

—Tenías razón. Mucho más rápido y efectivo así que por el móvil.

—¿Tienes los datos? —preguntó directamente.

—Aún no. Valeria lo ha preguntado a la Aurora Dorada. En cuanto los tengan, me enviará un mensaje —respondió ella.

—De acuerdo —dijo cruzándose de brazos. Se quedó observándola y dio un paso hacia ella, acercándose. Tomó su mano acariciándola con ternura—. Te he echado tanto de menos —susurró pasando su mano por su cabello. Ella giró su cabeza para apoyar su mejilla en su mano.

Después de lo que había ocurrido entre ellos, de aquel beso, sus sentimientos se habían acrecentado aún más.

—Y yo a ti —susurró ella.

Pudo ver cómo los ojos de Gadreel se perdían en sus pensamientos, y debía de ser algo que no era agradable.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella preocupada.

—Estoy enamorado de ti —admitió—, desde siempre. —Tragó saliva—. Y eso es un grave problema…

—¿Por qué es un problema? —preguntó ella.

—Porque solo me quedan cuatro meses en la Tierra. La condena era para toda la eternidad —recordó—, y solo un año de libertad por cada quinientos. En el mejor de los casos, si conseguimos detener a Astaroth, tendré que volver al infierno… Y si no logramos detenerlo, bueno… no habrá un lugar al que regresar. —Inspiró hondo—. De una u otra forma te volveré a perder.

Ella borró la sonrisa de su rostro y tomó su mano. Luego negó con la cabeza.

—Ya haremos algo, Gadreel —dijo ella—. Estoy segura de que los arcángeles pueden interceder por ti ante nuestro Padre. —Él apretó los labios y suspiró—. No te preocupes por eso ahora —intentó reconfortarlo. Miró su móvil sin que aún le hubiese llegado un mensaje de Valeria y tomó su mano con las dos suyas—. Yo también estoy enamorada de ti, Gadreel —reconoció y miró a su alrededor—. ¿Quieres dar un paseo? —preguntó moviendo su cabeza al frente.

—Me gustaría —dijo tomando su mano para caminar juntos.

Ella se soltó de su mano y se cogió a su brazo mientras caminaban. Cuando había estado separada de él había sido un tormento, como si le arrebatasen parte de su alma, ahora que estaban juntos se sentía completa.

Gadreel reclinó su cabeza para apoyarla en la de ella durante unos segundos mientras caminaban. Estar allí con ella, en calma, en un lugar tan hermoso como ese, le hacía estar feliz.

—¿Recuerdas aquella vez que le escondimos a Gabriel su pluma de escribir? —rio Gadreel.

Ella lo miró divertida.

—Sí, pobre, no tenía forma de apuntar los mensajes que le daba nuestro Padre. Se enfadó bastante —rio ella—. Éramos muy jóvenes entonces —recordó.

—El sermón que nos dio luego… —dijo riendo.

—Aunque lo que siempre me hace reír es cuando estábamos creando a la humanidad y le modificamos el boceto a Rafael —rio ella.

Gadreel no pudo contener la risa al recordarlo. Todos iban presentando sus bocetos ante su Padre, y ellos añadieron al de Rafael una lengua fuera y un enorme trasero.

—Menos mal que Padre no escogió ese —dijo Gadreel mirando a la gente que paseaba a su alrededor—. Si no ahora mismo irían botando a todas partes con ese enorme trasero.

Ella lo miró y sonrió.

—Hemos pasado muy buenos momentos… —dijo mirando al frente y se detuvieron al final de plaza de San Pedro. Miró a Gadreel con curiosidad—. ¿Quieres probar un helado? Aquí en Roma son espectaculares.

—Claro.

—Ven —dijo soltando su brazo y cogiéndolo de la mano para girar a la derecha—. Casi siempre que vengo a Roma voy a una heladería que está aquí cerca. Te va a encantar. —Gadreel sonrió al verla tan feliz, era como si el tiempo no hubiese pasado entre ellos—. Hay de muchos

sabores. Mis favoritos son el de chocolate y el de pistacho.

Caminaron por Roma en dirección a la heladería. Gadreel miraba de un lado a otro como si quisiese empaparse de todo ello.

—¿Venías mucho por la Tierra? —le preguntó Gadreel—. ¿O solías estar más en la Ciudad Celeste?

—Estos últimos años he estado más en la Tierra, desde que se me encomendó la misión de ir a Lugo a ayudar al padre Santiago con los exorcismos —explicó ella—. Más tarde, conocí a la división y, posteriormente, a la Aurora Dorada. —Gadreel la miró con curiosidad—. El padre Santiago supo desde un principio que yo era un ángel enviado para ayudar, pero no fue así con la división…

—Los aprecias mucho, ¿verdad?

Ella se detuvo y lo miró con una sonrisa tierna.

—Muchísimo —respondió lentamente—. Son mis amigos. —Volvieron a caminar—. Desde un principio tuve muy buena relación con todos, pero debo confesar que Miguel me ha hecho esbozar más de una sonrisa —rio divertida—. Son todos un encanto.

Él chasqueó la lengua.

—Sí, lo son —comentó.

—A ti te aprecian mucho también, ya has visto cómo te han recibido —le recordó.

Él la miró con cariño.

—Es bonito estar rodeado de gente que te quiere… —dijo pensativo—, hacía tanto que no me sentía así… Aunque supongo que todo hubiese sido más fácil si no les hubiese complicado tanto las misiones al principio.

—Gadreel —se detuvo ella y situó una mano en su pecho—, deja de darle vueltas al pasado. El perdón no borra el pasado, pero amplía el futuro —le recordó y volvió a cogerse de su brazo —. ¿Crees que no son conscientes de lo que has hecho por ellos? —intentó animarlo—. Todos te querían de vuelta, Gadreel. No solo yo. La división y la Aurora Dorada están compuestos de hombres y mujeres fuertes y valientes, pero también con una gran humildad, apego y compañerismo. Son como una gran familia —le explicó—, y tú formas parte de ella.

A Gadreel le emocionaron aquellas palabras y acarició su mejilla. Anael se dio cuenta de que estaba más afectado de lo que esperaba, aunque no lo quisiese admitir.

—Padre solo perdona a quien desea realmente ser perdonado —le susurró—. Quizá deberías perdonarte tú primero a ti mismo.

Llegaron a la heladería y se pusieron en la cola.

Gadreel inspiró hondo sin soltar su mano y miró a las dos personas que tenía delante, luego observó los helados.

—¿Hay que pagar? —preguntó con cara de circunstancias.

—Pues claro que hay que pagar —rio ella—. Llevo dinero, no te preocupes —comentó graciosa—. Yo invito, ¿quieres compartir?

—Claro, como quieras.

Llegaron al mostrador y Anael pidió una tarrina de helado de chocolate y otra de pistacho. Pagó la cuenta y le mostró las dos.

—¿Por cuál quieres comenzar?

Le cogió directamente la de chocolate.

—Me pirra el chocolate, ya lo sabes —dijo clavando su cucharita de plástico en medio y llevándose un buen trozo de helado a la boca. Directamente cerró los ojos disfrutando del sabor.

—Rico, ¿eh? —comentó ella probando el helado de pistacho.

—Bonísimo… —canturreó y, acto seguido, llevó su cucharita a la tarrina de ella para probar el de pistacho. Esta vez no cerró los ojos—. Me gusta más el de chocolate.

—Quédate con ese, disfrútalo —respondió ella risueña mientras comenzaban a caminar. Lo miró intrigada y dio otra cucharada a su helado—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro —respondió Gadreel.

—No respondas si no quieres…

—Dime —insistió él.

—Cuando descendí a los infiernos… estabas en una cárcel. ¿Siempre ha sido así?

Él negó.

—No —respondió sin problema—. Allí los ángeles caídos somos venerados, aunque la mayoría, con el paso del tiempo, se han adaptado tanto a estar allí que ese es su hogar y disfrutan de ello. No estamos encerrados, podemos movernos por el infierno sin problema. —Dio otra cucharada a su helado—. Cuando me encontraste yo era el prisionero de Astaroth por traición —dijo pensativo—. Es… diferente. —Ella apretó los labios mientas caminaban juntos—. No he pasado los últimos eones en esa celda, si eso es lo que te preocupa. Era libre para moverme por el infierno como quisiese, sin torturas ni encierros.

Ella inspiró hondo y asintió un poco más tranquila.

Siguieron caminando tranquilamente hasta que Anael sintió cómo su móvil vibraba en su bolsillo.

—Lo tienen —dijo mostrándole el móvil—. Henry Anderson, treinta y seis años, soltero… —leyó el mensaje—, hijo de Walter y Judith Anderson. Vive en San Francisco, California —leyó—. Tiene un doctorado en Historia Antigua y da clases en la Universidad de Stanford. Me ha pasado su dirección.

—Menuda investigación —comentó Gadreel asombrado.

—Vale —dijo ella cogiéndole la tarrina de chocolate de las manos, aunque él se la quitó.

—Ehhh —se quejó Gadreel que le dio una cucharada de nuevo antes de que se la quitara de nuevo. Ella hizo lo mismo dándole una buena cucharada al helado de pistacho y arrojó las dos tarrinas a la basura—. Qué desperdicio.

—Hay que ir ya —dijo ella cogiéndolo de la mano. Miró a los lados observando la gran cantidad de gente que recorría las calles. Resopló y tiró de Gadreel hacia una calle menos transitada. Caminó tirando de él hasta llegar a un portal y lo metió dentro, donde no los verían desaparecer—. Venga, vamos —dijo girándose hacia él.

Gadreel se quedó observándola y sonrió. Luego llevó su dedo hasta los labios de ella, quitándole una pequeña mancha que le había quedado de helado. Anael tragó saliva y no pudo evitar suspirar ante aquel contacto. Cerró los ojos concediéndose unos segundos para deleitarse en la caricia de Gadreel hasta que sintió de nuevo los labios de este sobre los suyos. Aquella sensación que experimentaba junto a él cuando la abrazaba, la acariciaba o la besaba era similar a estar en el cielo.

Anael acarició su mejilla suavemente mientras se besaban lentamente, esta vez de una forma más tranquila y no tan impulsiva como la de antes.

Anael se alejó rápidamente de él e inspiró hondo. Le costaba concentrarse después de aquello, pero se obligó.

—Tenemos una misión que cumplir —le recordó.

Él asintió.

—Sí, pero tenías los labios sucios y he pensado que mejor que estuvieses más…

Ella enarcó una ceja en plan de broma.

—Vamos —lo cortó.

Desaparecieron y aparecieron en una empinada calle de San Francisco.

Ambos miraron a los lados, situándose. Desde allí arriba se podía ver parte de las luces de la ciudad. Era plena noche.

La zona era bastante tranquila, con casitas con su pequeño jardín delantero.

Se giró y miró el cartel de *"Se vende"* en la casa que tenía justo enfrente.

—¿Va a mudarse?

Ella negó.

—No es esta, es la de al lado —respondió ella.

Fueron hacia allí y miraron la casa. Estaba construida de madera. Una casa pequeña, pero que era más que suficiente para él, ya que según el informe de la Aurora Dorada estaba soltero.

Tenía un pequeño jardín delantero bastante descuidado con unos arbustos y el césped que requería un buen corte. Caminaron por el camino de piedra hasta el porche y subieron.

—Bien, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Gadreel metiéndose las manos en los bolsillos.

—¿Cómo que cómo lo hacemos? —preguntó Anael sin comprender.

—No sé… —contestó Gadreel encogiéndose de hombros—, ¿quieres presentarte al estilo Gabriel con la anunciación a María? ¿Bajando del cielo y con la luz saliendo de tu pecho?

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¡No! —respondió ella asombrada.

—Ya, muy dramático, ¿verdad? —Ella ladeó su cabeza—. Podríamos hacernos pasar por dos viajeros como hicieron Miguel y Gabriel en Sodoma para sacar a Lot y a su familia de allí… —Ella ya estaba negando con la cabeza antes de que él acabase de hablar— ¿Por qué no?

Dio un paso adelante y llevó su mano al timbre de la vivienda.

—Llamaremos al timbre como cualquier persona normal —explicó mientras sonaba una campanilla en el interior de la vivienda.

—Son las seis de la madrugada, estará durmiendo —comentó Gadreel y resopló—. No creo que le haga mucha gracia que dos desconocidos llamen a su puerta a estas horas. Lo mismo ni abre. Debe de estar frito.

Anael comenzó a dar golpecitos con el pie en el suelo y miró a la planta superior. Ninguna luz se encendía en su interior.

Volvió a llamar al timbre y se cruzó de brazos con impaciencia.

—Ya está —dijo cuando una luz se filtró a través de una ventana.

—Sí, lo has despertado, seguro que está de muy buen humor —ironizó Gadreel. Ella lo miró de reojo y se pasó una mano por su cabello rubio poniéndose presentable—. Mira que eres presumida.

—Hay que dar buena imagen —respondió mirándolo de reojo justo cuando un hombre abrió la puerta. Vestía una bata semiabierta que obviamente se había puesto para bajar y unos pantalones cortos. El hombre los miraba sorprendido y se llevó una mano a la boca para ocultar su bostezo—. Hola —exclamó Anael animada, con una gran sonrisa—. Eres Henry Anderson, ¿verdad?

El hombre se pasó la mano por la cara intentando despertarse hasta que fijó su mirada en ella y luego observó de reojo a Gadreel que lo miraba enarcando una ceja, como si no le gustase que hubiese abierto la puerta medio desnudo.

—¿Quién lo pregunta? —dijo aturdido.

—Él es Gadreel —dijo señalándolo. Gadreel alzó la mano para saludarlo—. Yo soy Anael. Disculpa que te hayamos despertado a estas horas, pero necesitamos tu ayuda con urgencia… —

Henry los miraba adormilado, con los ojos entornados y cara de cansado—. Hiciste una tesis sobre el grimorio del rey Salomón, ¿verdad?

Henry enarcó una ceja y miró a los dos, luego se arremangó la bata de seda y miró su reloj de pulsera.

—Son las seis de la mañana —remarcó este—. Si tenéis alguna duda o necesitáis información podéis llamar a la Universidad para concertar una visita…

—No, no… no es por eso —lo interrumpió ella.

—Pero como comprenderá no voy a responder ni a hacer una charla sobre ello a estas horas. ¿Están locos? ¿Son estudiantes? —preguntó más mosqueado, lo que provocó que Gadreel y Anael lo mirasen confundidos—. Además, ¿quién les ha facilitado mi dirección? Voy a poner una queja a la universidad hoy mismo. —Los miró a los dos furioso—. ¡Cojan hora! —gritó antes de intentar cerrar la puerta, pero Gadreel interpuso su pie evitando que la cerrase.

—Henry, necesitamos tu ayuda. No nos vamos a ir —comentó Gadreel con voz calmada.

Henry lo miró con gesto enfadado. Obviamente, no le había sentado nada bien que lo despertasen a esas horas.

—¡Como no se vayan llamaré a la policía! —los amenazó con un grito dándole una patada en el pie a Gadreel para que lo apartase y cerrar la puerta con un golpe bastante fuerte.

—Ayyy —se quejó Gadreel moviendo su pie—. Menudo genio, ¿no? —preguntó observando la puerta. Resopló y se giró hacia Anael, la cual chasqueó la lengua y lo miró confundida, encogiéndose de hombros. Inspiró lentamente moviendo un mechón rubio de su cabello a un lado y se cruzó de brazos. —Está mosqueado, perfecto —continuó Gadreel señalando la puerta y se cruzó de brazos—. Y ahora, ¿qué? —ironizó.

Ella respondió con gesto de no estar muy segura.

Henry resopló enfadado mientras se quitaba la bata a medida que subía a la planta superior, donde estaba su habitación. No era la primera vez que los estudiantes le molestaban, sobre todo cuando se acercaba la época de exámenes, pero siempre era en su horario laboral y en su despacho, nunca en su casa.

Aquello ya era el summum, alguien debía de haber filtrado su dirección desde la universidad.

Iba a subir otro escalón cuando se detuvo en medio y se asomó por la barandilla de la escalera. ¿Y esa luz que venía del comedor? Era una luz muy intensa.

Se llevó la mano al bolsillo de la bata buscando el móvil, pero lo había dejado en la planta de arriba, en la mesita de noche junto a la cama.

Bajó rápidamente unos escalones y cogió un paraguas para defenderse si fuese preciso. Lo elevó a la altura de su hombro para atacar y caminó de puntillas hacia la puerta del comedor. Estaba seguro de que habían entrado en su domicilio.

Inspiró hondo armándose de valor, sujetando el paraguas, y abrió la puerta de un golpe.

La imagen que vio lo dejó totalmente paralizado, sin poder hablar.

La misma mujer que había llamado al timbre se encontraba suspendida en el aire, irradiando luz de su pecho y con unas enormes alas blancas que salían de su espalda.

—Ahhh —gritó Henry por la impresión cayendo al suelo y se llevó la mano al pecho.

Gadreel encendió la luz del comedor observando a Anael y se cruzó de brazos. Lo cierto es que la imagen era majestuosa. Anael se mantenía medio metro por encima del suelo, con sus cabellos rubios ondulando hacia atrás, como si una brisa invisible los moviese, y con los brazos semiabiertos. De su pecho salía una reluciente luz y movía sus alas lentamente para mantenerse estable.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!… —gritó Henry arrastrándose por el suelo con la mano aún en su pecho.

Gadreel chasqueó la lengua.

—Anael, ya —dijo gracioso—, o le va a dar un ataque. Creo que ya lo ha pillado.

Anael descendió al suelo y escondió sus alas mientras la luz de su pecho se atenuaba hasta extinguirse. Miró a Henry asustada, pues el hombre la miraba con los ojos muy abiertos, la respiración acelerada y la mano en el pecho. ¿Se estaba infartando?

—Ay, no, no, no… —gritó corriendo hacia él—, tranquilo —exclamó asustada al ver la posición del hombre.

—Ahhh —gritó Henry retrocediendo más para evitar el contacto de Anael.

Gadreel ladeó su cabeza.

—Ya te he dicho que con la luz era suficiente, no tenías por qué mostrarle las alas ni ponerte a volar —le recordó.

Ella resopló a Gadreel mientras se mantenía arrodillada al lado de Henry. Tendió una mano hacia él, ofreciéndosela.

—Tranquilo, Henry, no te haremos daño —pronunció con voz tierna.

Henry miró a Anael y luego a Gadreel, de uno a otro, intentando analizar lo que había visto.

—¿Cómo… cómo habéis entrado en mi casa? —titubeó.

Gadreel rio y puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que más te preocupa de lo que has visto, Henry? —preguntó mirando a su alrededor.

El comedor era pequeño y estaba bastante desordenado. Tenía un sofá frente a la televisión, entre ambos una mesa pequeña de madera donde había varias latas de cerveza vacías. Tras el sofá había una mesa cuadrada más grande y una estantería llena de documentos, libros y polvo.

Gadreel hizo un gesto desagradable y fue hacia la puerta de al lado para observar la cocina. No estaba muy ordenada ni limpia, pues algunos vasos y platos se acumulaban en el fregadero.

Se giró hacia Henry que permanecía mirando asombrado a Anael, sin poder articular palabra, mientras ella intentaba calmarlo.

—Tranquilo… tranquilo… —seguía diciendo Anael con culpabilidad por verlo tan asustado.

Gadreel se cruzó de brazos y fue hacia ellos.

—Hay que ordenar un poco la casa, ¿eh? —ironizó Gadreel mirándolo.

El hombre se había quitado la bata con la que había abierto la puerta y solo vestía unos pantalones cortos. Lo miró y tragó saliva.

—¿Quiénes… quiénes sois? —preguntó atemorizado.

—Somos ángeles —respondió Anael con una sonrisa tierna.

—Bueno… —intervino Gadreel—, ella más que yo. Yo…

—¡Calla! —lo cortó Anael, mejor obviar que Gadreel era un ángel caído o se asustaría más —. Necesitamos tu ayuda —volvió a mirar a Henry.

Henry la miró extrañado.

—¿Mi… mi ayuda? —preguntó y tragó saliva, incrédulo.

Se llevó la mano a los ojos y los frotó, luego volvió a mirarla incrédulo. Cada vez que Henry hacía ese gesto Anael tenía una sonrisa más alegre y Gadreel enarcaba más su ceja.

—No es un sueño —comentó Gadreel apoyándose en la pared—. Estás bien despierto.

Henry se golpeó la cara varias veces, receloso y desconfiado.

—Esto… esto… no puede ser… —susurró mirando de un lado a otro, nervioso.

Anael miró de reojo a Gadreel e hizo un gesto de estar un poco nerviosa por la reacción de él. Gadreel puso los ojos en blanco y se acercó.

—Oye, tranquilo… —acabó diciendo Gadreel, arrodillándose a su lado—, no tienes por qué preocuparte de nada ni temernos.

Henry tragó saliva e intentó calmar su respiración.

—Eso es… —le animó Anael al ver que intentaba calmarse—, respira tranquilo…

Gadreel suspiró.

—Hace unos años hiciste una tesis sobre el grimorio del rey Salomón, ¿verdad?

El hombre intentó concentrarse en la pregunta y finalmente asintió.

—Sí, hace años.

—¿Estudiaste el grimorio? —preguntó Anael. Él asintió—. ¿Hiciste alguna tesis o publicación?

El hombre aún parecía perdido con aquella conversación, pero asintió.

—Sí, hice una tesis para el doctorado —respondió titubeante.

—De acuerdo —dijo Gadreel cogiéndolo del brazo para ayudarle a levantarse, aunque al verlo solo vestido con los pantalones cortos resopló—. Hay que cuidar un poco más la dieta también, ¿eh? —bromeó. Anael lo miró enfadada por los comentarios que le hacía—. ¿Dónde tienes la bata? —preguntó poniéndolo finalmente en pie, aunque las piernas le temblaban en exceso y estuvo a punto de caer—. No, no… tranquilo, no te caigas, por favor —le pidió Gadreel. Henry señaló hacia la escalera, donde sobre la barandilla colgaba la bata—. ¿Si te suelto te caerás? —Henry negó, aunque se apoyó en el sofá.

Gadreel lo soltó y fue hacia la barandilla a coger la bata.

—Necesitamos ver esa tesis —continuó Anael.

—Por… ¿por qué? —preguntó nervioso.

Ella se removió inquieta.

—¿Te suena que una parte del grimorio hablaba de cómo el rey Salomón encerró a Astaroth en una botella?

—Sí, claro, cuando el arcángel Miguel le dio las instrucciones para crear el anillo —recordó él.

—Perfecto —le comentó Gadreel tendiéndole la bata—. Toma, póntela —le pidió.

Henry la cogió y se la puso, aunque sus manos aún temblaban.

—También le dio un hechizo para encerrarlo y para cerrar las puertas del infierno —recordó Anael—. ¿En la tesis escribiste algo sobre eso?

—Mmm… —dijo Henry—, hace muchos años, pero sí, creo que algo sí que escribí sobre ello.

Los dos ángeles sonrieron de repente.

—¿Tienes la tesis aquí? —preguntó Anael rápidamente—. Necesitamos verla.

—Sí… mandé encuadernarla —comentó Henry girándose hacia la estantería. Fue hacia ella y la buscó entre todos los documentos y libros que tenía. Gadreel y Anael se quedaron quietos permitiéndole que la buscase. Gadreel miró de nuevo alrededor e hizo un gesto de disgusto, aquel hombre no tenía ningún orden en su vida. Anael le dio un sutil codazo para que parase de hacer aquel gesto justo cuando Henry se giró con ella en sus manos—. Aquí está.

—¡Perfecto! —exclamó Anael—. ¿Puedo? —preguntó tendiéndole las manos.

—Claro, claro… —dijo Henry entregándosela y dando unos pasos hacia atrás, aún nervioso.

Anael fue directa a la mesa junto a Gadreel y la abrieron. Era una tesis muy extensa con más de setecientas páginas.

—Conseguiste el doctorado, ¿no? —preguntó Gadreel.

—Sí —respondió Henry acercándose por un lateral.

Anael pasó algunas páginas hasta que miró a Henry un poco desesperada.

—Necesito ver lo que escribiste sobre el hechizo para atrapar a Astaroth y el de las puertas del infierno —dijo pidiéndole ayuda.

Henry asintió y tomó con cuidado la tesis de sus manos, luego comenzó a pasar páginas.

—Recuerdo que esos conjuros estaban hacia el final del grimorio —respondió este—. Lo que hice básicamente es una explicación de ellos —comentó buscando las páginas—. Luego relacioné todo con la cultura de aquella época, sus costumbres y en cómo el ocultismo influyó en la sociedad de aquella época y en el reinado del rey Salomón.

Gadreel miró interesado la tesis.

—¿Hiciste fotos? —preguntó al ver que había imágenes.

Henry asintió.

—El Vaticano me dio permiso para hacer fotografías sin flash. —Pasó unas hojas más y les mostró—. Aquí está —dijo señalando la página—. Este es el capítulo que se dedica a la historia de cómo se forjó en anillo, la razón para hacerlo y de cómo el rey Salomón logró vencer al serafín más poderoso del Universo: Astaroth.

Anael giró el libro mirándolo con Gadreel. Leyó por encima y miró a Henry.

—En el grimorio se dicen los hechizos… ¿los tradujiste?

—Solo algunos. —Le cogió la tesis con cuidado—. Sí… si me permites —comentó él. Ella asintió compulsivamente mientras él buscaba—. Ese capítulo era muy importante para mí, ya que explicaba cómo se forjó una de las reliquias más importantes y con más poder de la humanidad: el anillo del rey Salomón. —Pasó unas cuantas hojas más—. Creo… creo que fotografié alguno de los papiros de este tema. —Pasó unas cuantas hojas más y señaló—. Aquí —dijo señalando unas fotografías. No se veía muy bien, pero se intuían las letras en hebreo—. Solo traduje algunos conjuros.

Anael y Gadreel se miraron y sonrieron.

Gadreel señaló la tesis.

—¿Y respecto al hechizo para cerrar las puertas del infierno? —preguntó.

Henry asintió.

—Sí —dijo pasando unas hojas más—. Ese hechizo era menos importante para mí, pero lo añadí en el anexo.

Ambos lo miraron con una sonrisa y, directamente, Anael fue hacia él y lo abrazó. Henry sintió cómo sus músculos se relajaban y una paz y un amor como jamás había experimentado se apoderaba de todo su ser. Cerró los ojos abrazándola y respiró hondo.

Ella se separó levemente de él y lo miró con una tierna sonrisa.

—¿Por qué… por qué necesitáis esto? —preguntó Henry más tranquilo.

Gadreel hizo un gesto desagradable.

—Verás, Astaroth ha…

—Nada —lo interrumpió ella—. No es nada, no te preocupes —pronunció Anael situando una mano en su pecho, al lado del corazón, y miró la tesis con una sonrisa—. No te imaginas cuánto nos has ayudado… —Volvió la mirada hacia él—, ¿podemos llevárnosla? —preguntó cogiéndola directamente.

—Mmm… sí, claro —dijo pasándose la mano por la nuca.

—Te prometo que te la devolveremos —intervino Gadreel acercándose a él—. Nos has ayudado mucho, no te imaginas cuánto. Anael —la señaló—, es el ángel del amor, te buscaremos

una novia, ¿de acuerdo?

Henry abrió mucho los ojos y miró a Anael que observaba a Gadreel de reojo.

—¿De… de verdad? —preguntó Henry. Anael, que seguía mirando de reojo a Gadreel por su comentario, asintió al final—. ¿Puede… ser… rubia? —acabó con timidez.

Anael sonrió un poco forzada.

—Ya veremos —comentó

—Bueno, pero tienes que arreglar el piso y ponerte a dieta, ¿eh? —le sugirió Gadreel.

—Sí, sí, claro… —respondió emocionado.

Gadreel le sonrió y tendió su mano hacia él.

—Encantado de conocerte, Henry —se despidió Gadreel. Henry tomó su mano y miró a Anael repitiendo el gesto—. Nos vemos pronto —comentó colocando un brazo sobre los hombros de Anael que llevaba la tesis junto a su pecho.

Gadreel le guiñó un ojo con perspicacia y ambos desaparecieron.

Henry dio unos pasos atrás y cerró los ojos con fuerza. ¿Era real lo que había ocurrido? Volvió a golpearse la cara varias veces y luego miró a su alrededor. La verdad es que sí, estaba todo bastante desordenado.

Tragó saliva y cerró los ojos unos segundos intentando aclarar las ideas. ¿Había sido visitado por ángeles? Eso parecía y, además, le habían pedido ayuda.

En ese momento se sintió en paz, igual que cuando Anael lo había abrazado. Nunca había experimentado una sensación así.

Miró su reloj de muñeca y vio que marcaba las seis y cuarto de la madrugada.

En media hora debería levantarse para arreglarse y acudir a su puesto de trabajo.

Ahora le sería imposible volver a dormir.

Fue a la cocina y sacó una bolsa de basura para limpiar el comedor de su casa. Quizá sí era el momento de dar un cambio radical en su vida.

16

Aitor miró a través de la ventana, Miguel y Lucas se encontraban entrenando a algunos grupos de militares en compañía del padre Santiago, recordándoles cómo debían llevar a cabo los exorcismos.

La mayoría atendían con atención y repetían las frases que les decían o los movimientos que la división les mostraba y que Anael les había enseñado cuando los entrenó para luchar contra los demonios que invocaban. Aunque no tenían la misma fuerza y velocidad que ellos, los militares se implicaban con todas sus ganas.

Por otro lado, otro grupo de militares se encargaba de volver a bañar con agua bendita cada una de las armas y balas que podían usar, serían así mucho más efectivas contra los demonios.

Aitor se giró y miró a Valeria y a Daniel.

Aitor les había pedido las réplicas de los anillos del rey Salomón que Anael había creado para ellos y los tres las observaban atentos.

—Está bien —dijo Aitor lentamente—, Idalia será una de las portadoras —dijo mirando a Valeria.

—Tiene mucho poder —confirmó ella—, de hecho, es una de las más poderosas de todos nosotros.

Aitor asintió.

—¿Lo has hablado con ella?

—Lo he hablado con todos —concretó ella—. También Efrem, Ciro, Jake y Merak.

Aitor asintió y fue moviendo los anillos a medida que ella pronunciaba los nombres.

—Falta uno. ¿Liú? —preguntó Daniel.

—No, Liú seguirá insuflando energía a la cúpula —informó Valeria y lo miró fijamente.

Daniel supo enseguida lo que su pareja le insinuaba.

—No —susurró.

—La sexta seré yo —sentenció—. Tengo un gran poder, incluso más que Jake o Liú. Tengo que hacerlo.

Daniel se pasó la mano por la cara visiblemente agobiado. De por sí ya era un suicidio intentar encerrar a Astaroth en una botella, aunque estuviesen protegidos por los ángeles, pero pensar que ella estaría allí en medio lo alteraba.

—Es muy peligroso —remarcó Aitor hacia Valeria.

—Es peligroso para todos —concretó Valeria—. También será peligroso para el resto, para mis amigos —insistió—. Yo tengo mucho poder, soy de las más poderosas, así que está decidido. —Aitor miró a Daniel no muy seguro. Valeria los miró a los dos—. No necesito vuestro permiso, de hecho… —miró a Aitor—, siento decirlo, pero tú no diriges la Aurora Dorada —le recordó—. Nosotros somos una organización independiente, así que no hay nada que discutir. Yo portaré uno de los anillos y ayudaré a encerrar a Astaroth con mis compañeros. —Miró a Daniel que la observaba molesto por sus palabras y tomó su mano—. No tenéis que preocuparos, estaremos protegidos por los ángeles.

—Y por nosotros, lógicamente… —comentó Daniel y miró a Aitor que asintió enseguida—, es solo que… —continuó pensativo—, tengo miedo de perderte.

Ella suavizó la mirada y apretó la mano de él.

—No vas a perderme, Daniel —susurró con cariño—. Nosotros seis somos los más

poderosos de la Aurora Dorada en este momento y nos emplearemos a fondo contra Astaroth. Somos los únicos, ahora mismo, que podemos hacerle frente. Sé que es muy arriesgado, pero es necesario —acabó.

Daniel inspiró hondo intentando controlarse y finalmente asintió. Miró a Aitor, el cual no dijo nada, simplemente tragó saliva y asintió también.

Por mucho que no quisiesen que sus amigos corriesen ningún riesgo sabían que, tal y como decía Valeria, ellos eran los más poderosos, así que si querían tener alguna oportunidad de salvar el mundo debían ser ellos, por mucho que les pesase.

Anael y Gadreel se presentaron en el búnker amarillo. Anael llevaba la tesis de Henry entre sus brazos, junto a su pecho.

Todos dieron un paso atrás al verlos aparecer.

Daniel resopló.

—¿No podéis avisar antes de aparecer así? —preguntó recuperando el aliento.

—¡Lo tenemos! —exclamó Anael mostrándole el enorme libro.

Todos se acercaron.

—¿Qué es? —preguntó Aitor.

Anael depositó el libro sobre la mesa, aunque fue Gadreel quien se explicó.

—Hace unos once años, Henry Anderson estudiaba para hacer el doctorado. Adivinad sobre qué hizo su tesis… —comentó feliz mientras les guiñaba un ojo.

Los tres pusieron su espalda recta.

—¿El grimorio del rey Salomón? —preguntó Aitor.

—¡Exacto! —respondió Gadreel y comenzó a pasar páginas—. Todavía tenemos que estudiarlo bien, pero en su tesis hizo algunas fotografías del grimorio —comentó con una gran sonrisa—. Para él era muy importante el capítulo de la creación del anillo, ya que era unas de las reliquias más enigmáticas de la historia antigua, así que explica el mensaje que recibió el rey Salomón por parte del arcángel Miguel.

—¡Fantástico! —gritó Daniel situándose al lado—. ¿Está el conjuro para encerrarlo en una botella?

—Creo que sí —respondió Anael—. Hizo fotografías de los conjuros. No se ven muy bien, pero algo podremos sacar —acabó con una gran sonrisa.

—En cuanto al conjuro para cerrar las puertas del infierno —continuó Gadreel—, Henry nos ha comentado que a esos capítulos no les dio tanta importancia, pero bueno… algo es algo.

—Por supuesto —los felicitó Aitor—. Son muy buenas noticias. —Los miró con curiosidad —. ¿Cómo lo habéis conseguido? ¿Habéis hablado con él? —Gadreel y Anael asintieron directamente, lo que provocó que Aitor, Daniel y Valeria los mirasen ladeando su cabeza—. ¿Le habéis explicado lo que ocurre?

—No —respondió Gadreel—, aunque al principio no nos creía —comentó divertido mientras Anael comenzaba a ojear la tesis—. Anael ha hecho una entrada triunfal mostrándole sus alas y su luz —bromeó.

—¿En serio? —preguntó Daniel con tono divertido.

Ella asintió.

—Al principio pensaba que le daba un infarto —comentó ella echando una mirada rápida a las páginas—, pero luego ha colaborado bastante.

—Como para no colaborar —ironizó Valeria cogiendo los seis anillos que la división había depositado sobre la mesa.

—El tema es que, al menos, ya no vamos tan perdidos —dijo con una gran sonrisa. Luego

observó los anillos que sostenía Valeria en sus manos—. ¿Habéis seleccionado ya a los miembros de la Aurora Dorada que llevarán a cabo el conjuro?

Aitor asintió y miró a Daniel que se puso en tensión.

—Sí, serán Idalia, Efrem, Ciro, Jake, Merak y Valeria —indicó este.

Anael y Gadreel miraron directamente a Valeria, pero no dijeron nada al respecto.

—Está bien —comentó Anael—. Poneos los anillos y familiarizaos con su poder. —Señaló a Gadreel—. Nosotros estudiaremos el manuscrito, los sellos, todo lo necesario…

Daniel miró a Aitor.

—Podríamos ir a ayudar con los militares —propuso Daniel.

Aitor asintió.

Anael buscó entre todos los conjuros hasta que encontró el apartado que hablaba sobre el anillo del rey Salomón.

—Es este —susurró emocionada, al menos tenían una posibilidad.

Gadreel observó cómo el resto se marchaba, pero llamó a Valeria.

—Valeria —la llamó. Ella se giró hacia él—, cuando tengamos la información necesaria nos reuniremos con vosotros para ayudar a preparar el ataque —comentó más serio esta vez.

Valeria asintió con la cabeza antes de salir del búnker.

Gadreel y Anael se quedaron solos en el búnker. Se situó al lado de ella y miró su perfil. Sus enormes ojos azules leían con atención línea tras línea, empapándose de todo. Era tan hermosa… llevó su mano hasta su cabello dorado y lo acarició. Ella lo miró de reojo y sonrió. Gadreel reclinó su cabeza y besó su frente lentamente. Ella cerró los ojos sintiendo todo el cariño que aquellos labios y gestos le demostraban.

Se miraron unos segundos con un amor infinito y, finalmente, Gadreel observó el libro.

—Vamos allá —pronunció este girándose hacia la tesis y comenzando a leer con Anael—. Primero de todo, el sello que necesitamos para encerrarlo.

—No necesitaremos hacer el sello para invocarlo, Astaroth ya está aquí —recordó Anael mirando las páginas nerviosa.

—Me refería al de la botella —enfatizó Gadreel—, el que necesitamos para cerrarla.

Ella asintió mirando los documentos.

—Hay mucha información —dijo emocionada y nerviosa a la vez por lo que leía—. Habrá que hacer un círculo del rey Salomón para garantizar la protección de la división y de la Aurora Dorada, así como un triángulo mágico para doblegar la voluntad de Astaroth. Además, me iría bien protegerlos con la estrella de David —dijo pensativa. Él asintió mientras ella recordaba pensativa todo lo que había escrito a Marcos, Víctor y Kata en la lista de la compra. Creía que ahí estaría todo lo necesario para poder crearlos: brochas, pinturas, telas…

—Repasemos todo tranquilamente y si hace falta algo más se lo decimos —indicó Gadreel mirando el reloj—. Aún les debe de quedar una hora para llegar a Nueva Zelanda, vamos con tiempo. —Se giró y cogió unas hojas en blanco y bolígrafos. Acercó dos sillas y le tendió una a Anael—. Vamos, siéntate —dijo ofreciéndosela. Ella se sentó sin apartar la mirada de la tesis—. Vamos poco a poco. Comencemos desde el principio —dijo Gadreel echando unas hojas atrás, al principio del capítulo, y pasando un brazo por encima de los hombros de ella, como si la abrazase.

Kata había localizado los productos que necesitaban en diferentes supermercados y tiendas en una ciudad cercana, a siete minutos en taxi desde el aeropuerto, llamada Allanton. La ciudad se encontraba en el extremo este de Taieri Plains, cerca del río Taieri, en el cruce de la carretera principal al aeropuerto internacional de Dunedin en Momona.

La tienda poseía todo lo que necesitaban

—Amarillo brillante, rojo, negro, azul, verde y verde oscuro —dijo Marcos señalando en la lista las pinturas que tenían—. Todos. —Miró al lado—. Y las seis brochas. Es casi lo mismo que nos pidió la otra vez. Lo difícil es encontrar el pergamino de cabrito. —Miró a Kata, la cual negó con la cabeza—. ¿No hay ninguna tienda de curtidos por aquí?

—No —respondió ella.

Víctor resopló.

—Es que vaya cositas que nos pide Anael —se quejó.

Marcos fue hacia la parte de la tienda donde había diferentes tipos de botellas de bronce amarillo que eran decorativas para jardín o para la vivienda.

—Son muy pequeñas, ¿no? —preguntó Víctor señalando las botellas.

—Que se joda Astaroth —contestó Marcos.

Kata fue hacia el final del pasillo y señaló a unas estanterías más elevadas donde se encontraban unas botellas más grandes.

—Aquí hay más grandes, supongo que el hecho de que tenga la boca más grande facilitará su entrada —explicó.

Víctor y Marcos fueron hasta ella y la observaron.

—Seiscientos dólares neozelandeses —comentó Víctor y luego silbó.

—Eso son unos trescientos euros, ¿no? —preguntó Kata.

—Más o menos —respondió Marcos—. Métela en el carro, paga el CNI, así que…

Víctor la cogió y la depositó en este, se acercó a Kata que mantenía sujeta en su mano la lista que Anael les había hecho.

—Oro… —comentó y enarcó una ceja hacia ellos. Marcos se pasó la mano por la cara agobiado con aquella lista—. La resina secada al sol, el incienso, el cedro, los aceites para ungir y los aloes los podemos adquirir en una herboristería que hay aquí cerca, no será problema. —Suspiró—. El problema es… la sangre de cordero. —Hizo un gesto de disgusto.

—Bueno, la otra vez recuerdo que nos pidió sangre de un gallo negro virgen —recordó Marcos.

—¿El cordero tiene que ser virgen? —preguntó Víctor.

Kata se encogió de hombros.

—Ni idea, no lo creo, ¿no? —preguntó—, si no lo habría escrito. Eso es para el sello de la botella, seguro.

—¿Y dónde encontramos eso? —preguntó Víctor desquiciado.

Marcos resopló.

—Ni idea, paguemos esto —dijo mostrando el carro lleno—, y salgamos de aquí, hay que pasar aún por la herboristería. Luego la llamamos y que nos lo aclare.

Fueron a la caja y la mujer miró asombrada cómo iban llenando la cinta por donde pasaban los productos.

Marcos sacó la tarjeta y pagó. La mujer miraba pasmada la gran cantidad de objetos que habían comprado.

—Estamos remodelando la casa —bromeó Víctor. La mujer sonrió aturdida por aquellas palabras.

Kata tomó una de las bolsas mientras Marcos y Víctor cargaban con el resto para salir fuera.

—Joder, vamos a necesitar una furgoneta para llevar todo esto al aeropuerto —se quejó Víctor—. ¿Dónde está la herboristería?

Kata cerró un segundos los ojos y señaló hacia delante.

—Está a un par de minutos caminando desde aquí —respondió.

Víctor dejó las bolsas en el suelo y fue hacia Marcos quitándole de la boca la lista que llevaba cogida entre los dientes.

—Espérate aquí con todo. Iremos más rápido si no tenemos que cargar —comentó Víctor. Marcos asintió y miró hacia los lados, no había mucha gente por la calle—. Si puedes, llama a Anael y coméntale lo que nos falta… a ver si ella puede hacer algo. Mientras tanto, nosotros vamos a la herboristería. No tardamos nada —dijo mientras situaba una mano en la cintura de Kata.

Marcos no tuvo tiempo ni de aceptar antes de que Víctor y Kata desapareciesen. Víctor había cogido a Kata por la cintura y se había desplazado a gran velocidad hacia el lugar que ella indicaba. No tenían tiempo que perder.

Marcos suspiró y se pasó la mano por los ojos. Miró las siete bolsas donde cargaban todo lo que Anael les había pedido y miró hacia el cielo. Aún le quedaban muchas cosas por encontrar. Miró de un lado a otro y la llamó.

—Anael —susurró bajito.

No fue Anael quien apareció a su lado, sino Gadreel.

Marcos lo miró de la cabeza a los pies.

—Has cambiado un poquito, Anael. Te veo más… masculina —bromeó este.

Gadreel sonrió y se puso la mano en los bolsillos mirando a ambos lados.

—Anael está estudiando el conjuro contra Astaroth…

—¿Lo tenéis? —preguntó Marcos entusiasmado.

Gadreel puso una mano por delante de él, como pidiéndole que se calmase.

—Hemos conseguido una tesis de un estudiante que tuvo el grimorio del rey Salomón entre sus manos hace once años. Hay mucha información sobre ello —explicó y miró de un lado a otro de nuevo—. ¿No estabas con Víctor y Kata?

—Están acabando de comprar unas cosas… —Se pasó la mano por la nuca—. Por eso llamaba a Anael, hay cosas de la lista que nos es imposible conseguir.

—¿El qué? —preguntó Gadreel.

—Pues básicamente el pergamino de cabrito, oro y sangre de cordero… ¿debe ser virgen o no? —Gadreel enarcó una ceja—. La otra vez nos pidió sangre de un gallo negro virgen.

Gadreel suspiró y asintió.

—Le preguntaré. No te preocupes, ya me encargo yo de conseguir esas tres cosas. No hay problema.

Marcos asintió.

—Gracias —respondió este y volvió al tema que le interesaba—. Entonces, ¿lo tenéis?

Gadreel hizo un gesto no muy seguro.

—Más o menos.

—Eso son muy buenas noticias.

—Sí —le sonrió Gadreel—. Algo es algo… al menos tenemos una oportunidad —comentó, aunque se sorprendió cuando Marcos situó una mano en su hombro con confianza y lo miró con una leve sonrisa.

—Me alegro mucho de que estés de vuelta —dijo dándole una palmadita.

Gadreel lo miró y suspiró. Durante unos segundos se quedó en silencio, saboreando aquella sensación.

—Voy a hablar con Anael.

Marcos apartó la mano de él y asintió.

—Entonces, ¿nosotros vamos directos al aeropuerto cuando acaben de comprar en la herboristería? ¿Te encargas tú de esas tres cosas?

—Sí —reaccionó Gadreel—. Si os falta algo más avísame a mí.

—De acuerdo —respondió Marcos—. Nos vemos en unas horas.

—¿Quieres que me espere aquí contigo hasta que…?

—No, no —rio Marcos—, tranquilo.

Gadreel asintió.

—Vale, pues hasta luego.

Gadreel desapareció y apareció en el búnker de la Antártida donde Anael seguía leyendo la tesis que habían conseguido.

Gadreel se acercó a ella observando los apuntes que iba tomando.

—¿Cómo va?

—Perfecto —dijo ella—, me estoy saltando la parte de sociología, pero mira… —dijo señalando una de las fotografías—. No se ve muy bien, pero tenemos el conjuro para ir contra Astaroth. —Gadreel sonrió—. ¿Qué necesitaban? —preguntó por la llamada de la división.

—Les faltan tres cosas que no encuentran —respondió Gadreel.

—¿Cuáles? —preguntó ella interesada.

—El pergamino de cabrito, oro y sangre de cordero. Me pregunta Marcos si el cordero ha de ser virgen o no. Me ha explicado algo de que le pediste sangre de un gallo negro virgen.

Ella chasqueó la lengua.

—El pergamino de cabrito es para hacerles una estrella de David, pero supongo que también servirá si les ponemos un colgante como el tuyo —lo señaló—. El oro y la sangre de cordero los necesito sí o sí, y bueno… sí sería necesario que fuese virgen —acabó con timidez. Gadreel la miró intrigado—. Es para el sello con el que tapar la botella —continuó explicando ella—. Realmente no sé si el cordero debe ser virgen o no, pero como el gallo sí que lo requería… no sé, supongo que en una veterinaria tendrán —dijo encogiéndose de hombros.

—Supongo. Ya me encargo yo —respondió—. Respecto al oro…

—No hace falta mucho, me vale con que sea suficiente para recubrir el tapón. Hay que convertirlo en líquido y pintarlo.

—¿Y el tapón?

—Con plomo, no hay problema. Se dibuja el sello con la sangre del cordero, ya que es un príncipe del infierno, si no lo fuese se debería emplear la sangre de un gallo —aclaró—. Se deja secar a la luz de la luna un par de horas y, posteriormente, se recubre todo con el oro líquido. Hay que disolverlo para pintar el tapón.

—Puajjj… —dijo Gadreel con repugnancia.

—Lo sé —reaccionó Anael encogiéndose de hombros—, pero es lo que debe hacerse. —Gadreel asintió y apuntó en un documento los objetos que tenía que encontrar—. ¿Vas a buscarlos?

—Sí, yo me encargo. Ahora están en una herboristería, les he dicho que si necesitan algo más que me llamen a mí.

Anael asintió con una sonrisa.

—Gracias —susurró acariciando su brazo.

Gadreel se quedó observándola, tragando saliva, deseando besarla, pero ahora tenían otra misión importante que cumplir.

—Voy a buscar esto —le mostró el documento—. Cualquier cosa que necesites, avísame —se ofreció Gadreel antes de desaparecer.

Anael se quedó unos segundos observando el lugar donde hacía pocos segundos estaba Gadreel.

Lo amaba, lo amaba más que a nada, y lo único que deseaba era fundirse en un abrazo con él, besar sus labios… Meneó su cabeza intentando abandonar aquellas ideas de su mente y se concentró en los documentos que tenía por delante, empapándose de todo lo que explicaban.

17

Liam, el militar que sustituía a Diana pilotando el avión, miró a Marcos que iba sentado a su lado, dándole conversación. Parecía que Marcos se había aficionado a ir de copiloto, dado que siempre solía ser Diana la que los llevaba de un lado a otro.

Detrás iban Víctor y Kata tumbados en colchonetas, dando una cabezada.

Habían encontrado todo lo necesario en la herboristería, así que esperaban que Gadreel hubiese conseguido el resto de cosas que les hacían falta.

Víctor se giró y miró a Kata que parecía dormida y se levantó despacio. Se puso en pie y estiró su espalda. Aquel avión era enorme para ellos cuatro.

Se fijó en que todas las compras iban bien atadas y fue hacia la cabina. Entró agachándose, ya que esta era más pequeña.

—¿Cómo va todo? —preguntó Víctor.

—Todo bien —contestó Liam—. En unas dos horas y media llegaremos a la base Nueva Esperanza.

Marcos se giró hacia él.

—¿Kata está durmiendo?

Víctor asintió.

—Espero que Gadreel haya podido conseguir el resto de cosas que nos pidió Anael —comentó.

—Supongo que sí —respondió Marcos—. No he querido molestarlo porque deben de estar estudiando la tesis y averiguando el conjuro —comentó—. Supongo que si no ha venido a decirnos nada es que lo tiene ya todo. —Se encogió de hombros.

El avión se movió de un lado a otro con bastante brusquedad.

—Putas turbulencias —se quejó Liam—. Estamos atravesando el mar de Ross y siempre hay vientos muy fuertes aquí.

El mar de Ross era una bahía profunda entre el océano Glacial Antártico y la Antártida donde siempre había fuertes corrientes de aire. En mar se tardaba unos siete días de travesía en llegar y, normalmente, no recomendaban esa travesía en barco, pues se registraban olas de muchos metros de altura.

—Lo de que hayan encontrado la tesis parece un milagro —comentó Marcos—. ¿Quién iba a decir que es posible que esa tesis salve el mundo? —ironizó.

Kata se incorporó de repente y miró a los lados asustada.

—¿Víctor? —preguntó con la respiración acelerada.

Víctor se giró desde la cabina.

—Estoy aquí.

Kata se levantó nerviosa y se pasó la mano por los ojos. Se la notaba intranquila. Víctor fue directo hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Ella se pasó la mano por los ojos y negó.

—No, no… algo no va bien —pronunció nerviosa.

Marcos que había escuchado a Kata situó una mano en el hombro de Liam y salió de la cabina para escuchar lo que ocurría.

—¿Algo sobre qué? —preguntó Víctor situando las manos en sus hombros, intentando que

se calmase.

Kata inspiró hondo y observó a Marcos que se acercaba con gesto preocupado.

—Desde que atacamos la cámara acorazada he ido haciendo breves seguimientos de Hasan Rabah —aclaró—, asegurándome de los pasos que da. Como tenía una clara conexión con Thelema lo tengo controlado.

—Bien hecho —señaló Marcos.

—Ayer lo escuché hablar con un tal Elijah sobre una reunión… —explicó en un susurro.

—Bueno, eso es algo que ya suponíamos que ocurriría —remarcó Víctor—. Thelema no va a quedarse de brazos cruzados, aunque hayamos eliminado a su hechicero supremo.

Ella tragó saliva y los miró asustada.

—Hasan sigue bastante malherido, pero va en un avión junto a ese hombre llamado Elijah y un gran grupo de miembros de Thelema. —Tragó saliva—. En la conversación que mantenía ahora con Elijah hablaba de que había muchos más aviones. —Los dos pusieron la espalda recta, no hacía falta que Kata explicase nada más, sabían perfectamente lo que iba a decir a continuación—. Creo que se dirigen a la Antártida, al menos ese es el rumbo que llevan. Por lo que he escuchado de los pilotos, van a entrar en el espacio aéreo de la India en pocos minutos.

Los dos se removieron nerviosos.

—Si van a entrar en espacio aéreo de la India contamos con, al menos, diez horas antes de que lleguen a la Antártida —indicó Víctor.

—Más horas. Deberán repostar en Australia, eso nos da un par de horas más —recordó Marcos y miró a Kata—. ¿Sabes de cuántos aviones se trata?

Kata negó nerviosa.

—No, pero son varios.

—¿Cuántas personas iban en ese avión? —preguntó Víctor rápidamente.

Ella se removía sin parar.

—No… no lo sé… unas cuarenta o cincuenta —comentó pasándose la mano por la nuca.

Víctor miró de reojo a Marcos.

—Seguramente quieran ayudar a Astaroth a escapar de la cúpula.

—Lo que nos deja poco margen de tiempo para actuar —dijo rápidamente Marcos—. Debemos capturar a Astaroth antes de que Thelema llegue o se nos complicarán las cosas. Víctor resopló.

—Joder… —susurró Víctor—. ¡Gadreel! —gritó desesperado.

Gadreel apareció directamente al otro lado del avión y los miró preocupado. Al menos parecía que él mantenía las distancias cuando aparecía y desaparecía, lo cual era de agradecer.

—¿Qué ocurre? —se acercó Gadreel a ellos al ver la preocupación en sus rostros.

Víctor fue quien se explicó.

—Kata ha estado siguiendo a Hasan, el que mantenía oculto el grimorio en la cámara acorazada. Por lo visto, Thelema se ha organizado y se dirigen hacia la Antártida en varios aviones.

—Querrán ayudar a Astaroth a destruir la cúpula —intervino Marcos—. Se encuentran cerca del espacio aéreo de la India, así que calculamos que en unas trece o catorce horas pueden estar allí, siempre que hagan parada en Australia.

—La parada en Australia es obligatoria para repostar —le informó Víctor.

Gadreel apretó los labios al comprender que todo se les complicaba más aún.

—Entiendo… —comentó formando puños con sus manos.

—Hay que actuar antes de que Thelema llegue. Debemos intentar capturar a Astaroth antes

de que aterricen en la Antártida —comentó Kata asustada—. Thelema tiene mucho poder, recordad a Farid y a su séquito.

Gadreel se removió nervioso también, incómodo ante la situación que ellos le narraban.

—¿Anael ha descifrado ya el conjuro? —preguntó Marcos.

—Está en ello —respondió Gadreel rápidamente—, pero aún hay que fabricar el sello, lo que implica al menos unas tres o cuatro horas a la luz de la luna —recordó y miró todos los objetos que llevaban amarrados para que las posibles turbulencias no los lanzasen de un lado a otro.

—¿Has conseguido el resto de cosas que nos faltaban? —preguntó Marcos.

—Sí —respondió Gadreel—. Informaré a los arcángeles y a Anael de lo que ocurre para que tengan vigilada toda la Tierra de Wilkes ante una posible llegada de Thelema. —Apretó los labios—. Si los tiempos son los que decís, tenemos el justo para que lleguéis, podamos hacer el sello contra Astaroth e intentemos encerrarlo antes de que lleguen.

Víctor se removió nervioso.

—¿Y tú no puedes hacer nada contra Thelema? —le preguntó histérico.

Gadreel enarcó una ceja.

—¿Hacer qué?

—No sé… mmm… según Kata están entrando al espacio aéreo de la India, no sé si… si podrías ir y…

Gadreel ladeó su cabeza.

—No puedo hacer nada en contra de los humanos —les recordó—. Que yo sea un ángel caído no implica que no deba cumplir las órdenes.

—Por la conversación que he escuchado —continuó Kata—, creo que hay bastantes aviones más con miembros de Thelema que se dirigen a la Antártida.

Gadreel inspiró e intentó calmarlos, parecían nerviosos.

—Tranquilos, sigamos con el plan acordado —dijo situando sus manos hacia delante—. En cuanto lleguéis a la base Nueva Esperanza nos pondremos con el sello, ahora tenemos que descifrar el conjuro —comentó—. El resto de la división está entrenando a los militares de nuevo y el grupo de la Aurora Dorada que va a enfrentarse a Astaroth ya se está preparando. Les pasaré vuestra información a todos para ponerlos sobre aviso. No os preocupéis.

—¿Seguro que no puedes hacer nada? —insistió Víctor—. Nos iría muy bien que les hicieses una visita. Esto nos complica mucho más todo.

Gadreel resopló.

—Joder, Víctor…

Kata lo miró sorprendida.

—¿Los ángeles pueden decir palabrotas?

Gadreel se señaló a sí mismo.

—Los ángeles caídos sí —respondió Gadreel alzando sus dos cejas repetidas veces. Miró a Víctor—. Lo siento, pero eso está prohibido. Podemos luchar contra Astaroth o los demonios, pero no contra los humanos —recordó. Los tres resoplaron—. A los humanos los protegemos.

—¿Aunque quieran liberar a Astaroth? —ironizó Marcos.

Gadreel suspiró y cerró los ojos unos segundos, luego se giró hacia la cabina donde Liam pilotaba el avión e iba girándose para escuchar la conversación y verlos.

—Liam, ¿cuánto falta para llegar? —le gritó Gadreel

—Poco más de dos horas —respondió este directamente.

Gadreel se giró y los miró a los tres, parecían atemorizados ante lo que Kata había

averiguado.

—Nos vemos en breve —dijo antes de desaparecer.

Apareció de nuevo en el búnker y fue hacia Anael que ni siquiera apartó la mirada de la fotografía que Henry había incluido en su tesis sobre el conjuro cuando él apareció. Se situó a su lado observando que escribía en la hoja.

—¿Qué les ocurre? —preguntó Anael sin apartar la mirada de los documentos.

—Kata ha descubierto que varios aviones de Thelema se dirigen hacia aquí —respondió directamente.

Anael apartó la mirada de los documentos y se giró hacia él con gesto de asombro.

—¿De Thelema?

Gadreel asintió.

—Querrán ayudar a Astaroth a liberarse igual que hizo Farid Ansari. Les quedan unas doce o trece horas para llegar —contestó Gadreel.

Ella resopló y se pasó la mano por la nuca, agobiada.

—Y aún tenemos que hacer el sello —dijo volviendo a mirar el documento.

Gadreel inspiró hondo y pasó un brazo por sus hombros observando el documento que había escrito.

—¿Es el conjuro para encerrar a Astaroth? —preguntó.

—Creo… creo que sí —dijo mirando la fotografía del grimorio—, pero al estar imprimida hay cosas que no logro ver con claridad. —Guardó unos segundos de silencio—. Al menos es luna creciente, de lo contrario el sello no tendría tanto poder.

Gadreel se quedó unos segundos en silencio.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Ella negó.

—Tranquilo, ya me apaño, ya he trabajado antes con el grimorio. Ve y explícale lo que ocurre a los arcángeles y comunica a la Aurora Dorada que en breve es posible que tenga el conjuro para encerrar a Astaroth, deberán aprenderlo de memoria. Además… —dijo girándose hacia él—, hay que hacer primero una preparación. Que el padre Santiago vaya con los elegidos y que se confiesen y comiencen a rezar. Luego tienen que hacer el ritual del lavado.

—¿Qué ritual es ese? —preguntó sorprendido.

—Gadreel, por favor… —dijo mirando con atención los documentos—, ahora no puedo explicártelo.

—Está bien. —Se acercó y besó su frente, pues parecía bastante estresada—, cualquier cosa, avísame. —Ella asintió—. Voy a hablar con los arcángeles.

Anael no pronunció nada más, pues estaba sumamente concentrada en descifrar el conjuro. Ahora que sabían que Thelema se dirigía hacia allí, tenían poco tiempo para llevar a cabo su plan.

Gadreel se giró antes de salir de la habitación, observándola, Anael no apartaba la mirada de los documentos, y, finalmente, cerró la puerta con cuidado.

Salió del búnker mientras el aire frío lo golpeaba y se dirigió al lugar donde se encontraban los ángeles.

Lo cierto era que estaban todos mezclados. Militares y la Aurora Dorada compartían espacio con los ángeles y arcángeles, protegiendo la cúpula que encerraba a los demonios y a Astaroth y evitaba que pudiesen desencadenar el caos en todo el Universo.

Buscó entre ellos hasta que vio a Uriel. Fue hacia él y se detuvo a su lado. Uriel se encontraba hablando con un grupo de ángeles, dándoles instrucciones. Gadreel esperó a unos

pasos de él hasta que acabó de conversar con ellos. Supo que había detectado su presencia porque se giró hacia él directamente.

—Gadreel —comentó él a modo de saludo.

Gadreel miró hacia los lados, consciente de que muchos humanos se encontraban cerca y podrían escucharlos.

—¿Podemos hablar un momento en un lugar más privado? —preguntó señalando hacia el búnker.

—Claro —respondió este.

No quería decir lo que Kata había descubierto cerca de los militares ni de la Aurora Dorada o podía desatarse el caos en aquellos momentos, prefería que los arcángeles manejasen aquella información como mejor creyesen conveniente. Estaba claro que todos debían ser conscientes de la llegada de miembros de Thelema, pero quizá era mejor decirlo por separado.

Caminaron hacia el búnker sin entrar.

Gadreel se situó ante él.

—Kata, la viajera… —comentó. Uriel asintió sabiendo de quién se trataba—, ha averiguado que varios aviones con miembros de Thelema se dirigen hacia aquí. Supongo que querrán ayudar a Astaroth y a los demonios a romper la cúpula.

Uriel inspiró hondo y mantuvo la compostura. Miró hacia todos los militares que no dejaban de apuntar con sus rifles hacia la cúpula, así como a la Aurora Dorada que no dejaba de insuflarle poder.

—Es un gran problema —comentó sin mirarlo, aunque luego se giró hacia él—. Nosotros no podemos actuar contra los humanos —recordó—, solo protegerlos.

Gadreel asintió.

—Lo sé —recordó Gadreel—. Por lo que Kata ha visto tardaran de diez a catorce horas en llegar a esta base, aproximadamente.

Uriel asintió y se removió incómodo. Luego se giró hacia el búnker y observó a Anael a través de la ventana.

—¿Cómo lleva el conjuro para encerrar a Astaroth? —preguntó con la mirada fija en ella.

—Lo está transcribiendo —explicó Gadreel—, aunque me dice que algunas partes son difíciles ya que la imagen no se ve muy bien. —Inspiró hondo—. Por otro lado, Kata, Víctor y Marcos han conseguido todo lo necesario para hacer el hechizo a falta de tres objetos que me he encargado yo de reunir. —Uriel lo miró y asintió agradecido—. Llegarán en unas dos horas a la base con todo lo necesario.

—Sería bueno que para entonces Anael lo hubiese traducido todo, necesitamos que realice el tapón y el sello.

Gadreel asintió.

—Ahora comunicaré al padre Santiago que comience a preparar a los elegidos de la Aurora Dorada.

Uriel volvió a asentir, aunque parecía preocupado. Lo miró y le sonrió. Colocó una mano en su hombro y dio unas palmaditas.

—Gracias Gadreel, eres un buen ángel —pronunció Uriel girándose para alejarse.

Gadreel cerró los ojos unos segundos al escuchar aquellas palabras mientras Uriel se alejaba de él.

—Tú y yo éramos grandes amigos… —pronunció Gadreel con dolor, provocando que Uriel se detuviese y se girase.

Lo hizo lentamente y lo miró a los ojos. Uriel era un ángel imponente, con su piel negra y

su armadura plateada resaltaba en aquel paisaje blanco y helado.

Uriel tragó saliva y asintió.

—Lo éramos.

Gadreel hizo un gesto de angustia al escuchar su confirmación.

—Sin embargo, nadie intercedió por nosotros cuando nuestro Padre nos castigó —susurró —. Ninguno de mis hermanos lo hizo.

Uriel negó y se acercó a él.

—Gadreel, eran las órdenes que teníamos —le recordó con pesar—. Habíais desobedecido a nuestro Padre.

—De eso hace eones… —susurró—. Me sentí abandonado durante milenios. ¿Tanto mal hicimos? —preguntó y apartó la mirada de él.

Uriel suspiró y finalmente abrazó a Gadreel, como si durante todo este tiempo se hubiese contenido. Gadreel lo abrazó también con intensidad, intentando controlar las emociones. Uriel había sido un gran amigo suyo junto a otros arcángeles y ángeles. Habían compartido grandes momentos junto a la humanidad, vigilándolos, viendo sus progresos.

—Todo ocurre por algo, Gadreel —dijo apartándose de él, aunque sin soltarlo—. A veces, nuestro Padre nos pone a prueba porque él tiene más fe en nosotros que nosotros mismos —Uriel situó una mano en la nuca de Gadreel y lo miró fijamente—. Nunca dejaste de ser mi hermano. —Gadreel apretó los labios y asintió con cariño—. Nunca —enfatizó. Gadreel asintió y situó una mano en su hombro también, sintiéndose en ese momento reconfortado—. El hecho de que nuestro Padre nos lleve por el camino más largo no es para castigarnos, sino para prepararnos —recordó Uriel—. Él sigue estando en ti, Gadreel.

Gadreel tragó saliva e inspiró hondo al escuchar aquellas palabras.

Ambos se miraron unos segundos hasta que Gadreel apartó la mano de Uriel y este lo soltó.

—Gracias —susurró Gadreel con una profunda gratitud por lo que le había dicho.

Uriel le sonrió de nuevo y miró al frente.

—Hablaré con Gabriel y el resto de arcángeles para que se preparen.

Gadreel miró al búnker.

—Yo hablaré con el padre Santiago e iré a ayudar a Anael en lo que pueda —comentó e hizo un gesto gracioso—, si es que me deja, claro. Está muy concentrada.

Uriel rio gracioso ante el tono de voz que Gadreel había usado.

—Pequeñita pero matona —bromeó Uriel que volvió a poner una mano en su brazo en señal de confianza—. Cualquier cosa más, avísanos.

Gadreel asintió antes de que Uriel se alejase de nuevo.

Aquella conversación con Uriel lo había liberado en parte. Sintió cierto alivio, aunque al recordar su armadura oscura los sentimientos volvieron a aflorar dentro de él. Él era un ángel caído, siempre lo sería, pero al menos intentaría enmendar aquel error que había cometido hacía tantos milenios.

Se dirigió a otro de los búnkeres donde se encontraba el padre Santiago junto a los seis miembros de la Aurora Dorada, los elegidos para enfrentarse a Astaroth.

Entró en el interior despacio, escuchando las oraciones del padre Santiago, pues daba la sensación de que el sacerdote ya había ayudado anteriormente en estos rituales y no parecía necesitar el permiso o recordatorio de nadie para saber lo que tenía que hacer.

El padre Santiago se giró hacia Gadreel mientras este observaba a los que ahora eran sus amigos y que se jugarían la vida por la creación: Idalia, Valeria, Efrem, Ciro, Jake y Merak permanecían de rodillas orando.

El sacerdote se acercó a él.

—Veo que ya ha comenzado el ritual —dijo al padre Santiago, este afirmó—. Solo venía a decirle que comenzasen a prepararse —continuó Gadreel—, y algo sobre un ritual del lavado —comentó sin saber a qué se refería.

—Sí, estamos en ello —comentó Santiago con una leve sonrisa.

Gadreel asintió.

—Anael está traduciendo el conjuro. Supongo que en breve lo tendrá.

El sacerdote miró de reojo cómo todos permanecían concentrados en sus oraciones.

—Estaremos preparados para entonces —puntualizó.

—Gracias —respondió Gadreel y los observó de nuevo. Ninguno de ellos alzaba la mirada en su dirección, pues permanecían en silencio—. Cualquier cosa que necesitéis, avisadme.

—Así lo haremos —afirmó el sacerdote antes de volver a su cometido.

Gadreel salió del búnker en dirección a donde se encontraba Anael. Se sentía un poco inútil en aquella situación, sin su luz no podía ayudar a fortalecer la cúpula.

Entró en el búnker justo cuando Anael se puso en pie y alzó los brazos. Aquel gesto le sorprendió mientras cerraba la puerta.

—Creo que lo tengo —dijo con una gran sonrisa.

Él la observó asombrado.

—¿El conjuro contra Astaroth? —preguntó.

Ella asintió mientras él se acercaba rápidamente para leer lo que había transcrito.

—Algunas palabras del hebreo no puedo identificarlas bien, pero por anteriores hechizos deduzco que son estas. —Lo miró fijamente—. Creo que lo tenemos listo —dijo con emoción.

Gadreel inspiró hondo y asintió.

—Está bien, el padre Santiago está reunido con la Aurora Dorada, preparándolos…

—En cuanto lo revise se lo llevamos —dijo tomando asiento, luego señaló la silla de al lado para que él tomase asiento también—. Ayúdame, por favor. Me irá bien otra opinión —dijo situando en el centro la hoja donde había transcrito el conjuro.

—Es bastante largo —comentó mirando todo lo escrito.

—No estamos hablando de un ángel cualquiera, sino de un serafín. Según el grimorio —dijo situando una mano sobre la tesis—, primero hay que hacer un ritual llamado de la cadena y el del fuego, para amarrarlo bien, y luego el encierro —indicó y se quedó pensativa unos segundos—. El sello de Astaroth se ve correctamente, podré reproducirlo sin problema —continuó—, el problema es preparar el terreno. Con Astaroth aquí es imposible hacer el círculo mágico y el triángulo del rey Salomón.

—Lo despistaremos —comentó Gadreel—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

Ella se quedó pensativa.

—No mucho —respondió—, supongo que unos diez o quince minutos…

Gadreel asintió.

—Está bien —dijo cogiendo el documento—, vayamos por partes. Primero repasemos el conjuro, luego hagamos el tapón con el sello y, finalmente, prepararemos el terreno antes de intentar encerrarlo.

Ella asintió antes de girar su cuello y dedicar toda su atención al documento que había transcrito. Ambos empezaron a leerlo lentamente, fijándose en cada palabra hebrea y en su traducción.

18

Nada más aterrizar, un grupo de militares ayudó a descargar las compras realizadas en Nueva Zelanda y los acompañó en todoterreno hasta la nueva base.

Anael y Gadreel salieron a recibirlos.

—Gracias, chicos —dijo Anael mientras metía en una bolsa todo lo que necesitaba para hacer el tapón y el sello contra Astaroth. Miró a Kata—. ¿Algo nuevo sobre Thelema?

Kata negó mientras le entregaba los inciensos que le había pedido.

—No, siguen volando y dirigiéndose hacia aquí. No son muy habladores. Los iré controlando de vez en cuando por si puedo averiguar algo más.

—De acuerdo —dijo Gadreel cogiendo la bolsa donde ya habían metido todo lo necesario, cargándola a la espalda—. La Aurora Dorada está junto al padre Santiago. Tienen ya el hechizo contra Astaroth y han comenzado a memorizarlo.

—Estupendo —reaccionó Marcos.

—La división sigue encargándose de entrenar a los militares y recordarles cómo exorcizar —continuó Anael y los miró a todos con una sonrisa mientras cogía la botella de bronce—. El próximo adosado de Astaroth —bromeó y miró de reojo a Gadreel, el cual enarcó una ceja—. Nos marchamos a hacer el sello, tardaremos unas tres horas —informó a todos—. Cuando regresemos con el sello hecho debemos despistar a Astaroth para que pueda hacer un triángulo para doblegar su voluntad y un círculo para la protección de la Aurora y la vuestra.

—Nos encargaremos de trazar un plan, ahora se lo comentaremos a los arcángeles —dijo Víctor.

Anael asintió y los miró a todos.

—Nos vemos pronto —se despidió igual que Gadreel que elevó su mano antes de desaparecer.

Anael y Gadreel desaparecieron y aparecieron en Shizuoka, en el Japón central, justo al oeste de Tokio. Los árboles se alzaban hacia el cielo en medio de la oscuridad. Era una noche estrellada con una luna creciente brillante. Allí eran las doce de la noche, por lo que contaban aún con muchas horas de oscuridad y de aquella maravillosa luz de luna que cargaría el tapón con su mágica energía.

Anael le quitó la bolsa de la mano a Gadreel y se agachó en el suelo. Al menos habían sido previsores y llevaban todo lo necesario. Lo primero que hizo fue extraer un farolillo de gas que situó sobre la tierra.

Gadreel tragó saliva mirando hacia el cielo, hacia todas las estrellas. No podía creer que su maravillosa creación corriese el peligro de desaparecer.

A lo lejos se podía observar el monte Fuji, el pico más alto de la isla de Honshu y de todo Japón, con 3776 metros de altitud.

Aquel volcán había sido considerado sagrado desde la Antigüedad, cuando les estaba prohibido a las mujeres llegar a su cima. Todo cambió a finales del siglo XIX.

El monte Fuji se consideraba como un volcán activo, aunque con poco riesgo de erupción. La última había sido registrada en 1707, durante el periodo Edo. Ahí fue cuando se formó un nuevo cráter, así como el segundo pico.

Su nombre era pronunciado por todo el mundo de forma incorrecta, solo en Japón lo pronunciaban correctamente. Después del surgimiento de los samuráis en el Japón feudal, de los

siglos doce a dieciséis, se empezaron a emplear los caracteres actuales para "*Fu*" que significa riqueza, mientras que "*ji*" significa samurái. Finalmente "*san*" significa montaña, por lo que su nombre real y completo era *Fujisan*.

—Gadreel —lo llamo Anael. Él se giró—. Te necesito. —Gadreel dio unos pasos rápidos hacia ella, arrodillándose a su lado. Extrajo la tesis y buscó rápidamente la página que necesitaba dejándola abierta. Gadreel cogió el farolillo y la observó. Allí se encontraba detallado el sello de Astaroth.

Se fijó en ello. Como siempre, el sello tenía forma circular y entre los dos sellos se encontraba en mayúsculas el nombre del demonio al que querían invocar o atrapar, en este caso, retener en el interior de la botella. En el interior del segundo círculo se dibujaba su sello mágico, con un pentagrama en el que, en cada una de sus cinco puntas, había tres puntos en forma de triángulo, sin duda, para contrarrestar el poder de la tríada maligna. Atravesando el pentagrama, había dos líneas señalando hacia el norte y hacia el sur con un círculo cuando llegaban a su fin y, en el centro, otro círculo.

Anael extrajo los dos botes donde llevaba el oro líquido, así como la sangre del cordero que Gadreel había conseguido. Anael abrió el bote de la sangre e hizo un gesto de desagrado.

—Joder, Anael… puaaaj… —reaccionó Gadreel.

—Calla o me revolverás el estómago —respondió ella con tono grave mientras introducía un palo para mezclarlo bien, ya que la sangre estaba un poco coagulada. Volvió a tomar la bolsa y extrajo el tapón de plomo que pesaba lo suyo. Sacó un pincel y suspiró mientras se sentaba con la espalda recta. Miró de reojo a Gadreel—. No muevas la luz, necesito hacerlo perfecto —susurró mientras intentaba calmar su pulso y se situaba hacia la luz, observando el sello que debía dibujar.

—¿Por dónde vas a empezar? —preguntó.

Ella apretó los labios.

—Creo que por los dos círculos y el nombre de Astaroth —susurró—. Cuando hice otros sellos siempre los hacía así.

Gadreel la miró unos segundos.

—Te has vuelto una experta en magia ancestral…

—No soy ninguna experta —comentó—. Sabes que los ángeles no pueden dominar esta magia —le recordó—, pero sí podemos ayudar en estos casos. —Inspiró hondo y movió su mano calmando el pulso—. Por favor, no me hables más hasta que lo acabe. Sujétame la luz aquí.

—De acuerdo —susurró Gadreel e hizo lo que ella le pedía.

Anael se tomó su tiempo, mojando el fino pincel en la botella de sangre y dibujando lentamente el sello con el que capturarían a Astaroth. Tuvo que detenerse un par de veces, pues incluso su mano temblaba. Sentía una gran responsabilidad, pues si el sello estaba mal hecho no funcionaría, no podía arriesgarse a no dibujar correctamente los ángulos, las proporciones o las circunferencias. Todo debía estar perfecto.

—Vas muy bien —le susurró Gadreel animándola, pues cada pocos segundos se detenía controlando el dibujo que realizaba y movía su mano como si la tuviese entumecida.

Ella inspiró hondo y volvió a fijarse en el dibujo de la tesis. Tragó saliva y continuó realizando el pentáculo.

Gadreel se mantuvo callado, iluminando tan bien como podía la tesis y el tapón de plomo donde ella copiaba el sello.

Anael iba despacio, muy despacio, sin permitirse errar, así que tardó más de media hora en tenerlo dibujado.

Finalmente, lo situó bajo la luz, observándolo, asegurándose de que no había ningún error o línea titubeante.

—¿Lo ves bien? —preguntó nerviosa.

Gadreel lo observó minuciosamente.

—Creo que sí, está perfecto.

Ella tragó saliva y resopló.

—Saca una brocha más gorda y déjala aquí. En cuanto se seque el sello hay que recubrir la base del tapón de plomo con la pintura de oro —informó mientras sacaba ella misma también un trapo blanco. Depositó el tapón sobre el trapo blanco y miró hacia la resplandeciente luna—. A las tres de la noche estará lo suficientemente cargado y seco —dijo sentándose sobre la hierba. Respiró profundo y acabó tumbándose, observando el cielo estrellado.

Gadreel la imitó tumbándose a su lado, disfrutando de aquella calma. Puso sus brazos por debajo de su cabeza, cruzándolos, y miró al cielo con una sonrisa.

—Es una noche tranquila —susurró Gadreel—. Al menos aquí.

Ella giró su cabeza y lo observó. Se había dado cuenta de que cuando Gadreel estaba en paz o maravillado por todo lo que habían hecho los humanos, tenía un brillo especial en su mirada.

—Sí, aquí sí —susurró ella con una sonrisa.

Anael llevó su mano hasta la de él y la tomó, Gadreel no tardó un segundo en sujetarla con cariño.

—No entiendo cómo Astaroth puede querer destruir algo tan hermoso —continuó Gadreel mirando al cielo.

—El odio y el rencor lo tienen poseído —respondió ella—, pero no dejaremos que eso ocurra —dijo ella apretando más fuerte su mano.

Gadreel se giró y la miró con una sonrisa, luego negó con la cabeza. Miró las estrellas del cielo.

—Se está tan a gusto aquí. —Emitió un largo suspiro, como si su alma y su cuerpo necesitasen de aquella calma después de tantos milenios—. Añoraba este silencio, esta tranquilidad. Me hacen sentir en paz.

Ella lo miró y apretó los labios, consciente de que debía haber sufrido un tormento todos aquellos milenios.

—¿Cuál es tu recuerdo más bonito? —preguntó intentando reconducir su mente a cosas más alegres.

Gadreel sonrió ante la pregunta.

—¿Aparte de la que se lio con la creación de la humanidad? —recordó divertido. Ella rio, aunque se puso seria cuando él giró su cabeza y la miró—. Todos en los que tú estás —dijo pensativo—. Recuerdo que cuando nuestro Padre nos creó… tú estabas unos ángeles a la derecha, me miraste con esos enormes ojos azules y sonreíste. Desde ese momento supe que seríamos grandes amigos —dijo con amargura—. Nuestras carreras por el Universo… siempre te ganaba —bromeó. Ella hizo un gesto de gracieta al escuchar aquellas palabras—. Cuando nos lanzábamos con las lianas al lago…

—Síííí —dijo ella riendo—, el paraíso era hermoso.

—Cuando ayudábamos a Adán a decidir los nombres para los animales —rio Gadreel y se le escapó una carcajada—. Por Dios, ornitorrinco… —recordó riendo—, ¿a quién se le ocurrió?

—Creo que fue a Hazazel —rio ella también.

Gadreel resopló y puso los ojos en blanco.

—Y a este, como es muy lento… le llamaremos perezoso… —dijo imitando la voz de otro

de los ángeles.

Ella rio.

—Ese fue Haniel —recordó ella.

—El pobre Adán nos decía que sí a todo —rio—, estaba el pobre tan abrumado. ¿Ornitorrinco? Pues ornitorrinco… ¿Perezoso? Pues vale, perezoso. ¿Pez loro? Pues pez loro… —El recuerdo hizo a Anael reír. Miró a Gadreel, el cual había recuperado su sonrisa—. Eran tiempos felices.

—Sí —afirmó ella con una sonrisa en sus labios.

—Verlos evolucionar tan rápido… —continuó Gadreel.

—¿Recuerdas la primera vez que vieron el fuego? —rio Anael.

Gadreel no pudo evitar una carcajada.

—Salieron gritando y por más que intentábamos calmarlos no había manera —recordó él y suspiró—. Es todo tan hermoso… lo que han conseguido. Han hecho templos maravillosos, estructuras y esculturas preciosas…

—Todos contribuimos a ello —comentó ella acariciando su mano.

—Y no permitiremos que Astaroth lo destruya —sentenció él—. La creación, la humanidad… no merecen ser destruidas. Todas esas personas buenas que luchan cada día para ayudar a sus familias, para ser mejores personas. —Chasqueó la lengua—. Es cierto que algunas personas necesitan un correctivo… —comentó con voz más grave—, pero gran parte de la humanidad es buena.

Ella se acercó más, como si buscase su contacto, y apoyó su cabeza en el hombro de Gadreel con un gesto cariñoso. Gadreel besó su frente y colocó la mano de ella en su pecho, acariciándola.

Tragó saliva mientras seguía mirando las estrellas.

—Hoy he hablado con Uriel… —le explicó él. Ella se incorporó para observarlo sin decir nada, dejando que él siguiese hablando—. Y, al igual que tú, me ha hecho recobrar un poco la esperanza.

Ella paseó su mano por su frente y luego acarició su cuero cabelludo. Lo miró a los ojos.

—Yo nunca perdí la esperanza en ti… —le susurró con una tierna sonrisa—, ni la perderé jamás.

Él la miró.

—Bueno, cuando me exorcizaste en…

—Gadreel —rio ella—, creo que eso ya lo hemos discutido —bromeó.

—Me lo merecía, lo sé, pero en ese momento estaba tan desesperado… y tampoco conocía los verdaderos planes de Astaroth —reconoció.

Ella acarició su mejilla.

—Ya lo sé, todos lo saben —enfatizó y se tumbó de nuevo a su lado, apoyándose en él—. No te atormentes más —le suplicó—. Ahora estamos aquí, juntos tú y yo.

Él acarició su mejilla y sonrió.

—Sí —dijo mirando de nuevo al cielo—, y me quedaría toda la eternidad aquí contigo.

Ella sonrió y se quedó unos segundos en silencio.

—Cuando encerremos a Astaroth te llevaré a un montón de sitios preciosos…

Él la miró gracioso.

—¿Unas vacaciones? —bromeó él sin dejar de acariciarla.

—Por supuesto… que menuda temporadita llevamos —ironizó ella.

Gadreel se quedó callado unos segundos, pensativo, acariciando a Anael bajo las estrellas.

Luego tragó saliva.

—¿Sabes cuál es mi mejor recuerdo contigo? —preguntó a Anael con timidez. Ella lo miró graciosa—. Cuando te besé por primera vez… —Ella apretó los labios y él rio—, mientras paseábamos entre los humanos. Fuimos a un bosque cercano para buscar leña para ellos —susurró mientras ella escuchaba atenta—. Recuerdo que te vi agacharte para coger unas ramas caídas de los árboles. Tenías una mirada y una sonrisa que hacía que se me acelerase el corazón. Creo que fue la primera vez que me puse nervioso, cuando me acerqué a ti y te besé. —Luego rio —. Recuerdo que te quedaste parada como… ¿qué ha sido eso? —rio—. Los humanos lo hacían mucho, así que probé. Deseaba besarte… —se sinceró—. Y ese ha sido el recuerdo que me ha mantenido cuerdo durante todos estos milenios, la posibilidad de, algún día, volver a verte y besarte —admitió—. Tú has sido la razón por la que no me he rendido, por la que actué de aquella forma queriendo escapar. El dolor de no tenerte a mi lado me hizo hacer cosas de las que no me siento orgulloso, pero ahora todo eso ha pasado. Contigo me siento en paz. Es como si tú fueses la parte que me complementa —acabó diciendo, acariciándola—. Tú eres mi otra mitad.

Ella se incorporó mirándolo con ojos llorosos. Para ella tampoco había sido fácil todo aquel tiempo sin él, sabiendo que por toda la eternidad no podría tenerlo a su lado.

Anael se quedó mirándolo a los ojos y Gadreel apartó un mechón de cabello rubio que caía sobre él. Gadreel elevó su cabeza y atrapó sus labios de nuevo, de una forma dulce, queriendo transmitirle todo lo que le había dicho con palabras con ese beso. Realmente pensaba que ella era su otra mitad, la parte que lo complementaba, la otra mitad de su alma. Vivir sin ella había sido su mayor tormento.

La tomó por la cintura y la hizo girar para tumbarla sobre la hierba, sin apartar sus labios de los de ella. Anael disfrutaba de aquel contacto tanto como él, ya que situó sus manos en su nuca, sujetándose y disfrutando de aquel contacto.

Gadreel se apartó levemente de ella y apoyó su frente en la de ella, inspirando con fuerza, como si le costase contener tantos sentimientos.

Ella acarició su mejilla y observó sus ojos sobre los suyos. Gadreel tragó saliva y volvió a descender sus labios hasta los de ella, esta vez besándola con más intensidad mientras Anael se abrazaba a él con todas sus ganas.

El arcángel Uriel se situó al lado del arcángel Gabriel, observando la cúpula donde Astaroth lanzaba con fuerza toda su energía. Gran parte de los ángeles se encontraban allí, aunque otros sobrevolaban la Tierra de Wilkes buscando algún punto débil en la cúpula que los demonios pudiesen aprovechar para escapar o bien que los miembros de Thelema que se dirigían hacia allí pudiesen utilizar para quebrantarla.

El arcángel Rafael descendió hasta ellos sin apartar la mirada de los miembros de la Aurora Dorada que insuflaban energía a la cúpula.

—La cúpula se está debilitando lentamente —susurró Rafael.

El arcángel Gabriel asintió y apretó los labios.

—Anael y Gadreel deben de tener el sello casi acabado —indicó—. Debemos actuar antes de que sea demasiado tarde.

Uriel los miró.

—Anael quiere realizar el círculo de protección del rey Salomón para la Aurora Dorada y la división, así como el triángulo para intentar doblegar a Astaroth —explicó volviendo su mirada hacia la cúpula—. Está claro que Astaroth pretende romper la cúpula por este lado, así que debemos despistarlo y darle el tiempo suficiente a Anael para que pueda realizar los dibujos en el hielo.

Gabriel asintió

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Rafael.

Uriel asintió.

—He estado dándole vueltas, pero debo confirmarlo con Anael cuando llegue, depende del tiempo que necesite. —Inspiró hondo—. He pensado en lanzar un ataque desde el norte en dirección al infierno. Cuando fuimos a rescatar a Gadreel no pareció sentarle muy bien a Astaroth.

Rafael sonrió de soslayo.

—Apuesto a que si intentamos descender de nuevo Astaroth se mosqueará bastante —puntualizó Rafael.

—Hay que tenderle un señuelo —corroboró Uriel—. Gracias a Gadreel sabemos que la tríada quiere atacar en bloque junto a sus demonios. Si fingimos descender de nuevo al infierno para acabar con Lucifer, Belcebú y gran parte de sus legiones de demonios es posible que se presente allí y le podamos dar el tiempo suficiente a Anael para realizar el trabajo en esta zona —concretó—. No se me ocurre otra cosa más que entretenerlo de esa forma.

—Es una buena idea —asintió Gabriel hacia él y miró de nuevo la cúpula—. Solo espero que funcione. La cúpula está demasiado debilitada ya como aguantar siquiera veinticuatro horas. Astaroth se está empleando a fondo. —Resopló—. Hay que encerrarlo ya o lo logrará. —Se quedó unos segundos callado—. ¿Las legiones de ángeles están preparadas? —preguntó.

Uriel y Rafael asintieron.

—También lo están las del resto de arcángeles —puntualizó Uriel—, preparados para descender cuando sea necesario.

Gabriel miró a su alrededor. Parte de su legión y de la de Uriel se encontraba allí, pero miles de ángeles esperaban a recibir órdenes para descender de los cielos para luchar si llegaba el caso y Astaroth rompía la cúpula. Todos estaban preparados, suponía que al igual que los demonios, esperando a recibir las órdenes de atacar.

Los seis miembros de la Aurora Dorada elegidos para llevar a cabo el encierro de Astaroth se encontraban aislados en un búnker con el sacerdote, memorizando el conjuro y preparándose para la lucha, haciendo los rituales requeridos para fortalecerse.

La humanidad era valiente y grandiosa. Se giró y miró hacia aquel búnker donde se encontraban. Cuando llegase el momento los protegerían como ya habían hecho anteriormente. Debían encerrar a Astaroth fuese como fuese, y el problema era que iban a contrarreloj, pues no solo la cúpula se debilitaba pese a los grandes esfuerzos por fortalecerla por parte de los ángeles y de los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban allí, sino que, además, ahora, sabían que los miembros de la sociedad secreta Thelema se dirigían a aquel lugar y eso podía complicarles mucho las cosas. Aquella sociedad poseía también un alto conocimiento de la magia ancestral, aunque fuese oscura, y si los miembros de la Aurora Dorada no tenían suficiente con tener que enfrentarse a Astaroth para encerrarlo y fortalecer la cúpula, ahora aquella sociedad secreta oscura se dirigía hacía allí con el claro propósito de ayudar a Astaroth en su cometido y liberarlo.

Desde allí podían ver cómo Astaroth seguía golpeando con fuerza aquella barrera energética. Al menos, no parecía conocer el plan que estaban elaborando. Eso les daba una ligera ventaja.

Los tres se giraron cuando sintieron la presencia de Anael y Gadreel tras ellos.

Uriel dio unos pasos rápidos hacia donde se encontraban.

—¿Lo tienes? —preguntó con urgencia.

Ella asintió y le mostró la bolsa.

—Ya está hecho —respondió Anael mirando a los tres.

Tanto Gabriel, como Uriel y Rafael se giraron para controlar a Astaroth en la cúpula. Anael y Gadreel hicieron lo mismo, observándola.

—Se nos agota el tiempo —pronunció Rafael con premura—. Astaroth está debilitando la cúpula con demasiada velocidad.

Ella se fijó. Rafael tenía razón, anteriormente la capa energética era más gruesa, ahora se había vuelto mucho más fina y débil.

—Hay que actuar ya —sentenció Anael y miró hacia el búnker donde sabía que estaba la Aurora Dorada—. Debemos elaborar un plan para…

—Uriel ha pensado en algo —informó Gabriel y miró a los dos—. Pero no hablemos aquí de esto —comentó mirando de reojo hacia la cúpula—. Vayamos al búnker para planificarlo todo.

19

Valeria tomó el tapón de plomo con el sello y asintió.

—El cuerpo de Astaroth se descompondrá en humo cuando sea absorbido —explicó el arcángel Gabriel—. Solo entonces debéis tapar la botella. No podéis dejar que quede ningún rastro de él. —La Aurora Dorada asintió y se miraron entre ellos nerviosos—. Tranquilos, estaremos a vuestro lado en todo momento —intentó calmarlos.

Anael dio unos pasos hacia delante, ataviada ya con su armadura plateada. Gadreel vestía también su oscura armadura.

—¿Habéis aprendido los conjuros? —preguntó Anael.

—Sí —respondió Valeria.

—Recordad que primero siempre debéis darle la oportunidad de que él entre por su propio pie en la botella…

—Lo cual ya sabemos que no hará —interrumpió Efrem cruzándose de brazos.

—Sí, creo que eso lo sabemos todos —ironizó Anael—. Luego comenzáis con el primer conjuro. Intentaremos ayudaros en todo lo posible —continuó—, pero es posible que se resista al primer conjuro, así que deberéis emplear el segundo, el conjuro del fuego. Recordad que debéis mostrarle el sello en todo momento.

Gadreel se decidió a intervenir.

—Hemos ideado un plan para distraer a Astaroth y que Anael pueda realizar el círculo de protección del rey Salomón y el triángulo —explicó—. Recordad que debéis manteneros en el círculo en un principio, pero si realizáis el conjuro de fuego y debéis repetirlo, moveos al triángulo para adquirir más fuerza y doblegar su voluntad.

Anael asintió.

—Los anillos deben señalarlo en todo momento —continuó ella—, y, sobre todo, en ningún momento dejéis un conjuro a medias o perderá todo su efecto. Recitadlo los seis a la vez, así tendrá más fuerza.

Ciro inspiró hondo y miró a Anael.

—¿Y los demonios? Porque está claro que van a defenderlo.

—Nosotros nos encargamos de los demonios —pronunció el arcángel Uriel—. Gadreel y Anael estarán a vuestro lado, asistiéndoos en todo momento. La división también intervendrá junto a los militares. El resto de la Aurora Dorada se quedará fuera reforzando la cúpula.

Valeria se removió nerviosa.

—Kata nos ha dicho que Thelema se encuentra a unas cinco o seis horas de vuelo de aquí.

—Por eso hay que hacerlo ya —comentó Gabriel. Se quedó unos segundos pensativo—. Tenderemos una trampa a Astaroth para que venga hacia nosotros. Intentaremos distraerlo para que les dé tiempo a Anael y a Gadreel a dibujar tanto el círculo mágico como el triángulo. —Los miembros de la Aurora Dorada asintieron—. En cuanto los tengan dibujados debéis entrar en el círculo con la botella y el tapón, incluso antes de que llegue Astaroth. Por los demonios que queden no os preocupéis, los haremos desaparecer antes de que Astaroth llegue aquí de nuevo. —Gabriel miró a Gadreel—. ¿Tienes tu colgante para entrar y salir libremente de la cúpula?

Gadreel se lo mostró y asintió.

Uriel pasó al lado de Gadreel y situó una mano en su pecho, en su armadura.

—Tened cuidado —comentó.

Tanto Anael como Gadreel asintieron mientras los arcángeles salían del búnker por su propio pie, aunque antes de salir Gabriel se giró hacia ellos y afirmó convencido.

—Preparaos. Vamos allá.

Todos pusieron su espalda firme e inspiraron con fuerza. Aquel era un momento decisivo para todos ellos y para el resto del mundo.

Observaron a los arcángeles dirigirse hacia la cúpula, aunque se detuvieron antes a hablar con el resto de arcángeles mientras Anael y Gadreel metían en una bolsa las pinturas que necesitaban para realizar el círculo y el triángulo.

Se pusieron ante la ventana, mirando preocupados a través de ella.

—¿Crees que lo lograrán? —preguntó Anael mirando de reojo a Gadreel.

Gadreel tragó saliva y asintió.

—Deben lograrlo sí o sí, o consiguen despistar a Astaroth o no podremos… —guardó silencio al ver que los arcángeles se acercaban a la cúpula en dirección a Astaroth. Inspiró con fuerza y con los nervios a flor de piel—. Vamos, Uriel —susurró mirando la espalda de este que estaba situado al lado de Gabriel.

—Astaroth es muy listo —susurró Anael—, no sé si caerá en la trampa.

—Yo sé cómo hacer que caiga —respondió Gadreel.

Gabriel y Uriel se unieron al resto de arcángeles y miraron hacia la cúpula donde Astaroth seguía golpeando con fuerza con aquella energía oscura.

Los seis arcángeles, es decir, Gabriel, Uriel, Rafael, Jofiel, Zadquiel y Baraciel, se dirigieron hacia la cúpula. Los ángeles se apartaron para hacerles un camino que llevaba hasta Astaroth, quedando este justo enfrente. El resto de ángeles que los rodeaban seguían brindando luz a la cúpula.

Gabriel fue quien se situó ante él, lo cual provocó bastante rabia a Astaroth que aumentó sus golpes en la cúpula. Los últimos fueron de tal intensidad que la cúpula se fracturó levemente, símbolo de que se estaba debilitando muy rápidamente.

Varios ángeles concentraron su atención en aquella leve fractura que había aparecido en la cúpula para intentar arreglarla. Cada vez era más fina.

Gabriel se situó justo enfrente de Astaroth, mirándolo fijamente, aunque Astaroth sonrió con malicia.

—¿Nerviosos? —ironizó Astaroth.

—Ni mucho menos. Sabemos cuáles son tus planes perfectamente —respondió Gabriel.

Astaroth rio incrédulo.

—Vosotros no tenéis ni idea de la que se os viene encima…

—Ah, ya… —intervino Uriel—, sabemos que la tríada maligna está esperando con las legiones del infierno tu orden para ascender.

Astaroth los miró fijamente.

—Bueno, tampoco creo que eso sea un secreto… —rio Astaroth encogiéndose de hombros —. Sí, el infierno entero está a punto de venir a por vosotros —comentó incrementando sus golpes con la energía oscura—, y no tendréis escapatoria.

—Ya, claro… —respondió Gabriel dándole la razón como si se tratase de un loco—. Eso ya lo veremos. Te damos una última oportunidad de rendirte —le ofreció.

—¿Rendirme yo? —pronunció Astaroth con ira—. ¡Jamás! —gritó con tanta rabia que el eco de su voz retumbó en las montañas cercanas.

El arcángel Gabriel miró de reojo al resto de arcángeles y asintió.

—Jamás hemos deseado el mal para ti ni para nadie, pero nos obligas a esto… —pronunció

con la espalda erguida. Astaroth arqueó una ceja con actitud retadora—. Por última vez, Astaroth… ¡Vuelve al infierno! —ordenó.

—¡Nooo! —gritó de nuevo.

Gabriel inspiró hondo y miró de nuevo a sus compañeros. Esta vez asintió.

—Tú lo has querido —susurró Gabriel antes de extraer las alas de su espalda y elevar el vuelo alrededor de la cúpula, al igual que el resto de los arcángeles.

Astaroth observó de reojo cómo elevaban el vuelo y, en un determinado momento, desaparecían. Volvió su vista al frente de nuevo, hacia esa capa energética cada vez más debilitada y apretó su mandíbula. No sabía lo que planeaban, pero no le importaba, con suerte, en pocas horas, conseguiría destruir la cúpula energética de la Tierra de Wilkes y comenzaría su plan de destrucción.

Anael y Gadreel, así como el resto de la Aurora Dorada, observaban nerviosos desde dentro del búnker.

Anael tragó saliva y miró desesperada a Gadreel.

—No se mueve de aquí —susurró con la mirada clavada en Astaroth—. No funciona.

Gadreel apretó la mandíbula y miró a Anael. Arrebató la tesis de Henry de las manos de Anael y comenzó a separarse de ella.

—Prepárate —dijo dirigiéndose hacia la puerta del búnker.

—Espera… espera… —pronunció de los nervios—, ¿qué vas a hacer?

—Voy a hacer que Astaroth se marche de aquí —dijo antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Gadreel caminó entre los militares que apuntaban con sus armas hacia la cúpula. Observó de reojo a la división en la lejanía, preparada para adentrarse en la cúpula y ayudar a la Aurora Dorada cuando llegase el momento.

Algunos ángeles se apartaron para darle paso con facilidad. Sí, estaba muy dañada ya, el poder de Astaroth era sumamente fuerte y aquel hechizo alrededor de la Tierra de Wilkes no duraría muchas horas más.

Aunque Astaroth continuase allí, sabía que las palabras que los arcángeles habían pronunciado habían hecho mella en el serafín.

Se situó ante Astaroth y este clavó sus ojos azul cristalino en Gadreel, destilando una furia sin límites. No en vano, Gadreel había escapado del infierno y eso era algo que el serafín detestaba.

Gadreel alzó su mentón y sonrió hacia Astaroth mientras Anael y la Aurora Dorada miraban nerviosos desde el búnker.

—Cuánto tiempo… —ironizó Gadreel.

Astaroth ladeó su cuello, mirándolo de la cabeza a los pies.

—Veo que te has recuperado bastante rápido —bromeó Astaroth.

Gadreel se encogió de hombros.

—Sí, fíjate, los arcángeles vinieron a por mí —dijo mostrándole los dientes en una sonrisa tirante mientras se encogía de hombros—. Tengo mucho que agradecerles —susurró.

Astaroth lo miró fijamente.

—Ya volverás… —dijo con una sonrisa—. ¿Crees que vas a poder escapar, Gadreel? Una traición como la tuya te traerá consecuencias para toda la eternidad.

Gadreel comenzó a reír y puso los ojos en blanco.

—Lo dudo mucho —comentó gracioso y luego lo miró fijamente borrando toda sonrisa de su rostro—. Sé que no son palabras apropiadas para un ángel, pero… ¡jódete, Astaroth! Acabarán contigo —escupió hacia él—. ¿Crees que no están al tanto de tus planes? ¡Los

escuché! Escuché todo lo que planeabas con Belcebú y con Lucifer. Es una información bastante valiosa para los arcángeles y para todos nosotros, para poder contraatacar —pronunció mientras la mirada de Astaroth se oscurecía—. Mira —dijo con una gran sonrisa mostrándole con una mano la tesis que había realizado Henry y señalándola con la otra mano—. ¿Sabes qué es? —Astaroth miró hacia la tesis y luego lo observó a él de nuevo—. Tu querido amigo Farid destruyó el grimorio del rey Salomón, sin embargo… fíjate —dijo ojeando las páginas—. Conjuro para cerrar las puertas del infierno —leyó—. Guaaauuu —exageró hacia él—. Me parece que aquí uno de nosotros se va a quedar solito en breve —ironizó—. Tenemos una magnífica copia —dijo mostrándole la hoja donde aparecía el título con el conjuro para cerrar las puertas del infierno. Aunque ese conjuro no lo habían descifrado aún, era un buen señuelo—. Ni los demonios, ni Belcebú ni Lucifer podrán ayudarte… hazte a la idea, ¡vas a perder! —le gritó hecho una furia. La respiración de Astaroth se volvió más rápida y pudo escuchar un gruñido gutural—. No voy a ser yo quien vuelva al infierno. ¡Cerrarán las puertas y ni tú ni nadie podrá evitarlo! —le gritó Gadreel con rabia y se acercó a riesgo de tocar con la punta de la nariz la cúpula, mirándolo fijamente con actitud desafiante—. ¡Jódete, Astaroth! —le gritó.

Astaroth extendió los brazos hacia los lados gritando hacia el cielo y se giró hacia atrás con la respiración acelerada y todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Todos los arcángeles se habían dirigido hacia las puertas del infierno y, aunque su poder era inconmensurable, necesitaba a todos los demonios tanto como a Belcebú y Lucifer para derrocar a su Padre, si era cierto y cerraban las puertas del infierno no podría hacer frente a su Padre. Los necesitaba.

Extendió sus amplias alas y se elevó en el aire quedando suspendido un segundo, luego, de repente, desapareció.

Gadreel sonrió de inmediato.

—Demasiado egocéntrico —susurró y se giró hacia atrás.

Anael y la Aurora Dorada se dirigieron hacia allí corriendo.

—Esperad aquí —advirtió Anael a la Aurora Dorada y miró a los ángeles que les rodeaban —. Destruid a todos los demonios, rápido —ordenó ella entrando en la cúpula directamente y abriendo sus brazos al igual que el resto de ángeles, extrayendo de su pecho una potente luz que provocaba que los demonios fuesen desintegrados.

Gadreel se quedó fuera con la bolsa donde Anael llevaba todo lo que necesitaba y que había arrojado al suelo.

Gadreel se situó al lado de la Aurora Dorada echando un brazo por delante de ellos para que aún no entrasen. A su lado apareció la división, observando cómo los ángeles iban limpiando la zona. Había muchos demonios, pero en pocos minutos la zona estuvo totalmente limpia. Gadreel no podía ayudar en eso, pues no poseía su luz. Podría luchar contra ellos sin ningún problema, pero sus compañeros se encargarían más rápido con la luz que emanaba de sus pechos.

Anael se arrodilló sobre el hielo y se giró hacia ellos instando a Gadreel a que entrase.

—Esperad aquí —dijo a la Aurora Dorada y a la división antes de entrar en la cúpula.

Gadreel corrió hacia ella y se arrodilló a su lado sacando de la bolsa todo lo que necesitaban.

Anael miró a los ángeles.

—Cubrid la zona —les pidió. Miró a Gadreel—. Dame el metro, rápido —dijo tendiéndole la mano. Gadreel se lo pasó y ella le tendió la punta para que lo sujetase—. El círculo debe medir dos metros con setenta y cuatro centímetros de diámetro… —Se agachó y señaló con pintura negra. Marcó los puntos y luego rodeó con el metro haciendo un círculo perfecto con la pintura

—. El color amarillo —ordenó a Gadreel. Gadreel fue a la bolsa y se lo arrojó. Ella lo cogió al vuelo y directamente comenzó a escribir los nombres divinos comenzando por Ehyeh y terminando por Levanah. Anael dibujaba a gran velocidad, como si supiese hacer aquellos símbolos de memoria, sin necesidad de mirar las instrucciones.

El espacio entre los círculos concéntricos, exteriores y el interior era de un color amarillo brillante, donde una serpiente se enrollaba con los nombres divinos.

—El rojo —pidió ella rápidamente. Cogió la brocha y pintó la palabra “Maestro” en ese color.

Gadreel no le decía nada para no desconcentrarla, simplemente se limitaba a mirarla y a observar de reojo hacia los ángeles que hacían guardia.

—Se te da bien —le susurró él.

—No es el primero que hago —corroboró ella—. El color negro, por favor.

En cada vértice del cuadrado del centro había un hexagrama. Estos hexagramas estaban unidos por cruces en forma de T en color azul o verde. Fuera del círculo había pentagramas donde estaban escritas las sílabas Te-tra-gram-ma-ton en amarillo brillante y los centros de las cruces en rojo.

Gadreel inspiró hondo al leer aquellas palabras.

—Al menos la pintura con este frío tan seco se seca rápido —informó Anael—, pero cuidado no lo pises de momento.

Pasó unos minutos más retocando el círculo hasta que estuvo satisfecha. Se puso en pie y miró a la división y a la Aurora Dorada.

—Deberéis estar en el interior de este círculo con el tapón de la botella. En el centro —enfatizó.

—¿Entramos ya? —preguntó Valeria nerviosa.

—Aún no —dijo Anael saltando por encima de los trazos que había realizado—. Debo realizar el triángulo. —Miró a Gadreel—. El metro, el Triángulo Mágico del rey Salomón debe estar hecho a sesenta centímetros de distancia del Círculo Mágico y debe tener noventa y un centímetros y medio de diámetro. Debe estar orientado, en este caso, hacia el norte —indicó en la dirección.

Gadreel cogió un extremo del metro y ambos tomaron las medidas.

—Recordad —dijo Anael mientras se agachaba para marcar las distancias—, debéis usarlo para doblegar con más fuerza la voluntad de Astaroth. Círculo para proteger, triángulo para doblegar la voluntad —les resumió y se agachó en el hielo tendiendo la mano a Gadreel—, la pintura negra, rápido —le pidió.

El lugar estaba lo suficientemente lejos como para que Astaroth no fuese consciente de lo que ocurría en la base Nueva Esperanza.

Cuando Astaroth apareció en la zona que limitaba con el agujero que conectaba con el infierno aterrizó con fuerza sobre el hielo, provocando que todo temblase alrededor.

El ataque de los arcángeles fue inmediato, pues estos ya estaban preparados para su llegada, espada en mano y el escudo en la otra para defenderse.

Astaroth los miró a todos, pero no pudo reaccionar, Gabriel y Uriel fueron los primeros que dieron un paso adelante y lanzaron unos poderosos rayos de luz hacia él. Astaroth se cubrió de inmediato con aquella espesa niebla negra, protegiéndose de la luz de los dos arcángeles.

Por detrás, Zadquiel y Jofiel atacaron con sus espadas intentando alcanzarlo mientras Rafael y Baraciel sobrevolaban la zona, preparados para atacarlo en cualquier momento.

Astaroth echó una mano hacia atrás deteniendo a los arcángeles con dos chorros de energía.

Seguramente, si no fuesen arcángeles no habrían tenido aquella fuerza para detener el golpe y los hubiese atravesado. Los arcángeles fueron impulsados hacia atrás, resbalando sobre el hielo.

Tanto Zadquiel como Jofiel se cubrieron con los escudos protegiendo sus cuerpos de aquella brutal embestida. Zadquiel miró de reojo a su compañero, el cual lo había imitado cubriéndose, y resopló. Ni ellos seis serían capaces de contenerlo mucho rato. No habían podido aguantar legiones enteras de ángeles y, aunque ellos gozaban de una fuerza mucho más poderosa que la del resto de ángeles, no era suficiente con los seis para derrotarlo.

Ambos arcángeles se movieron rápidos hacia el lado, saliendo del alcance de la poderosa energía que Astaroth les lanzaba, e intentaron el ataque desde el otro lado. Esta vez se sumaron Rafael y Baraciel desde el cielo, bajando en picado hasta donde Astaroth se encontraba, intentando alcanzarlo.

Astaroth creó un torbellino a su alrededor mientras sus músculos se ponían en tensión y lo expulsó hacia todos lados. Los arcángeles salieron despedidos hacia atrás, cubriéndose con el escudo e intentando frenar la embestida de Astaroth que los alejaba de él.

Gabriel y Uriel clavaron el escudo en el hielo para frenar antes y se miraron entre ellos.

Astaroth era demasiado poderoso incluso para ellos seis, si tan solo contasen con el arcángel Miguel, la luz de Dios, ahí sí tendrían una oportunidad, pues él era el único que podía hacerle frente, pero Miguel ya no estaba con ellos y no solo había dejado un hueco enorme en sus corazones, sino que su pérdida los había debilitado tácticamente. Astaroth sabía perfectamente lo que hacía, pues la luz de Dios era el único que podía hacerle frente.

Ellos podrían intentarlo, quizá si tenían suerte podrían dañarlo, pero competir contra el que había sido el serafín del trono de Dios era imposible incluso para ellos.

Astaroth se puso firme mientras los arcángeles aún resbalaban sobre el hielo intentando frenar. Miró de un lado a otro observando a los seis arcángeles y dio un paso hacia delante.

—¿De verdad creéis que podéis derrotarme? —gritó escupiendo hacia ellos con furia y miró hacia el agujero que conducía al infierno.

Los seis arcángeles pretendían derrotarlo, por eso mismo lo habían alejado de la base de Nueva Esperanza.

Su risa retumbó en las montañas que los rodeaban.

—Necios… —susurró hacia ellos—. ¡Nadie puede acabar conmigo! —gritó.

Uriel miró a Gabriel apretando los labios e inspiró intentando mantener el control. Luchar contra Astaroth era peligroso, sobre todo ellos seis solos, al menos si contaban con las legiones de ángeles tenían más posibilidades, pero debían estar en la base Nueva Esperanza para intentar reparar con su luz la cúpula. Debían aprovechar esos minutos al máximo para intentar fortalecer la cúpula en esa zona.

Uriel miró por encima de su escudo.

—Nosotros somos seis… tú solo uno —lo provocó para entretenerlo allí.

Astaroth dio una vuelta sobre sí mismo mirando a cada uno de los arcángeles.

—¿Queréis luchar? —preguntó con otro grito mientras la niebla comenzaba a salir de su pecho, rodeándolo—. ¡Pues luchemos! —gritó extendiendo los brazos hacia los lados, provocando que aquella plataforma de hielo temblase al salir despedida toda su energía a su alrededor.

El remolino se fue haciendo mayor, provocando que el hielo de la plataforma se elevase y el viento se volviese tan huracanado que los arcángeles tuvieron que agacharse para no salir despedidos.

Astaroth se movió en un segundo hasta donde se encontraba Gabriel, pero este lo detuvo de

inmediato con su espada. Uriel que estaba a su lado atacó a Astaroth, pero este se giró y golpeó su pecho con su pierna haciendo que saliese volando. El resto de los arcángeles aparecieron a su lado enfrentándose a él, moviendo sus espadas de un lado a otro. Astaroth era muy rápido, más que ellos, y esquivaba sus armas sin ningún problema, incluso sonriendo de forma maliciosa.

Uriel rodó sobre el hielo, gruñó y se puso en pie de nuevo, observando cómo sus compañeros luchaban despiadadamente contra el serafín.

Tomó impulso con sus alas y salió despedido hacia él con todas sus fuerzas, alzó su espada y saltó en su dirección los metros que le quedaban hasta llegar a Astaroth.

El resto de arcángeles se apartaron ante la embestida de Uriel que cayó con todas sus fuerzas sobre él, provocando que Astaroth se desplazase unos metros hacia atrás, resbalando por el hielo. Astaroth situó una mano en el hielo para frenar y resopló. Los arcángeles eran fuertes, pero no podrían contra él.

Gadreel le había dicho que pretendían cerrar las puertas del infierno, una nueva traición por su parte para intentar hacerle una emboscada entre todos los arcángeles. No iban a conseguirlo.

Rugió cuando frenó y volvió a ponerse firme, provocando que la niebla saliese de su pecho rodeándolo de nuevo.

Los arcángeles ya conocían sus movimientos, así que directamente se agacharon hincando su rodilla en el hielo y situando su escudo por delante.

La embestida de Astaroth provocó que saliesen despedidos hacia atrás por el viento huracanado. Trataron de frenar el retroceso como buenamente pudieron.

Uriel resopló cuando consiguió detenerse y miró con urgencia al resto de sus compañeros, aquello se estaba poniendo muy feo por momentos, solo esperaba que sirviese para agotarlo antes de intentar introducirlo en la botella.

Abrió los ojos al máximo y se puso en pie sobresaltado cuando Astaroth apareció justo frente a Zadquiel. El arcángel intentó golpear su pecho, pero Astaroth lo cogió por el cuello, elevándolo.

—¡No! —gritó Uriel que corrió en su auxilio igual que el resto.

Astaroth extrajo su espalda y la echó atrás para clavarla en el pecho de Zadquiel, pero Gabriel llegó a tiempo para interponer su escudo entre la espada de Astaroth y el pecho de Zadquiel, aunque la embestida de Astaroth fue tan fuerte que ambos salieron repelidos hacia atrás.

Uriel y Jofiel corrieron hacia Astaroth para detenerlo mientras sus compañeros se reponían. Uriel agachó su cuerpo para evitar la espada de Astaroth mientras veía de reojo cómo Rafael y Baraciel ayudaban a los otros dos arcángeles a levantarse.

—¿Estáis bien? —preguntó Rafael de inmediato, pues si habían sufrido algún daño podría sanarlos en cuestión de segundos.

Ambos asintieron preparándose para el ataque de nuevo.

Uriel esquivó la espada de Astaroth una vez más, al igual que Zadquiel que se echó a un lado para evitarla.

Astaroth retrocedió y elevó los brazos provocando que trozos de hielo se elevasen del suelo.

Todos se pusieron alerta cubriéndose con el escudo, pues sabían cuál sería su próximo movimiento.

Astaroth rugió con furia y lanzó todos aquellos duros trozos de hielo con gran fuerza hacia los arcángeles que retrocedieron de nuevo, pues aquel hielo era como cuchillos.

El fuerte viento los hizo retroceder. Iban a incorporarse de nuevo cuando Astaroth apareció ante Jofiel esta vez y, sin esperarlo, lo golpeó provocando que saliese volando por el aire, fue

hacia Zadquiel e hizo lo mismo. Ni siquiera les daba tiempo a poder incorporarse.

Uriel observó cómo sus compañeros salían despedidos con tanta fuerza sobre el hielo que cuando se golpeaban contra este se les cortaba la respiración.

Uriel comenzó a levantarse, protegiéndose con el escudo, cuando observó cómo Astaroth aparecía en medio de aquella tempestad originada por el fuerte viento que causaba ante Gabriel.

Estuvo a punto de gritar su nombre para prevenirlo, pero Gabriel se puso firme y lo golpeó en el pecho con el escudo, directamente lo atacó con la espada mientras Astaroth lo evitaba y estrellaba su espada contra él.

Uriel se giró hacia Jofiel y Zadquiel que aún permanecían tirados en el suelo recuperando el aliento. Se fijó en que Gabriel luchaba con furia contra Astaroth y se giró directamente hacia Rafael.

—Ve, ayúdalos —le dijo señalándole con la cabeza hacia sus compañeros caídos.

Rafael fue hacia ellos y pudo ver que de sus manos emitía aquella luz dorada y sanadora. Sabía que en pocos segundos Jofiel y Zadquiel volverían a estar a pleno rendimiento. Debían entretener a Astaroth hasta que les avisasen, y parecía que Astaroth poseía tanta rabia dentro que estaba deseando batirse en duelo con ellos y acabar con sus vidas igual que hizo con Miguel.

Baraciel llamó la atención de Uriel indicándole que fuesen los dos a unirse en la lucha junto a Gabriel. Ambos acudieron rápidamente en su ayuda. En cuanto llegaron, Baraciel se arrodilló golpeándole la pierna, provocando por primera vez que Astaroth cayese sobre el hielo. Gabriel alzó su espada para clavarla en el pecho de Astaroth, pero este elevó su mano hacia él provocando que aquella niebla oscura y sólida arremetiese contra Gabriel y este saliese volando por los aires. Uriel alzó su espada e iba a atacar a Astaroth cuando este rodó por el suelo para evitarla. Astaroth iba a incorporarse, pero se agachó cuando Baraciel pasó la espada por encima de su cabeza.

Astaroth los miró con odio mientras lograba ponerse en pie. En ese momento, Baraciel y Uriel extendieron los brazos hacia los lados provocando un fuerte rayo de luz dorada que cegó durante unos segundos a Astaroth, el cual retrocedió como si fuese impulsado por una fuerza mayor sobre el hielo.

Uriel aprovechó para ir hacia él y atacarlo de nuevo. No podían permitir que lanzase otro ataque como el anterior, pues en cualquier momento podía acabar con ellos.

Iba a atacarlo con la espada, pero Astaroth echó la mano hacia él provocando que saliese volando hacia atrás, cayó con fuerza en el hielo y gritó cuando se golpeó el costado. Astaroth tenía una fuerza muy superior a la de ellos y sabían que no estaba usando ni la mitad de la misma, más bien parecía disfrutar y regodearse en la lucha que mantenían.

Uriel se puso en pie y vio a Rafael que corría hacia él para ayudarlo a sanar, pero lo detuvo con la mano.

—Estoy bien —dijo sujetando la espada con las dos manos, preparado para atacar de nuevo.

Gabriel corría hacia Astaroth otra vez cuando de reojo vio aparecer a un ángel a su lado, el que les debía indicar que todo estaba ya preparado.

Se detuvo de inmediato y miró hacia sus compañeros. Baraciel era el que estaba más cerca de Astaroth emitiendo una fuerte luz contra él.

—¡Retirada! —gritó Gabriel a sus compañeros.

Sabían lo que aquello significaba, todo estaba preparado ya en la base Nueva Esperanza. Ahora comenzaba la verdadera lucha.

—¡Retirada! —repitió Gabriel.

Zadquiel y Rafael fueron los primeros en desaparecer, luego lo hizo Baraciel que no dejaba

de iluminar a Astaroth con la luz de su pecho, el cual miró con odio en su dirección. Jofiel y Uriel fueron los siguientes en desaparecer.

Astaroth miró a Gabriel y sonrió.

—Cobardes —musitó entre dientes.

Gabriel elevó su espada hacia él, señalándolo en actitud desafiante mientras la corriente de viento helada y que arrastraba pequeños trozos de hielo movía sus cabellos.

—Esto no ha hecho más que comenzar —lo amenazó antes de desaparecer.

Astaroth se quedó solo en medio de aquella helada tierra mientras la brisa movía sus cabellos rubios hacia atrás e inspiró hondo. Nadie podría vencerlo, nadie lo conseguiría. Los arcángeles lo habían intentado, pero no eran capaces, nadie podía hacerle frente ahora.

Se giró en dirección a la base Nueva Esperanza situada tras unas altas montañas.

Había llegado el momento de acabar con ellos, de conseguir su ansiada libertad y llevar a cabo su venganza.

Sonrió de soslayo y guardó su espada lentamente en su cinturón. Se puso firme y desapareció de allí. Por primera vez estaba de acuerdo en algo con el arcángel Gabriel: esto no había hecho más que comenzar.

20

Los arcángeles aparecieron al borde de la cúpula en la base Nueva Esperanza y miraron a su alrededor. Todos estaban preparados.

Los seis seleccionados de la Aurora Dorada y la división se encontraban ya preparados en el centro del Círculo Mágico del rey Salomón.

Idalia y Valeria aguantaban la botella mientras el resto se encontraban alrededor, igual que la división, protegiéndolos. La gran mayoría de ángeles habían entrado en la cúpula y se encontraban preparados para luchar y conseguir que Astaroth fuese encerrado en la botella.

Uriel miró a Anael y Gadreel que se encontraban por delante del círculo mágico con la espada en la mano y en posición de batalla. Uriel tragó saliva cuando comprobó que Anael llevaba la espada del arcángel Miguel en su mano, aquella que le había legado antes de morir. Aquella espada no había vuelto a lucir desde la muerte del arcángel.

—¡Preparaos! —gritó el arcángel Gabriel—. Puede aparecer en cualquier momento —dijo girándose hacia delante.

Anael inspiró hondo y miró a Gadreel, el cual observaba de un lado a otro, preparado para atacar, luego giró su cabeza hacia la Aurora Dorada y se topó con la mirada nerviosa de Valeria.

—Tranquila —le susurró intentando calmarla.

Valeria asintió y agachó su cabeza intentando calmar la respiración y concentrarse. Necesitaban que aquel plan saliese bien. En su mente, al igual que el resto de compañeros, repetía el conjuro una y otra vez para no olvidarlo, solo esperaba que los nervios del momento no la colapsasen.

Apretó los ojos e inspiró hondo intentando calmar los latidos de su corazón mientras miraba a su lado. La división se encontraba dentro de la cúpula, a su alrededor. Miró a Daniel, el cual mantenía en una mano una daga y en la otra una pistola con las balas humedecidas en agua bendita, lo que sería mucho más efectivo contra los demonios que pudiesen atacarlos.

No era la primera vez que se enfrentaban a los demonios, ella ya lo había hecho entrando en la cúpula con anterioridad para acabar con la vida de Farid, enfrentándose a decenas de demonios, ellos no eran un problema ni para ella ni para la división, pero sí lo era Astaroth. Aquel poder era imposible de dominar, solo esperaba que el conjuro funcionase y que las réplicas de los anillos del rey Salomón que ahora portaban los miembros de la Aurora Dorada les dotasen de un mayor poder contra Astaroth.

El rey Salomón era un hechicero, uno de los mayores de la historia de la humanidad, solo él había logrado vencer a Astaroth, ¿por qué no iban a poder ellos seis?

Tragó saliva y miró hacia delante aguantando la respiración, sujetando con Idalia la botella, enfocada hacia el lugar donde creían que aparecería Astaroth. El sello con el que debían tapar la botella se encontraba en medio del círculo.

Todos miraban de un lado a otro con los nervios a flor de piel. Al menos, los ángeles habían limpiado aquella zona de demonios y ahora estaban bastante tranquilos, aunque no dudaban que en breve apareciesen más.

Todos se pusieron erguidos cuando Astaroth apareció a pocos metros de ellos. Estaba claro que Astaroth no esperaba aquella comitiva de bienvenida porque miró durante unos segundos dudoso a todos los ángeles que lo rodeaban y que se cubrieron rápidamente con el escudo por delante para protegerse de un ataque por su parte.

Astaroth analizó la situación girando sobre sí mismo.

Anael se giró hacia Valeria y asintió con la cabeza.

—¡Ahora! —les gritó.

Astaroth miró a Anael escudriñándola y torció su gesto hacia el grupo de la Aurora Dorada que se encontraba agachado dentro de un Círculo Mágico del rey Salomón, con una botella de bronce en el centro sujetada por las dos mujeres y con la abertura apuntando hacia él.

—Entra en la botella, Astaroth —le ordenó Idalia haciendo la principal petición.

Astaroth aún permanecía analizando la situación, mirando de un lado a otro. Cientos de ángeles lo rodeaban en posición defensiva. Miró hacia los seis arcángeles que se encontraban rodeando también el Círculo Mágico del rey Salomón para proteger a la Aurora Dorada y a la división.

Astaroth alzó en mentón.

—¡Nooo! —rugió tan fuerte que su eco retumbó en las montañas cercanas provocando que placas de nieve cayesen de estas.

Aquel grito cogió desprevenidos a toda la Aurora Dorada y a la división que tuvo que contenerse para no salir corriendo, pues conocían de su gran poder y esa negación iba acompañada de una violenta ráfaga de aire.

Anael asintió hacia ellos para que iniciasen el conjuro. Una vez hecha la petición y desobedecida por Astaroth ya podían comenzar el ritual para encerrarlo.

—Ahora, serafín Astaroth caído por la mano de Dios… —comenzaron a decir los seis miembros de la Aurora Dorada a la vez—, pernicioso y desobediente, que no apareces ante mí para obedecer lo que te ordeno y que no me has satisfecho. Yo, por el poder, el nombre dignidad del Omnipresente e Inmortal Señor Dios de los ejércitos Iehovah Tetragrammaton, te maldigo y te arrojo al interior del vacío… —En ese momento Valeria e Idalia sintieron que la botella comenzaba a vibrar y a absorber aire.

Astaroth se puso firme y dio unos pasos atrás.

Gadreel se adelantó observando con atención y miró a Anael.

—Está funcionando —susurró hacia ella.

Los ángeles iban acorralando a Astaroth cada vez más, estrechando en círculos, cubiertos por sus escudos.

—¡Oh espíritu malvado y desobediente! —continuaron gritando la Aurora Dorada al unísono—, porque te has revelado y no has obedecido ni escuchado mis palabras que he repetido, palabras gloriosas y nombres incomprensibles de Dios, el creador de mí, de ti y de todo el mundo. Yo, por el poder de estas palabras y estos nombres que ninguna criatura puede resistir —El aire se hizo más huracanado y del interior de la botella salió un remolino en dirección a Astaroth, el cual gritó comprendiendo lo que habían hecho, lo que ocurriría en breve si no se defendía. Ya habían conseguido encerrarlo una vez, pero no permitiría ser encerrado una segunda—, te maldigo y te mando hasta el fondo del abismo, para que permanezcas encadenado hasta el día del Juicio, y en fuego y azufre inextinguibles. Por lo tanto, ven pronto y en paz, por los nombres de Dios, Adonai, Zabaoth, Adonai, Amiorán, ven, ven, que es el Rey de Reyes, y también Adonai. ¡Ellos te lo ordenan!

—¡Los anillos! —gritó Anael hacia la Aurora Dorada—. ¡Ponedlos frente a la botella!

Todos hicieron lo que les ordenaba Anael justo cuando Astaroth fue interceptado por el remolino de aire.

—¡Nooo! —gritó Astaroth cuando el remolino lo envolvió y comenzó a atraerlo hacia la botella resbalando sobre el hielo—. ¡Malditos seáis! —gritó.

Astaroth inspiró hondo e intentó separar los brazos de su pecho, pero el aire era tan intenso que le impedía moverse con soltura. Rugió y comenzó a extraer la niebla de su pecho rodeando a ese remolino de aire, cubriéndolo con aquella capa oscura.

Anael miró a todos lados nerviosa, sabían que Astaroth era poderoso y que podría liberarse sin muchos problemas. Debían actuar rápido.

—¡El segundo conjuro! —gritó a la Aurora Dorada mientras sujetaba con fuerza la espada que el arcángel Miguel le había legado en su mano por si debía intervenir.

Gadreel avanzó unos pasos hacia delante.

—Cercadlo más —gritó desesperado hacia los ángeles—, atraedlo hacia la botella.

El aire que se generaba cada vez era más fuerte, provocando que todos se moviesen de un lado a otro sujetando la botella entre los seis.

La división se obligó a clavar sus dagas en el hielo para sujetarse mejor y no salir despedidos, pues aquello parecía un vendaval.

—Yo te conjuro, ¡oh fuego! —continuó la Aurora Dorada con el conjuro del fuego—, por el que te ha creado y ha hecho todas las demás criaturas para bien en el mundo, a que atormentes, quemes y consumas a este espíritu para siempre.

Astaroth se movió compulsivamente intentando deshacerse de aquel remolino y consiguió extraer un brazo de él, elevándolo hacia el cielo mientras seguía resbalando sobre el hielo, atraído por el remolino hacia la abertura de la botella.

—¡Nooo! ¡Ni hablar! —gritó mientras hizo ascender la densa niebla y luego la hizo descender con fuerza hacia abajo con un movimiento de su brazo, hacia el remolino.

—¡Yo te condeno, Astaroth! —seguían gritando los seis elegidos de la Aurora Dorada al unísono, apuntándolo con los anillos—, porque eres desobediente y desobedeciste mi mandato, no guardaste los preceptos del Señor tu Dios, ni obedeciste mi petición. Yo, que soy el siervo del Más Alto e Imperial Señor Dios de los Ejércitos, Iehovah. Yo, que estoy dignificado y fortificado por su poder celestial y con su permiso. ¡Te condeno a la oscuridad! —gritaban con intensidad mientras intentaban no salir despedidos hacia atrás—. Eres culpable de gran desobediencia y rebelión, por lo que te excomulgo, y destruyo tu nombre y tu sello, el cual he encerrado en esta caja —gritaron—, ¡te quemaré en el fuego inmortal y te enterraré en el eterno olvido!

En ese momento, cuando Astaroth logró romper el remolino con la densidad de su niebla, comenzó a descontrolarse el aire y el remolino continuó en el centro de aquella planicie, aunque sin atrapar a Astaroth, creando un torbellino que movía la nieve y el hielo de un lado a otro.

La división se encargó de coger rápidamente a los miembros de la Aurora Dorada para que no fuesen arrastrados y zarandeados por el aire.

—¡Nooo! —gritó Valeria cogiendo la botella mientras Daniel la sujetaba por la cintura, tirados todos sobre el hielo e intentando no salir disparados, pues el torbellino cogía cada vez más velocidad.

Astaroth estiró los brazos hacia los lados envolviendo todo su cuerpo con la densa niebla. Ya sabían lo que pasaría segundos después. Los ángeles que lo rodeaban se pusieron en posición de ataque cubriéndose con el escudo y la espada por encima de este.

Astaroth rugió y la niebla creó formas de espinas saliendo disparadas hacia todos lados.

Gadreel y Anael se interpusieron rápidamente ante la división y la Aurora Dorada con los escudos, evitando que aquel poder llegase hasta ellos.

Anael sujetó el escudo con fuerza al igual que Gadreel mientras el poder de Astaroth se hacía más fuerte y los hacía resbalar por el hielo. Hicieron fuerza con las piernas intentando frenar la embestida, pero era imposible. El círculo de niebla oscura con forma de espina creado

alrededor de Astaroth se iba expandiendo mientras su grito de rabia retumbaba en los oídos de todos. Aquel serafín era tan poderoso que podría acabar con todos sin agotarse lo más mínimo.

Anael apretó los dientes haciendo fuerza contra aquella niebla, evitando que pudiese llegar hasta los humanos. Giró su cuello mientras rugía por el esfuerzo hacia Gadreel, el cual la miraba también haciendo fuerza con sus piernas. Anael resopló y giró su cuello hacia atrás sin dejar de hacer fuerza contra aquellas espinas que amenazaban con destruir incluso su escudo.

—¡Hay que intentarlo otra vez! —gritó Anael a Valeria, la cual se mantenía tirada en el hielo con Daniel encima, cubriéndola y haciendo fuerza contra el suelo para no salir despedidos.

El viento huracanado era tan fuerte que los humanos apenas podían moverse sin salir disparados.

Gadreel miró al resto, todos estaban en la misma posición que Valeria y Daniel, tirados sobre el hielo y con un miembro de la división sujetando a uno de la Aurora Dorada, pues tenían mucha más fuerza. Si no fuese por ellos, saldrían volando de la cúpula.

—¡Desde el triángulo! —insistió Anael.

Daniel que se encontraba sobre Valeria resopló por el esfuerzo y miró en dirección al triángulo, a pocos metros de ellos. No sería un problema llegar hasta allí si no fuese por el viento que se había desencadenado.

Daniel se giró hacia Aitor que se encontraba sobre Efrem y lo miró apretando los dientes.

—¡Hay que llevarlos al triángulo! —le gritó—. ¡Deben intentarlo de nuevo!

Aitor se giró y dio la misma orden al resto de compañeros.

Anael y Gadreel empujaron la niebla hacia delante, provocando que toda volviese hacia Astaroth que la absorbió en su cuerpo. Se situaron frente a ellos, ayudándolos a dirigirse hacia el triángulo, intentando frenar con sus cuerpos y sus alas el aire que los atormentaba, permitiéndoles desplazarse sobre el hielo sin tanto esfuerzo.

Daniel cogió de la cintura a Valeria y comenzó a deslizarse sobre el hielo en dirección al triángulo, clavando la daga en este y, posteriormente arrastrando su cuerpo y el de Valeria en esa dirección.

En ese momento, el remolino comenzó a disiparse lentamente. Seguía soplando fuerte, el remolino aún se encontraba en medio de la explanada, pero iba perdiendo fuerza poco a poco.

—¿Creéis que podéis hacer algo contra mí? —gritó Astaroth extendiendo sus enormes alas.

Anael tragó saliva asustada y se giró hacia ellos indicándoles con la mano que se diesen prisa.

Miguel que arrastraba a Idalia puso los ojos en blanco al ver el gesto de ella.

—¡No es fácil! —rugió nervioso por la tensión del momento.

Gadreel llegó hasta ellos y los cogió llevándolos hasta el triángulo. Fue ayudando a cada uno de ellos hasta que todos se encontraron en el interior justo cuando el remolino daba sus últimos coletazos y desaparecía.

—¡Mi venganza no ha hecho más que comenzar! —gritó Astaroth provocando que el suelo temblase con fuerza, extrayendo de nuevo aquella energía oscura de su cuerpo.

Los ángeles que lo rodeaban volvieron a cubrirse rápidamente y Anael se situó ante ellos para protegerlos. Gadreel avanzó con el escudo a la altura de Anael, situándose a su lado y cubriéndose también con el escudo.

El impacto fue fuerte y los empujó hacia atrás.

Anael comenzó a gemir ante aquella fuerza. Gadreel la rodeó por la cintura sujetándola también, intentando frenar la embestida de aquella poderosa energía.

—Es… imposible —pronunció Gadreel haciendo toda la fuerza posible, sin soltar a Anael.

Anael inspiró hondo sacando todas las fuerzas que podía de ella para no ceder ante aquel poder.

—Tenemos que lograrlo —sollozó ella y miró a la Aurora Dorada que se situaba en el centro del triángulo, con el sello y la botella sujetos por Valeria e Idalia de nuevo—. Vamos —les susurró y volvió a hacer fuerza con las piernas y el brazo para intentar frenar la embestida.

En ese momento, escuchó los gritos de varios ángeles que salían despedidos por el aire ante la potencia de aquella energía, seguramente si el brazo de Gadreel no la sujetase ella también estaría volando por los aires.

Valeria e Idalia se incorporaron cogiendo la botella mientras el resto de los miembros de la Aurora las rodeaba.

Al menos ahora ya estaban preparados, sabían lo que ocurriría cuando iniciasen el conjuro. Antes les había cogido desprevenidos el remolino de aire, ahora no lo haría.

Valeria miró de reojo a sus compañeros y asintió.

—Ahora, serafín Astaroth caído por la mano de Dios… —repitieron de nuevo al unísono—, pernicioso y desobediente, que no obedeces lo que te ordeno y que no me has satisfecho. Yo, por el poder, el nombre dignidad del Omnipresente e Inmortal Señor Dios de los ejércitos Iehovah Tetragrammaton, te maldigo y te arrojo al interior del vacío… —

De nuevo la botella comenzó a vibrar y a absorber el aire de alrededor. —¡Oh espíritu malvado y desobediente! —continuaron gritando, esta vez con más intensidad—, porque te has revelado y no has obedecido ni escuchado mis palabras que he repetido, palabras gloriosas y nombres incomprensibles de Dios, el creador de mí, de ti y de todo el mundo. Yo, por el poder de estas palabras y estos nombres que ninguna criatura puede resistir... —El aire se hizo más huracanado y del interior de la botella volvió a surgir otro remolino—. Te maldigo y te mando hasta el fondo del abismo, para que permanezcas encadenado hasta el día del Juicio, y en fuego y azufre inextinguibles. Por lo tanto, ven pronto y en paz, por los nombres de Dios, Adonai, Zabaoth, Adonai, Amiorán, ven, ven, que es el Rey de Reyes, y también Adonai. ¡Ellos te lo ordenan!

El remolino se dirigió directamente hacia Astaroth, decidido a atraparlo, someterlo y llevarlo al interior de aquella botella, pero ninguno de los allí presentes esperaba el siguiente movimiento.

Astaroth dio unos pasos hacia atrás y elevó sus manos hacia aquel remolino con un fuerte grito, expulsando de su cuerpo una gran cantidad de energía oscura y niebla que se mezcló con el poderoso remolino de aire, por lo que comenzó a tornarse de un color más oscuro.

Anael y Gadreel alzaron asustados su mirada hacia el gran torbellino, observando su cambio de color, como si Astaroth lo estuviese poseyendo.

—¡Los anillos! —los previno Anael—. ¡Usad los anillos! —gritó en dirección a Valeria.

Astaroth era demasiado poderoso. No comprendía cómo el rey Salomón, un solo hombre, había logrado combatir a Astaroth y encerrarlo en una botella.

El tornado volvía a ser demasiado fuerte, provocando que los miembros de la Aurora tuviesen que ser sujetados por la división para no salir disparados.

Anael fue desplazada hacia atrás por la fuerza del aire, pero abrió sus alas e hizo fuerza hacia delante para combatirlo. A su lado, Gadreel la imitaba cubriendo con su escudo tanto el cuerpo de Anael como el suyo.

En ese momento, el tornado se descontroló saliendo de la botella. Gadreel y Anael desencajaron la mandíbula cuando vieron que el tornado seguía las órdenes de Astaroth, desplazándose hacia donde él indicaba con la mano.

—¡Cuidado! —gritó Gadreel hacia los arcángeles que se encontraban en primera línea de todos los ángeles que lo rodeaban. Pudo ver asustado cómo el tornado se dirigía a gran velocidad hacia la zona donde se encontraba Uriel—. ¡Uriel! —le gritó, aunque el arcángel ya estaba prevenido y se elevó en el aire al igual que muchos de los ángeles allí presentes. Uriel tenía la respiración acelerada por los nervios, pero sobre todo por la rabia de no conseguirlo.

Astaroth movía sus brazos dotando al remolino de más poder, estirando sus brazos mientras provocaba que los ángeles se alejasen de él, pues aquel torbellino era mucho más fuerte que el primero, ya que Astaroth lo estaba manejando e insuflándole poder con su energía, arrasando con todo lo que encontraba a su paso.

Gadreel y Anael desviaron su atención hacia la división y la Aurora que miraban desolados la escena. Sus corazones se desbocaron cuando Astaroth envió el remolino hacia ellos.

—¡Corred! —gritó Gadreel al ver que el torbellino iba en su dirección. Se lanzó en dirección a Víctor que se encontraba con Jake, más cerca de ellos, y los empujó hacia atrás.

El torbellino estaba tan cerca de ellos que comenzaron a sentir que se elevaban.

—¡Nooo! —gritó Anael al ver que iban a ser absorbidos. Abrió sus brazos de par en par extrayendo un destello de luz de su pecho, iluminando el torbellino, pero no sirvió de mucho más que para atraer la atención de Astaroth que sonrió de soslayo al ver a Anael. Directamente impulsó el torbellino hacia ella, alejándolo de la división y de la Aurora Dorada, provocando que cayesen con un golpe seco al suelo.

Anael se movió y desapareció de allí, apareciendo detrás de la espalda de Astaroth, con la espada de Miguel en su mano. La cogió por la empuñadura con las dos manos e intentó atacarlo.

Astaroth desapareció de donde estaba y se situó en una fracción de segundo a la espalda de ella. Echó la espada hacia atrás para tomar impulso y asestar el golpe final a Anael, la cual era consciente de lo que acababa de ocurrir, cuando Gadreel apareció al lado de Astaroth y con un gran impulso lo golpeó en el costado, desplazándolo, protegiendo de aquella forma a Anael.

Astaroth salió despedido a un lado, pero se puso en pie rápidamente, rugiendo. Miró de un lado a otro. Cientos de ángeles lo rodeaban preparados para llevar a cabo su ataque. La Aurora Dorada aún conservaba aquella botella donde pretendían encerrarlo, por suerte para el serafín, ni los seis juntos poseían el poder y la fuerza suficientes como para encerrarlo como sí había hecho el rey Salomón, pero para él era un peligro que aquella botella estuviese allí.

—¡Atacad! —gritó Uriel al resto de ángeles que lo rodeaban.

Astaroth miró en dirección a Valeria que sujetaba aún la botella y estiró su mano hacia ella extrayendo de su cuerpo una gran parte de energía oscura.

Los ángeles se acercaban a él rápidamente después de la orden de Uriel mientras Astaroth mantenía la mirada fija en aquella niebla espesa que volaba en dirección a Valeria y a Daniel que todavía se mantenían tumbados sobre el hielo.

Gadreel giró su cuello siguiendo la dirección de aquella energía enviada por Astaroth, viendo la dirección que tenía.

—¡Nooo! —gritó Gadreel antes de soltar a Anael y salir disparado en aquella dirección.

Anael cayó al suelo y centró su mirada en Gadreel.

La energía impactó en la botella y Valeria no pudo aguantarla entre sus manos, saliendo disparada, pero el impacto fue tan fuerte que ni Daniel pudo aguantarlo, saliendo ambos disparados en dirección a la botella.

—¡Daniel! —gritó Aitor que sujetaba a Jake.

Ambos salieron disparados volando por el aire justo cuando Gadreel se situó a sus espaldas cogiendo a ambos por la cintura y cayendo sobre el hielo, evitando de esta forma que se

golpeasen fuertemente contra el hielo. Puede que Daniel resistiese aquel golpe por sus habilidades de regeneración, pero no Valeria. La potencia que había despedido Astaroth era tal que la botella salió de la cúpula como si se tratase de un misil a una velocidad imparable y cuando impactó contra el suelo con gran estruendo, se quebró por la mitad.

Gadreel depositó a Valeria y a Daniel en el suelo. Aún les costaba mantenerse en pie por el fuerte viento, pero Valeria pudo girarse para observar por detrás de aquella energía transparente que formaba la cúpula.

—Nooo —sollozó mientras sus largos cabellos volaban de un lado a otro al ver que la botella se había roto.

Sin aquella botella era imposible atrapar a Astaroth. Sollozó y miró al frente con lágrimas en los ojos. Sus esperanzas se acababan de quebrar en ese mismo momento. Astaroth era demasiado poderoso para todos.

Observaron cómo la legión de ángeles se echaba sobre Astaroth, aunque este en una fracción de segundo desapareció de donde se encontraba, reapareciendo por encima de ellos, sobrevolándolos y provocando que todo su cuerpo se cubriese de aquella espesa niebla. Ya conocían su proceder y lo que ocurriría.

Gadreel soltó a Valeria y a Daniel de la cintura y señaló hacia la cúpula.

—¡Marchaos! ¡Ya! —les gritó señalando hacia la cúpula. Daniel tragó saliva y dio unos pasos hacia atrás ante aquella visión, Astaroth se encontraba unos metros por encima de todos aquellos ángeles que pretendían atacarlo—. ¡Idos! —exclamó Gadreel provocando que saliesen de su aturdimiento.

Daniel cogió directamente la mano de Valeria para tirar de ella, aun así, antes de que Valeria le diese la espalda para salir disparados de allí, pudo apreciar sus ojos llorosos y su rostro cargado de angustia.

Gadreel se giró rápidamente hacia el resto de la división y de la Aurora Dorada que observaban pasmados la escena.

—¡Fuera de aquí! ¡Fueraaa! —les gritó a todos.

Todos reaccionaron cogiendo a los miembros de la Aurora Dorada por la cintura y corriendo a gran velocidad hacia fuera de la cúpula. Lo habían intentado, casi habían estado a punto de lograrlo, pero Astaroth era demasiado poderoso. Al menos, nadie podría decir que no habían luchado hasta el final.

Gadreel miró en dirección a Anael.

Ante sus ojos todo era como si transcurriese a cámara lenta.

El remolino oscuro creado por Astaroth alrededor de su cuerpo se movía a gran velocidad mientras los ángeles desplegaban sus alas para volar en su dirección, espada en mano y en la otra su escudo para protegerse.

Gadreel corrió hacia Anael que observaba cómo los ángeles se elevaban hacia el serafín. Gadreel llegó hasta ella justo cuando Astaroth alzó los brazos hacia los lados provocando que toda aquella energía se desplazase en todos los sentidos.

Gadreel cogió por la cintura a Anael y la obligó a agacharse situando su escudo por delante para intentar detener el golpe. Llevó su mano hasta la cabeza de Anael y la agachó para protegerla mejor.

Anael parecía haberse quedado en estado de shock tras ver cómo la botella se fragmentaba. Sí, todas sus esperanzas acababan de irse al traste, Astaroth era imparable, pero debían luchar hasta el final.

Anael gimió y cerró los ojos cuando el grito de varios ángeles llegó hasta ellos. Ni siquiera

se atrevieron a mirar por encima del escudo que los cubría o por un lateral.

—Nooo… —sollozó Anael totalmente rota al escuchar aquello.

Gadreel apretó los labios e hizo fuerza con su brazo y con las piernas cuando la potente embestida de energía llegó hasta ellos, rugiendo por mantener el escudo firme y no flaquear.

Los gritos se mezclaron con el viento huracanado y los sollozos de Anael. La situación era desesperante. Gadreel rugió intentando aguantar el escudo en posición, aunque era difícil. Se giró observando que finalmente la división y la Aurora Dorada abandonaban la cúpula y permanecían en aquel momento a salvo, aunque todos miraban preocupados al interior.

Gadreel resbaló en el hielo junto a Anael hasta que la energía cedió. Apartó el escudo de delante de ellos para observar. Varios ángeles permanecían en el suelo sangrando.

—Sacadlos de la cúpula —gritó Gabriel y miró a Rafael para que los acompañase y los sanase.

Varios ángeles fueron hasta los que se encontraban heridos, cogiéndolos para sacarlos de la cúpula.

Fijó la mirada en Astaroth, el cual sonreía de una forma maliciosa y elevaba de nuevo sus brazos. Aquello era imposible.

Se fijó en el perfil de Anael que miraba desesperada a Astaroth, consciente de su fracaso y de todo lo que se les venía encima.

—Ve con ellos —dijo señalando el exterior de la cúpula—. Vamos, Anael, ¡ve!

Ella apretó los labios y extrajo la espada de Miguel de su cinturón, automáticamente negó con rabia.

—No, hay que luchar —contestó firme.

Él solo la miró y tragó saliva. Anael era un ángel fuerte, no tanto como él o los arcángeles, pero sin duda, ahora, cualquier ayuda era buena, las posibilidades se les acababan. No quería que ella estuviese allí, solo deseaba protegerla, pero debían ser fuertes y luchar con todo.

Los heridos fueron trasladados rápidamente fuera de la cúpula junto al arcángel Rafael que los curó sin perder un segundo con su luz.

—Vamos a por él —susurró Gadreel a Anael.

Ella lo miró con intensidad y asintió mientras tomaba la misma postura defensiva y extendía sus alas blancas en todo su esplendor.

Ambos dieron un salto sobrevolando la distancia que existía entre los dos y los ángeles que luchaban contra Astaroth.

En ese momento, varios de sus compañeros se situaron frente a Astaroth iluminándolo con mucha potencia, lo que provocó que Astaroth se cegase durante unos segundos y situase su mano ante él para cubrirse su rostro, sí, la luz le molestaba más de lo esperado.

Uriel echó su brazo hacia delante apuntándolo con la espada.

—¡Atacad! —ordenó él esta vez y miró a Gadreel, el cual asintió al escuchar aquella orden.

Anael y Gadreel salieron disparados hacia Astaroth, el cual, por primera vez y gracias a la luz angelical, parecía desprevenido. El arcángel Jofiel consiguió llegar hasta él y con una patada lo arrojó contra el suelo, quebrándose parte de la placa de hielo por el fuerte golpe.

Aquello sorprendió a Anael que se unió a los ángeles que creaban aquella barrera de luz para que no escapase. Era extraño que Astaroth hubiese caído, ¿puede que el conjuro para introducirlo en la botella lo hubiese debilitado?

Varios ángeles se precipitaron sobre él apuntándolo con la espada, pero Astaroth se giró y se puso en pie con un rápido movimiento. Inspiró hondo y volvió a crear aquella niebla alrededor de su cuerpo.

Anael se acercó más.

—¡Necesitamos más luz! —les gritó a todos.

Al momento, se unieron muchos más ángeles, rodeándolo, todos con los brazos extendidos a los lados y con una intensa luz saliendo del pecho de todos ellos.

Fuera de la cúpula todos observaban lo que ocurría con el corazón compungido. Cerca de ellos se encontraba Rafael sanando rápidamente a los ángeles que habían sufrido heridas a manos de Astaroth. En breve, podrían volver a entrar en la cúpula para enfrentarse al serafín.

Valeria tragó saliva y miró a Daniel y a Víctor que estaban a su lado.

—La botella… —susurró con voz trémula—. No… no he podido sujetarla… se me ha…

—Eh, tranquila —dijo Daniel pasando un brazo por encima de sus brazos para atraerla hacia él.

—Nadie hubiese podido —intervino Víctor con todo su cuerpo en tensión mientras observaba la batalla que ocurría en el interior de la cúpula y miraba de reojo al resto de sus compañeros, todos sin pestañear, atentos a lo que ocurría—. No te tortures por eso. Ellos le pondrán remedio —susurró con esperanza.

Astaroth dio unos pasos atrás rugiendo y cerrando los ojos durante unos segundos, pues aquella claridad que emanaba de los ángeles le dañaba los ojos, aun así, mantenía a su alrededor el torbellino de energía oscura.

Anael se fijó en su rostro. Definitivamente, aunque Astaroth no lo demostrase, su rostro sí denotaba un mayor cansancio. Quizá aquella era su única oportunidad de poder acabar con él.

Miró a ambos lados cómo decenas de ángeles lo rodeaban con la luz intentando debilitarlo también y que su poder no pudiese llegar hasta ellos.

Los arcángeles Uriel y Zadquiel descendieron en picado hacia él apuntándolo con la espada mientras Gabriel y Baraciel lo intentaban desde el otro lado. Gadreel se situó cerca por si también podía intervenir en algún momento.

Aunque el aspecto de Astaroth parecía más debilitado, no lo demostraba en sus movimientos ni en su fuerza.

Los arcángeles llegaron hasta él antes de que pudiese expandir de nuevo su energía oscura, deteniéndolo de aquella forma.

Se movió de un lado a otro esquivando las espadas de los cuatro arcángeles mientras el resto lo rodeaban iluminando todo lo que podían.

Astaroth se agachó esquivando la espada de Uriel y resbaló por el suelo desplazándose a un lado.

—¿Quién quiere ser el primero en acompañar al arcángel Miguel? —ironizó Astaroth.

Aquel comentario hizo que los cuatro arcángeles lo mirasen con odio y gritasen con rabia antes de volver al ataque.

Astaroth esquivó las armas de los cuatro arcángeles, pues estos atacaban a la vez, aunque sí pudieron detectar que sus movimientos eran un poco más lentos, aunque él intentase disimular. Sin duda, la energía empleada para capturarlo, así como la luz que emanaban el resto de ángeles a su alrededor le estaban pasando factura. Seguía siendo muy poderoso, más que ellos, pero eso no quitaba que estuviese más agotado, pues incluso su rostro estaba más pálido que otras veces por el esfuerzo realizado.

Rafael acabó de sanar a los ángeles heridos por la energía de Astaroth que se encontraban fuera de la cúpula y se puso en pie mirando al interior de esta.

La batalla estaba siendo extremadamente dura.

Miró a los ángeles.

—Entrad, vamos —les comentó en un susurro.

Los ángeles, ahora curados y habiendo recuperado toda su energía, asintieron y entraron al interior para unirse a la batalla contra Astaroth.

Rafael se giró hacia los miembros de la Aurora Dorada y de la división. Todos miraban expectantes la batalla, nerviosos. Valeria sujetaba entre sus manos un pedazo de la botella donde habían pretendido encerrar a Astaroth, el otro trozo se encontraba a bastante distancia.

Aquella oportunidad de encerrarlo se había esfumado, por lo que se les complicaban las cosas mucho, muchísimo.

Rafael miró de nuevo al interior de la cúpula y se llevó la mano a la espada. Inspiró con fuerza y se transportó al centro de la batalla con el resto de arcángeles.

Rafael apareció justo cuando Astaroth echaba su espalda atrás evitando que el arcángel Uriel pudiese rebanarle el cuello. Rafael extrajo su espada y fue directo al pecho de Astaroth, pero este lo esquivó sin problemas.

Uriel agitó su espada por encima de su cabeza e intentó asestar su golpe final directo al pecho de Astaroth, aunque este volvió a esquivarlo.

Para sorpresa de todos, Astaroth gritó cuando una espada pasó rozando su oreja, cortando parte de ella. Fue un corte fino, pero lo suficiente para que la sangre dorada del serafín comenzase a recorrer su mandíbula y cuello.

Astaroth desapareció y apareció unos metros más allá, recobrando la respiración, llevándose la mano hacia la oreja, totalmente absorto. Él también había sentido que parte de su energía y de su poder se habían perdido en las dos veces que habían practicado el conjuro para introducirlo en la botella.

Miró directamente hacia el portador de la espada que había logrado tocarle y observó con ira a Gadreel, el cual se encontraba en posición defensiva.

Una sonrisa de soslayo apareció en los labios de Gadreel mientras Uriel y Rafael lo miraban asombrados. Gadreel había intervenido en la pelea asestando el golpe más certero hasta ese momento.

Astaroth miró con ira a Gadreel.

—Vaya, si sangra y todo —ironizó Gadreel mientras empuñaba la espada contra Astaroth.

Astaroth apartó la mano de su oreja y respiró hondo. En ese momento fue consciente de la debilidad que recorría todo su cuerpo. Habían logrado herirlo, y no un arcángel, sino Gadreel. Si bien aquel ángel era uno de los más poderosos cuando había tenido su luz, seguía siendo bueno en la lucha y tenía mucho poder, tanto como para herirlo. No podía seguir allí o corría el riesgo de que lo dañasen más. Necesitaba alejarse. En otro momento, como ya había hecho anteriormente, habría luchado despiadadamente contra todos, pues sabía que no tenía rival, pero ahora no era uno de aquellos momentos. Necesitaba alejarse y recuperar fuerzas, no le llevaría mucho tiempo, pero era necesario, en su estado no podía enfrentarse a los arcángeles, más teniendo en cuenta la increíble luz que desprendían todos los ángeles que le rodeaban y que lo cegaban y debilitaban por momentos. No, necesitaba alejarse de allí antes de que fuese demasiado tarde.

Miró a Gadreel con ira, con la respiración acelerada. La rabia que sentía contra Gadreel era comparable a la que había sentido por el arcángel Miguel y por su Padre. Él era otro traidor, aún peor que el arcángel Miguel, pues él había sido de los suyos.

—¿Acaso quieres volver al infierno? —le preguntó sin piedad.

Astaroth sujetó con fuerza su espada en su mano y se abalanzó hacia Gadreel con todas sus fuerzas. Gadreel se preparó para recibir el golpe y bloquearlo con su espada sin retroceder lo más

mínimo cuando otra espada se interpuso en su camino.

Gadreel miró el perfil de Uriel que se había interpuesto en su camino para ayudarlo, pues era consciente de que la fuerza de Gadreel no era tan poderosa como la de él y que aquel golpe por parte de Astaroth podía acabar con la vida de Gadreel.

Astaroth giró su cabeza hacia Uriel, colérico por su intromisión.

—¿Necesitas ayuda de tus amiguitos para enfrentarte a mí? —le gritó Astaroth hecho una furia.

Gadreel miró agradecido a Uriel y volvió a elevar su espada para atacar de nuevo a Astaroth, pero este volvió a agacharse, esquivándolo. Baraciel y Jofiel lo atacaron por el lado y, si bien Astaroth estaba más debilitado, seguía siendo demasiado poderoso.

Astaroth volvió a desaparecer reapareciendo a unos metros de ellos, con la respiración acelerada y mirando a todos los ángeles que lo rodeaban con aquella intensa luz. Ante él se encontraban los seis arcángeles y Gadreel.

Apretó los labios y los miró uno a uno, todos con sus posturas defensiva, preparados para atacarlo.

—Esto no ha acabado aquí —susurró Astaroth.

En ese momento desapareció.

Todos miraron de un lado a otro, preparados para un ataque sorpresa por su parte.

Gadreel se giró directamente hacia Anael, la cual se encontraba en un lateral junto a otros ángeles, con los brazos abiertos y una intensa luz saliendo de su pecho.

—¿Se… se ha ido? —preguntó Gadreel mirando de un lado a otro, nervioso.

—Eso parece —respondió Uriel no muy confiado, mirando también inquieto a su alrededor.

El resto de los ángeles dejaron que la luz que emanaba de su pecho fuese diluyéndose poco a poco hasta apagarse.

Anael tragó saliva y miró en dirección a los arcángeles y a Gadreel que permanecían unidos en medio de aquel círculo que habían creado todos los ángeles para acorralar a Astaroth y corrió hacia ellos.

—¿Dónde está? —gritó.

Gadreel se giró hacia ella y negó con la cabeza.

Gabriel fue quien respondió con voz grave, pues parecía ofuscado por la huida repentina de Astaroth.

—No lo sé.

—Puede estar en cualquier parte de la Tierra de Wilkes —pronunció Gadreel ofuscado.

Gabriel se dirigió hacia los ángeles que lo rodeaban.

—¡Buscadlo! —ordenó.

Varios ángeles iniciaron el vuelo para realizar una búsqueda exhaustiva de Astaroth por toda la Tierra de Wilkes.

—Cobarde… —susurró Gadreel ofuscado. Habían estado tan cerca de acabar con él, incluso él mismo había conseguido dañarlo, lo cual era todo un logro. Miró a los arcángeles mientras Anael se acercaba—. ¡Debemos encontrarlo! Ahora está débil…

—Ha huido por eso mismo… —aclaró Anael—, el conjuro para encerrarlo en la botella lo ha debilitado.

Todos asintieron.

—Daremos con él —confirmó Gabriel con todos los músculos de su cuerpo en tensión y miró a los ángeles—. Preparaos para tenderle una emboscada en cuanto lo encontremos —ordenó de nuevo.

Gadreel dio unos pasos hacia Anael situándose a su lado y la miró. Su rostro expresaba frustración. Habían estado cerca de lograrlo y, sin embargo, ahora se habían quedado sin recursos. Gadreel tomó su mano mientras Anael se giraba para observar más allá de la cúpula, donde se encontraba Valeria con parte de la botella rota.

—Ha huido para reponerse —pronunció Anael girándose hacia Gadreel—, para recobrar fuerzas y volver a atacar. —Gadreel inspiró hondo y asintió. Sí, los arcángeles, el resto de ángeles y él tenían claro que esa era la razón por la que Astaroth había desaparecido de allí, el problema era encontrarlo en un trozo de tierra tan grande antes de que se recuperase—. Hay que dar con él, ya —continuó Anael con los labios apretados—. Si no damos con él la facción de Thelema llegará para apoyarlo. No debe faltar mucho para que aterricen. —Volvió su mirada hacia la división, entre ellos identificó a Kata, la cual había descubierto que una facción de Thelema se dirigía hacia la Antártida—. Debemos prepararnos.

Gadreel asintió apretando su mano y miró en dirección a la Aurora Dorada.

—Ellos también deben prepararse para la llegada de Thelema, no creo que vengan en son de paz.

Los arcángeles se acercaron y Gadreel miró directamente a Uriel.

—Gracias —susurró en dirección a Uriel, el cual había intervenido ante el ataque de Astaroth.

Uriel situó una mano en su hombro y asintió. Luego miró a Anael.

—Ve con la Aurora Dorada y la división —le pidió a Anael—. Kata podrá averiguar a qué zona de la Antártida se dirige Thelema. —Obviamente había escuchado la conversación entre ellos—. Es de vital importancia detenerlos antes de que puedan ayudar a Astaroth. —Anael asintió—. Por otro lado, ¿has averiguado el conjuro para cerrar las puertas del infierno? —preguntó.

Anael se removió nerviosa e inspiró hondo.

—He comenzado, pero necesito tiempo —aclaró ella.

Uriel asintió y miró a Gabriel.

—Necesitamos que Anael lo traduzca y que Kata averigüe dónde se encuentra la organización Thelema.

Gabriel asintió y miró hacia el cielo, donde decenas de ángeles volaban en dirección a las montañas buscando a Astaroth. Se volvió hacia Anael.

—Hacedlo —ordenó—. Nosotros peinaremos la zona buscando a Astaroth —pronunció y miró a Gadreel—. Buen trabajo —Gadreel agradeció aquellas palabras con un gesto de su cabeza —. Quédate con ella para traducir más rápido el conjuro, si logramos cerrar las puertas del infierno al menos lograremos que Lucifer y Belcebú no intervengan, lo cual nos conviene bastante. —Miró al resto de arcángeles—. Nosotros peinaremos también la zona buscándolo.

Todos asintieron y cada uno fue a realizar la misión que le había sido encomendada.

Gadreel caminó con paso apresurado hacia el final de la cúpula junto a Anael sin soltar su mano.

—Ha faltado tan poco —se lamentó ella.

Gadreel apretó su mano.

—Lo lograremos —pronunció con confianza.

Anael inspiró hondo mientras caminaba en dirección al lugar donde se encontraban la Aurora Dorada y la división esperando a recibir órdenes para preparar un nuevo ataque. No iban a rendirse.

21

Astaroth descendió por el agujero agitando sus alas con fuerza, con las últimas fuerzas que le quedaban. Se sentía totalmente exhausto. El conjuro para encerrarlo en la botella lo había debilitado en extremo y no lo habían empleado una sola vez contra él, sino dos. Por suerte, los humanos que lo habían hecho no tenían el suficiente poder ni el control de la magia ancestral como para recluirlo y había logrado escapar. Aun así, sí se notaba totalmente debilitado.

Ni siquiera se había atrevido a quedarse en la superficie, necesitaba refugiarse en el infierno donde sabía que los ángeles no acudirían y así poder recuperar fuerzas. En un par de horas humanas estaría repuesto, pero ahora, a medida que se forzaba a descender a gran velocidad por aquel agujero, se sentía cada vez más débil.

Suspiró cuando el infierno apareció ante él. Sentía que sus alas no podían con su peso y todo a su alrededor se oscurecía, como si fuese a perder la conciencia.

Descendió hasta el suelo escarpado de la llanura que precedía a las montañas y ni siquiera pudo frenar lo suficiente, golpeándose fuertemente contra el suelo y levantando una nube de polvo.

No se movió, se quedó allí quieto luchando por no perder el sentido. Era como si el conjuro lo siguiese debilitando cada vez más. Por suerte, había conseguido destruir la botella y sabía que no podrían atraparlo, pero no podía fiarse de que no tuviesen más. Sin duda, si empleaban más veces aquel conjuro contra él lograrían atraparlo, pues lo desgastaba totalmente.

Inspiró hondo intentando no caer inconsciente. Sentía todo su cuerpo temblar. No sabía si era solo por la debilidad que le había provocado aquel conjuro o por los nervios. Él sabía lo que era permanecer milenios encerrado. Era lo más horrible que le había ocurrido y no volvería a estar en esa situación nunca más.

Se llevó lentamente la mano a la oreja donde sintió el corte que Gadreel le había hecho. Incluso aquel ángel había logrado lastimarlo. Se miró los dedos manchados de aquella sangre dorada y miró hacia delante, donde ante él se intuían las altas montañas, aquellas que habían sido su hogar durante milenios también.

Las montañas aparecían tras una niebla y se volvían dobles, amenazando con caer en aquella oscuridad que aumentaba por la debilidad que sentía.

Escuchó los alaridos de varios demonios sobrevolándolo y algunos aterrizar cerca, rodeándolo.

Segundos después la oscuridad se apoderó de él. No quería admitirlo, pero el conjuro lo había dejado totalmente exhausto, igual que la primera vez que el rey Salomón lo había empleado contra él.

Se sintió elevado por los aires, pero ni siquiera entonces pudo abrir los ojos. Sabía que en pocas horas habría recuperado sus fuerzas, pero por ahora necesitaba descansar y reponerse del esfuerzo que había realizado.

No sabía cuánto tiempo había pasado, si minutos, horas o días. Abrió los ojos lentamente y se observó en la que había sido su habitación durante milenios.

Se encontraba estirado sobre un bloque de piedra duro. Giró su cabeza y lo primero que observó fue su armario, aquel donde había guardado la armadura que portaba en esos momentos, así como su arma.

Intentó incorporarse y, aunque había recuperado bastante las fuerzas, aún sentía debilidad

en los brazos.

Un carraspeo le hizo girarse. Belcebú y Lucifer se encontraban al otro lado de la habitación, observándolo.

Astaroth se incorporó rápidamente sentándose sobre el bloque de piedra negra. Puso su espalda recta, aunque no se puso en pie.

Lucifer dio un paso hacia delante.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alzando el mentón.

Astaroth resopló enfadado. Los recuerdos de lo ocurrido volvieron a alterarlo.

—Esos… humanos —acabó escupiendo con asco—, han estado a punto de volver a encerrarme en una botella —respondió con sinceridad—. El conjuro te debilita en exceso.

Lucifer ladeó su cuello, mirándolo. Jamás había visto a Astaroth tan frágil. Pensaba que los arcángeles debían de haber luchado contra él, pero no esperaba que el agotamiento de Astaroth se debiese a un conjuro practicado por los humanos.

—¿Ellos te han dejado así? —preguntó sorprendido.

Astaroth se puso finalmente en pie, comprobando que ya había recuperado parte de su fuerza.

—El conjuro de encierro en la botella es muy poderoso… —comentó enfadado.

—Pero has logrado resistir —lo interrumpió Belcebú señalándolo con la mano.

Astaroth dio un paso hacia delante.

—Los humanos que componen la Aurora Dorada no tienen tanto poder como el rey Salomón, ni siquiera juntos —concluyó. Apretó los labios y miró hacia un lateral—. Aunque han estado cerca —admitió. Belcebú y Lucifer se miraron de reojo—. La botella está rota, así que no podrán realizarlo más.

—¿Puede que tengan otra? —preguntó Belcebú.

Astaroth se removió nervioso y finalmente negó.

—No lo creo, lo hubiesen intentado de nuevo. Todos fueron conscientes de cómo me debilitaba. ¿Por qué iban a esperar a otro momento? —Inspiró hondo y paseó lentamente por la habitación, comprobando que la fuerza volvía poco a poco a él.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lucifer.

—Bien, en un rato estaré preparado para atacar de nuevo —comentó con los dientes apretados.

Belcebú y Lucifer se miraron de nuevo.

—Te acompañaremos… —comentó Lucifer.

—¡No! —gritó él—. Vosotros debéis comandar las legiones de demonios. Esa es vuestra misión —lo señaló. Ninguno de ellos se atrevió a decir nada en ese momento—. ¿Están preparadas?

Belcebú asintió.

—Preparadas para atacar en cuanto nos des la orden.

Astaroth miró a los dos de la cabeza a los pies.

—Preparaos vosotros también —comentó observando que vestían sus túnicas y no llevaban aún sus armaduras—. Deberíais estar ya listos.

Los dos se miraron de reojo.

—Enseguida nos preparamos —contestó Lucifer y dio un paso hacia delante—. ¿Quieres atacar ya? —preguntó seriamente.

Astaroth bajó su cabeza respirando profundamente.

—En breve. La cúpula está a punto de fracturarse —dijo convirtiendo sus manos en puños

—. En cuanto vaya a destruirla quiero que ascendáis y os dirijáis a la base Nueva Esperanza, será el lugar donde atacaremos. Os avisaré poco antes de destruirla. —Miró a los dos con intensidad —. Los humanos que encontraremos allí son poderosos, una vez estos desaparezcan, así como los ángeles que los custodian, todo será más sencillo, por eso necesito ir a por todas desde un principio.

—Iremos —contestó Belcebú—. Solo avísanos e iremos a… —Se calló cuando Astaroth elevó su mano pidiendo silencio. Belcebú enarcó una ceja hacia él, pues Astaroth se había quedado totalmente estático—. ¿Ocurre algo?

—Me llaman —pronunció con la mirada fija en un punto.

—¿Te llaman? ¿Quiénes? —preguntó Lucifer.

Astaroth se dirigió a la puerta para avanzar por el estrecho pasillo.

—¡Astaroth! —lo llamó Belcebú—. ¿Qué ocurre? ¿Quién te llama? —preguntó nervioso.

Se detuvo en medio del pasillo y se giró hacia ellos con una ligera sonrisa de superioridad.

—Vienen a ayudarnos —contestó.

—¿Quiénes? —preguntó Lucifer dando unos pasos hacia él.

Astaroth puso su espalda recta y se giró sin contestar a la pregunta de Lucifer.

—¡Preparaos! —ordenó iniciando el camino de nuevo—. Os haré llamar en breve. No tardaremos en lanzar el ataque. Os quiero a todos listos, ¡ya! —gritó antes de girar una esquina.

Avanzó rápidamente por los pasillos hasta que llegó a la explanada de tierra. Comenzó a correr por ella mientras desplegaba sus enormes alas oscuras y alzaba el vuelo. Se encontraba mucho más recuperado. El infierno era el lugar donde había ido a recuperarse y protegerse. Le había servido para recuperar fuerzas. Sentía de nuevo cómo todo su cuerpo volvía a poseer poco a poco todo el poder que le habían arrebatado con aquel conjuro.

Se dirigió rápidamente hacia el agujero que lo llevaría hasta la Antártida, agitando las alas con celeridad. Aquella ayuda era justo lo que necesitaba para sembrar el caos que requería su plan. Llegaba justo en el momento en que más lo necesitaba.

Anael miró la fotografía realizada al conjuro para cerrar las puertas del infierno. Aquella fotografía era mucho más difícil de leer, casi imposible, a duras penas podía traducir del hebreo algunas palabras y corría el riesgo de que si no se pronunciaba correctamente este no surtiese efecto.

Gadreel permanecía a su lado, leyendo entre ambos e intentando descifrar cada una de las palabras.

—Bekol shli yesagru shari hagehanom —leyó lentamente Anael y miró de reojo a Gadreel —. ¿Tú lees eso también?

Gadreel cogió la tesis doctoral de Henry y miró atentamente cada una de las letras hebreas.

—Bekol shli yesagru shari hagehanom —repitió—. Sí, creo que sí, aunque la palabra Bekol se lee bastante mal, pero tiene sentido, ¿verdad? —preguntó bastante perdido.

Anael suspiró y transcribió aquella frase.

—Con mi voz se cerrarán las puertas del infierno —escribió en el documento donde iban traduciendo todo el conjuro. Soltó el bolígrafo y resopló—. No estoy muy segura. Realmente significaría con mi voz en alto… —comentó pensativa y se pasó la mano por la frente, agobiada.

Gadreel giró su cuello hacia ella y observó cómo la mano con que Anael sujetaba el bolígrafo temblaba. Llevó su mano hasta la de ella e hizo que soltase el bolígrafo sobre la mesa, luego se la tomó.

—Cálmate —susurró intentando tranquilizarla.

Ella inspiró hondo y negó.

—No puedo… —gimió—. Hemos perdido la oportunidad de encerrarlo en una botella, no… no podemos hacer nada más…

—Podemos luchar —respondió apretando su mano, intentando insuflarle confianza.

Ella lo miró fijamente.

—Ambos sabemos que no tenemos nada que hacer contra él, es demasiado poderoso. Solo Miguel hubiese podido y él… —dejó la frase sin acabar.

—Lucharemos con todas nuestras fuerzas —repitió Gadreel. Anael se puso en pie y se giró dando unos pasos hacia la ventana, observando a través de ella. Las horas de oscuridad se acercaban y las estrellas comenzaban a vislumbrarse en el cielo. Gadreel se puso en pie y se situó tras ella, a su espalda, rodeándola con los brazos mientras ella suspiraba—. Yo también he sentido que todo se desmoronaba a mi alrededor, que no había salida. Durante todos los milenios que han pasado desde mi caída hasta ahora, tu presencia ha sido el único bálsamo para mi alma, tú me llenas de luz y de alegría. —Ella lo miró de reojo—. Cada vez que venía a la Tierra buscaba tu luz entre las estrellas… —dijo mirando el horizonte—, tú me diste esperanza durante todo este tiempo, esperanza de que un día todo volviese a ser como antes. Sé que juntos lo lograremos. —Ella se giró hacia él sin que Gadreel dejase de rodear su cintura—. Hemos salido de peores situaciones.

Ella ladeó su cabeza y lo miró graciosa.

—¿Peor que esta? —ironizó.

—Puede que no te lo parezca —continuó Gadreel pensativo—, pero cuando Astaroth me devolvió al infierno y los demonios me torturaban sin parar pensaba que era mi final. Era una sensación parecida a esta, desesperación, sin ver una salida… Sin embargo, apareciste tú junto a los arcángeles y vinisteis en mi búsqueda, encontraste la forma de salvarme y sé que volverás a hacerlo, pero esta vez salvarás a toda la creación.

Ella le sonrió amargamente.

—Es mucha responsabilidad… —susurró.

—Es una bendición, Anael —respondió mirándola a los ojos—. ¿No has pensado en por qué el arcángel Miguel te encomendó a ti esta misión? ¿Por qué fuiste tú la elegida para ir junto a Santiago y la división a Lugo? —Ella apretó los labios—. ¿Por qué te entregó a ti su espada? —acabó preguntándole.

Ella llevó su mano hasta su cinturón, donde colgaba la espada que Miguel le había legado y de la que no se había separado desde que se la entregó.

—No ha vuelto a brillar —susurró ella—. Esta espada, sin su poder, es igual que cualquier otra espada. Solo la luz de Dios puede hacerla lucir —recordó.

—Y Miguel te la legó a ti… —recordó—. Todos los arcángeles confían en ti. Sé que encontrarás la forma de salvarlos a todos. Lo hiciste conmigo, ¿cómo no lo vas a hacer por el resto de ángeles y por la humanidad? El amor es lo que siempre te ha movido, por eso eres tan importante, Anael, el amor es el sentimiento más puro del Universo, el amor lo puede todo —enfatizó—. Por eso tú eres la elegida, porque eres el ángel del amor. —Ella pasó una mano por el pecho de Gadreel, sobre su armadura oscura, acariciándolo—. Lo lograrás, yo no lo he dudado ni un segundo.

Ella lo miró con ojos llorosos y se puso de puntillas para besarlo en los labios. Gadreel la sujetó rápidamente por la cintura y llevó su mano hasta la nuca de Anael para que no se apartase de sus labios. Anael se abrazó a él, permitiéndose aquellos segundos para desconectar de todo, sintiendo los labios de Gadreel sobre los suyos, moviéndose con una calidez y un cariño que no podían igualarse a nada.

Se separó lentamente de él y suspiró mientras apoyaba su frente sobre la armadura de él, cerrando sus ojos. Él aprovechó para cerrar también los ojos y acariciar su cabello, permitiéndose unos segundos de relax.

Finalmente, Anael le sonrió con ternura.

—Vamos a ello —dijo con un tono más animado.

Él asintió y la soltó lentamente, recorriendo con sus manos su cintura. Se giraron y fueron hacia la mesa de nuevo, esta vez con la esperanza renovada y los nervios bajo control. Debían averiguar el conjuro para cerrar las puertas del infierno lo antes posible. El idioma no importaba, pero sí lo que debía decirse, por eso mismo debían comprender perfectamente cada una de las palabras de aquel conjuro. El gran problema era que la imagen no se veía correctamente.

Anael se acercó a la fotografía mirándola atentamente.

—¿Es la palabra shadim? —preguntó intrigada.

Él se acercó mirándola con atención.

—Sí, creo que sí.

—Demonio —dijo ella apuntándola en el documento.

Ambos se giraron cuando llamaron a la puerta, aunque quien se encontraba tras ella no esperó a que le diesen paso. Víctor abrió directamente, acelerado, y miró a Anael y a Gadreel. Iba a hablar, pero Gadreel se puso en pie elevando una mano hacia él e instándole a que saliesen fuera de la habitación de aquel búnker. Necesitaban que Anael tradujese el conjuro lo antes posible y que se mantuviese concentrada.

—Yo me ocupo, Anael —dijo Gadreel acercándose a Víctor—. Sigue traduciendo, por favor.

Ella asintió volviendo su cabeza hacia abajo, concentrada.

Gadreel salió y se sorprendió al encontrar allí a Kata. Cerró la puerta más preocupado, pues sus rostros reflejaban que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? —susurró, no quería que nada distrajese a Anael.

Kata dio un paso hacia él.

—Ya están aquí —susurró Kata.

—¿Aquí? ¿Quiénes?

—Thelema ha aterrizado en la Antártida hace escasos minutos.

Gadreel comprendió lo que significaba.

—¿Dónde?

—A unos kilómetros de aquí, tras la colina Bunger —explicó ella.

Gadreel se removió nervioso.

—El resto de la división y parte de la Aurora Dorada, así como algunos militares, se dirigen hacia el lugar en vehículos —explicó Víctor.

Gadreel tragó saliva.

—Sabéis que nosotros, los ángeles, tenemos prohibido dañar a cualquier humano. Podemos luchar contra los demonios, pero no contra los humanos —recordó él.

—Lo sabemos —contestó Kata dando un paso hacia él y tomando su mano—. Solo veníamos a informar. La mayoría van a su encuentro. Supongo que Thelema intentará ayudar a Astaroth…

—Supones bien —le dio la razón Gadreel.

—Intentarán detenerlos —continuó Víctor—. Los arcángeles Gabriel y Uriel se han trasladado unos segundos al lugar para asegurarse de lo que ocurre y han confirmado que han aterrizado dentro de la cúpula.

Gadreel se removió nervioso y se giró para observar la puerta cerrada. Tragó saliva y miró a Víctor y a Kata.

—Necesito que Anael se concentre lo máximo posible en descifrar el conjuro para cerrar las puertas del infierno. —Víctor y Kata asintieron comprendiendo la importancia de lo que Anael hacía—. ¿Vosotros os quedáis aquí?

Víctor asintió.

—Sí, de la división sí, el resto se dirigen hacia allí. Los acompañan varios miembros de la Aurora Dorada y algunos militares.

Gadreel asintió.

—Está bien, esperemos que puedan detener a Thelema. Es una organización con mucho poder y pueden ayudar a Astaroth a destruir la cúpula antes de lo previsto. —Los miró a los dos —. Gracias por decírmelo, mantenedme informado de todo y cualquier cosa que necesitéis, acudid a mí.

Víctor y Kata asintieron.

—Iré mirando lo que ocurre —dijo Kata—, y te informaremos de todo.

—Gracias —respondió Gadreel situando una mano en el pomo de la puerta.

Vio cómo ambos se alejaban, suponía que a otro búnker o habitación para que Kata pudiese concentrarse.

Se giró e inspiró hondo. Todo se estaba complicando por momentos. Sin la opción de atrapar a Astaroth en una de las botellas sus posibilidades de triunfar disminuían considerablemente y, además, ahora debían luchar también contra la organización secreta Thelema, la cual poseía un gran poder que sin duda facilitaría la salida de Astaroth de la cúpula.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras él justo cuando Anael alzó los brazos con una sonrisa.

—¡Lo tengo! —exclamó ella.

—¿Lo tienes? —preguntó sorprendido. Ella asintió, aunque su semblante se tornó serio, como si hubiese algo que la alarmase—. ¿Qué ocurre? —dudó nervioso mientras se situaba a su lado.

—Hay una parte de la explicación del conjuro que no acabo de comprender. —Gadreel miró hacia donde señalaba. Anael había traducido el conjuro con las palabras que creía correctas, ya que muchas estaban medio cortadas o no se podían leer bien del hebreo. Había intentado realizar una traducción correcta, aunque a veces era difícil—. Según la explicación sobre la preparación del conjuro, igual que con el conjuro para abrir las puertas del infierno, hacía falta un ritual de sangre…

—La muerte de Eloy —recordó Gadreel, a lo que ella asintió.

—Aquí hace falta otro ritual…

—¿Cuál es? —preguntó con curiosidad.

—La muerte de quien abrió las puertas del infierno —susurró pensativa.

Gadreel se quedó observándola.

—Pero eso ya está hecho, Farid murió —recordó—. Él fue quien realizó el conjuro para abrir las puertas.

Ella se quedó pensativa y negó de nuevo.

—La muerte debe realizarse antes de cerrar las puertas del infierno, como sacrificio. —Miró a Gadreel—. Para abrir las puertas del infierno no solo debía recitar el conjuro Farid, sino que también debía realizarse desde el otro lado, desde el infierno, a la vez. De esa forma, se abría un portal entre los dos planos.

—Y… ¿quién lo hizo? —preguntó inquieto. Anael se quedó mirándolo—. ¿Astaroth?

—Tuvo que ser él —pronunció ella—. Es el único de los nuestros con tanto poder como para abrir un portal entre los dos planos. —Apretó los labios.

Gadreel se removió nervioso.

—Entonces, para poder cerrar las puertas del infierno, ¿es necesario matar a Astaroth? —preguntó boquiabierto.

—Me temo que sí —susurró ella.

—Sabes que eso es imposible —dijo rápidamente Gadreel—. Debe de haber otra forma.

Ella se quedó parada y le tendió la tesis y la traducción que había realizado.

Gadreel leyó en primer lugar el conjuro para cerrar las puertas del infierno, asegurándose de que estaba de acuerdo con ella en la traducción. Cuando lo hubo leído y comparado con el original, leyó la explicación.

Todo ritual precisaba llevar a cabo una preparación y aquí podía leer claramente que se necesitaba otro rito de sangre, concretamente, de uno de los intervinientes que hubiese abierto las puertas del infierno. Aquellas palabras acababan de truncar todas sus esperanzas.

Puede que consiguiesen encerrarlo en una botella con el tiempo, pero ¿acabar con él? Imposible.

Anael se removió nerviosa.

—No… no hay forma de…

—Shhh… shhh… —dijo intentando calmarla—. Escucha, si logramos capturarlo en una botella supongo que será más fácil acabar con él, ¿verdad?

—No… no lo sé —respondió angustiada—, supongo que sí, pero… ya has visto que no hemos podido capturarlo y…

—Pues lo volveremos a intentar hasta que lo consigamos. —Situó sus dos manos sobre los hombros de ella—. Ahora que todo está traducido gozamos de más tiempo, podemos ir a por más botellas y prepararlas… Aún tenemos el sello, ¿verdad?

Ella asintió.

—El sello no se ha roto —confirmó ella.

—Pues con que consigamos varias botellas nos sirve. Debemos ir a por todas. Una vez lo tengamos encerrado ya veremos la forma de acabar con él o de cerrar las puertas de otra forma. —Suspiró y cerró los ojos con fuerza. Aunque no quería parecer desesperado ante ella, debía admitir que la situación cada vez era más complicada—. Debemos explicarle esto a los arcángeles. —Ella asintió rápidamente—. Uriel —pronunció Gadreel con celeridad.

No pasaron más que unos segundos antes de que el arcángel se presentase en la habitación del búnker. Los miró a ambos.

—Decidme.

Gadreel dio unos pasos hacia él.

—Anael ya ha traducido el conjuro para cerrar las puertas del infierno.

Uriel miró a Anael y sonrió.

—Perfecto.

Borró la sonrisa de su rostro cuando observó que ambos negaban. No pronunció palabra, se limitó a esperar a que ellos siguiesen explicando.

Anael tragó saliva y comenzó a dar detalles.

—En el conjuro para abrir las puertas del infiernos se requería un sacrificio de sangre. —Suspiró—. También se exige para el conjuro de cerrar las puertas. —Uriel enarcó una ceja, pues obviamente no le gustaba aquello—. Se requiere la sangre de uno de los que las abrió.

—Farid falleció, así que entendemos que quien abrió el portal desde el otro lado fue Astaroth —continuó Gadreel y chasqueó la lengua—. La cosa se complica. —Uriel se quedó callado, pensativo—. Hemos pensado en intentar encerrarlo de nuevo, quizá sea más fácil acabar con él así.

—Obviamente lo sería —comentó Uriel—, al menos no deberíamos luchar contra él.

—Pero no sabemos si se puede —indicó Anael—. ¿Cómo acabar con Astaroth en el interior de una botella?

Uriel señaló hacia la tesis.

—¿No explica nada ahí? —preguntó Uriel.

—No lo he leído todo, es posible —respondió ella en un susurro.

—Podríamos preguntar a Henry, el humano que hizo la tesis —explicó a Uriel.

Uriel se quedó unos segundos pensativo y finalmente los señaló.

—De todas formas, lo más importante sería encerrarlo lo antes posible. Paso a paso. Una vez lo tengamos atrapado ya pensaremos en cómo solucionar lo de las puertas —enfatizó—. Eso es lo más importante.

Gadreel asintió.

—Anael y yo iremos a por unas cuantas botellas más. El sello ya está hecho e intacto, podemos volver a usarlo.

Uriel asintió, aunque aquella información lo había dejado consternado, al igual que a ellos.

—Le comunicaré estos hallazgos al resto de arcángeles y, en cuanto sepamos el paradero de Astaroth, iremos a por él…

—Hay un problema —intervino Gadreel rápidamente, aunque miró de reojo a Anael—. La división y parte de la Aurora Dorada se dirigen a unos kilómetros de aquí, a la parte trasera de las colinas de Bunger. —Miró a Anael—. Thelema ha aterrizado su avión y se encuentra en la Antártida, suponemos que dispuestos a ayudar a Astaroth. —Se giró hacia Uriel—. No sé qué miembros de la Aurora Dorada se dirigen hacia allí, deberíamos averiguarlo, ya que necesitamos a los más poderosos para intentar realizar de nuevo el conjuro.

Uriel asintió.

—Yo me encargo de ir a verlos y explicarles la situación. —Uriel miró a los dos—. Conseguid más botellas —ordenó.

—Por supuesto —remarcó Anael.

Uriel desapareció dejándolos solos.

Gadreel fue a la mesa, dobló la hoja con el conjuro traducido y lo guardó en el interior de su armadura. Se giró hacia Anael y le tendió la mano.

—Bien, ¿en qué parte del mundo hay tiendas abiertas ahora? —ironizó.

22

El avión había aterrizado en el interior de la cúpula cuando comenzaba a oscurecer. Sabía que la luz del sol volvería en un par de horas. Las estrellas brillaban con fuerza en aquella oscura noche. Allí, sin contaminación lumínica ni atmosférica, el cielo era impresionante.

Elijah Turner fue el primero en descender del avión, seguido por Bilal y muchos otros miembros de la organización secreta.

En menos de una hora decenas de aviones llegarían de otras partes del mundo para ayudar, si bien, por lo pronto, ellos ya estaban allí, un grupo de unas treinta personas dispuestas a asistir a su señor.

Elijah se subió la cremallera del grueso abrigo hasta el cuello y descendió las escaleras del avión. Bilal lo imitó, pues el frío era intenso. Una corriente de aire helado hizo que sus capuchas volasen hacia atrás, pero volvieron a ponérselas mientras descendían las escaleras.

Elijah se detuvo cuando pisó la tierra helada y observó el gran agujero que había a unos metros de él. Sabía que ese era el lugar donde los dos planos se unían.

Caminó lentamente hacia él, con la respiración agitada por la emoción. Ahora que controlaba la organización secreta Thelema y que los había conducido hasta allí, no iba a escatimar en recursos para conseguir su propósito. Estaba convencido de que el mundo necesitaba un reseteo. Las cosas debían hacerse de otra forma.

Se detuvo a unos metros del agujero y miró hacia atrás, donde Bilal y el resto de miembros de la organización esperaban expectantes.

Se giró hacia el agujero e inspiró hondo.

—¡Astaroth! —gritó—. ¡Astaroth, mi señor! ¡Estamos aquí para cumplir tus órdenes!

El silencio era espeluznante, roto únicamente por el silbido del viento y el crujir del hielo bajo los pies de los últimos miembros de la organización que se acercaban al lugar, situándose tras la espalda de Elijah.

—¡Mi señor! ¡Venimos a servirte! —volvió a gritar.

No se escuchaba nada, de aquel agujero no salía nada. Ni siquiera sabía a dónde debía dirigirse para hablar con él. Sabía que Farid lo había conseguido, que había hablado con Astaroth en persona. Ahora que él era el responsable de la organización debía seguir los pasos de Farid.

Esperaron unos segundos en silencio. Elijah miró de un lado a otro, asegurándose de que no había peligro, pues también era conocedor de que la Aurora Dorada y la división se encontraban allí, vigilando el lugar.

—¡Mi señor! —volvió a gritar provocando que las montañas que lo rodeaban repitiesen sus palabras.

Todos, incluido él, dieron sorprendidos unos pasos atrás cuando de aquel agujero emergió a toda velocidad un ángel de alas negras vestido con una armadura y el cabello rubio y largo moviéndose de un lado a otro.

Aguantó la respiración mientras observaba sin poder pestañear y con la mandíbula desencajada a Astaroth mantenerse suspendido en el aire, observándolos a todos como si los evaluase.

La imagen era mucho más sobrecogedora de lo que habían imaginado y los cogió a todos por sorpresa.

Astaroth descendió hasta la tierra y aterrizó con un golpe que provocó un temblor en todo el

suelo. Todos se quedaron paralizados ante su imponente figura. Elijah fue el primero en reaccionar arrodillándose directamente, con su cabeza hacia abajo.

—Mi señor —susurró Elijah situando sus dos manos en la nieve, totalmente reclinado. No había duda de quién era. El resto de los allí presentes lo imitaron rápidamente, temerosos del ángel caído que tenían enfrente.

Era un serafín enorme y musculoso, de apariencia seria y agresiva.

Elijah mantenía su cuello hacia abajo, no osando elevar su cabeza, temeroso. Sintió un ligero temblor en todo su cuerpo al encontrarse ante él y, cuando Astaroth avanzó situándose ante Elijah, este último ni siquiera se atrevió a mirarlo.

—Señor… —susurró—, venimos a obedecer sus órdenes y a ayudarlo. —Su voz sonó temblorosa—. Todos hemos sabido de la pérdida de Farid, de que a usted lo mantienen preso en esta cúpula… y venimos a ayudarlo tal y como hubiese hecho nuestro hechicero supremo, Farid.

Astaroth miró a todos los hombres arrodillados ante él y sonrió de soslayo. Echó la vista hacia abajo, hacia aquel humano que parecía ser el nuevo cabecilla de la organización secreta Thelema.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó con voz grave.

Elijah tragó saliva e intentó calmar su voz.

—Elijah Turner —respondió.

Astaroth pasó unos segundos observándolo.

—Ponte en pie, Elijah —ordenó Astaroth.

Elijah asintió, poniéndose en pie lentamente, sin mirarlo a la cara. Se sacudió el abrigo y mantuvo su gesto sumiso, debía tener presente que estaba ante el serafín más poderoso del Universo.

—Mírame, Elijah —ordenó Astaroth y luego miró a su espalda—. El resto, levantaos.

Todos obedecieron sin rechistar, poniéndose en pie tal y como había ordenado el serafín.

Elijah elevó su cabeza lentamente, con precaución, hasta que se topó, pese a la oscuridad de aquel momento, con unos ojos increíblemente claros. Los mechones de cabello rubio y largo pasaban por delante de su rostro movidos por el viento, aunque aquello no parecía molestarle.

Tragó saliva e hizo una sutil reverencia.

—Mi señor —repitió en un susurro y volvió a mirarlo—. Venimos a cumplir sus órdenes —repitió con la espalda más erguida—. Tras la muerte de Farid Ansari yo he ocupado el puesto de hechicero supremo… —Se quedó unos segundos callado cuando observó a Astaroth moverse de un lado a otro para ver cuántos hombres eran—, venimos a acabar la misión que él comenzó, a renovar el mundo tal y como nos prometió.

Astaroth fijó su mirada en él y dio unos pasos, acercándose. Elijah tuvo que contenerse de no dar unos pasos atrás.

—¿Cuántos hombres sois? —preguntó con la espalda firme.

—Ahora somos veintiséis —contestó—, pero en breve llegarán más hombres, un total de ochenta y seis hombres dispuestos a cumplir lo que usted ordene, mi señor.

Astaroth asintió. Aquellos hombres podían formar el caos que él tanto necesitaba, distraer a la Aurora Dorada y a la división mientras él acababa de resquebrajar la cúpula.

—La cúpula con la que me mantienen preso está casi desintegrada —explicó Astaroth situándose frente a Elijah—, pero hay un grupo de humanos de la Aurora Dorada con mucho poder, además, están respaldados por una división de seis hombres con características sobrehumanas y por ángeles y arcángeles. —Se quedó callado unos segundos—. Han intentado encerrarme de nuevo en una botella sin conseguirlo. —Aquel dato llamó la atención de Elijah

que lo miró sorprendido. Astaroth miró de nuevo a los hombres que tenía frente a él—. ¿Tienen poder?

Elijah asintió efusivamente.

—Sí, señor, todos —concluyó.

—La Aurora Dorada es poderosa… —repitió.

—Nosotros también lo somos —sentenció Elijah con confianza—. Y haremos cualquier cosa con tal de liberarlo e iniciar el nuevo mundo que se nos prometió.

Astaroth miró a Elijah y sonrió de soslayo. Se giró y miró hacia la colina Bunger.

—Tras esa colina se encuentra el punto más débil de la cúpula, el que he estado destruyendo. Allí, la Aurora Dorada y la división han creado una base a la que llaman Nueva Esperanza… —se burló—. Decenas de miembros de la Aurora Dorada, así como de ángeles, fortalecen a cada minuto la cúpula con la esperanza de que yo no la destruya, pero la cúpula está tan débil que no soportará mucho más antes de que la haga añicos y arrase con todo —sentenció. Astaroth miró a todos aquellos hombres—. Necesito que distraigáis a la Aurora Dorada, a la división y a los militares para que yo pueda completar la destrucción de la cúpula. —Elijah asintió—. Por los ángeles no os preocupéis, no pueden tocaros… —Miró a los hombres—. Os enviaré ayuda —dijo girándose hacia el agujero y cerró los ojos unos segundos—. Así podréis encargaros mejor de nuestros enemigos. Los demonios os protegerán.

—Los… ¿los demonios? —preguntó Elijah alterado.

Astaroth se giró para mirarlo y sonrió ante el terror que emanaba de la voz de aquel hombre. Ladeó su cabeza con una sonrisa tenebrosa.

—Farid no se asustaba con ellos… ¿acaso tienes miedo? —ironizó.

—No, no mi señor —puntualizó Elijah poniéndose firme, intentando demostrar con la postura de su cuerpo que se encontraba totalmente preparado para iniciar la misión que Astaroth les encomendaba.

—Destruid la base y acabad con la Aurora Dorada y la división, y… —se quedó pensativo —, cuantos más militares caigan, tanto mejor, pero vuestra misión principal son la Aurora Dorada y la división, ellos son los más poderosos, los que pueden volver a encarcelarme. —Alzó el mentón—. Dependo de vosotros. Conseguidme vía libre para romper la cúpula y os premiaré con la vida eterna —sonrió Astaroth.

Elijah inspiró hondo y sonrió, sin comprender realmente el significado de aquellas palabras y lo que comportaban. Sí, Astaroth les había prometido un nuevo mundo, que ellos serían los reyes que gobernarían, que iniciarían una nueva etapa donde ellos serían los encargados de repoblar el mundo que Astaroth les brindaba… y estaban dispuestos a todo por conseguirlo.

Elijah se giró hacia Bilal y señaló al avión.

—Ponte en contacto por radio con el resto de aviones y pregunta cuánto tiempo les queda para llegar. Pásales nuestras coordenadas.

Bilal asintió y fue directo al avión para comunicarse por radio con el resto que se acercaban velozmente hacia allí.

Cuando Elijah se giró hacia Astaroth, miró la espalda del serafín, el cual se había quedado suspendido en el borde del agujero extendiendo los brazos hacia los lados.

Segundos después, los gritos aterradores de centenares de demonios rompieron el silencio. Algunos de ellos volaban hacia lo alto, otros simplemente aparecían arrastrándose sobre el hielo, fruto de haber escalado desde las profundidades.

Elijah tragó saliva y dio un paso hacia atrás, conmocionado. De inmediato, al igual que muchos de los miembros de Thelema, se taparon los oídos, pues los alaridos de los demonios

eran tan ensordecedores que amenazaban con hacer explotar sus tímpanos.

Astaroth avanzó en dirección a Elijah mientras los demonios lo rodeaban. Todos los hombres permanecían paralizados, ocultando sus oídos tras sus manos, con la mirada hacia el cielo, viendo a decenas de demonios sobrevolarlos. Parecían realmente impactados.

Astaroth se situó frente a Elijah, el cual, pese al frío de la zona, sudaba por los nervios mientras una gota descendía por su mejilla.

—Ellos os protegerán —indicó él.

Elijah asintió atemorizado, mirando cómo a pocos metros de él descendían varios de aquellos demonios escondiendo sus alas y gritando hacia el cielo, sin duda, con ansias de lucha.

—Señor Turner —gritó Bilal corriendo hacia él—. El resto de aviones se encuentran a poca distancia de aquí. En menos de un cuarto de hora pueden aterrizar en este lugar.

Elijah asintió y se giró hacia Astaroth que obviamente había escuchado lo que Bilal narraba.

—Avanzad rápido —ordenó Astaroth—. Os espero tras las colinas. No tardéis —acabó con una sonrisa mostrando los dientes.

Dicho esto, desapareció.

Elijah tragó saliva y miró a sus hombres, luego desvió la atención hacia Bilal, aquel hombre no tenía poder ni dominio alguno de la magia ancestral, no serviría de nada que los acompañase. Bilal se había limitado a ser el simple asistente de Farid.

—Nosotros partiremos ahora hacia la montaña —gritó señalándola. La montaña debía de encontrarse a unos cuantos kilómetros, esperaban poder superarla en unos veinte minutos si llevaban buen ritmo. Fue hacia Bilal—. Avisa a los aviones de que aterricen lo más cerca que puedan de la colina Bunger, así no se retrasarán. —Bilal asintió—. Quédate en este avión junto al piloto por si necesitamos volver —ordenó.

Bilal asintió y lo miró.

—Por supuesto, hechicero supremo —comentó Bilal.

No supo si fue el frío o que su piel se erizó al escuchar aquellas palabras. Llevaba tantos años persiguiendo el puesto de hechicero supremo que no se lo creía. Al fin era suyo.

Elijah asintió antes de girarse e indicar con la mano que todos lo siguiesen rumbo a la colina.

El viento soplaba excesivamente fuerte y era helado, arrastrando trozos de hielo que impactaban contra su cara como si se tratase de pequeños cuchillos.

Echó una mano hacia delante y creó ante él un escudo energético que emitía una luz anaranjada. Al menos, de aquella forma, podía caminar con más agilidad y sin que su rostro se congelase.

El resto de los hombres que le seguían lo imitaron. Aquel era un hechizo sencillo, nada que ver con lo que podían llegar a hacer. Cierto que él no tenía tanto poder como Farid, pero estaba dispuesto a todo por cumplir aquella misión.

Aceleró el paso y miró hacia los lados mientras con el escudo creado de energía avanzaba con más celeridad.

—¡No os entretengáis! ¡Vamos! —ordenó con voz grave aumentando el paso.

Astaroth apareció en la base Nueva Esperanza, donde la cúpula estaba más debilitada.

Varios militares dieron unos pasos hacia atrás sorprendidos por su aparición.

No esperó ni un segundo para echar los brazos hacia delante, apretar los dientes y rugir mientras la niebla que provenía de su pecho y se desplazaba enrollándose en sus brazos como si fuese una serpiente salía despedida hacia la cúpula con un fuerte estruendo.

Rugió aplicando toda la fuerza que podía. Ahora se encontraba totalmente fortalecido. Atrás

había quedado el momento en que se había sentido debilitado, por suerte, su recuperación era muy rápida.

Mientras rugía, el suelo tembló provocando que varios militares saliesen corriendo despavoridos y que unas avalanchas se precipitasen de lo alto de las montañas hacia el valle.

Los gritos de todos se sucedieron en la explanada. Algunos militares cayeron al suelo al no guardar el equilibrio mientras otros permanecían totalmente pasmados ante la imagen que aparecía ante ellos.

Astaroth rugió más fuerte, aplicándose a fondo. Ya casi podía sentir cómo su energía traspasaba la cúpula. Sabía cómo funcionaba, su energía penetraba en la cúpula lentamente, desmontándola hasta que pudiese atravesarla y, finalmente, la quebrase del todo.

Si el estallido que había creado al romper la estrella de David había sido potente, no llegaba a imaginarse cómo sería cuando finalmente rompiese aquella cúpula que abarcaba toda la Tierra de Wilkes, sería un espectáculo digno de ver.

—¡Astaroth! —gritaban algunos militares corriendo por el descampado.

—¡No abandonéis el puesto! —gritó uno de los generales—. ¡Guardad la posición! —ordenó.

Algunos militares, presos del pánico, no hacían caso a sus órdenes, otros se arrodillaban en el suelo hincando una rodilla para guardar el equilibrio y apuntaban con sus armas en dirección a la cúpula.

El grito de Astaroth perforaba los oídos de todos con tanta fuerza que casi te hacía enloquecer.

El arcángel Gabriel corrió hacia allí junto a Rafael y Uriel, situándose justo frente a donde se encontraba Astaroth, extendiendo sus brazos e iluminando con todas las fuerzas que podían la cúpula, intentando que la energía de Astaroth no penetrase en ella, aunque realmente estaba muy desgastada. La cúpula no aguantaría ni media hora a ese paso.

Gabriel miró fijamente a Astaroth mientras él también hacía fuerza, apretando su mandíbula.

—¡Basta, Astaroth! —le ordenó Gabriel.

Astaroth oscureció su mirada y, en ese momento, Gabriel se dio cuenta de que estaba totalmente decidido a destruir la cúpula y acabar con toda la creación. Su mirada era enérgica y agresiva como no lo había sido hasta ese momento.

—No pienso detenerme —rugió Astaroth intensificando más aún su poder, provocando otro temblor en la tierra—. Ni tú ni nadie podrá hacerlo.

Gabriel inspiró hondo concentrándose en extraer toda la luz y la energía de su cuerpo, igual que el resto de sus compañeros.

El resto de arcángeles se situaron también a su lado. Zadquiel, Jofiel y Baraciel aparecieron al lado de ellos, extendiendo los brazos también, al igual que muchos ángeles que se situaron por detrás y a los lados, extrayendo de su interior todo el poder que tenían dentro para evitar que Astaroth pudiese escapar.

Sin embargo, el poder del serafín era demasiado poderoso y la cúpula ya estaba muy dañada.

Los arcángeles aguantaron la respiración cuando vieron aparecer en la cúpula fracturas, como un cristal que comenzaba a resquebrajarse poco a poco. Gabriel miró de reojo a Uriel y a Rafael, los arcángeles que tenía a su lado, preocupado, pues la cúpula no iba a aguantar mucho más. Ellos tenían la misma mirada que él.

—¡Astaroth! —gritó Uriel—. Tú también creaste todo esto —le recordó, intentando hacerlo

entrar en razón.

Astaroth lo miró y sonrió.

—Y por eso mismo lo pienso destruir —concluyó mientras otra oleada de poder golpeaba la cúpula con tanta fuerza que hasta los arcángeles y ángeles que luchaban por mantenerla en pie salían despedidos hacia atrás.

La cúpula estaba tan agrietada que comenzaba a filtrar parte de la energía de Astaroth al exterior. No disponían de muchos más minutos antes de que la cúpula estallase por los aires y Astaroth fuese libre para iniciar su particular venganza contra todos ellos y contra su Padre, arrasando con todo aquel que se interpusiese en su camino y acabando con todo lo que con tanto amor habían creado.

23

Víctor miró a Kata. Se encontraban en el búnker amarillo, en una de las habitaciones adyacentes a donde Anael y Gadreel habían realizado la traducción de la tesis del grimorio del rey Salomón.

Se giró y observó por la ventana. Astaroth había irrumpido en la cúpula pocos minutos antes con un gran estruendo que había hecho temblar todo el búnker, aunque se había sorprendido cuando Kata no se había movido, pues estaba totalmente concentrada.

Tragó saliva mientras observaba cómo los arcángeles se situaban ante Astaroth intentando frenar la rotura de la cúpula, pero esta había comenzado a fracturarse. Le recordaba a cuando la luna de un vehículo se rompía al ser golpeada por una piedra.

Parte de los militares habían huido, aunque algunos de ellos habían vuelto a sus posiciones tras su primera impresión, arrodillándose ante la cúpula y preparados para defender la zona si Astaroth conseguía romper la cúpula energética.

Se giró y observó a Kata. Le llamó la atención que tenía la respiración acelerada. Dio unos pasos hacia ella.

—¿Kata? —susurró agachándose a su lado, preocupado, pues ella se mantenía estirada sobre una esterilla y cada vez respiraba más deprisa. Kata no respondió. Llevó su mano hasta su brazo y la zarandeó levemente intentando que volviese en sí—. ¡Kata! —exclamó esta vez más fuerte para hacerla volver.

Se apartó rápidamente cuando Kata se incorporó de inmediato con un grito.

—Eh, eh… tranquila —susurró acariciando su cara. Kata miraba de un lado a otro asustada —. ¿Qué ocurre?

Kata parecía desubicada y volvió a mirar de un lado a otro. Eso le extrañó, jamás la había visto de aquella forma.

—Kata —insistió él forzándola a que lo mirase—. Mírame, estoy aquí, contigo… —susurró acercándose a ella—, ¿qué pasa?

Ella tragó saliva. En ese momento se dio cuenta de que estaba pálida y unas gotas de sudor brillaban en su frente. Kata se sujetó a sus manos intentando recuperar el aliento.

—Ha… ha comenzado… —sollozó al borde de los nervios.

Él la miró sin comprender.

—¿Ha comenzado? ¿El qué? —preguntó sin soltarla.

—Están ascendiendo desde el infierno —inspiró hondo intentando relajarse—. Cientos de demonios, entre ellos Lucifer y Belcebú. —Víctor apretó los labios nervioso—. Thelema ha aterrizado y vienen hacia aquí rápidamente, se encontrarán por el camino con nuestros compañeros —gimoteó—. Va a suceder —dijo con los ojos más abiertos—. Astaroth lo va a conseguir.

—No lo permitiremos, Kata —comentó él.

Ella se removió nerviosa e intentó incorporarse, pero le temblaban demasiado las piernas después de lo que había visto.

Víctor la cogió por la cintura y la ayudó a ponerse en pie. Sus piernas ni siquiera aguantaban su cuerpo. Kata tuvo que apoyarse en la mesa para mantenerse erguida.

—Son muchos hombres de Thelema, y acaban de unirse muchos más. Acaban de aterrizar dos aviones más tras la colina Bunger… —decía con un hilo de voz.

—Tranquila… —intentó calmarla.

—¡Víctor! —gritó ella haciendo énfasis en sus palabras—. Nuestros compañeros no tienen nada que hacer contra ellos —dijo más seria—. Son demasiados, y van acompañados de cientos de demonios. Belcebú y Lucifer acaban de ascender, así que no tengo dudas de que se unirán a ellos en pocos minutos. —Lo miró fijamente—. Acabarán con todos —sollozó.

Víctor se removió nervioso. Kata estaba realmente muy preocupada, con los ojos llorosos. Le contagió aquella preocupación. Sabía que Kata no mentía, que su don le permitía ver lo que ocurría en la otra punta del mundo, incluso en otros planos.

Víctor miró a través de la ventana.

—Astaroth está aquí… —dijo cuando ella miró también a través de la ventana.

Kata se llevó la mano temblorosa a la boca, observando a Astaroth golpear con una fuerza extrema la fina cúpula que quedaba firme, la única barrera que los separaba de la extinción.

Los arcángeles y la mayoría de los ángeles estaban en primera línea iluminando la cúpula con toda su luz, intentando reconstruirla, pero las grietas eran cada vez más numerosas.

—La cúpula no aguantará mucho más —susurró ella con los ojos llorosos, asustada—. Y Thelema se acerca junto al resto de la tríada maligna.

Víctor la miró.

—Debemos avisarlos —dijo Víctor cogiendo su mano.

Se giraron y corrieron hacia la puerta.

Cuando salieron del búnker el viento casi los echó atrás. Era plena noche. En poco rato volvería a amanecer, pero en cuanto el sol se escondía la temperatura descendía en picado.

Víctor corrió delante de Kata entre todos los militares que permanecían absortos mirando la progresiva destrucción de la cúpula, varios de ellos paralizados por el miedo, otros con la mirada fija en ella esperando el momento en que se les diese la orden de atacar.

Llegaron hasta los ángeles y pasaron entre ellos, cegados por la potente luz que provenía de sus pechos.

—Gabriel —dijo Víctor llegando hasta él, aunque en ese momento se fijó en que, a pocos metros de distancia y separado por una fina barrera energética, se encontraba Astaroth mirándolo fijamente, con todos los músculos en tensión, ejerciendo la mayor fuerza posible hacia la cúpula cada vez más resquebrajada. Gabriel se giró hacia él, aunque no dejó de iluminar la cúpula, pues su luz era lo que la estaba manteniendo firme en aquellos momentos y evitaba su desintegración. Víctor se situó a su lado y, sin dejarse impresionar por Astaroth, se acercó a él para susurrarle, pues no quería darle más pistas al serafín—. Thelema, junto a un centenar de demonios y los dos integrantes de la tríada maligna se dirigen hacia aquí. —Pudo detectar cómo todo el cuerpo del arcángel entraba en tensión al escuchar aquellas palabras—. La Aurora Dorada, la división y varios militares se encontrarán con ellos en pocos minutos, a medio camino —continuó informando, aunque con voz angustiada.

Gabriel comprendió. Los miembros de la Aurora Dorada, así como la división y los militares que los acompañaban tenían formación para exorcizar a los demonios sin problema, aunque por lo que Víctor le informaba era un grupo mucho más numeroso que ellos. Corrían un grave peligro. Todo se estaba complicando. Aunque conocían cuál era el plan de Astaroth, estaban demasiado bien organizados y les estaban haciendo una gran emboscada. Además, si todos aquellos demonios habían surgido de las entrañas del infierno junto a Belcebú y Lucifer, acabarían con todos ellos en cuestión de segundos.

No podía dejar a aquellos humanos a su suerte. Cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió observó la sonrisa perversa de Astaroth. Sí, sabía perfectamente lo que hacía. Se giró un segundo y observó a todos los humanos que permanecían tras ellos, intentando defender aquella

zona. Si Astaroth lograba finalmente romper la cúpula, acabaría con todos ellos en un santiamén.

—Todos los humanos… —comentó Gabriel con dolor en su voz—, salid de aquí, id a ayudar a los vuestros.

Víctor lo miró contrariado.

—Pero… ¿y vosotros…?

Gabriel negó.

—No tenéis nada que hacer contra Astaroth, creo que ya lo sabéis. Saca a todos los humanos de aquí. ¡A todos! —insistió, aunque con un ligero tono de dolor en su voz.

En ese momento llegó Kata hasta ellos y la miró, le sonrió con ternura y volvió a mirar a Víctor.

—Hazlo, ahora —insistió.

Víctor dudó unos segundos. Aquellas palabras llevaban impregnado un dolor enorme. Comprendía realmente lo que significaban y lo que llevaban implícito. Ni ellos mismos, los arcángeles, podrían detener a Astaroth, al menos los humanos tendrían una mayor oportunidad y más tiempo de vida alejados de allí.

—De acuerdo —susurró Víctor que lo observó con tristeza—. Yo… gracias por… —se le quebró la voz.

Gabriel asintió tranquilamente, como si no le importase morir por ellos. Víctor tragó saliva y sintió cómo su corazón se hacía añicos.

—Ve, rápido —insistió Gabriel con un tono tranquilo, incluso tierno.

Víctor finalmente asintió. Tuvo que hacer de tripas corazón para alejarse de allí, comprendiendo lo que el arcángel Gabriel le insinuaba con aquellas palabras.

Kata miró al arcángel con ojos llorosos.

—Kata —la llamó el arcángel—, ¿sabéis algo de Anael y Gadreel? —Ella negó y Gabriel suspiró—. Intentad contactar con ellos, los necesitamos aquí ya. —Ella asintió sin moverse del lugar, había escuchado toda la conversación que había mantenido con Víctor y su corazón se había paralizado. Gabriel le sonrió en un intento por tranquilizarla—. El arcángel Miguel se sentiría muy orgulloso de ti por todo lo que has hecho.

Ella apretó los labios y no puedo evitar reír mientras intentaba controlar una lágrima. Cuando era mucho más joven y no controlaba tanto su poder había conseguido moverse de plano e ir al cielo. El arcángel Miguel junto a Anael la habían recibido allí y, sinceramente, el arcángel Miguel no había sido nada agradable con ella, al contrario, le había prohibido volver al cielo o se le vetaría la entrada por toda la eternidad. Sabía que lo que Gabriel le decía tenía que ver con el enfado que ella había mantenido durante años con los ángeles por la bronca que le había dado el arcángel Miguel.

—Gracias por todo —le susurró Gabriel—. Vamos, ve con Víctor.

Ella asintió y miró al arcángel con una sonrisa. No pudo decir palabra alguna, pues no podía controlar el temblor de su labio que amenazaba con hacer un puchero.

Se giró y salió corriendo tras Víctor, el cual hablaba con los generales que se encontraban en el descampado, repitiéndole las órdenes que Gabriel le había dado.

El arcángel Gabriel miró a ambos lados, todos se encontraban allí, aún había varias legiones que no habían descendido y que esperaban a ser llamadas para descender de los cielos a combatir, esperaba no tener que llamarlas, aunque si hacía falta no dudaría en hacerlo. Siempre iba bien tener un as bajo la manga.

Giró su cuello y miró a Jofiel.

—Los militares van a tomar unos camiones —le explicó—. Síguelos junto a Baraciel y

ayudadlos en todo.

Jofiel enarcó una ceja en su dirección y luego miró de reojo hacia Astaroth.

—No nos marcharemos de aquí —susurró, obviamente no quería dejarlos solos.

Gabriel inspiró hondo.

—Jofiel… —dijo con más contundencia—, no podemos evitarlo. Tú lo sabes tan bien como yo —comento lentamente. Jofiel tragó saliva y cerró los ojos unos segundos—. Proteged a los humanos, esa es nuestra principal misión.

Jofiel apretó los labios como si no estuviese de acuerdo con aquella orden, pero se limitó a asentir.

En cuanto los camiones se pusiesen en marcha y avanzasen, ambos arcángeles los seguirían. Había escuchado la conversación con el miembro de la división, Víctor, y sabía que Kata, la viajera, había visto que Belcebú y Lucifer habían salido al exterior junto a un centenar de demonios. Unidos y en compañía de los miembros del grupo Thelema, recién llegados a la Antártida, se dirigían hacia donde se encontraban ahora para ayudar a Astaroth en su cometido. Batirse en duelo con los demonios no era problema para ellos, pero sí lo eran Lucifer y Belcebú, que eran dos ángeles de gran poder, aunque no tanto como Astaroth. Lucifer y Belcebú serían dignos rivales, pero confiaban en poder retenerlos.

Gabriel volvió la mirada hacia delante y se topó de nuevo con la mirada sombría de Astaroth.

—¿Ya huis? —preguntó con la mirada fija en él y los dientes apretados por el esfuerzo que realizaba.

—No nos iremos a ninguna parte, Astaroth —respondió.

—Una pena… no os queda mucho tiempo de vida —acabó con una sonrisa maligna.

Gabriel lo miró con intensidad, observando que la cúpula se quebraba más aún. Aunque la luz de todos los arcángeles y los ángeles que lo acompañaban era intensa, no lograban reparar la barrera energética, solo ganaban minutos—. Tic, tac, tic, tac… —se burló.

Gabriel se giró para observar que todos los militares ya se movilizaban. Lo único que le interesaba en aquel momento era que los humanos se alejasen de allí y no representasen la primera línea de combate contra Astaroth. Tendrían su última oportunidad luchando contra el serafín, pero solo ellos, sin que ningún humano pudiese sufrir daño alguno.

—¡Retirada! —gritó uno de los generales—. Coged todas las armas e id hacia los camiones.

Algunos militares tardaron en reaccionar, pero cuando los generales repitieron las órdenes todos se movieron con celeridad.

Kata se acercó a Víctor que hablaba con uno de los generales.

—¿A dónde debemos dirigirnos? —preguntó el general con celeridad.

—Yo puedo guiaros —respondió Kata—. Es a pocos kilómetros de aquí.

El general que sin duda ya había recibido toda la información por parte de Víctor acerca de lo que estaba a punto de ocurrir a poca distancia de allí, se giró y fue dando órdenes a todos los militares para que se dirigiesen a los camiones.

Víctor cogió la mano de Kata.

—Ve con ellos, yo voy por libre.

—¿Por libre? —preguntó agitada.

—Soy más rápido que los camiones, llegaré antes con mis compañeros —respondió.

Aunque no le gustó la idea, Kata asintió, era la única esperanza. Víctor la miró a los ojos, la tomó por la cintura y la acercó para besarla. Kata se abrazó a él con todas sus fuerzas mientras lo besaba con intensidad.

—Te buscaré —susurró Víctor separándose de ella levemente.

Tomó su mano y la apretó.

—Ten cuidado —dijo ella acariciando su mejilla.

Él asintió mientras besaba su mano, luego volvió a descender hasta sus labios, besándolos suavemente y, dicho esto, se giró para salir a toda prisa en dirección al lugar donde se encontraban sus compañeros.

Kata lo vio alejarse, aunque fue solo durante una fracción de segundo, pues su velocidad era tan rápida que desapareció de su vista nada más girarse.

Kata se giró hacia los tres camiones que ya ocupaban casi todos los militares y fue hacia el primero donde se encontraba el general.

—Suba —dijo el general para que Kata entrase a la cabina.

Le tendió la mano, pero Kata se giró hacia la puerta de los búnkeres, en ese momento otro temblor hizo que casi perdiesen el equilibrio.

—Dios mío —susurró Kata mirando la cúpula cada vez más quebrada. Se giró buscando a sus compañeras—. ¡Diana! —exclamó—, ¡Magda! —gritó viendo que se dirigían corriendo hacia ella—. ¡Vamos! ¡Hay que abandonar el lugar! ¡Ya!

Mientras las dos corrían hacia el camión observaron a todos los ángeles replegados junto a la cúpula, intentando ralentizar su rotura, aunque fuese el tiempo suficiente para permitir que ellos abandonasen el lugar.

—¡Subid! —les gritó el general señalando a la parte trasera del camión.

Diana que llevaba un rifle se lo tendió al militar para que la ayudase a subir al camión, luego se giró para ayudar a Magda que también corría desesperada.

Magda entró al camión y uno de los militares le cedió el sitio para que se sentase. Miró a todos los hombres.

—¿Dónde está el padre Santiago? —preguntó acelerada y se giró hacia fuera—. ¿Padre? —gritó.

Diana se acercó a ella mirando entre los pocos militares que corrían hacia los dos camiones restantes, no había ni rastro del sacerdote. Tragó saliva nerviosa justo cuando Magda señaló hacia un lugar.

El padre Santiago se encontraba al lado del búnker amarillo, de rodillas sobre el hielo sin importarle que estas se estuviesen congelando, con la cruz entre sus manos y los ojos cerrados, orando.

—¡Padre! —gritó Magda desesperada.

Santiago abrió los ojos y miró en dirección a donde había escuchado que lo llamaban.

—¡Padre, vamos, venga! —gritó Diana.

El padre se puso en pie y avanzó hacia el camión mientras otro temblor hacía que casi perdiese el equilibrio.

—¡Padre! —gritó Magda tendiéndole la mano para ayudarlo a subir, pero el sacerdote negó con su cabeza—. ¿Qué hace? ¡Tenemos que irnos de aquí! —exclamó atemorizada.

Santiago miró a las dos muchachas y luego se giró para observar la luz cegadora que emitían los ángeles intentando contrarrestar la niebla destructiva de Astaroth. Se giró de nuevo hacia ellas, con una calma envidiable.

—Mi lugar está aquí —susurró.

—¡¿Qué?! —gritó Diana—. ¡No! Debe subir —dijo intentando atraparlo para obligarle a subir al camión.

Santiago dio un paso atrás para que no consiguiese cogerlo.

—No os preocupéis por mí —dijo cogiendo la cruz entre sus manos—. Debo orar.

—¡Puede orar en el camión! —gritó Magda—. Por favor… —suplicó.

Santiago volvió a negar y miró con ojos llorosos hacia los ángeles.

—Estaré bien —pronunció sin apartar la mirada de ellos—. Alguien debe rezar por ellos —susurró.

—Por favor… —suplicó Magda de nuevo tendiendo su mano hacia él con lágrimas en los ojos.

Santiago la miró y le sonrió con ternura.

—No os preocupéis por mí —repitió dando un paso atrás de nuevo.

—¡Padre! —gritó Diana de los nervios—. Por favor… ¡no nos haga esto! —gritó de los nervios.

Kata que no era consciente de lo que ocurría en la parte trasera del camión, tomó impulsó y subió de un salto al interior donde el clima no era tan frío. En la cabina comenzó a hacer calor en cuanto cerró la puerta. En ella iba uno de los militares que iba a conducir el camión, el general y ella, detrás había un gran número de militares apelotonados, temblando de miedo y de frío junto a Diana y Magda, a las cuales escuchaba gritar, aunque no comprendía lo que ocurría.

Kata se giró mirando hacia delante y suspiró mientras el conductor ponía la primera marcha para iniciar el camino.

—Anael, Gadreel… —susurró—, os necesitamos ya.

Sabía que ellos la escucharían.

—¿Recto? —preguntó el conductor.

Kata asintió.

—En dirección a la colina Bunger —señaló.

Se echó hacia atrás cuando el camión arrancó con fuerza. Varios militares que se encontraban de pie en la parte trasera del camión estuvieron a punto de caer.

Se quedó observando la potente luz de todos los ángeles que se quedaban allí, protegiendo la cúpula, los primeros que intentarían detener a Astaroth cuando la cúpula cediese.

Sintió cómo el corazón se le partía al mirar en dirección a los arcángeles, los que se encontraban en primera línea de defensa irradiando un luz intensa hacia la cúpula.

Cerró los ojos unos segundos intentando controlar sus sentimientos y giró su cuello para mirar firme hacia delante, aunque llamó en exceso su atención los gritos de Diana y Magda.

Se giró y en ese momento lo comprendió. Pudo ver cómo el padre Santiago, de pie, con la cruz entre las manos, sonreía hacia ellas mientras los camiones se alejaban. Se arrodilló sobre el asiento atemorizada, mirando hacia atrás.

—Padre —sollozó.

Diana y Magda se giraron hacia ella con ojos llorosos. Las tres se miraron y, en ese momento, Kata ató cabos, era por aquella misma razón que había escuchado los gritos de ellas dos momentos antes. El padre Santiago se había quedado allí voluntariamente.

Ambas se sentaron en el suelo del camión devastadas, Magda incluso escondió su rostro entre sus rodillas comenzando a llorar.

Diana situó una mano en su hombro y miró a Kata, negando con su cabeza.

—Quería quedarse —explicó—. Quería rezar por ellos.

Kata inspiró con fuerza, controlando sus emociones, sintiendo cómo sus ojos se humedecían, y apretó los labios antes de girarse, sin saber qué decir, con la boca seca por los nervios.

Se sentó correctamente y miró por la ventanilla mientras unas lágrimas afloraban en sus

ojos.

Sabía que los ángeles darían su vida por ellos sin dudarlo un solo segundo. Ya lo habían hecho anteriormente cuando habían luchado contra Astaroth, y sabía que lo volverían a hacer esta vez, sin embargo, Santiago era el único humano que se quedaría allí, justamente para rezar por los ángeles…

Tragó saliva mientras miraba hacia delante con la espalda firme. Tuvo que pasarse la mano por un ojo para evitar que otra lágrima aflorase y cayese por su mejilla. Ahora no había lugar para la desesperación, debían mantenerse firmes y concentrados.

El camión tembló de un lado a otro cuando se movió zigzagueando por otro temblor. Los gritos se sucedieron en la parte trasera del camión, pues todos estaban atemorizados, jamás habían vivido algo así.

Tuvo que sujetarse al asiento para no salir disparada hacia un lado ante los bruscos movimientos.

En cuanto el temblor disminuyó, miró de reojo al conductor y al general y señaló hacia delante.

—Acelere, por favor —ordenó.

24

Liam era quien conducía el camión que iba al encuentro del grupo de Thelema, los cuales habían aterrizado a pocos kilómetros de la base Nueva Esperanza. Sabían que algo no iba bien cuando, pocos minutos antes, habían comenzado a sentir ligeros temblores que movían el camión de un lado a otro.

Aitor, sentado en el asiento del copiloto, se giró para observar a todos sus compañeros vestidos con el uniforme de la división. Miguel, Daniel, Marcos y Lucas se encontraban sentados en la parte trasera del camión, acompañados por los miembros de la Aurora Dorada: Jake, Efrem, Idalia, Ciro, Merak, Johannes, Kamilah y Valeria que permanecía sentada al lado de Daniel, tomándose ambos de la mano.

En medio del camión se encontraban diez militares.

Liam, el militar con el que tenían más confianza después de que tuviese el valor suficiente junto a otro par de militares más para adentrarse en la cúpula con un *bazooka* y ayudar a acabar con Farid, conducía como un poseso.

Todos permanecían en silencio, concentrados en la misión que tenían por delante. Debían evitar que Thelema llegase hasta donde se encontraba Astaroth, pues los ángeles no podían luchar contra los humanos.

—¿Alguien sabe dónde están? —preguntó Lucas echándose hacia delante para mirar a través de la luna del camión.

—La única que lo sabe es Kata y no podemos comunicarnos con ella —respondió Aitor—, la comunicación aquí es horrible.

—Puta Antártida —susurró Daniel cerrando los ojos.

La zona estaba totalmente a oscuras, iluminada únicamente por las luces del camión.

Liam miró hacia delante y, de repente, dos focos aparecieron desde detrás del camión iluminándolo todo como si se tratase de dos soles.

Aitor y Liam se quedaron totalmente sorprendidos, incluso Liam pisó un poco el freno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcos poniéndose en pie y acercándose a los asientos delanteros.

Valeria se incorporó y dio unos pasos hacia la parte final del camión, apartó de inmediato la cortina que hacía las veces de puerta y desencajó la mandíbula. Unos metros por encima de ellos los sobrevolaban dos arcángeles. Miguel y Daniel se acercaron para observar también.

—Son dos arcángeles —dijo Valeria—. Jofiel y Baraciel —los reconoció.

Miguel giró su cuello hacia ella.

—¿No deberían estar protegiendo la zona de la cúpula?

Valeria apretó los labios y negó con la cabeza dando a entender que no sabía.

Los dos arcángeles iluminaban totalmente el camino.

Uno de ellos, Baraciel, descendió hasta situarse a la altura de los tres.

—¿Qué ocurre? —gritó Aitor que no podía ver bien lo que pasaba.

Daniel se giró hacia él.

—Dos arcángeles nos custodian —explicó.

Baraciel se situó frente a Valeria disminuyendo la luz de su pecho en ese momento.

—Thelema va acompañada de demonios… —comenzó a explicar.

—¿Demonios? —preguntó Miguel.

Baraciel asintió.

—Y de Lucifer y Belcebú, se encuentran a poco más de un kilómetro de vosotros. En unos minutos os toparéis con ellos. Venimos a ayudar.

En ese momento, Jofiel los sobrevoló y se adelantó al camión.

Valeria se removió nerviosa y finalmente asintió.

—Detened el camión aquí y preparaos —ordenó ella—. No avancéis más. Intentaremos detener al menos a los demonios —continuó.

Miguel se giró y gritó.

—Liam, ¡detén el camión! —gritó Miguel.

—¿Qué? —preguntó Liam mirando por el retrovisor.

—¡Para el camión ya! —insistió Miguel y avanzó unos pasos, sorteando a los militares hasta llegar a la zona de la cabina justo cuando Liam frenó en seco provocando que todos se echaran hacia delante. Miguel resopló y se apoyó en el respaldo del asiento que ocupaba Aitor, recuperando el aliento—. Thelema se acerca acompañada por Belcebú, Lucifer y unos cuantos demonios más.

—¿Han ascendido? —preguntó Aitor poniéndose en pie y repasando las armas que llevaba en su cinturón.

—Eso dice el arcángel, así que supongo que será verdad —ironizó Miguel. Aitor resopló—. Van a intentar frenar a los demonios —explicó—. Debemos esperar aquí a que lleguen los miembros de Thelema.

Aitor asintió.

—Los ángeles no pueden hacer nada contra los humanos —recordó Aitor.

—Pues eso —concluyó Miguel girándose de nuevo—. Thelema para nosotros. ¡Preparaos! —gritó a los militares para que los que estaban sentados se pusiesen en pie.

Llegó de nuevo al final del camión cuando escuchó a Daniel hablar con el arcángel.

—¿Y la cúpula? —preguntó.

Baraciel inspiró hondo.

—No queda mucho para que sea destruida —contestó con sinceridad mientras Miguel echaba las dos cortinas a los lados y el arcángel era objeto de la mirada de todos los que se encontraban en el interior del camión—. Montad una línea defensiva aquí. Intentaremos acabar con todos los demonios y retener a Belcebú y a Lucifer para que no lleguen hasta vosotros.

Aitor avanzó entre todos y asintió.

—Sabemos exorcizar —le recordó al arcángel.

Este hizo un gesto bromista que los sorprendió a todos.

—Supongo que en estos momentos es un conocimiento que os servirá de mucho.

—Touché —pronunció Miguel asegurándose de las armas que llevaba en el cinturón. Baraciel miró por encima del camión.

—Os protegeremos de Lucifer y de Belcebú, así como de todos los demonios que podamos —pronunció antes de elevarse e irradiar la potente luz de su pecho.

—Gracias —susurró Valeria observando a Baraciel mover sus alas y comenzar a distanciarse.

Aitor bajó de un salto del camión y miró al interior, luego se giró para observar cómo el arcángel se desplazaba a gran velocidad al encuentro de los demonios. Si se encontraban a menos de un kilómetro no tardarían más que unos pocos minutos en llegar hasta ellos.

Se giró hacia el camión.

—Coged todas las armas y tracemos una línea defensiva para que no pasen —ordenó Aitor.

Los miembros de la división, la Aurora Dorada y los militares descendieron del camión. Habían llevado con ellos varios *bazookas*, rifles y granadas. Comenzaron a bajar todas las armas rápidamente, formando una cadena humana para ir más rápido.

—Los arcángeles se encargarán de los demonios —explicó Aitor mientras entregaba unos rifles a unos militares y se situaba en el centro de la línea recta que habían formado—. No dudéis en disparar —sentenció arrodillándose, clavando una rodilla en el hielo y subiendo el rifle a la altura de su hombro—. Los miembros de Thelema vienen a ayudar a destruir la cúpula para liberar a Astaroth. Acabad con ellos sin piedad —ordenó con firmeza.

En otro momento jamás hubiese hecho esa petición, siempre intentaban bloquear el paso, noquearlos, pero estaban hablando de la supervivencia de la especie humana. Estaban al límite y no podían andarse con rodeos. Aquellos humanos habían acudido por voluntad propia a aquel lugar para ayudar al serafín que planeaba destruir toda la creación, no podían tener compasión con ellos.

—¿A cuánto se encuentran? —preguntó Marcos situándose a su lado y copiando su posición, subiendo el rifle a la altura de su hombro y mirando hacia delante.

—A menos de un kilómetro —contestó Aitor sin girarse hacia él. Inspiró hondo y miró hacia los lados—. ¡Valeria! —le gritó—. La Aurora Dorada detrás de nosotros y de los militares —ordenó. Al momento, Jake, Efrem, Idalia, Ciro, Merak, Johannes y Kamilah, junto a ella, se situaron a su espalda, manteniéndose de pie—. ¡Militares! —gritó intentando poner algo de orden—. En cuanto veáis aparecer a los primeros miembros de Thelema, disparad —ordenó. Todos los militares alineados con él y el resto de la división tomaron la misma posición. Se giró hacia Valeria que estaba en perpendicular hacia él—. No sabemos si vendrán armados, ¿podéis hacer un escudo para que no nos lleguen las balas si disparan?

—Por supuesto —contestó Valeria.

Aitor asintió y miró a los lados, hacia sus hombres.

—Si logran acercarse nos moveremos primero hacia ellos.

—De acuerdo —escuchó que contestaba Miguel.

—Valeria… si llega el momento, cubridnos —le pidió Aitor de nuevo sin girar su cabeza.

—Cuenta con ello —contestó ella mirando al frente.

En ese momento, a lo lejos, pudieron apreciar que los arcángeles se detenían quedando suspendidos en el cielo y que comenzaban a irradiar luz de un lado a otro.

—Ahí están —susurró Aitor concentrándose.

El viento les trajo los gritos y lamentos de los demonios que estaban siendo aniquilados por los arcángeles. Aquellos gritos agudos erizaron la piel de todos los que se encontraban allí.

Muchos de los militares, incluso con el frío que hacía en la zona, sintieron cómo una gota de sudor resbalaba por sus mejillas. Liam tuvo que secarse una de ellas.

Todos eran conscientes de que los arcángeles solo podían actuar contra los demonios, por lo que los miembros de Thelema se estaban acercando.

—Tranquilos —susurró Aitor al escuchar los gemidos de algunos de los militares.

—¡Ehhh! —gritaron a su espalda.

Todos se giraron y apuntaron directamente en dirección al grito. Aitor y Miguel resoplaron.

—¡Joder! —gritó Miguel—. ¡Casi te pego un tiro! —exclamó volviendo a su posición.

Víctor había llegado hasta ellos.

Aitor inspiró hondo adoptando la misma postura que antes.

—Thelema se acerca —le informó mientras Víctor cogía uno de los rifles y se situaba al lado de Marcos—. Los arcángeles están acabando con los demonios y deteniendo el avance de

Belcebú y Lucifer, pero los miembros de Thelema son nuestros. ¿Cómo está todo por la base?

Víctor asintió preparándose como el resto de sus compañeros y arrodillándose en la nieve con el rifle a punto.

—Mal —respondió—. Todos vienen hacia aquí…

—¿Qué? —preguntó Aitor sorprendido.

Víctor chasqueó la lengua.

—La cúpula está a punto de destruirse —le informó subiendo el rifle a la altura de su hombro—. El arcángel Gabriel nos ha pedido que abandonemos el lugar y vengamos a ayudar. Tres camiones se dirigen hacia aquí con todos los militares.

Marcos se giró hacia él.

—¿Diana también? —preguntó.

—Y Magda y Kata —confirmó—. La base ya no es un lugar seguro.

—Ahora mismo en la Antártida no hay ningún lugar seguro —confirmó Aitor.

—No tardarán en llegar —siguió Víctor—. Supongo que Kata les estará informando de lo que ocurre y vendrán preparados.

Aitor se giró hacia delante y puso su espalda erguida cuando le pareció ver una sombra a lo lejos, corriendo en su dirección.

—¡Preparaos! ¡Se acercan! —Todos se pusieron erguidos, preparados para apretar el gatillo en cuanto diesen la orden—. No hay luz —comentó mirando a ambos lados—. Supongo que no sabrán que estamos aquí.

—Los cogeremos por sorpresa —confirmó Miguel.

Aitor asintió y miró hacia delante. Podía verse la luz de los arcángeles sobrevolando una zona y, seguramente, acabando con todos los demonios que avanzaban en su dirección, aunque, en un determinado momento, pudieron detectar cómo descendían hacia el suelo, extraían sus espadas y comenzaban a luchar. No sabían contra quién, pero suponían que si habían descendido y luchaban debía de ser contra Lucifer y Belcebú.

Sintió cómo su corazón se aceleraba. Siempre había confiado en su equipo y en sí mismo, sin embargo, ahora, su corazón y su respiración iban acelerados.

—Los veo —susurró Víctor—. Se acercan.

A lo lejos, gracias a la intensa luz que emitían los arcángeles y a la luz de las estrellas que inundaban el cielo nocturno antártico, pudieron ver varias sombras corriendo en su dirección. Eran más de los que esperaban.

—No disparéis hasta que dé la orden —susurró Aitor a todos. Tragó saliva y comprobó de reojo cómo muchos de los militares sujetaban el rifle con manos temblorosas—. Tranquilos —pronunció con voz tranquila—, los arcángeles y la Aurora Dorada nos protegen —intentó calmarlos con aquellas palabras.

El tiempo se ralentizó, observando aquellas siluetas oscuras corriendo en su dirección, viendo cómo cada vez se acercaban más. Al cabo de unos segundos, pudieron observar que los miembros de Thelema se dirigían hacia ellos con un fino escudo anaranjado ante sus cuerpos. Cuando pudieron apreciar la luz del escudo que llevaban por delante, Aitor se giró rápidamente hacia Valeria.

—Llevan un escudo —pronunció rápidamente.

Valeria dio un paso hacia delante y tragó saliva.

—Es un escudo muy débil —comentó ella.

—¿Lo atravesará una bala? —preguntó Aitor con celeridad.

Efrem intervino.

—Creo que han creado ese escudo para refugiarse del viento —comentó sin apartar la mirada de ellos—. Es un escudo muy sutil, no creo que los proteja de una bala.

Aitor resopló y, en ese momento, se dio cuenta de la cantidad de gente que corría hacia ellos. Su equipo constaba de veintitrés personas, sin embargo, hacia ellos corrían como mínimo el triple, todas con conocimientos de magia ancestral.

Fijó su mirada en el hombre que parecía correr hacia ellos en primera posición, dirigiéndolos. Suponía que si iba en primer lugar debía de ser el nuevo hechicero supremo, el que tuviese más poder de todos. Si acababa con él acabaría con gran parte de la amenaza.

Intentó calmar su pulso apuntando en su dirección. Sabía que no fallaría, que allá donde sus hombres o él ponían el ojo, la bala iba directa.

Relajó su dedo índice y palpó el gatillo, acariciándolo.

—Preparaos —susurró apuntando al pecho de aquel hombre que no dejaba de correr. Obviamente, ninguno de ellos era consciente de la emboscada que les esperaba, y eso jugaba a su favor.

Cuando pudo apreciar bien la silueta no lo dudó más y apretó el gatillo.

Pudo ver cómo la bala surgía del cañón a gran velocidad en dirección a ese hombre, recorriendo el espacio que había entre ambos, conteniendo la respiración.

La bala llegó hasta él atravesando el escudo anaranjado. No tuvo muy claro si acertó en el pecho o en un hombro, pero vio con claridad cómo el hombre era impulsado hacia atrás cuando la bala lo impactaba, arrojándolo al suelo.

—¡Disparad! —exclamó al ver que la bala había dado en el blanco.

Debían ser rápidos, antes de que los demás miembros de Thelema se reforzasen para evitar sus disparos.

Los gritos y el crujir del hielo por los rápidos pasos de los miembros de Thelema al correr hacia ellos se vieron sustituidos por disparos.

Anael y Gadreel cogieron cuatro botellas de bronce y fueron con premura hacia la caja. Se habían trasladado a España, donde eran las once de la mañana y los comercios ya estaban abiertos. Anael conocía una de las tiendas que vendían productos para el hogar, tales como cojines, objetos de decoración, cerámica, espejos… todo lo que buscases para decorar tu casa ibas a encontrarlo allí.

Gadreel se situó a su lado mientras ella daba saltitos impaciente al ver a cuatro personas dentro de la tienda.

La miró de la cabeza a los pies.

—Vámonos sin pagar —la apremió él sorprendido porque ella se pusiese a la cola.

Ella lo miró fijamente como si aquel comentario la molestase.

—No robarás —le recordó.

—Por Dios, es un caso de extrema necesidad —exclamó.

Ella resopló y miró al frente donde la mujer que estaba siendo atendida pasaba la tarjeta por el datáfono con toda la calma del mundo y luego guardaba los objetos lentamente en bolsas.

Anael miró angustiada a las tres personas que tenía por delante. Dos de ellas no llevaban mucha cosa, pero la tercera llevaba un carro hasta arriba repleto de objetos para decorar la casa.

—Madre mía… —susurró ella con ansiedad. Tragó saliva y finalmente avanzó, colándose frente a la mujer que depositaba unas velas y un par de jarrones en la cinta—. Disculpe, señora, de verdad que lo siento, pero es un asunto de vida o muerte —dijo situando dos de la botellas de bronce en la cinta.

Gadreel puso los ojos en blanco y la siguió, situando las otras dos botellas a su lado.

—No creo que nuestro Padre te tenga en cuenta que nos llevamos cuatro botellas de bronce —le susurró insistiendo en el hecho de irse.

—Señorita… —se quejó la mujer mayor—, llevo un buen rato esperando a…

—Lo sé, lo sé… —pronunció Anael al borde del llanto, parecía que aquella situación la estresaba en exceso—, y de verdad que lo lamento mucho. Le aseguro que no soy así. —Miró a la cajera y extrajo varios billetes—. Cóbreme, por favor, y el cambio que sobre descuéntelo del pago de ella —pidió señalando a la mujer mayor que esperaba su turno.

Aquel comentario hizo que la anciana guardase silencio, pareciendo conforme con lo que le ofrecía Anael.

La parsimonia de la cajera que pasaba el lector de códigos de barras por cada una de las botellas, lentamente, como si estas pesasen, acabó con la paciencia de los dos.

—¡Un poco más de brío! —se quejó Anael echándose casi encima de la cajera.

Gadreel puso una mano sobre su hombro para llevarla hasta él.

—Vamos con prisa —comentó él con más paciencia mientras la cajera pasaba la segunda botella y miraba a Gadreel enarcando una ceja.

—¿Quieren bolsa? —preguntó la cajera sin importarle lo que le habían dicho, siguiendo con su ritmo.

—¡No! —gritó Gadreel de los nervios.

Ambos recibieron el mensaje de Kata y se miraron asustados.

—Nos necesitan ya —susurró Anael angustiada. Miró a la cajera que en aquel momento pasaba la tercera botella por el lector y cogía la cuarta.

Gadreel acabó de desesperarse, quitó la botella de la mano de la cajera y cogió la cuarta sin esperar a que pasase el código de barras.

—¡Eh! —se quejó la cajera.

Gadreel empujó a Anael con las dos botellas en las manos mientras la instaba a que cogiese las otras dos.

—Ahí tiene el dinero para cobrar —pronunció Gadreel mientras seguía empujando a Anael —. Cóbrese y haga lo que ella ha pedido —señaló a Anael con la cabeza para que le descontase el cambio a la mujer mayor que habían adelantado.

—¿Cuánto sobra? —preguntó la mujer interesada.

En ese momento comenzó a sonar la alarma, pues la cajera de la tienda no había quitado el chip de seguridad a las dos últimas botellas.

—Joder —gritó Gadreel—, lo que faltaba. —Miró a Anael con los labios apretados—. No pienso quedarme. —Anael parecía más preocupada por lo que estaban haciendo que él. Se giró hacia la cajera—. Diga a los vigilantes que no ha sido nada y que está pagado —dijo empujando de nuevo a Anael.

—Espere, dejen que les quite las alarmas —se ofreció la mujer.

—Que no, que nos vamos… —continuó Gadreel acelerando el paso junto a Anael.

—Señor, debemos quitar las alarmas o… —insistió la mujer.

Gadreel se giró y la miró ya de los nervios.

—¿Quiere que acabe el mundo? —le gritó. Anael se removió nerviosa y lo miró desesperada. La mujer tartamudeó sin comprender la pregunta—. ¡Pues haga su trabajo de forma más eficiente! Le recuerdo que la pereza es un pecado capital. —La mujer arqueó una ceja al escuchar aquello. Gadreel se pasó una de las botellas bajo la axila, sujetando las dos con el mismo brazo y cogió a Anael con la mano que tenía libre—. Nos vamos —ordenó.

—No, espera, aquí no. Busquemos un lugar donde…

No pudo acabar la frase, de repente se vio trasladada a la base Nueva Esperanza en la Antártida.

—¿Por qué has hecho eso? —le gritó de los nervios.

—¡Hay prisa! —le devolvió el grito Gadreel, luego resopló al darse cuenta de que estaban discutiendo—. Perdona… —dijo con más timidez—, creo que estoy sufriendo un ataque de ansiedad. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Ella parpadeó varias veces consternada por sus palabras y giró su cuello.

—Madre mía… —susurró al observar la cúpula prácticamente quebrada y cómo los arcángeles y todos los ángeles ayudaban a impedir que acabase de romperse.

Gadreel observó su perfil y se giró para mirar, desencajando la mandíbula. Cuando Kata les había pedido ayuda intuían que las cosas debían de ir mal, pero no esperaban que tanto. Astaroth se estaba empleando al máximo.

Escucharon el rugido de este al hacer fuerza contra la energía de la cúpula. No quedaba mucho tiempo para que esta se hiciese añicos.

—Hay que hacer el conjuro ya o será demasiado tarde —exclamó Anael. En ese momento, fue consciente de que allí no se encontraba ningún miembro de la división, de la Aurora Dorada ni ningún militar—. ¿Dónde están todos? —preguntó mirando de un lado a otro.

Gadreel la imitó hasta que coincidió con el padre Santiago que se encontraba tras ellos, situado de rodillas a un lado del búnker, con los ojos cerrados y las manos unidas a la altura de sus labios, sin duda, orando.

—¡Padre Santiago! —exclamó Gadreel corriendo hacia él.

Santiago abrió los ojos y se puso en pie de inmediato.

Anael también corrió hacia él y le dio un fuerte abrazo.

—¿Dónde están todos? —preguntó acelerada.

—El arcángel Gabriel les ha pedido que se marchasen de aquí, es demasiado peligroso. La cúpula está a punto de romperse.

—¿Y usted? —le preguntó Gadreel.

Él negó.

—Mi lugar está aquí, orando por los ángeles que nos están protegiendo —comentó.

Anael miró hacia la cúpula y suspiró.

—Debería haberse marchado, padre —le recriminó con dolor. Tragó saliva y se removió nerviosa—. ¿Sabe dónde se encuentran?

—A poca distancia de aquí, intentando detener el avance de Thelema hasta Astaroth —explicó.

Un temblor hizo que casi perdiesen el equilibrio.

Anael gimió mirando a Astaroth y la intensa luz que emitían todos los ángeles. Se giró hacia Gadreel y cogió las dos botellas de bronce que llevaba, depositándolas sobre el hielo.

—¿Puedes ir a avisar de que necesitamos a los miembros de la Aurora Dorada aquí? Hay que intentar el conjuro otra vez, al menos, para debilitarlo de nuevo y conseguir más tiempo.

Gadreel asintió.

—Me quedaré con ellos a ayudarlos para que así puedan llegar antes —dijo situando una mano en su hombro.

Ella asintió acariciando su mano antes de que desapareciese.

Anael miró a Santiago.

—Por favor, padre, métase en el búnker o acabará helado.

Él negó.

—Quiero estar junto a ellos.

Ella suspiró y cogió las cuatro botellas. Ahora no tenía tiempo de discutir ni de intentar persuadirlo de que entrase dentro del búnker para cobijarse del intenso frío.

—Tenga cuidado, Santiago —dijo con confianza antes de coger las cuatro botellas e ir hacia el grupo de ángeles que se encontraba frente a la cúpula.

Pasó entre aquella intensa luz que rodeaba toda la zona, sosteniendo la cúpula para que no explotase en ese preciso momento. Suponía que la única razón por la que aún no había explotado era por la energía que los ángeles le insuflaban, consiguiendo mantenerla relativamente firme, aunque la cosa no tenía buena pinta.

Contuvo el aliento cuando depositó las botellas a unos pasos de los arcángeles y avanzó hacia ellos. La cúpula estaba realmente deteriorada, mucho más de lo que había pensado desde la lejanía, donde se encontraba el padre Santiago.

—Dios mío, ayúdanos —imploró dando unos pasos hacia delante, conteniendo el aliento.

Astaroth rugía provocando que su gutural sonido rebotase en las montañas, creando aludes y haciendo que el suelo temblase bajo los pies de todos.

Se situó entre Gabriel y Uriel y abrió sus brazos para insuflar también su energía a la cúpula, sabía que no era nada comparable a la energía que podían irradiar los arcángeles, pero contribuiría en todo lo necesario.

Gabriel giró su cuello para observarla.

—Ya estáis aquí —pronunció.

Ella asintió.

—Gadreel ha ido a buscar a los miembros de la Aurora Dorada —explicó.

Todos apretaron su mandíbula e hicieron fuerza con todo su cuerpo cuando una fisura atravesó parte de la cúpula de arriba abajo.

—Esperemos que no lleguen demasiado tarde —susurró Gabriel—. No podremos contenerlo mucho más.

Ella asintió y miró hacia la cúpula, concentrándose en ella y en insuflar todo el poder que pudiese a esta. Se giró hacia Uriel y este la miró con gesto preocupado. No, aquello no iba nada bien. Solo esperaba que Gadreel pudiese traer a los miembros de la Aurora Dorada hasta allí antes de que la cúpula explotase arrasando con todo y liberando a Astaroth junto a aquel ejército de demonios que se dirigía hacia allí.

25

El general Gutiérrez apuntó con su rifle, al igual que el militar Liam, y dispararon hacia las personas que corrían en su dirección.

Los primeros segundos todo había salido bien, Thelema no se esperaba aquella emboscada y habían podido acabar con varios de sus integrantes, luego, al ser conscientes de lo que ocurría, los miembros de Thelema se habían protegido y era más difícil acabar con ellos, de hecho, Thelema no dejaba de avanzar rumbo a la base Nueva Esperanza por el interior de la cúpula con la clara intención de ayudar a Astaroth.

No, aquello no iba nada bien.

Los dos arcángeles, Jofiel y Baraciel, se encontraban alejados del lugar, luchando contra Lucifer y Belcebú, intentando controlarlos para que no pudiesen avanzar, parecía que por el momento lo conseguían, pero aquella acción por parte de los arcángeles, encargándose de los dos miembros de la tríada maligna, provocaba que muchos demonios fuesen también en su dirección, por lo que todo se había complicado. Ya no solo debían luchar contra los miembros de Thelema, sino contra los demonios que escapaban a la luz de los dos arcángeles.

—¡Cuidado! —le gritó Liam a su general.

El general Gutiérrez pudo agacharse lo suficiente para que las zarpas del demonio alado no lo cazasen, pues con mucho dolor había tenido que ver cómo muchos de aquellos demonios cogían a sus hombres y los elevaban en el aire para luego soltarlos.

El general dio unos pasos hacia atrás, intentando disparar hacia el escudo de energía anaranjado de aquel miembro de Thelema que se acercaba, pero resbaló en el hielo y cayó.

Thelema no solo iba armada con su magia, sino con cuchillos y pistolas.

El hombre de Thelema se situó justo delante del general, apuntándolo con el arma, e iba a apretar el gatillo cuando fue despedido hacia la derecha volando varios metros por el aire.

Aitor se situó delante del general para protegerlo.

—¡Arriba! —le gritó.

El general resbaló sobre el hielo y resopló mientras volvía a ponerse en pie.

Eran demasiados los hombres de Thelema y, además, a estos los ayudaban los demonios que eran mucho peores.

A su izquierda descendió uno de los demonios. Aitor no esperó, si por algo se caracterizaban era por tener una fuerza sobrehumana y velocidad. Rodeó al demonio por la espalda y situó la cruz que les había entregado el padre Santiago hacía ya tantos meses, cuando se habían conocido en Monforte de Lemos.

—In nomine domine exorcizo te —gritó Aitor situando la cruz en la espalda del demonio.

Este gritó y desapareció.

Algunos demonios eran mucho más difíciles de exorcizar sin la réplica del anillo del rey Salomón, pero con otros, suponía que los más débiles, sí lo conseguían a la primera.

—¡Corred! —gritó Aitor al general y a Liam.

La situación era desesperada, cientos de demonios invadían el aire y descendían hacia los militares y sobre ellos.

Aitor se giró justo cuando al final, entre la oscuridad, vieron llegar varios camiones. Estos derraparon sobre el hielo, deteniéndose, y descendieron más militares.

Víctor se situó a su lado y miró hacia los camiones.

—Ya están aquí —comentó con la daga en la mano.

Aitor lo miró y resopló. A lo lejos, al final de aquella explanada, podían verse las luces de la base Nueva Esperanza.

Aún estaban muy lejos, pero con los demonios ayudando a los miembros de Thelema cada vez se les complicaban más las cosas.

Diana descendió de uno de los camiones de un salto junto a muchos militares. Enseguida se pusieron a luchar contra los miembros de Thelema y los demonios, usando la frase de exorcismo que todos habían aprendido.

Aitor miró a Diana.

—¡Evitad que avancen! —le gritó.

Diana asintió y comenzó a disparar al cielo, intentando derribar a las decenas de demonios que los sobrevolaban.

Se echó a un lado cuando uno de esos demonios bajó en picado llevándose a uno de sus compañeros.

Apuntó en dirección al demonio antes de que alcanzase más altura, pero antes de disparar Marcos apareció a su lado y saltó tomando al demonio por el pie, arrastrándolo hacia abajo. El militar gritó y se dio un fuerte golpe, pero al menos solo había caído de una altura de unos tres metros, pues el demonio tenía intención de llevarlo mucho más alto y soltarlo para acabar con su vida.

El demonio se incorporó y estiró su brazo con sus garras para dañar a Marcos, pero este desapareció apareciendo a la espalda del demonio. Lo echó al suelo con una patada y se echó sobre él con el crucifijo en la mano, clavándolo en su espalda.

—¡In nomine domine exorcizo te! —gritó.

El demonio desapareció y Marcos se giró hacia Diana que disparaba a su alrededor a todos los demonios que tenía a su alcance.

Marcos se puso en pie y fue hacia ella, situándose a su lado.

Aquello era una batalla campal, los disparos, los gritos… parecía una guerra, y realmente era justamente eso, una lucha por la supervivencia de toda la humanidad y de todos ellos.

Diana disparó a uno de los miembros de la organización Thelema que iba hacia ellos, pero el escudo energético que había creado por delante lo protegía de todo.

Valeria apareció a su lado y movió su mano hacia delante, provocando que el humano saliese volando hacia atrás.

—¡Cuidado! —gritó Daniel mientras disparaba de un lado a otro, al igual que el resto de militares que nada más bajar de los camiones tomaban posiciones para defender el lugar.

Aun así, entre los demonios y Thelema, el bando contrario iba ganando terreno rápidamente, pues los demonios que sobrevolaban el cielo, así como los que corrían a cuatro patas sobre el hielo, acababan con los militares o directamente los echaban atrás sin dejar de correr.

A ese paso, en pocos minutos, llegarían al lugar donde se encontraba Astaroth.

Víctor corrió hacia el primero de los camiones y suspiró cuando vio a Kata, la cual se encontraba con los ojos cerrados, concentrada.

—Kata —susurró.

Kata abrió los ojos y lo miró.

—Los arcángeles están luchando y reteniendo a Belcebú y a Lucifer —explicó.

Víctor miró a un lateral, donde observó a lo lejos aquella batalla, pues podía identificar perfectamente la luz que emanaban los dos arcángeles del pecho y cómo se movían de un lado a

otro rápidamente. Seguramente, los dos arcángeles estarían bloqueado el paso de Belcebú y Lucifer.

—Los veo.

—Y en la base Nueva Esperanza no va la cosa mucho mejor… —Kata tragó saliva—, la cúpula está a punto de ceder.

Víctor se giró cuando el silbido de un misil lo distrajo.

El misil fue lanzado por parte de unos militares hacia un grupo de miembros de Thelema. El grupo que formaba Thelema creó rápidamente un escudo entre cuatro personas ante ellos, de color dorado, por lo que cuando el misil llegó hasta ellos, consiguieron desviarlo de la trayectoria. El misil aterrizó en el suelo helado, golpeándose, y un segundo después explotó formando una gran onda que provocó que todos los que lo rodeaban saliesen disparados.

El grito se generalizó en aquella explanada.

Aitor, Daniel y Miguel fueron directos hacia ese grupo intentando bloquearles el paso. Uno de los miembros de Thelema echó las manos hacia delante y Miguel fue desviado hacia un lateral, pero rápidamente se puso en pie y corrió hacia ellos.

Daniel extrajo una daga y llegó hasta uno de los que se encontraban en el lateral. Lo derribó y sin contemplaciones clavó su daga en la pierna. El grito de aquel hombre desgarró sus oídos, pero al menos evitó que pudiese seguir corriendo.

—Ponte al volante y síguenos —le pidió Víctor.

Kata asintió y pasó al asiento delantero. Arrancó el motor y encendió las luces. Cuando las luces iluminaron todo, Kata gimió.

En ese momento vio a todos los miembros de la división, de la Aurora Dorada y los militares luchando contra aquellos demonios y miembros de Thelema, aunque su mirada se topó directamente con la de un demonio que descendía en picado hacia el camión.

—No, no, no… —susurró mientras ponía la marcha atrás y aceleraba a fondo.

El camión se deslizó rápidamente hacia atrás mientras clavaba su mirada en el demonio.

—Vamos, vamos… —gimió acelerando con fuerza, apretando hasta el final el acelerador—, ¡acelera! —gritó al camión mientras veía cómo el demonio extendía sus alas al máximo.

Gritó cuando el demonio aterrizó en el capó, provocando que la parte delantera del camión se hundiese y la parte trasera se elevase.

Kata gritó mientras se sujetaba con fuerza al volante para no caer sobre la luna delantera. Miró hacia delante, donde el demonio hacía fuerza con las piernas con el claro propósito de volcar el camión.

Sin esperarlo, Gadreel apareció al lado del demonio, golpeándolo con fuerza y sacándolo de encima del capó. El camión cayó con fuerza sobre el hielo con un golpe seco y después resbaló sobre la helada superficie. Kata apretó con fuerza el freno, pero el camión patinaba sin rumbo, descontrolado, probablemente habría pinchado las ruedas delanteras por el ataque del demonio, ya que permanecía inclinado hacia delante y no podía maniobrar correctamente.

—¡Nooo! —gritó Kata incapaz de controlar el camión.

Gadreel se giró hacia ella observándola a través de la luna. Saltó y sujetó el camión por el lateral, deteniéndolo.

Kata respiró hondo cuando el camión finalmente se detuvo. Miró al lateral observando a Gadreel.

—Madre mía, gracias… gracias… —sollozó.

Gadreel la miró y asintió, luego observó hacia delante donde había una lucha encarnizada que no dejaba de avanzar en su dirección. La organización Thelema, escoltada por los demonios,

avanzaba sin cesar en su dirección y, en pocos minutos, si no los detenían, llegarían al límite de la cúpula donde se hallaba Astaroth.

Gadreel miró entre aquella encarnizada lucha. Los militares, la división y la Aurora Dorada mantenían una lucha sin parangón contra los miembros de Thelema y los demonios. Miró el camión, estaba totalmente inservible: las ruedas delanteras habían reventado, debía de haberse roto parte del motor por el salto del demonio, así como los ejes del sistema de transmisión.

Gadreel tragó saliva y resopló. ¿Cómo iba a llevar ahora a la Aurora Dorada hasta la cúpula?

—No, no, no… —susurró observando la dura batalla que mantenían. Se giró hacia Kata y la miró desesperado—. Kata… —repitió, pero ella no reaccionó, mantenía la mirada fija en la batalla que se estaba llevando a cabo unos metros por delante—, ¡Kata! —le gritó para sacarla de su aturdimiento. Ella finalmente lo miró—. Tenemos la botella para intentar encerrar a Astaroth de nuevo, ¡la Aurora Dorada debe volver a la base para el conjuro! —exclamó.

Ella resopló y movió el volante. Gadreel miró, las ruedas no se movían, por lo que estaba claro que la barra de dirección del camión se había roto.

—¿Funciona? —preguntó acelerada.

—No —reaccionó Gadreel fastidiado. Suspiró y miró hacia atrás. Tampoco se encontraban muy lejos de la base, en pocos minutos corriendo, los miembros de la Aurora Dorada que necesitaba para el conjuro podían llegar, el problema era que la Aurora Dorada intentaba frenar el avance de Thelema y de todos los demonios. Apretó los labios y abrió la puerta del camión. La cogió del brazo y la bajó directamente—. Corre hacia la base, pero sal de la cúpula. ¡Ya! —Ella gimió atemorizada. Él inspiró intentando mantener la calma—. Vamos, Kata, márchate de aquí —pronunció con la voz más lenta. Ella miró hacia aquella batalla y buscó entre todos a Víctor. Lo encontró agachado, esquivando el brazo de uno de los miembros de Thelema, aunque Víctor lo golpeó con la pierna haciendo que este cayese sobre el hielo. Un demonio se acercó a él, pero Valeria lo apartó mientras gritaba un conjuro, expulsándolo lejos de su compañero. Kata se quedó estática unos segundos, consternada, hasta que Gadreel la empujó levemente—. No te preocupes, yo me quedo con ellos… vete —ordenó de nuevo.

Ella asintió finalmente con lágrimas en los ojos y comenzó a correr hacia el lateral, hacia el borde de aquella cúpula que cubría parte de esa zona. Era consciente de que la cúpula no tardaría en caer, no obstante, mientras aguantase, se mantendría fuera, lejos de los demonios y de Thelema.

Gadreel se giró y salió disparado hacia varios demonios que acechaban a Marcos y Diana. Antes de que Marcos pudiese defenderse del demonio, Gadreel se interpuso entre ambos, situando una mano en el estómago y desplazando al demonio varios metros. Rápidamente, Valeria lo lanzó lejos de allí. No acababan con ellos, solo con unos pocos, lo único que intentaban era retrasarlos en su carrera hacia la base, aunque era bastante difícil dada la fuerza y la velocidad de estos.

Gadreel fue hacia Valeria.

—Os necesitamos en la base —comentó acelerado. Valeria se giró y echó el brazo hacia delante, evitando que otro demonio se acercase—. Tenemos las botellas, hay que intentar el conjuro para encerrar a Astaroth de nuevo.

Gadreel se adelantó para detener con un golpe a un miembro de Thelema y a un demonio que iban directos hacia ella. Cuando se giró, Valeria lo miraba con una ceja enarcada.

—¿No tienes prohibido dañar a los humanos? —le preguntó.

Él chasqueó la lengua.

—Soy un ángel caído… ya no me va de eso. —Se encogió de hombros—. Y por lo que a mí respecta, una persona que actúa así no es humana —comentó con los dientes apretados. Se movió rápidamente hacia ella y la hizo agacharse cuando un demonio se precipitó sobre ellos. Fue hasta él y lo noqueó. Sabía que no tardaría en despertar y volver a la carga, pero por el momento aquel demonio no molestaría durante unos minutos—. Tenemos que irnos —exigió.

Ella miró a su alrededor, a aquel caos.

—¿Cómo vamos a irnos? —preguntó sin comprender—. No podemos abandonarlos —sollozó señalando hacia delante, a los militares y a la división.

Gadreel resopló, tenía razón y, de todas formas, no tenía un vehículo con el que transportarlos rápidamente. Inspiró hondo.

—¡Tenemos que correr hacia la base, ya! —Miró hacia delante—. ¡Dejad de luchar! ¡Simplemente corred hacia la base lo más rápido que podáis! —les gritó y fue hacia Valeria—. Los ángeles nos ayudarán allí, pero debemos llegar lo antes posible, necesitamos hacer el conjuro ya.

Valeria asintió, comprendía la extrema y urgente necesidad de llegar a la base donde se encontraba Astaroth y hacer el conjuro de nuevo, al menos así volverían a debilitarlo y conseguirían más tiempo, si no lo hacían ya no habría escapatoria.

—¡Aurora! —gritó llamando la atención de todos—. ¡Corred hacia la base! —Daniel se situó a su lado rápidamente—. Ya tenemos la botella —le explicó—. Necesitamos llegar lo antes posible para hacer el conjuro.

Daniel asintió y miró hacia delante.

—Aurora, avanzad sin mirar atrás, nosotros y el ejército nos encargamos. Vosotros corred hacia allí —dijo mientras extraía una daga de su cinturón y corría en dirección a los demonios para ayudar a sus compañeros militares. Corrió rápidamente hacia uno de los militares que era arrojado al suelo desde el cielo por un demonio, obviamente para acabar con su vida. Lo sujetó con fuerza evitando que se golpease contra el suelo—. Tranquilo —dijo soltándolo.

El soldado se incorporó de inmediato, aunque no parecía asustado, más bien colérico.

—Gracias —le agradeció a Daniel y extrajo otra arma de su cinturón apuntando al cielo—. ¡Hijos de puta! —gritó disparando varias veces.

Daniel observó a Valeria correr rumbo a la base junto a los miembros de la Aurora Dorada encargados de hacer el conjuro mientras el resto de la Aurora Dorada se quedaba allí junto a ellos, tratando de frenar el avance de sus contrarios, aunque era imposible. Si bien los miembros de la Aurora Dorada encargados de hacer el conjuro corrían todo lo que podían, no lograban alejarse lo suficiente de ellos.

Gadreel se giró extendiendo sus alas, preparado para luchar por los que se quedaban allí y frenar el avance de Thelema y de los demonios que los acompañaban.

Extrajo su espada y voló hacia todos los demonios que amenazaban a sus amigos para protegerlos.

Astaroth rugió mientras el suelo temblaba bajo sus pies por la fuerza que ejercía contra la cúpula. Anael, los arcángeles y todos los ángeles se situaban al otro lado de la cúpula, tratando de contrarrestar al serafín.

La luz que emitían todos los ángeles desde su pecho cegaba a Astaroth, pero su fuerza era tal que las grietas seguían apareciendo sin control.

Astaroth inspiró hondo y gritó de nuevo estrellando con fuerza todo su poder contra aquella cúpula energética que parecía cristal quebrándose.

Anael rugió mientras sus cabellos rubios se movían hacia atrás. Aquella luz provocaba una

ligera ventisca que hacía que su cabello, al igual que el de todos los ángeles, se agitase.

Uriel permanecía a su derecha y Gabriel a su izquierda, el resto de arcángeles se encontraban a los lados de estos. Unos metros por detrás estaban el resto de ángeles. La imagen sería hermosa si no fuese porque Astaroth estaba a punto de ser liberado y ni ellos mismos podían controlarlo o evitarlo. Todos eran conscientes de ello. Solo esperaban que Gadreel llegase pronto con la Aurora Dorada para conseguir algo más de tiempo o bien encerrarlo en la botella definitivamente.

Uriel miró a Anael instándola a que siguiese concentrada y se mantuviese firme y rugió también intentando extraer el máximo poder de su cuerpo.

Astaroth tendió los brazos hacia delante provocando que la niebla oscura comenzase a filtrarse por las grietas saliendo al exterior.

—¡No! —gritó Gabriel al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El poder de Astaroth ya comenzaba a hacerse notar, a poder pasar entre las fisuras formadas en la cúpula. Astaroth sonrió al verlo, al ser consciente de que la cúpula ya estaba lo suficientemente debilitada para que su poder saliese al exterior. En pocos minutos podría destruirla sin problema.

Anael gimió al ver aquello, aquel humo negro traspasando la cúpula. Aquel oscuro poder ya podía sentirse en el exterior.

Sollozó al darse cuenta de que les quedaban pocos minutos, cerró los ojos y se concentró mientras Astaroth mantenía aquella sonrisa en su rostro, a sabiendas de que en breve sería liberado.

—¡Preparaos! —gritó Gabriel agitando la luz que emitía su pecho con sus brazos.

Los tres arcángeles que los acompañaban lo imitaron. Sin duda, ellos eran mucho más poderosos que ella, ya que dominaban la luz de una forma diferente, era como si pudiesen manipularla.

Los tres arcángeles contuvieron la luz en su pecho unos segundos y luego fue desplazándose a sus brazos, enroscándose en ellos como si se tratase de una serpiente, desde sus hombros hasta sus manos.

Si la energía de Astaroth podía traspasar la cúpula, la de ellos también lo haría.

Anael miró a Uriel que estaba a su lado intentando controlar la situación.

La luz que los arcángeles emitían de su pecho y que se desplazaba por sus extremidades superiores cobró aún más brillo, como si tomase más fuerza.

—¡Ahora! —gritó Gabriel echando los brazos hacia delante.

Un chorro de luz salió disparado hacia la cúpula, al que se unieron los del resto de arcángeles que imitaban a Gabriel.

Anael miró asombrada aquel ataque, jamás los había visto pelear de aquella forma.

La luz entró en el interior de la cúpula e impactó directamente contra Astaroth que fue arrojado hacia atrás, aunque sin perder el equilibrio, simplemente resbalando sobre el hielo, situando sus brazos en cruz ante su pecho para protegerse.

Anael tragó saliva y miró desesperada a Uriel que volvía a abrir los brazos para nutrir a la cúpula con su luz.

Cuando giró su cuello para observar a Astaroth, este se ponía firme y movía los brazos en círculo, imitando los mismos movimientos que habían realizado los arcángeles, con la mirada fija en ellos. La niebla oscura salía de su pecho como si se tratase de otra serpiente, enroscándose en sus brazos, aunque esta era de color negro.

—¡Cuidado! —los alertó Zadquiel.

Llegó hasta sus manos y, antes de que ninguno pudiese cubrirse, Astaroth elevó con un rápido movimiento las manos hacia la cúpula. Su haz de luz oscura salió despedido con tanta fuerza que, aunque no tocaba el hielo, aquella fuerza creo un surco en este.

Anael observó sin poder pestañear cómo aquella oscuridad salía despedida hacia la cúpula. Tragó saliva al comprobar que la cúpula parecía retenerla, pero tal era la fuerza con la que había sido lanzada que gran parte de ella acabó traspasándola, proyectándose hacia delante sin que nadie pudiese detenerla.

No tuvo tiempo de reaccionar. Solo giró su cuello para mirar a Uriel, al que se dirigía aquella oscuridad.

—¡Nooo! —gritó Anael.

Uriel la observó un segundo, totalmente sorprendido porque finalmente aquella energía hubiese atravesado con tanta fuerza la cúpula. Fue a cubrirse el pecho tal y como había hecho Astaroth, pero fue demasiado tarde.

Aquel haz de luz negra impactó contra el pecho del arcángel Uriel que salió despedido.

—¡Urieeel! —gritó Anael girando su cabeza, aunque sin dejar de insuflar con su luz dorada la cúpula.

Uriel cayó unos metros por detrás, impactando con fuerza contra el hielo. Anael fue consciente de los graves daños que el arcángel había sufrido cuando vio cómo de su pecho brotaba sangre dorada. Uriel convulsionó un instante y, posteriormente, su pecho dejó de moverse.

Durante unos segundos se quedó petrificada, sin saber qué hacer.

—¿Uriel? —gritó ella sin moverse de su sitio, sin olvidar que su luz servía para ganar más tiempo antes de que Astaroth fuese libre—. ¡Uriel! —gritó desesperada al ver el cuerpo de su amigo a varios metros de ella, inmóvil.

—¡Anael! —le gritó Gabriel—. ¡La luz! ¡Mantén la luz! —ordenó.

—¡Urieeel! —exclamó Anael sin apartar la vista del cuerpo inerte sobre el hielo, incapaz de acudir en su auxilio.

El resto de los ángeles que lo rodeaban parecían encontrarse en el mismo estado de shock emocional que ella, aunque reaccionaron antes elevando la mirada con gesto desgarrado por el dolor hacia la cúpula, provocando que la luz que emanaban fuese aún más intensa.

Anael ni siquiera podía reaccionar y seguía mirando el cuerpo sin vida de Uriel.

26

Valeria tenía la respiración acelerada intentando correr lo más rápido posible junto al resto de la Aurora Dorada. Necesitaban tomar distancias con el resto, sobre todo con los demonios y la organización Thelema.

Unos metros por detrás, el ejército intentaba disparar a todos los demonios que los sobrevolaban y la división luchaba contra todos ellos.

Valeria gritó sin dejar de correr cuando uno de los demonios cogió a uno de los militares elevándolo en el aire.

Giró su cuello y siguió corriendo sin mirar atrás. La desesperación era tal que sentía deseos de gritar a cada zancada que daba. Jake, Efrem e Idalia corrían a su lado, por detrás Kamilah y Johannes corrían cogidos de la mano, intentando acelerar el ritmo hacia la base Nueva Esperanza donde los esperaban con la botella para realizar el conjuro. Podían ver perfectamente la base a través de aquella cúpula al borde del colapso y la luz que emitían todos los ángeles desde el otro lado.

No estaban lejos, en unos cinco o diez minutos como mucho lograrían llegar, aunque correr por aquella superficie helada era difícil y sufrían muchos resbalones.

Se giró para asegurarse de que ningún demonio se le echaba encima cuando vio a varios de los demonios alados que conseguían romper la línea defensiva que habían creado la división y la Aurora Dorada, consiguiendo acercarse a ellos.

Gadreel apareció en medio de la planicie de hielo y extendió sus alas saltando hacia arriba, sacó su espada y comenzó a luchar contra ellos, provocando que varios de los demonios cayesen al suelo sin vida.

Gadreel aterrizó de nuevo en el suelo mientras se situaba a la altura de Aitor y Miguel que corrían desesperados intentando combatir a Thelema para detener su avance.

Gadreel se detuvo en seco y directamente atacó a varios de los demonios, dañándolos para que tuviesen que frenar en su avance. Eran demasiados, Astaroth había preparado una oleada de demonios imparable, pues estos no debían dejar de surgir del agujero donde se unían los dos planos. Era un esfuerzo titánico el que estaban realizando, y aunque intentaban dar lo mejor de sí mismos, era imposible luchar contra todos, eran demasiados.

Gadreel apretó los dientes y se lanzó hacia uno de los demonios saltando en el aire y arrojándolo al suelo con tanta fuerza que, al chocar contra el hielo, hizo un boquete. Desapareció y apareció entre dos demonios, provocando que perdiesen el equilibrio. Frenó ayudándose de su espada, clavándola en el hielo, se dio media vuelta y la clavó en el primer demonio. Su gritó provocó que sus tímpanos estuviesen a punto de explotar. Extrajo la espada del demonio, se giró y, sujetándola con las dos manos, se giró y amputó la cabeza del cuerpo al otro demonio.

Miró de un lado a otro, debatiéndose hacia dónde dirigirse para ayudar. Eran tantos que no sabía cómo proceder.

Lo más importante era que los miembros de la Aurora Dorada llegasen a la base, pero eso no lo lograrían si no contenían aquella embestida.

Gadreel se giró para observar hacia atrás, viendo que pocos metros por delante los miembros de la Aurora Dorada corrían. Observó el gran despliegue de demonios que lo sobrevolaban queriendo cortar el paso a la Aurora Dorada, a la división y a los efectivos militares que corrían hacia la base.

Sujetó con fuerza su espada y fue a por los demonios que iban más adelantados, casi sobrevolando ya a los miembros de la Aurora Dorada.

—¡No dejéis de correr! —les gritó Gadreel mientras adelantaba a gran velocidad a varios demonios, cortándoles el paso para que no pudiesen lanzarse en picado contra sus amigos.

Valeria se detuvo en seco cuando uno de los demonios se situó ante ella y elevó sus garras para clavárselas.

—Rursus daemonium —gritó ella extendiendo los brazos hacia delante. Una corriente de energía impulsó al demonio atrás, separándola de ella, aunque de inmediato situó sus manos sobre la cabeza y se agachó cuando vio que otro descendía a gran velocidad en su dirección—. ¡Clypeus! —exclamó formando un escudo protector a su alrededor que hizo rebotar al demonio que cayó hacia un lado.

Intentó calmar su respiración y miró al demonio rodar sobre el hielo, aunque este se incorporó de inmediato frenando con sus largas garras en el hielo. Tomó impulso de nuevo justo cuando Valeria miró hacia delante, el primer demonio también iba a por ella.

Volvió a agacharse haciéndose un ovillo.

—¡Clypeus! —gritó de nuevo provocando que los demonios no pudiesen alcanzarla y saliesen disparados.

Estaba agotada, no solo de correr, sino de los nervios. Era como si su inquietud agotase su energía.

Se puso en pie y comenzó a correr a la desesperada, con la respiración agitada, el corazón desbocado y un gemido que salió de lo más profundo de su ser.

Tras ella corrían el resto de su equipo, intentando apartar a los demonios que se lanzaban sobre ellos, obstaculizando el paso.

Gritó cuando sintió cómo con un gran golpe la desviaban del camino. Cayó con fuerza sobre el hielo y gimió. Durante unos segundos se le cortó la respiración y sollozó.

—¡Nooo! —gritó cuando sintió que la cogían con fuerza del cabello para levantarla. Llevó las manos hacia esa garra que la elevaba, golpeándola, y miró de reojo al demonio que la miraba con una sonrisa de superioridad. Obviamente, la elevaba para clavarle las garras en el pecho, pues el demonio elevó el brazo—. ¡Adhuc! —ordenó para que el demonio se paralizase.

No pudo ver ni cómo aquel conjuro hacía efecto, pues el demonio que la mantenía sujeta salió despedido, arrojándola al suelo. Daniel apareció a su lado con una daga en la mano y situó la otra en su hombro mientras ella se incorporaba.

—¿Estás bien?

Ella no respondió, solo asintió con la cabeza mientras se incorporaba resoplando.

Daniel fue hacia el demonio que aún se encontraba paralizado en el suelo por el conjuro de ella y clavó su daga en el centro de su pecho.

Se giró hacia Valeria y corrió hacia ella cogiéndola de la mano.

—Tenemos que irnos —urgió tirando de ella.

Valeria tiró de él y se giró hacia atrás, observando la gran cantidad de militares que luchaban contra los demonios. Algunos conseguían rehuir sus zarpazos, detener sus golpes, otros simplemente eran sujetados y elevados por el cielo para ser lanzados mientras gritaban al verse sobrevolar el hielo. La mayor parte de la división estaba haciendo un buen trabajo, salvando la vida de muchos de estos militares, pero eran tantos los demonios que no daban abasto y podían verse, en la lejanía, los cuerpos inertes de algunos militares.

Daniel tiró de nuevo de su mano.

—Vamos —urgió acelerado—. ¡Hay que llegar a la base! —exclamó. Ella intentó soltarse

de su mano mientras miraba hacia atrás, hacia ese caos—. ¡Valeria!

No podía, era superior a ella, si no hacían algo todos morirían.

—Nooo —gimió soltándose de su mano.

Daniel intentó cogerla de nuevo, pero ella lo esquivó.

Valeria miró a su lado, donde se encontraban Jake e Idalia.

—¡Aurora! —gritó todo lo fuerte que le dio su garganta—. ¡Hay que detenerlos!

Todos los miembros de la Aurora Dorada corrieron hacia ella situándose en una línea horizontal. Daniel dio unos pasos hacia atrás al intuir lo que iban a hacer.

—Ya estamos cerca —comentó Aitor mirando hacia la base.

Daniel asintió y miró al resto de su equipo, en concreto a Víctor y a Marcos que corrían hacia ellos y a Miguel que estaba acabando con uno de los demonios.

Una ventisca echó a los miembros de la división hacia atrás cuando toda la Aurora Dorada al completo elevó los brazos. Trozos de nieve se elevaron lentamente alrededor de Valeria y de todos los suyos mientras cogían aire y elevaban los brazos poco a poco, como si se cargasen de energía.

Valeria abrió los ojos lentamente y echó los brazos hacia delante, al igual que el resto de sus compañeros.

—¡Rursus daemonium! —exclamaron todos a la vez.

El viento que los echaba hacia atrás pareció dar una vuelta de ciento ochenta grados y girar en dirección a los demonios que corrían hacia ellos.

Con aquel conjuro los echaron hacia atrás, consiguiendo que estos retrocediesen, dándoles un tiempo precioso a los militares y a la división para huir.

Valeria observó cómo la nube creada por los demonios que iban directos hacia ellos retrocedía como si fuese una bandada de pájaros impulsada, así como los demonios que corrían sobre el hielo en su dirección se topaban con una pared invisible y eran alejados.

Daniel tomó la mano de Valeria rápidamente y comenzó a tirar de ella para correr.

—¡Vamos! —le gritó cogiendo su mano con fuerza.

Ella gimió mientras seguía los pasos de Daniel a toda prisa, observando que lentamente los demonios se reagrupaban y volvían a tomar el rumbo en su dirección.

—¡Corred! —gritó Aitor hacia todos.

Los demonios se reconstituyeron de nuevo y tomaron impulso en su dirección mientras todos corrían hacia la base cada vez más cercana.

Gadreel observó cómo sus amigos se distanciaban levemente, consiguiendo una ligera ventaja sobre los demonios.

Al menos, dispondrían de unos cuantos metros para correr sin que se les molestase. Apretó la mandíbula y fue directo hacia los demonios. No podía hacer mucho, pues eran demasiados para él, pero intentaría retrasar lo máximo posible que volviesen a acercarse.

Ya quedaban pocos metros para que llegasen a la base y poder realizar el conjuro, solo esperaba no llegar demasiado tarde. En cuanto los miembros de la Aurora Dorada encargados de realizar el conjuro estuviesen lo suficientemente cerca, se trasladaría hasta allí para informar y protegerlos tal y como estaba haciendo hasta ahora.

Tomó impulso y se lanzó hacia los demonios para detenerlos.

Anael miró con lágrimas en los ojos el cuerpo de Uriel, sin poder reaccionar.

—¡Nooo! —sollozó hacia él sin moverse de su lugar, simplemente girando parte de su cuerpo para mirarlo. La angustia era tan grande que no podía concentrarse en extraer la luz de su pecho para controlar la cúpula—. ¡Uriel! —lloró disminuyendo más la luz, perdiendo toda

concentración.

Uriel había sido su amigo desde los inicios, siempre se había mostrado comprensivo con ella. La tristeza, la impotencia y la rabia se habían apoderado de su mente, y era tal el cúmulo de emociones que no podía controlarlo. Se sentía desbordada.

Lloró y gritó desconsolada mientras el resto de ángeles intentaban mantener la luz de su pecho, sin moverse de su puesto.

Las lágrimas bañaban el rostro de Anael que miraba desesperada el cuerpo sin vida de Uriel.

Gabriel la miró.

—Anael —le gritó—, concéntrate o Astaroth destruirá la cúpula —continuó a modo de orden, aunque por su tono de voz se intuía que también sufría. No podían permitirse desconcentrarse ahora o la cúpula caería liberando a Astaroth.

Anael cerró los ojos sin poder controlar el llanto y se giró hacia Gabriel, el cual se esforzaba por extraer toda la luz de su pecho.

Tragó saliva y lo miró.

—No puedo —sollozó llena de dolor—. Ha matado a Uriel, a nuestro hermano —lloró desconsolada y respiró hondo—. No… no puedo soportarlo —gritó destrozada por el dolor.

Gabriel la miró con gesto decidido.

—Que su muerte no sea en vano —le gritó Gabriel.

Anael se giró hacia la cúpula sin dejar de llorar. La niebla oscura se iba filtrando por la cúpula fracturada sin que pudiesen hacer nada para detenerla. La cúpula iba a ceder y nada pararía a Astaroth.

Inspiró hondo y gruñó cuando volvió a extraer toda la luz de su pecho de nuevo, pues se había mantenido prácticamente apagada ante lo ocurrido a Uriel. Debía concentrarse y luchar por la humanidad, esa era su principal misión, aunque le costase hacerlo.

Gritó con rabia hacia Astaroth, el cual mantenía un gesto concentrado y furioso hacia todos los ángeles, aunque pudo apreciar una ligera sonrisa en su rostro cuando coincidió con él. Sí, él sabía que la cúpula no aguantaría mucho más.

En ese momento, apareció Gadreel entre todos los ángeles, por detrás de los arcángeles, y observó la energía de la cúpula. Estaba prácticamente destruida, era ya tan fina que el poder del serafín la atravesaba sin problema.

Avanzó entre los ángeles.

—¡Se acercan! ¡Hay que realizar el…! —Se quedó petrificado cuando observó el cuerpo inerte de Uriel sobre el hielo. El corazón se le detuvo en ese momento y se quedó sin respiración —. ¿Uriel? —preguntó estático, totalmente conmocionado.

Uriel había sido un gran amigo suyo desde la creación, siempre se habían mantenido muy unidos hasta su separación tras la caída, aun así, había participado en su rescate siendo uno de los que los había animado a todos, uno de los primeros en hacerle sentir bien junto a Anael, en perdonarlo por lo sucedido.

—No —susurró sin apartar la mirada de él. Apretó los labios y miró con toda su rabia a Astaroth. La maldad de aquel serafín no tenía límites. La indignación, la frustración y la tristeza se apoderaron de él, sin poder reaccionar, sin saber qué hacer… luego dio paso a la rabia más absoluta que había conocido—. No —repitió con los ojos llorosos y la mirada fija en Astaroth. No iba a permitirlo. Si la energía de él atravesaba la cúpula, también lo haría desde fuera hacia dentro.

Miró con odio a Astaroth y rugió. Su respiración se descontroló por la rabia que sentía en aquel momento y, sin pensarlo, se lanzó a toda prisa hacia él.

Gabriel y Anael no tuvieron tiempo de reaccionar.

Gadreel pasó al lado de Anael quitándole la espada del arcángel Miguel, aquella espada capaz de irradiar la luz de Dios, una espada muy poderosa, y la sujetó con las dos manos mientras daba un salto en el aire en dirección a Astaroth.

—¡Gadreeel nooo! —gritó el arcángel Gabriel al ver lo que hacía.

Gadreel no lo escuchó y se impulsó con fuerza por el aire en dirección a la cúpula, dispuesto a atravesar a Astaroth con aquella espada. El impulso iba con tanta energía que logró superar la niebla que salía por las grietas de la cúpula y atravesarla. Gadreel rugió al impulsar la espada hacia dentro de la cúpula con todas sus fuerzas, atravesándola. En ese momento, Astaroth elevó su mano justo ante la punta de la espada, impidiéndole que avanzase y que esta pudiese herirlo.

Astaroth mantenía su mano elevada justo ante la espada, y de su mano surgía una espesa niebla que comenzó a filtrarse de una manera sobrecogedora por todas las grietas de la cúpula, incluso por la zona donde la espada del arcángel Miguel había atravesado.

Gadreel hizo fuerza intentando alcanzarlo, apretando hacia dentro, pero Astaroth ladeó el cuello mientras lo observaba fijamente y sonrió.

Gadreel y todos los allí presentes comprendieron a qué se debía aquella triunfal sonrisa por parte de Astaroth.

Astaroth cerró los ojos y elevó los brazos hacia los lados mientras respiraba profundamente.

—Nooo —susurró Gadreel intentando alcanzarlo con la espada con todas sus fuerzas, rugiendo.

Astaroth volvió a rugir reuniendo fuerzas y, finalmente, abrió los brazos sacando pecho, de donde extrajo una onda de energía explosiva que rebotó contra la cúpula y acabó de fracturarla, estallando en mil pedazos. Tal y como había pasado con la estrella de David anteriormente, los pedazos de la cúpula se condensaban creando cristales que salían despedidos hacia todos los allí presentes como si se tratase de metralla.

La explosión fue tan fuerte que incluso la espada del difundo arcángel Miguel se quebró en varios trozos saliendo despedida, al igual que toda la cúpula.

Gadreel fue impulsado hacia atrás, cayendo sobre el hielo y resbalando unos metros por la superficie helada. Tal fue el golpe que algunas partes de su armadura y su espada resbalaron por el hielo, alejándose de él.

—¡Nooo! —gritó el arcángel Gabriel antes de que uno de aquellos cristales lo atravesase por el estómago y cayese al suelo.

El estruendo fue tan grande que formó un eco que iba de una montaña a otra haciendo que todo el paraje temblase.

Gadreel se encogió totalmente para que la destrucción de la cúpula y todos aquellos cristales no lo golpeasen, protegiéndose la cabeza mientras escuchaba los gritos de todos a su alrededor.

La onda expansiva fue tan potente que arrastró a todos los que se encontraban allí en el valle, haciéndolos volar hacia atrás, arrastrados por la fuerza de la explosión y heridos por aquellos cristales de energía que cortaban sus carnes.

Sus oídos pitaron ante el fuerte estruendo y apretó la mandíbula mientras todo temblaba a su alrededor.

Era como si miles de ventanas se rompiesen a la vez. Luego venía un fuerte estallido que recordaba al detonar de una bomba.

El estruendo fue desapareciendo hasta que el gemido de dolor de todos los allí presentes lo envolvió.

Gadreel abrió los ojos recuperando el aliento y tragó saliva mientras permanecía tumbado

sobre el hielo, observando el cielo estrellado, sin poder reaccionar ante lo que acababa de suceder. Giró lentamente su cabeza, aún consternado, y miró hacia el lateral.

Valeria se arrastraba por el suelo con la mano en la pierna, gritando al igual que muchos de sus compañeros. Daniel se puso en pie, le había golpeado uno de los cristales en el brazo, pero no era nada importante, sin embargo, la pérdida de sangre de Valeria sí lo era.

Avanzó rápidamente hacia ella y se arrodilló a su lado.

—Eh, eh... —Observó la herida que, con toda seguridad, había seccionado alguna arteria—, tranquila —gimió al ver que su rostro se tornaba blanco—. Valeria…

—Frío, tengo… frío… —sollozó Valeria casi sin poder hablar mientras el charco de sangre teñía el blanco hielo alrededor de su cuerpo.

—No, no… —Daniel extrajo la daga de su cinturón y se cortó en la mano. La situó directamente sobre la herida. Ellos se regeneraban antes, su sangre podría ayudarla a curar y cicatrizar mucho más rápido—. No me dejes… —sollozó. Se giró y observó al resto de sus compañeros. Todos gritaban, incluso los ángeles. No había ni una persona o entidad celestial que no hubiese salido dañada. Aitor se arrastraba sobre el suelo con una mano en el costado, del que vertía abundante sangre, dirigiéndose hacia Miguel que permanecía inmóvil en el suelo con el cuello rasgado. Entre todos los ángeles, militares y miembros de la Aurora Dorada esparcida sobre el hielo, pudo identificar también a su compañero Marcos, el cual miraba de un lado a otro, desorientado, gritando el nombre de Diana, y a Kata, con dificultades para caminar, pero que no dejaba de gritar el nombre de Víctor.

Daniel tuvo que contener el llanto y un grito cuando vio tanto dolor.

—No —sollozó hacia Valeria que convulsionaba por la abundante pérdida de sangre.

Los militares también se encontraban en el suelo, tiñendo con su sangre el hielo blanco. Algunos estaban inmóviles, otros intentaban ponerse en pie entre gemidos, otros directamente gritaban mientras trataban de ayudar a alguno de sus compañeros.

La mayoría de los ángeles se encontraban en la misma situación y su sangre dorada comenzó a mezclarse con la humana.

Astaroth sonrió cuando miró a su alrededor. Se incorporó lentamente, poniéndose erguido y alzando el mentón.

—Al fin… —susurró—, libre —acabó con una gran sonrisa.

Todo lo que había sufrido, lo que había luchado, acababa de recibir su recompensa.

Por primera vez miró hacia el cielo y cerró los ojos unos segundos, saboreando aquel especial momento.

Gadreel ni siquiera se giró al escuchar aquellas palabras. Titubeó un poco, pero logró ponerse en pie y miró hacia los lados, desesperado. Pero ¿qué habían hecho? Aquella era la peor catástrofe que jamás había visto. Ni siquiera en las decenas de guerras que había librado contra el infierno en sus épocas de luz había visto algo igual. La mayoría de los ángeles se encontraban tirados en el suelo, gritando y sollozando por las heridas en su cuerpo. Otros ángeles miraban sobrecogidos lo que había ocurrido, conscientes de lo que acababa de desencadenarse y sin poder reaccionar.

Gadreel tragó saliva y se tambaleó unos pasos hacia delante, sin saber a dónde dirigirse.

—¿Anael? —gritó mirando de un lado a otro.

En aquel lugar había demasiada destrucción y dolor.

Sintió cómo su vello se erizaba cuando, entre todos los ángeles esparcidos por el suelo, reconoció a Anael con la mano en el cuello, agonizando.

Corrió hacia allí intentando guardar el equilibrio y no resbalar, rodeando a muchos de sus

compañeros heridos o bien rodeando a algún cuerpo sin vida.

Cuando llegó ante ella la imagen le impactó. Se dejó caer de rodillas sobre el hielo mientras la observaba.

—Nooo —sollozó cogiéndola entre sus brazos lentamente y con extremo cuidado. Anael tenía parte del cuello seccionado y luchaba por respirar. Gadreel miró de un lado a otro desesperado, sin poder controlar su respiración—. ¡Rafael! —gritó—. ¡Rafael! —repitió, pues sabía que él era el único arcángel capaz de sanarlos. Rafael no respondió, seguramente estaría herido o algo peor. Centró su mirada en ella, pasando su mano por su mejilla, totalmente incrédulo ante lo que estaba viviendo. Aquello debía de ser una pesadilla, no podía ser cierto. El rostro de Anael se tornaba blanquecino por segundos y todo su cuerpo temblaba—. No, no… por favor… Anael, no me dejes —sollozó tomando su nuca y apoyándola en su hombro para acunarla. Anael intentaba articular palabra, pero no podía—. Shhh… por favor, no hagas esfuerzos. —Gadreel miró al cielo sin poder soportarlo más mientras una lágrima comenzaba a descender por su mejilla—. Padre, perdóname… —suplicó llorando, con su cuerpo convulsionado por el llanto—, lo siento… lo siento tanto… —gimió apretándola contra él. Situó su frente en la de ella. Anael lo miraba con ojos rasos y esforzándose por respirar, aunque comenzaba a ahogarse en su propia sangre dorada. En un determinado momento, el cuerpo de Anael comenzó a relajarse, como si encontrase la paz después del sufrimiento. Gadreel se quedó observándola y tragó saliva, incrédulo—. Nooo… —susurró y la acunó en su pecho, desconsolado—. Todo era tan hermoso… —dijo sin dejar de balancearse con ella en su regazo —. Padre, nos creaste con tanto amor…

Astaroth miró a su alrededor con una sonrisa y, finalmente, dio unos pasos hacia delante en dirección a Gadreel, pues parecía ser el único ángel que no se encontraba herido. Extrajo la enorme espada de su cinturón y la dejó caer con la punta de esta resbalando sobre el hielo.

—Por favor, Padre… —siguió suplicando Gadreel—, tu creación, los humanos, nosotros… por favor… —lloró mientras la lágrima seguía recorriendo su mejilla y acariciaba desconsolado el cabello de Anael—, nos creaste con tanto amor… —repitió—. Hay tanto amor en tu creación…

Astaroth no dejó de avanzar hacia él y sonrió de soslayo al escuchar aquellas palaras.

—Él no te escucha, Gadreel —se burló Astaroth con voz grave—, jamás lo ha hecho.

Gadreel tenía sus ojos clavados en los ojos azules de Anael, viendo cómo estos se apagaban. Apretó los labios al escuchar cómo, en aquel momento, Astaroth seguía sin sentir un ápice de compasión.

—No, eso no es cierto —le gritó con todas sus fuerzas antes de volver a mirar a Anael y arrastrar una mano por su mejilla a modo de caricia—. Por favor… ayúdanos… —suplicó cerrando los ojos y situando su frente en contacto con la de ella.

Astaroth llegó hasta él y elevó la espada para asestar el golpe de gracia contra Gadreel. Ahora, Gadreel era el único ángel que podía combatir contra él, pues el resto permanecían tumbados sobre el hielo luchando por mantenerse con vida.

Gadreel observó de reojo a Astaroth elevar su enorme espada para acabar con su vida. No le importó, era tal la conmoción que sentía en aquel momento con Anael entre sus brazos y tal la destrucción a su alrededor que no le importó que Astaroth fuese a acabar con él. Lo cierto era que lo deseaba para no sufrir así, para dejar de sentir el peso muerto del cuerpo de Anael entre sus brazos. Él no quería un mundo en el que ella no estuviese, que no pudiese compartir con ella o sus amigos. La muerte era el único remedio para el dolor y el desasosiego que sentía en aquellos momentos. Ahora ya nada importaba.

—Padre… —volvió a llorar—, ayúdanos —suplicó. Su cuerpo se convulsionó mientras abrazaba el cuerpo de Anael, totalmente derrotado. Inspiró hondo y miró hacia el cielo, hacia aquella oscuridad que en breve cambiaría con el nuevo amanecer, aunque aquella vez ninguno de los allí presentes estaría para disfrutar de él. A lo largo de su existencia se había equivocado, pero había vuelto a amar, había amado de tal forma que había expuesto su vida por todos ellos sin dudarlo. Ahora, de nada servía todo el sufrimiento que había padecido, los latigazos de los demonios en el infierno, las promesas de amor con Anael, las sonrisas y el compañerismo con la división y la Aurora Dorada…, ahora, sin todos ellos, no quería seguir allí. Prefería desaparecer para no tener que vivir con su ausencia. Lloró de nuevo mientras observaba a Astaroth tomar impulso para descender la espada sobre él. Miró al cielo suplicando, observando las hermosas estrellas brillar con fuerza en la oscuridad mientras mantenía a su amada entre sus brazos, aceptando su destino—. ¡Padre, ayúdanos! —gritó con la voz desgarrada—. ¡Paaadreee! —lloró mientras la lágrima resbalaba hasta su barbilla y se desprendía de ella.

Había sufrido, gritado, y sus ojos se habían vuelto rasos… pero en ningún momento había sentido un dolor o un sufrimiento capaz de provocar las lágrimas de Gadreel… hasta ese momento.

La lágrima que se desprendió de su barbilla se desintegró en mil partículas cuando un haz de luz blanca, más brillante que el sol, impactó contra el hielo con tanta fuerza y chocando con tanta intensidad que provocó que todo el valle se estremeciese. El haz de luz rodeaba a Gadreel con Anael en brazos en el centro.

Fue tal el impacto que Astaroth fue alejado con un gran impulso que le hizo caer y resbalar por el hielo, alejándolo de ellos dos.

El haz de luz que provenía del cielo estaba conformado por una energía blanca y azulada que descendía hacia ellos, con tanta fuerza que ninguno podía acercarse. La luz se hizo más fuerte, irradiando todo a su alrededor, cegándolos a todos, incluso Daniel que estaba más alejado junto a Valeria en sus brazos tuvo que taparse los ojos con la mano. Aquella luz venía acompañada de un suave calor.

Daniel intentó mirar hacia donde se encontraban Gadreel y Anael, atisbando a ver solo sus siluetas en medio de aquella potente luz. No comprendía qué pasaba, no entendía nada, pero aquella luz estaba distribuyéndose por todo el valle, sanándolos a todos. Daniel observó petrificado cómo las heridas cicatrizaban poco a poco, como si penetrase en sus cuerpos, curándolos, incluso sintió cómo el pecho de Valeria volvía a moverse.

Aitor apartó la mano de su pecho observando cómo este se cerraba rápidamente.

Algunos ángeles que permanecían en el suelo sentían maravillados cómo sus heridas sanaban con premura, sin poder casi reaccionar ante aquella explosión de luz.

Gadreel permanecía abrazado a Anael, sin abrir los ojos, llorando, sin parecer consciente de lo que ocurría mientras aquella energía descendía sobre ellos, pues el dolor de la pérdida le mantenía totalmente absorto en Anael. Sintió cómo un calor reconfortante se apoderaba de él poco a poco, cómo volvía a sentirse completo… hacía tantos milenios que no se sentía así.

Sintió cómo el pecho de Anael volvía a moverse, respirando. Lo primero que hizo Anael al abrir los ojos fue mirar hacia arriba, hacia aquella luz que provenía del cielo y que entraba dentro de ellos dándoles fuerza, sanándolos. Supo lo que ocurría en ese momento.

—Padre —susurró fascinada hacia la luz mientras sus ojos se humedecían. Reconocía perfectamente de quién se trataba. Él nunca les había abandonado.

Las montañas temblaron y algunos aludes cayeron hacia el descampado ante el impacto tan fuerte y seguido de aquella energía sobre el cuerpo de Gadreel.

Jamás ninguno de los allí presentes había visto algo así, pero sabían perfectamente lo que era o, más bien, quién era.

La luz se difuminó, estrechándose en cuestión de segundos y desapareciendo, como la luz que entra en una habitación, pero desaparece al cerrarse la puerta.

Gadreel no pudo reaccionar al principio, se quedó totalmente estupefacto, sin saber qué hacer.

Se separó un poco del cuerpo de Anael para mirarla. Anael lo observaba maravillada, sin rastro de su herida en el cuello, como si hubiese estado perfectamente desde un principio. Llevó la mano hasta la mejilla de Gadreel, acariciándola, sin poder contener su emoción y con los ojos empañados en lágrimas. Gadreel estaba distinto, su armadura ya no era oscura, sino plateada, su rostro denotaba ahora una serenidad, un amor y una luz como antes de su caída.

Ambos se sonrieron unos segundos mientras las lágrimas bañaban su rostro, conmovidos por lo que acababan de presenciar.

Los ángeles y arcángeles comenzaron a ponerse en pie lentamente, observando maravillados en dirección a Anael y Gadreel, sin dar crédito.

Astaroth fue el primero que reaccionó, consciente de lo ocurrido. Directamente dio unos pasos atrás, asustado y tragando saliva, pues comprendía perfectamente lo que significaba todo aquello. Aquella mágica energía que había descendido sobre Gadreel tenía un color azulado, y eso solo podía significar una cosa.

—La luz de Dios… —susurró atemorizado.

Gadreel aún miraba a Anael cuando observó de reojo a Uriel incorporarse y girarse hacia él. Uriel lo miraba con firmeza. Ambos fueron conscientes de lo que debían hacer. El gesto de ternura de Gadreel pasó a ser de rabia y dolor ante lo que había provocado Astaroth. Ahora que era consciente de que Dios le había perdonado y le había dado el poder, no lo dejaría escapar.

Uriel le señaló con un movimiento de cabeza su espada que se encontraba unos metros por delante sobre el hielo. Una luz azulada la recorría de la punta a la empuñadura. Debía hacerlo, era ahora o nunca.

Miró con odio a Astaroth, aún con lágrimas en sus ojos y sin soltar a Anael.

Astaroth vio cómo la espada de Gadreel resplandecía de azul. Sabía lo que significaba aquello, pero no había llegado tan lejos como para rendirse ahora.

—Nooo —susurró mientras inspiraba hondo y extendía sus brazos hacia los lados. De su pecho comenzó a salir de nuevo aquella niebla negra, preparándose para atacar.

Gadreel apretó la mandíbula y asintió hacia Uriel. De un salto llegó hasta donde se encontraba la espada, tomándola mientras Uriel se ponía en pie, preparándose.

Gadreel se puso en pie mientras observaba a Astaroth expulsar toda la energía oscura hacia los ángeles que lo rodeaban. Echó la mano que tenía libre hacia delante, sintiendo cómo la luz de Dios se creaba dentro de él y una corriente de energía azul lo envolvía por la cintura, como si se tratase de un torbellino. La expulsó directamente hacia Astaroth, rodeándolo, provocando que toda la niebla desapareciese y capturándolo en esa energía como un torbellino. A la altura de su cintura lo envolvía aquella energía en constante movimiento, rodeándolo, y aquel torbellino se desplazaba hasta Astaroth como si se tratase de una cuerda con un lazo que manejaba Gadreel a su antojo.

—¡Nooo! —gritó Astaroth intentando deshacerse de la energía que lo mantenía preso.

Aquella energía de color azul rodeaba el cuerpo de Gadreel formando un torbellino de dos vueltas y luego era expulsada hacia Astaroth a través de su brazo, reteniéndolo y manteniéndolo sujeto.

—¡Todos conmigo! —gritó Gadreel al resto de ángeles—. ¡Ahora! —ordenó.

Todos eran conscientes de que Astaroth era muy poderoso y que incluso para la luz de Dios era difícil acabar con él, por eso necesitaba toda la ayuda posible.

Todos los ángeles que se encontraban allí rodearon a Astaroth atrapado en ese torbellino de luz que creaba Gadreel y que mantenía al serafín preso, sin poder moverse.

—¡Nooo! ¡Jamás me venceréis! —gritó Astaroth consciente de que se mantenía atrapado.

Los ángeles formaron un círculo alrededor de él, abriendo los brazos para que la luz emitida desde sus pechos siguiese debilitándolo. Otros ángeles que se encontraban más alejados corrieron en aquella dirección obedeciendo la orden de Gadreel. En cuanto tomaban posición, extendían los brazos hacia delante e irradiaban hacia el centro de aquel círculo a Astaroth para evitar que pudiese defenderse.

La luz que comenzó a acumularse en aquel punto provocó que los militares, los miembros de la Aurora Dorada y la división se echasen sobre el suelo y se tapasen los ojos, la luz era tan intensa que casi no les permitía abrirlos.

Daniel se echó sobre Valeria para protegerla y miró hacia atrás observando a sus compañeros con actitud nerviosa.

Anael, tirada aún en el suelo, tragó saliva mirando a su alrededor, recuperándose de lo ocurrido. No esperó más y reaccionó. Inspiró hondo y se puso en pie. Aquel era su momento, si no lo hacían ahora no lo lograrían, debían acabar con Astaroth en ese preciso momento y Gadreel era el elegido para ello. Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas mientras se ponía en pie y observaba a Gadreel avanzar entre la inmensidad de aquella luz, en el centro de aquel círculo formado por los ángeles, apuntando con la espada a Astaroth. Gadreel creaba un torbellino de energía a su alrededor de color azul, igual que había hecho el arcángel Miguel en el pasado, y lo expulsaba hacia Astaroth, evitando que pudiese defenderse.

Anael extendió los brazos hacia los lados irradiando también con la luz que emitía desde su pecho en dirección a Astaroth que no dejaba de revolverse y de gritar, consciente de lo que estaba ocurriendo.

Solo la luz de Dios era capaz de hacer frente a un poder como el del serafín más poderoso del Universo, aun así, era difícil, pero con la unión y la ayuda de todos los ángeles, tal y como había pedido Gadreel, lo conseguirían.

Gadreel dio unos pasos hacia él, con su mano extendida hacia delante manejando aquel torrente de luz, controlando la energía que irradiaba su cuerpo y que su Padre le había concedido. Era la primera vez que la manejaba, sin embargo, la sentía como algo familiar, algo que llevaba milenios haciendo. Extendió sus enormes alas que habían cambiado de color y ahora eran de un blanco puro.

—Tú, Astaroth… —le gritó Gadreel acercándose más a él, apuntándolo con la espada sin dejar de rodearlo con su energía—, que fuiste arrojado a los infiernos por tu desobediencia, que has amenazado a la creación y la humanidad a la que tanto amamos… —exclamó sujetando con más fuerza la espada entre sus manos mientras Astaroth no dejaba de gritar e intentar escapar de aquel torbellino—, no eres digno de la existencia. —Bajó la espada y esta comenzó a irradiar una luz muy brillante y de color azul—. En este momento, liberamos al mundo de la tiranía y del yugo que pretendes imponer, de la destrucción a la que tu existencia lo condena, y damos paso a un futuro lleno de esperanza y de amor.

—¡Nooo! —gritó Astaroth con todos los músculos de su cuerpo en tensión, intentando liberarse y aplicando su máxima fuerza.

La actuación del resto de ángeles y arcángeles allí presentes lo debilitaban lo suficiente

como para que Gadreel pudiese mantenerlo retenido.

Gadreel se situó ante él y lo miró a los ojos mientras descendía su espada, situándola al lado de su cadera para darle impulso.

—*In nomine domine*, *evanescet*[3]—gritó Gadreel.

No podía esperar más, necesitaba hacerlo. Le había sido confiada una misión, seguramente la misión más importante que podía recibirse. Su Padre lo había escogido a él para que fuese el portador de la luz, solo un ángel capaz de amar por encima de todo a la humanidad, de sufrir por ellos, incluso de dar su vida, sería el portador de la luz. Él lo había dado todo, había redimido su pecado y se había enfrentado a Astaroth desde las sombras, exponiéndose a un grave peligro. Él había deseado el perdón de su Padre, pero Dios le había dado algo más, no solo el perdón, a ojos de él era el elegido para acabar con Astaroth. Sabía que más ángeles lo harían, que ninguno dudaría, pero él había sufrido en exceso por Astaroth, sabía que no fallaría.

Condujo toda aquella energía que sentía en su interior hacia la espada y esta brilló de un color azulado muy potente.

—In nomine domine, ¡evanescet! —repitió de nuevo antes de tomar un fuerte impulso y clavar la brillante espada en el pecho de Astaroth.

El grito de Astaroth retumbó en los oídos de todos los que lo rodeaban, incluso en las montañas cercanas, formando un eco que iba y venía.

Gadreel observó cómo ni siquiera en ese momento la ira desaparecía de los ojos del serafín. Aquel serafín había sido el ángel más poderoso del Universo y, sin embargo, había caído tan bajo que para detenerlo debían acabar con su existencia.

La energía que irradiaba aquella espada penetró en el cuerpo de Astaroth rápidamente, hasta que cerró los ojos y Astaroth no pudo mantenerse en pie. Gritó por última vez antes de caer sobre el hielo. Gadreel soltó la espada dejándola clavada en el cuerpo de Astaroth que cayó finalmente con un fuerte golpe.

La luz de los ángeles comenzó a disminuir mientras observaban cómo el cuerpo de Astaroth permanecía en el centro del círculo y su sangre dorada comenzaba a teñir el hielo a su alrededor.

Gadreel se tambaleó y se arrodilló al lado de Astaroth, sin poder apenas aguantar su peso con las piernas, aún sin ser plenamente consciente de lo que había hecho. Situó las manos sobre el hielo, echando la espalda hacia delante y cerró los ojos con fuerza. Inspiró hondo intentando centrarse. La responsabilidad que le había sido encomendada lo abrumaba, pero no podía desconcentrarse en aquellos momentos. Cuando acabase con ello ya tendría tiempo de analizarlo, ahora, por el momento, debía ponerle fin.

Sabía que, aunque Astaroth hubiese muerto, las puertas del infierno seguían abiertas. Recordaba perfectamente el conjuro que había traducido Anael y las condiciones que debían darse para que funcionase. Una de ellas, muy importante, era que una de las personas que habían realizado el conjuro para abrir las puertas debía morir.

Miró a Astaroth, su cuerpo inerte y con la espada clavada en su pecho.

Ni siquiera podía pensar con claridad, estaba nervioso.

Cerró los ojos intentando mantener el control y que su memoria no fallase. Dios, su Padre, había confiado en él y no podía fallarle. Había acudido a él ayudándole y salvándole cuando más lo había necesitado.

Inspiró hondo y elevó su cabeza al frente.

—Con mi voz se cerrarán las puertas del infierno —comenzó a decir con un tono de voz elevado—, con mi voz los demonios serán arrojados a la oscuridad eterna —continuó y, en ese momento, el viento comenzó a soplar más fuerte—. ¡Oh, espíritus malvados y desobedientes!

Porque te has revelado y no has obedecido ni escuchado las palabras de nuestro padre, palabras gloriosas del creador de mí, de ti y de todo el mundo. Yo, por el poder de estas palabras… —Un temblor comenzó a invadir toda la zona—, ordeno que las puertas del infierno sean cerradas y que todos aquellos que escaparon de las tinieblas sean devueltos al valle de la oscuridad. —Inspiró hondo mientras hacía memoria y el temblor se incrementaba. Se sujetó con más fuerza, pues incluso escuchaba el murmullo de todos los que lo rodeaban—. Os maldigo y os envío al fondo del abismo para que permanezcáis encadenados hasta el día del Juicio. ¡Yo os lo ordeno! —gritó—. ¡Obedeced! —El temblor en ese momento provocó que varios de los militares que se ponían en pie volviesen a caer al suelo—. ¡Y que las puertas del infierno se cierren para siempre! —Cerró los ojos y volvió a agachar su cabeza intentando calmarse.

Supo que el conjuro había funcionado cuando varios de los demonios que aún se encontraban allí fueron arrastrados por una fuerza invisible, desapareciendo del lugar a gran velocidad mientras sus gritos se escuchaban en la lejanía. La energía de aquel conjuro era como si atrapase a cada uno de los demonios que habían escapado del infierno, devolviéndolos a gran velocidad hacia aquel agujero que suponía que estaría cerrándose.

Gadreel permaneció con los ojos cerrados, concentrado, dejando que la magia del conjuro obrase por sí misma atrapando a todos los demonios y cerrando aquel portal.

Solo abrió los ojos cuando, finalmente, el temblor cesó y ya no se escucharon los gritos de los demonios. El portal que se había abierto entre la Tierra y el infierno estaba lejos, así que deberían ir algunos ángeles a comprobar que realmente se había cerrado.

La orden no tardó en llegar y pudo escuchar la voz del arcángel Gabriel ordenando a dos ángeles que fuesen a comprobar que el portal había desaparecido.

Gadreel giró su cabeza y volvió a observar el cuerpo de Astaroth con la espada clavada en su pecho. Era un ángel hermoso y así, sin moverse, no parecía peligroso, sin embargo había estado a punto de conseguir su propósito y acabar con toda la humanidad y la creación, solo la intervención de su Padre los había salvado.

Se puso lentamente en pie y, en ese momento, fue consciente de que todos los ángeles que permanecían a pocos metros lo observaban con una mezcla de sorpresa y admiración. Había pasado de ser un ángel caído a ser la luz de Dios, su Padre lo había escogido como tal y ni él mismo comprendía la razón, simplemente se sentía agradecido.

Intentó controlar sus emociones, las lágrimas de sus ojos al sentir de nuevo aquella calidez en su pecho. Ahora se sentía realmente completo de nuevo. Había perdido aquella sensación durante milenios y, ahora, estaba de nuevo en él.

Miró a todos los ángeles que lo contemplaban totalmente asombrados, sin saber cómo reaccionar.

—Gadreel —pronunció Anael corriendo hacia él.

Gadreel se giró hacia ella justo antes de que cayese en sus brazos, atrapándola y abrazándola con fuerza. Suspiró al sentir a Anael llorar emocionada en su pecho y no pudo menos que acariciar su cabello rubio y apoyar su mejilla en señal de cariño.

—¿Estás bien? —le preguntó Gadreel separándose levemente de ella y situando una mano en su cuello, allá donde la explosión de la cúpula la había herido. Ahora no había nada, ni siquiera una cicatriz.

Ella asintió con los ojos llorosos. Lo observaba maravillada. Su armadura que había sido oscura volvía a ser plateada, sus alas, de un blanco puro, volvían a resplandecer en todo su esplendor.

Anael apretó los labios y le sonrió.

Gadreel se giró hacia el resto sin soltarla.

—¿Estáis todos bien? —preguntó hacia todos los ángeles que lo miraban pasmados.

El primero en responder fue Uriel.

—Todos estamos bien, gracias a ti —respondió con una sonrisa cargada de ternura.

Avanzó lentamente hacia él mientras Anael se soltaba de Gadreel y lo miraba conmovida.

Uriel se situó a su lado y observó la espada de Gadreel reflejando aún aquella luz azulada, clavada en el pecho de Astaroth. La tomó por el pomo y la arrancó de su pecho. Rodeó el cuerpo de Astaroth y se situó ante Gadreel.

—Toma. —Se la tendió—. Ahora es tuya, es tu poder. —Se la ofreció con una gran sonrisa, incluso con orgullo.

Gadreel se removió nervioso y lo miró con una leve sonrisa, aunque no pudo evitar que su labio hiciese un puchero al mirarlo.

—No la merezco —susurró.

Uriel ladeó su cuello y lo miró conmovido por sus palabras.

—Y por eso mismo, por tu humildad, la mereces —afirmó con la cabeza—. Nuestro Padre te ha escogido a ti… Dios no da puntada sin hilo —dijo tendiéndole la espada. Gadreel tragó saliva e inspiró con fuerza mientras la cogía. Cuando Gadreel la tomó, la luz que desprendía cobró más intensidad. Anael lo miró emocionada mientras Gadreel aceptaba la responsabilidad. Uriel asintió y dio unos pasos hacia atrás—. Gadreel… la luz de Dios… —pronunció Uriel situándose al lado de los arcángeles Gabriel y Rafael—, y el mayor protector de la humanidad.

Directamente, Uriel y el resto de arcángeles, así como todos los ángeles que lo rodeaban, descendieron su cabeza haciendo una leve reverencia.

La luz del nuevo amanecer comenzó a inundar aquella explanada mientras los ángeles se inclinaban hacia el portador de la luz de Dios.

Gadreel sintió cómo su vello se erizaba, no solo había sido perdonado, sino que además era el escogido para portar la luz de Dios a todos los rincones del mundo y proteger a la humanidad, ahora y siempre.

Apretó los labios y negó hacia Anael al verla hacer aquel gesto, reclinándose levemente hacia él.

—No, por favor —le susurró, pero ella no le hizo caso y adoptó la misma postura que todos los ángeles. Ahora, todos estaban a sus órdenes y así lo expresaban, con esa reverencia. Él sería el encargado de dirigirlos y protegerlos con la luz cuando fuese necesario, aunque esperaba que algo así no volviese a repetirse.

Cerró los ojos cuando el sol finalmente lo iluminó, sintiendo la brisa en su piel.

A varios metros, los militares observaban asombrados a todas aquellas legiones de ángeles haciendo una reverencia hacia Gadreel, igual que el resto de la división y la Aurora Dorada que observaban emocionados la imagen sin poder contener las lágrimas.

Kata miró con una sonrisa a Víctor. Gadreel ya los había ayudado y había velado por ellos anteriormente, rescatándolos del infierno a riesgo de comprometer su propia vida.

—Vamos a estar muy bien protegidos —susurró ella.

Daniel, Valeria y el resto de sus compañeros se situaron al lado de Kata y Víctor observando la escena. Realmente era impresionante ver en aquel enorme valle protegido por altas montañas a miles de ángeles realizando una reverencia a Gadreel, incluso Anael, situada a pocos metros de él, realizaba aquel gesto en señal de obediencia.

Aitor llegó hasta ellos y situó un brazo sobre Miguel, el cual aún se pasaba la mano por el cuello, incrédulo por su sanación. Su uniforme estaba roto, pero no había ni rastro de la herida

que la destrucción de la cúpula había causado.

Se quedaron observando en silencio mientras el sol asomaba por detrás de las altas montañas y el viento helado echaba sus cabellos hacia atrás.

Sin ninguna duda, nadie merecía aquel título más que Gadreel, no solo por todo el sufrimiento que había padecido por ayudarlos, sino porque él era el único que no había desesperado y había pedido ayuda a su Padre en esos últimos momentos. Sin duda, Dios los había escuchado gracias a él.

Aitor se giró y observó hacia atrás al escuchar unas pisadas.

—Padre Santiago… —pronunció tendiéndole la mano, pues el sacerdote caminaba con dificultad sobre el hielo.

Santiago tomó su mano para guardar el equilibrio y se situó a su lado observando la escena maravillado. Una sonrisa recorrió sus labios.

—Somos afortunados al contemplar esto —pronunció emocionado. Todos asintieron sin dudarlo—. Y de que Dios, nuestro Padre —dijo girándose para mirarlos—, haya escogido a Gadreel para ser nuestro mayor protector. —Luego hizo un gesto gracioso con su cabeza—. Aunque no me hizo ninguna gracia cuando en la capilla de Galicia Gadreel me elevó por los aires para quitarme el grimorio del rey Salomón… —bromeó, aunque su sonrisa se suavizó—. Los caminos del señor son inescrutables… —pronunció—, y sabios.

Aitor pasó una mano por sus hombros y asintió.

Una vez que los ángeles se pusieron totalmente erguidos y la luz del sol ya iluminaba y bañaba todo el valle, decidieron acercarse y reunirse con los que consideraban también sus amigos.

27

Las siguientes horas las habían dedicado a arreglar la base Nueva Esperanza.

Con la explosión de la cúpula la mayoría de los búnkeres habían sido desplazados de su lugar y los cristales de muchas ventanas se habían roto, quedando esparcidos por el suelo.

Todo lo estaban recogiendo para que nadie sufriese ningún daño.

Los arcángeles se habían encargado de llevarse el cuerpo de Astaroth mientras el resto de ángeles ayudaban a que la base quedase acondicionada lo antes posible.

Anael se giró y observó a Gadreel hablando junto a varios ángeles, dándoles unas órdenes. Gadreel asintió y se giró caminando sobre el hielo, mirando a su alrededor. Estaba distinto, no solo por su armadura plateada, lo más llamativo eran sus alas blancas, símbolo de que era un ángel con luz. Hacía tanto tiempo que no lo veía así que ya lo había olvidado.

Sintió que su corazón latía con más fuerza cuando Gadreel la observó y caminó hacia ella. Anael aprovechó para volver a agacharse y recoger los fragmentos de la espada del arcángel Miguel que permanecían esparcidos por el suelo, metiéndolos en una caja. Su gran amigo, el arcángel Miguel, le había legado aquella espada antes de morir. Cuando la cúpula había explotado, aquella espada se había roto en decenas de fragmentos, unos más grandes, otros más pequeños… pero ahora eran de un color oscuro, sin luz, pues esta luz residía en ese momento en Gadreel.

Se situó ante ella con una sonrisa y se volvió a mirar a sí mismo. Aún no se hacía a la idea.

Ella sonrió.

—Te sienta bien —comentó ladeando su cuello. Lo miró de arriba abajo—. Hacía tanto tiempo que no te veía así que… —dejó la frase sin acabar y tragó saliva—, se me hace raro —acabó riendo.

Él le sonrió y asintió.

—Sí, a mí también —dijo abriendo los brazos.

Los dejó caer y la miró con ternura.

—¿Cómo te sientes al recuperar tu luz?

Gadreel se quedó callado unos segundos.

—Distinto… completo —acabó diciendo y sonrió con cierta tristeza—. Hacía tanto que no me sentía así que me cuesta manejar mis emociones. —La miró—. Pero estoy bien, muy bien —confirmó—. Agradecido.

—Eres la luz de Dios, nuestro capitán —recordó ella.

Gadreel se encogió de hombros.

—Es difícil de digerir —contestó con sinceridad.

Ella le hizo un gesto gracioso.

—Te queda bien.

—¿Tú crees? —preguntó acercándose a ella, provocándola, lo que hizo que ella sonriese con timidez.

—Sí, te… te queda muy bien —respondió con más intensidad—. Y el azul… —pronunció haciendo referencia a la energía que podía hacer brotar de él—, te favorece.

—¿Me favorece? —preguntó enarcando una ceja, acercándose a su rostro.

Ella lo miró a los ojos y descendió levemente su mirada hacia sus labios.

—Sí —rio ella—, demasiado.

Él asintió y finalmente llevó sus labios hasta los de ella para darle un suave beso. Ella cerró los ojos disfrutando de su contacto, hasta que Gadreel se separó poco a poco. Ambos se miraron unos segundos hasta que Gadreel suspiró e intentó recomponerse. Señaló la caja que Anael llevaba en sus manos con un movimiento de cabeza, donde guardaba los trozos de espada que había sido destruida.

—¿Vas a guardarla?

Ella negó y observó la caja donde había metido la mayor parte de los trozos.

—No, es… era una espada muy poderosa —pronunció pensativa—, y parte de su poder aún radica en ella. —Miró hacia la división que ayudaba a los militares recogiendo los desperfectos —. Creo que puede ser de utilidad para ellos. ¿Te parece bien?

—Sí, claro —respondió Gadreel encogiéndose de hombros. Miró a su alrededor y luego dio unos pasos hacia ella, tomando su mano. Ella lo miró con timidez mientras él acariciaba su mano —. Todo esto es por ti —susurró, haciendo que ella tragara saliva al cruzar su mirada con la de él —. Cuando te tuve entre mis brazos y… —no pudo casi contener la emoción—, sentí que te perdía… —Anael lo miró a los ojos—, no pude soportar tanto dolor. Perder a las personas que amas es el mayor dolor que puede sentirse —pronunció lentamente—. Eso despertó algo dentro de mí…

Ella asintió.

—El amor lo puede todo, Gadreel, incluso puede ayudar a perdonarse a uno mismo —respondió—. Nuestro Padre siempre ha estado contigo, aunque tú no lo creyeses posible. —Él asintió mientras ella se acercaba. Anael situó su mano en su pecho, sobre la armadura—. Y de un modo u otro te puso en nuestro camino porque confiaba en ti. Siempre lo hizo —acabó sonriéndole. Gadreel apretó los labios e inspiró hondo mientras tomaba la mano que había situado Anael en su pecho. Aquellas palabras lo reconfortaban. Le sonrió con ternura y miró a su alrededor sin soltar la mano—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Él la imitó mirando de un lado a otro.

—He dado la orden de volver a casa. —Ella apretó los labios—. Sabes que debemos volver, nuestra misión aquí ya ha acabado.

Ella tragó saliva y miró en dirección a la división, a la Aurora Dorada y al padre Santiago que ayudaban a los militares.

—Lo sé.

—Es hora de volver y dejar que sigan su camino, aunque siempre estaremos con ellos, protegiéndolos —comentó Gadreel volviendo también su mirada hacia donde ella la dirigía—. Ahora, más que nunca, tenemos grandes amigos a los que cuidar.

Ella sonrió y asintió.

—Está bien —contestó.

Gadreel y Anael se dirigieron hacia ellos caminando lentamente, cogidos de la mano, observando cómo algunos militares entablaban conversación con los ángeles con plena confianza, cómo algunos reían y otros simplemente se ayudaban los unos a los otros para colocar un búnker en su lugar o recoger el desorden de la base que poco a poco iba remitiendo.

El padre Santiago iba con una bolsa recogiendo con cuidado los cristales rotos de las ventanas, con unos guantes verdes puestos para evitar cortes, igual que el resto de la división y de la Aurora Dorada.

Gadreel y Anael se acercaron a ellos, aunque no dijeron nada al principio, pues Anael se quedó observándolos. Sabía que su misión había acabado y por lo tanto debía volver a casa, y aunque se alegraba de que así fuese, pues eso representaba que la amenaza había desaparecido, el

estar lejos de ellos le producía una profunda tristeza. Aquellos últimos meses había llegado a quererlos de verdad, de por sí ya amaba a la humanidad, pero lo que había encontrado entre aquella gente era una verdadera familia.

El padre Santiago fue el primero en verlos y se puso en pie.

—Ya estamos casi acabando de arreglar todo el destrozo —comentó el sacerdote acercándose a ellos.

Le siguieron el resto de la división y la Aurora Dorada.

Lucas señaló a unos ángeles que movían un último búnker.

—Ese era el último búnker que había que mover, nos ha ido muy bien vuestra ayuda, son pesados incluso para nosotros —admitió.

Anael sonrió hacia ellos.

—Me alegro de que todo esté quedando arreglado tan rápido.

—Por cierto —intervino Santiago, el sacerdote, situándose ante Gadreel. Él lo miró con una sonrisa de complicidad—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros —comentó emocionado. Gadreel suspiró—. Sé que, entre nosotros, al principio, no hubo buena química, pero has demostrado que…

Gadreel alzó su mano para pedirle silencio.

—No tenéis que agradecerme nada —dijo mirando a todos. Allí se encontraban Víctor y Kata con quienes había empatizado en un primer momento tras rescatarlos del infierno, también estaban Aitor, Miguel, Marcos, Lucas y Daniel, así como las parejas de algunos de ellos y los miembros de la Aurora Dorada, todos mirando a Anael y a Gadreel con una profunda gratitud—. Y padre, tiene razón… —continuó Gadreel, Santiago ladeó su cabeza—, pasé un período de mi vida un poco… oscuro —acabó encontrando la palabra que buscaba—, pero siempre he amado a la humanidad, siempre —enfatizó—, y, en concreto, a vosotros —comentó una sonrisa tímida—. Me he sentido parte de este grupo. Me he sentido querido. Una cosa es amar a la humanidad, vigilarla, protegerla, cuidar de ella, y otra cosa diferente es lo que he vivido con todos vosotros. Hemos mantenido luchas, peleas… —sonrió—, pero también hemos tenido grandes conversaciones, risas, y hemos aprendido a perdonar. Por todo ello, gracias. Creo que nos ayudamos los unos a los otros cuando más falta nos hacía. —Inspiró un segundo, manteniéndose en silencio—. Dios siempre está con todos nosotros y en cada uno de nosotros. Por muy desesperados y derrotados que estemos. Él siempre está dispuesto a ayudarnos… pero hay que estar receptivo para darnos cuenta de ello y aceptar esa ayuda. —Tragó saliva—. Vosotros me disteis esa esperanza para seguir luchando y la garra suficiente para no rendirme en ningún momento, ni siquiera al final. Me hicisteis comprender que, aunque todo vaya en nuestra contra, siempre hay esperanza, y que esa esperanza nace del amor que brota de cada uno de nosotros para dar lo mejor de sí y luchar por todo esto. —Los miró con una tierna sonrisa—. Ha sido un placer estar a vuestro lado.

—Igualmente —respondió Santiago con una gran sonrisa.

Anael inspiró con fuerza y dio unos pasos hacia delante.

—Hay algo que quiero entregaros antes de marcharnos…

—Espera, espera… —la cortó Aitor y miró a los dos ángeles sin comprender—, ¿marcharos?

Anael chasqueó la lengua e hizo un gesto como si se encogiese de dolor.

—Nuestra misión aquí ya ha acabado —recordó y los miró a todos, aunque esta vez no pudo evitar que sus ojos se humedeciesen—, aunque el hecho de que no nos veáis no significa que no estemos con vosotros.

Aitor miró a sus compañeros con tristeza, pues todos sentían un profundo cariño por Anael.

—No, no podéis dejarnos… —comentó Miguel hacia Anael con voz enfadada, incapaz de aceptar la idea de que Anael y Gadreel fuesen a desaparecer de sus vidas—. No puedes marcharte, Anael —continuó con voz grave.

Anael le sonrió con tristeza.

—No nos marchamos —comentó ella sin poder evitar las lágrimas—, siempre estamos y estoy con vosotros —susurró al final.

Miguel resopló y miró a sus compañeros.

—No es lo mismo —continuó molesto y señaló hacia las montañas—. Siempre hay amenazas contra las que luchar y nos iría bien que…

—Cuando nos volváis a necesitar siempre acudiremos —comentó Gadreel intentando calmar los ánimos.

Santiago apretó los labios y se removió nervioso, intentando controlar también sus emociones. Miró a Anael con dolor.

—No quiero que te marches —confesó abiertamente, sin ocultar sus sentimientos—. Llevamos mucho tiempo juntos… —Anael tragó saliva y miró de reojo a Gadreel—. No… no puedes abandonarnos.

—No os abandono, jamás lo he hecho ni lo haré. —Tomó la mano de Gadreel y le sonrió—. Pero es hora de que volvamos a casa —les susurró.

Aquellas palabras les hicieron comprender que ellos también añoraban su hogar y que, después de tantos meses, deseaban volver. De hecho, Anael parecía emocionada de volver a su hogar junto a Gadreel. Nadie les podía negar que después de todo lo que habían hecho y sufrido quisiesen recuperar el tiempo que habían estado separados.

Santiago finalmente asintió, aunque parecía que la idea no le gustaba.

Anael dio unos pasos hacia Santiago y le tendió la caja donde había varios trozos de la espada del arcángel Miguel, trozos de aquel metal oscurecido y sin luz.

—Son fragmentos de la espada del arcángel Miguel… —explicó ella.

—Están muy deslucidos —comentó Santiago cogiendo la caja de cartón.

Ella asintió.

—Aunque no luzca, esa espada tenía un gran poder y aún lo tiene en su interior. —Miró a la división—. Puede serviros de ayuda.

Aitor asintió mirando los trozos y tomó uno en concreto, el más grande.

—Haremos una daga con él —dijo.

Ella asintió y miró a todos los miembros de la división.

—Pero recordad esto: nadie, absolutamente nadie, debe saber de dónde procede. Nadie debe saber lo que ha ocurrido hoy aquí —les recordó.

—Tranquila —comentó Miguel—, nadie lo sabrá —prometió.

Santiago tomó la caja en sus manos.

—Usaremos estos fragmentos de espada para defender a la humanidad.

Ella le sonrió.

—Sé que haréis lo correcto con ella.

Santiago dejó la caja sobre el hielo y le tendió la mano. Anael se la estrechó y lo acercó a ella, abrazándolo con cariño. Santiago se abrazó rápidamente.

—No sabes cuánto vamos a echarte de menos —comentó el sacerdote en su hombro, intentando controlar las lágrimas.

La mayoría de los miembros de la Aurora Dorada y de la división permanecían intentando

controlar sus emociones.

Anael suspiró mientras lo apretaba contra ella con cariño. Se separó de él y directamente Miguel se echó a sus brazos para abrazarla también y, por primera vez, a Miguel se le saltaron las lágrimas.

La apretó fuerte contra él y Anael abrió los ojos al máximo.

—Miguel… Miguel… —comentó ella dándole golpecitos en la espalda—, no puedo respirar.

—No quiero que te vayas —lloró contra su hombro.

Anael suspiró y lo abrazó también. Se separó de él y situó sus manos en sus hombros. Lo miró fijamente a los ojos, con un cariño inmenso.

—Siempre que me necesitéis estaré con vosotros —aseguró.

—No será lo mismo —comentó Aitor también emocionado.

Ella lo miró y sonrió mientras le tendía la mano.

—Lo sé —dijo apretando la mano de Aitor—, pero no tengáis duda de que siempre estaremos a vuestro lado.

Se abrazó con todos igual que hizo Gadreel, demostrando el fuerte cariño que había entre todos.

Anael sorbió por la nariz y se separó del último al que abrazaba, dando un paso atrás y tomando la mano de Gadreel.

Gadreel miró alrededor y se detuvo en la mirada del arcángel Gabriel, el cual esperaba la orden para elevar el vuelo. Gadreel asintió dándole permiso antes de volver la mirada hacia todos de nuevo. Observó a Anael, sus ojos se veían llorosos, incluso una lágrima descendió recorriendo su mejilla.

Santiago coincidió la mirada con ella.

—Gracias por haber cuidado tanto de nosotros —le sonrió pasándose la mano por los ojos, pues no dejaba de llorar.

Ella lo miró con ternura y desvió su mirada a cada uno de ellos.

A su mente volvieron aquellos recuerdos de cuando se habían visto por primera vez sin saber que ella era un ángel, cómo todos habían reaccionado al saber su identidad real, sobre todo Miguel, con quien tenía una gran amistad, cuando habían viajado a Estambul, a Chile… las aventuras que habían vivido juntos y cómo, unidos, las habían superado. Aquello no hubiese sido posible sin ellos, sin su valentía o su gran corazón. Amaba a cada una de las personas que la rodeaban y que se encontraban visiblemente afectadas por su partida.

Miró a Gadreel e inspiró hondo.

—Volvamos a casa —pronunció.

Él asintió tomando con fuerza su mano.

—A casa —pronunció Gadreel lentamente, saboreando cada una de aquellas palabras. Hacía ya tanto tiempo que no visitaba la Ciudad Celeste que se le hacía extraño, y ahora volvía a casa, ante su Padre, como la luz de Dios.

Sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba al observar también a cada una de las personas que lo rodeaban, podía ver y sentir el amor de todos ellos en cada una de sus miradas tristes.

Anael los miró a todos y, finalmente, se detuvo en el padre Santiago, al que conocía desde hacía más tiempo, con quien había convivido desde un principio. El gesto del padre Santiago era de tristeza, pero denotaba amor verdadero, capaz de traspasar cualquier barrera.

—Siempre os querré —comentó ella hacia todos sin controlar las lágrimas.

Santiago asintió y le sonrió con un puchero.

Justo en ese momento, Gadreel abrió sus enormes alas blancas, al igual que Anael.

Una última mirada y finalmente se elevaron en el aire provocando una leve ventisca que hizo que todos los que los rodeaban diesen un paso atrás, incluso el padre Santiago tuvo que situar su mano a modo de visera cuando algunos copos de hielo impactaron contra su rostro.

La imagen que aconteció a continuación los dejó a todos maravillados. Cientos de ángeles se elevaban hacia el cielo ante las miradas sorprendidas de todos los allí presentes.

El padre Santiago se llevó la mano al pecho y suspiró cuando observó que Anael y Gadreel, unidos de la mano, agitaban sus alas con fuerza, dirigiéndose hacia el cielo. Centenares de ángeles los seguían sobrevolando aquel descampado y agitando la nieve y el hielo que lo cubría con pequeños remolinos.

Gadreel no soltó la mano de Anael mientras se elevaban y cogían velocidad, dirigiéndose a la Ciudad Celeste, presidiendo ambos aquella comitiva con una gran sonrisa en sus labios y mirándose con amor infinito. Habían permanecido separados muchos milenios, echándose en falta cada día, pero ahora volverían a estar juntos para toda la eternidad, por siempre jamás.

Anael se encontró la mirada de Gadreel que la observaba con ternura, sincronizando su vuelo como habían hecho milenios antes de su caída, con el viento rozando su piel y su cabello. Volvían juntos a casa, a su hogar, y él sería el encargado de velar por la seguridad de la humanidad y de usar el poder de la luz de Dios cuando se requiriese, siempre con ella, el ángel del amor, a su lado.

El padre Santiago y quienes lo acompañaban no pronunciaron palabra alguna, hipnotizados por aquella visión celestial, con la emoción a flor de piel, igual que el resto de militares que se encontraban en la base Nueva Esperanza y en el valle, observando hacia arriba.

Santiago no apartó la mano de su pecho y suspiró cuando el último de los ángeles desapareció tras las altas nubes que cubrían el horizonte.

Sintió cómo una parte de su corazón se rompía ante aquella despedida, pero también cómo este se encontraba henchido por todo el amor que habían recibido, por saber que ellos siempre estarían a su lado y los cuidarían. Independientemente de que Anael fuese un ángel, el ángel del amor, había recibido un gran cariño por parte de ella, conversaciones que jamás olvidaría, incluso momentos divertidos…

Se quedó allí quieto sin apartar la mirada de aquellas nubes hasta que Aitor situó una mano en su hombro, despertándolo de su ensoñamiento. Dio un pequeño brinco y miró a Aitor.

—Padre, nosotros también deberíamos volver a casa.

El sacerdote se agachó tomando en sus manos la caja con los trozos de la espada del arcángel Miguel y asintió hacia Aitor sin poder pronunciar palabra, pues la emoción aún lo embargaba.

Aitor se giró hacia el resto que permanecían entristecidos por la partida de los ángeles. Intentó recomponerse él también y miró a Diana.

—Debemos volver.

Diana asintió.

—Me encargaré de preparar un vuelo para hoy mismo —confirmó ella. Tomó la mano de Marcos que estaba a su lado y se giró para ir hacia uno de los búnkeres de la base.

Tenían un largo camino antes de llegar a sus hogares, pero ahora todos podían estar tranquilos, pues gracias a los ángeles y, en concreto, a Gadreel, la mayor amenaza que había sufrido la humanidad hasta ese momento había sido neutralizada.

Caminaron hacia el búnker en silencio, todos cogidos de la mano o bien con un brazo sobre

los hombros de alguno de sus compañeros. Pese a que en esos momentos debían seguir con sus vidas, siempre estarían unidos por el amor y el cariño que había surgido entre todos.

28

El viaje había sido largo desde la Antártida hasta casa. Muchas horas de vuelo, pero con una gran felicidad porque todo hubiese salido bien al final.

Miguel esbozó una sonrisa cuando giró el volante para tomar la curva que los llevaría hasta su casa en Barxa. Al fin, después de tanto tiempo, volvían a su hogar.

Se habían dividido en dos grupos, ya que los acompañaban Valeria, Magda, Kata y Diana.

Miguel giró su cabeza hacia Aitor que iba en el asiento del copiloto mostrándole también una amplia sonrisa.

Nerea los esperaba sentada junto a Elena en el porche. Ambas se pusieron de pie al verlos llegar con una gran sonrisa en sus rostros.

Miguel frenó el todoterreno, lo apagó y abrió la puerta.

—Hay que recuperar el tiempo perdido, jefe —comentó saltando de este.

—Ya te digo —le contestó Aitor imitándolo. Ni siquiera cerró la puerta delantera del todoterreno, ya que salió corriendo en dirección a Nerea.

Nerea y Elena corrieron también hacia ellos.

El primero en llegar fue Miguel que se fundió en un gran abrazo con Elena. Elena cerró los ojos mientras se estrechaba con él.

—Te he echado de menos —le dijo ella.

Miguel tomó su cara entre sus manos y la miró a los ojos.

—Y yo a ti —pronunció antes de besarla en los labios.

Aitor se mantenía abrazado a Nerea, acariciándole el cabello mientras ella suspiraba.

El resto de la división bajaron del todoterreno acompañados de sus respectivas parejas.

Aitor besó los labios de Nerea y tomó su mano.

—¿Recordáis a Valeria y a Kata?

—Claro —respondieron Nerea y Elena al unísono y le dieron un abrazo.

En cuanto las saludaron, Aitor siguió con las presentaciones.

—Ella es Diana, es miembro del ejército, y Magda, la doctora que se encontraba en la base de la Antártida.

—Nos alegramos mucho de conoceros finalmente —dijo Elena con una gran sonrisa mientras se abrazaba con ellas.

—El resto de la Aurora Dorada han viajado a sus hogares. Después de lo ocurrido, todos nos merecemos unas semanas de descanso —comentó Aitor.

Miguel fue por la espalda de Elena y la abrazó desde atrás mientras ella sonreía.

—¿Se lo has comentado a Paco?

—No —se encogió de hombros Aitor—, ahora cuando hable con él se lo diré. Pero vamos… con todo lo que hemos pasado… no creo que nos niegue unas vacaciones para recuperarnos. Han sido meses sin parar ni un solo día.

Nerea se giró hacia el padre Santiago que también los acompañaba.

—Padre… —dijo acercándose a él para tenderle la mano y lo abrazó. Se separó de él y lo observó, se le notaba una mirada triste, estaba claro que echaba de menos a Anael—, Miguel me explicó que Anael y Gadreel se fueron. Nos hubiese gustado despedirnos también de ellos —dijo señalando a Elena—, y darles las gracias por todo lo que han hecho.

Santiago asintió y dio unos golpecitos en su mano.

—Estoy seguro de que ellos nos están escuchando ahora mismo —dijo con una sonrisa graciosa.

Aitor miró a su equipo al completo. Se sentía muy orgulloso de todos ellos, aunque la intervención de los ángeles era la que los habían salvado. Todos se habían esforzado hasta la extenuación para vencer a Astaroth y ganar la batalla. Habían expuesto sus vidas para que la humanidad y la creación perdurasen, y lo habían logrado.

—Bien —dijo mirando el reloj de su muñeca—, son las once de la mañana, ¿qué os parece si nos tomamos libre hasta la una y vamos a comer todos junto a algún sitio? Habrá que celebrar que hemos vuelto.

—De acuerdo, nos vemos a la una… —dijo Miguel directamente tirando de la mano de Elena hacia su vivienda, situada en diagonal a la de la división—. Hasta luego.

Aitor enarcó una ceja cuando lo vio tirar de Elena, la cual reía mientras se dirigían hacia la casita de ella.

Se giró hacia el padre Santiago.

—Puede quedarse aquí hasta que vayamos a comer, podemos ir al restaurante que hay…

El sacerdote alzó su mano, interrumpiéndolo.

—Te lo agradezco, pero nada más aterrizar he quedado con Antón, mi amigo el herrero —explicó—. Hemos quedado en una hora en la parroquia. Le he pedido que nos haga una daga con el trozo más grande de la espada del arcángel Miguel. Tengo que entregarle el material. Me ha dicho que en una semana la tendrá lista.

—Oh —respondió Aitor—. Perfecto, pero recuerde que no puede decir de dónde ha salido ese trozo de metal o Anael se enfadará y…

—No voy a decirlo. ¿Quieres que me tomen por loco? —ironizó Santiago.

Víctor tomó de la mano a Kata.

—Lo acercamos nosotros al poblado —se ofreció.

—Igualmente, puede venirse a comer con nosotros luego y… —continuó Aitor.

—¿Por qué me sigues hablando de usted, muchacho? —lo miró Santiago pasmado—. Haced el favor de tutearme… ¡después de todo lo que hemos vivido! —exclamó como si le indignase.

Aitor vio a Víctor, Kata y Santiago subir al todoterreno y poco después se alejaron.

Hacía un buen día, soleado.

Volvió a tomar a Nerea entre sus brazos y vio de reojo cómo el resto de sus compañeros entraban en casa. Hacía muchos meses que se habían marchado de allí y se le hacía extraño volver a tener a Nerea entre sus brazos.

Ella se abrazó a él también y ambos se miraron a los ojos.

—Disponemos de un buen rato… —propuso él.

—Sí —respondió Nerea divertida—, disponemos de un buen rato —confirmó—. Me pregunto qué te apetecerá hacer…

Él arqueó una ceja.

—Creo que está claro, ¿no? Lo mismo que le apetece a Miguel —bromeó y le guiñó el ojo.

Tomó más fuerte su mano y tiró de ella en dirección al interior de su casa. Se notaba que Elena y Nerea, pese a vivir juntas aquellos meses, habían pasado por su casa y la habían mantenido acondicionada.

Cuando subieron a la primera planta, todos se encontraban sentados en el comedor mientras Lucas preparaba una cafetera.

—Pues es bonita vuestra casa —dijo Magda mirando de un lado a otro.

—Luego te enseñaré la parte de arriba —le respondió Lucas.

Diana se acercó a Magda, observando también el amplio comedor, y se giró hacia ella.

—¿Buscarás plaza aquí en algún hospital?

—Sí, esa es la idea. ¿Y tú?

Diana se encogió de hombros.

—Tengo que hablar con mis superiores, pero confío en que Paco pueda hablar con ellos para conseguirme una plaza aquí cerca. ¿Podrás hablar con Paco, Aitor?

Aitor se detuvo antes de abrir la puerta de su habitación y todos se giraron hacia él. Aitor los miró a todos sin comprender.

—¿Qué? —preguntó sin soltar la mano de Nerea.

El resto del equipo ladeó su cabeza.

—¿Podrás hablar con Paco para que destinen a Diana por aquí cerca? —le preguntó Lucas.

Aitor asintió rápidamente.

—Sí, sí… claro, luego hablaré con él —respondió abriendo la puerta. Tiró de la mano de Nerea, la cual exclamó ante el empujón y entró a la habitación cerrando la puerta tras de sí.

—No se corta ni un pelo el colega —comentó Marcos asombrado.

—Tampoco se corta Miguel —bromeó Daniel—. Pero bueno, es normal después de tantos meses… —Se encogió de hombros. Fue hacia Valeria que permanecía sentada en el sofá con el móvil en la mano y se sentó a su lado tomando su mano—. ¿El resto de la Aurora Dorada han llegado sanos y salvos a sus hogares?

Ella asintió.

—Sí, estoy hablando con Liú, Jake y Efrem. Tenemos un grupo —respondió—. Les estaba explicando que el padre Santiago va a llevar el fragmento de la espada del arcángel Miguel al herrero para que lo convierta en una daga. Me han pedido que cuando la tenga lista les envíe una foto.

—¿Y de Thelema sabemos algo? —preguntó Daniel.

—Los que sobrevivieron volvieron a sus casas. He hablado con Kata y los ira controlando para asegurarnos de que no vuelven a reagruparse —explicó.

—¡Ya está listo el café! —exclamó Lucas—. ¿Quién quiere?

Todos levantaron la mano y él sacó los vasos del mueble.

Fue sirviendo y entregando un vaso a cada uno.

—Hogar, dulce hogar —comentó sentándose en el sofá. Diana fue hacia él, situándose a su lado—. ¿Te quedarás aquí?

—Si no te importa…

—¿Por qué me iba a importar?

—Al menos hasta que me digan mi destino, que espero que sea cerca —comentó.

—Esperemos que no sea muy lejos —suplicó él mientras echaba un brazo sobre sus hombros y ella se apoyaba en él. Se quedó unos segundos en silencio y suspiró—. Joder, sí que necesitamos unas vacaciones, estoy reventado.

—Yo igual —confirmó Marcos.

—¡Y yo! —continuó Daniel cerrando los ojos tumbado en el sofá.

En menos de diez minutos todos permanecían dormidos sobre el sofá, descansando y con la tranquilidad de que ahora el mundo entero estaba a salvo.

No había nada como volver al hogar y encontrar de nuevo un poco de paz después de tanto tiempo.

Cuatro meses después.

Aitor detuvo el todoterreno frente a la iglesia donde se encontraba el padre Santiago y bajó junto a sus compañeros. Habían ido en dos coches. Se giró y observó a los miembros de la división de Canadá que llevaban varios días alojados en su casa.

Nicholas, el jefe de la división de Canadá, se había puesto en contacto con ellos por una serie de problemas. En Canadá, justo en las montañas rocosas, se estaba librando una dura batalla contra unas brujas. La división de Canadá estaba especializada en hombres lobo y vampiros, pero nunca se habían topado con una bruja, y menos de la categoría a la que ellos hacían referencia, así que, para vencerla, Aitor había ofrecido a la división de Canadá que acudiesen allí para enseñarles durante unos días cómo acabar con las brujas, algo así como una cursillo acelerado.

Tres miembros de la división de Canadá habían acudido: Nicholas, el jefe, Dean y Scott.

Ellos, como especialistas en brujas, se estaban encargando de instruir a la división de Canadá, pues parecía que tenían problemas con una bruja muy poderosa llamada Agnes.

Nicholas, Dean y Scott descendieron del vehículo y observaron. Se encontraban en una pequeña aldea con pocas casas y, en ese momento, nadie transitaba las calles.

Nicholas observó la modesta iglesia que tenía frente a él, de piedra, con un alto campanario. Se veía bastante antigua, al menos debía de tener varios siglos.

—¿Ahora vamos a rezar? —ironizó Scott, uno de los miembros de la división de Canadá—. ¿Es lo único que podemos hacer?

Aitor sonrió y negó.

—El padre Santiago puede ayudaros.

—¿Un cura? —preguntó Nicholas confundido, situándose a su lado.

Aitor afirmó.

—Colabora con nosotros. —Aquella afirmación dejó estupefactos a todos—. Vamos, venid —dijo mientras los guiaba hasta la puerta.

Aitor empujó la maciza puerta de madera y caminó al lado de Miguel. Miró hacia atrás, asegurándose de que ningún miembro de la división de Canadá lo escuchase.

—¿Has llamado al padre Santiago para informarle de que venimos con ellos?

—Ya te he dicho cinco veces que sí —le susurró Miguel.

—Ya, pero… —comentó Aitor nervioso—, ¿te has asegurado de que comprenda que no puede decir de dónde hemos sacado la daga negra?

—Lo sabe de sobra —le recordó Miguel.

—Creo que se lo voy a repetir —dijo rápidamente mientras Miguel ponía los ojos en blanco.

—Mira que eres pesadito…

La iglesia era pequeña por dentro, bastante oscura, iluminada por unos altos candelabros.

El ambiente dentro era frío. Había bancos a cada lado y un altar enfrente, rodeado de figuras religiosas.

Nicholas, el jefe de la división de Canadá, alzó la mirada hacia el techo, donde había varias vidrieras que dejaban entrar la luz y reflejaban colores en el suelo.

—¿Padre Santiago? —preguntó Aitor llamándolo, avanzando hacia delante con paso acelerado.

El resto lo siguieron. Nicholas, Scott y Dean caminaron más despacio, observando con detenimiento todo lo que les rodeaba.

—Ahora vengo —pronunció Aitor entrando por una puerta en un lateral.

Nicholas aceptó mientras seguía observándolo todo. Se giró hacia Daniel que era el miembro de la división española que más cerca estaba y lo miró dudoso.

—¿Un sacerdote colabora con vosotros?

Daniel sonrió y se encogió de hombros.

—Es un buen tipo —susurró bajando el tono de voz—. Tiene un arma que os puede ayudar —dijo mirando de reojo al resto de sus compañeros que se removieron incómodos.

Aquello hizo arrugar la frente a los tres miembros de la división de Canadá.

—¿Un arma? —preguntó Dean—. ¿Un sacerdote con un arma?

Los miembros de la división de Canadá se giraron cuando la puerta se abrió y escucharon la voz de Aitor hablar en castellano con otra persona con un marcado acento gallego.

—Sí, han venido de Canadá —explicó Aitor al sacerdote.

Nicholas observó al hombre que se encontraba a su lado y que vestía una túnica negra hasta los pies.

El sacerdote los miraba con fascinación, con unos pequeños ojos azules tras unas enormes gafas de pasta que había adquirido hacía poco, pues la vista comenzaba a fallarle.

—Bienvenidos seáis —pronunció el padre Santiago colocándose frente a ellos, inclinando su cabeza a modo de saludo.

Nicholas, Scott y Dean se miraron de reojo.

—Padre, no entienden mucho el castellano —le explicó Aitor.

—Ah —dijo Santiago mirándolos a los tres de la cabeza a los pies.

Daniel se situó a su lado y tradujo.

—Sois bienvenidos.

Los tres aceptaron con una sonrisa.

—Gracias —dijo Nicholas en castellano, haciendo que todos riesen por el marcado acento canadiense.

Aitor centró su atención en el sacerdote.

—Tienen un problema de brujas —explicó—. Una bastante poderosa.

El padre asintió y luego miró a los tres nuevos con algo de intriga.

—¿Cómo de poderosa? —preguntó hacia ellos, olvidando que no entendían el castellano.

Daniel fue quien habló.

—Bastante. Ayer acabamos con Lola —explicó haciendo referencia a la última bruja contra la que habían luchado—. Y por lo visto esa bruja no tiene nada que ver con la que ellos están intentando eliminar en Canadá.

—Oh, pues es muy poderosa entonces —afirmó Santiago.

—Eso parece —contestó Daniel.

Nicholas, el jefe de la división de Canadá, miraba sin comprender muy bien.

—Creemos que les sería útil la daga negra —comentó Aitor a Santiago.

El sacerdote pareció emocionarse.

—Oh, sí, ya veo —dijo entusiasmado—. Con esa arma acabarán con ella seguro. Venid, venid... —dijo emocionado y gesticuló con la mano para que lo siguieran.

Nicholas caminó dudoso sin comprenderlo muy bien y miró a sus dos compañeros de división.

—Vamos —tradujo Daniel a su lado.

Caminaron detrás del sacerdote atravesando la iglesia. Santiago se movía con agilidad, girándose de vez en cuando para sonreír a los nuevos, como si estuviese contento de poder ayudarlos.

—¿Y qué ha hecho esa bruja? —preguntó el sacerdote mirando hacia atrás, hacia Nicholas, Scott y Dean.

Los tres se miraron de reojo. Daniel volvió a intervenir.

—Por lo que sabemos está intentando reunir un aquelarre para convocar a la bestia —le explicó mientras entraban por la puerta y seguían a través de un pasillo.

Santiago se detuvo en seco, haciendo que Aitor y Miguel que caminaban detrás de él estuviesen a punto de llevárselo por delante.

—¿A la bestia? —preguntó horrorizado, luego volvió su mirada hacia los canadienses—. ¿De verdad va a hacer eso?

De nuevo los tres se miraron sin comprender. El sacerdote parecía asustado. Nicholas miró a Daniel para que le explicase.

—Le he comentado que Agnes quiere invocar a la bestia.

Nicholas miró al sacerdote con curiosidad.

—¿Ha oído hablar de la bestia? —preguntó intrigado.

Daniel le tradujo la pregunta a Santiago, el cual asintió efusivamente con gesto asustado. Resopló y comenzó a avanzar por el pasillo con un paso muy rápido, hacia la puerta del final. Metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. Abrió la puerta tras dar un par de vueltas al cilindro de la cerradura y entró en una habitación pequeña.

Era una especie de estudio. Había una enorme biblioteca que forraba tres de las cuatro paredes, cargadas de libros, carpetas y escritos bastante antiguos. En la parte baja de la estantería había varios cajones.

Santiago cerró la puerta cuando hubieron entrado todos y se dirigió a uno de aquellos cajones, agachándose. Sacó el enorme llavero con muchas llaves y, tras examinar unas cuantas, encontró la que necesitaba para abrir el cajón.

—¿Cómo saben que quieren invocarla? —preguntó el sacerdote mientras sacaba una caja bastante pesada del cajón. Aitor lo ayudó de inmediato, cogiéndola él—. Ponla sobre la mesa —le ordenó.

Daniel tradujo la pregunta a Nicholas. Nicholas le explicó directamente a Daniel, e iba echando miradas furtivas al sacerdote.

—Supimos que Agnes había robado un medallón, el Baphomet. Tras investigar, llegamos a la conclusión de que con la unión de seis brujas y los seis medallones podían invocar a la bestia.

Daniel le explicó aquello al sacerdote en castellano que asintió una y otra vez.

—Tienen que detenerlo —pronunció Santiago.

Abrió la caja y les mostró el interior. Dentro había una daga. Tenía el puño forjado en plata, con la cruz grabada por ambos lados y la hoja de la daga era de un color negro.

—La daga negra —pronunció Santiago con solemnidad, mostrándosela a los canadienses, y miró de reojo a Aitor, el cual se removía nervioso al contemplar el objeto. El padre Santiago se encogió de hombros y comenzó a soltarles un discurso inventado, como si ellos lo comprendiesen—. Fue forjada en el año mil seiscientos diez, durante la Inquisición española. Solo existen cinco en el mundo igual a ella o, al menos, existían. —Aitor lo miraba cada vez más sorprendido por la imaginación del sacerdote, estaba claro que había ensayado muchas veces aquel discurso—. La única de la que tenemos constancia ahora es esta, y debemos mantenerla en secreto —explicó hacia ellos—. Esta es la única forma de matar al demonio —dijo mirando fijamente a Nicholas—. Dicen que se forjó en Tierra Santa y que los templarios la trajeron hasta España para acabar con las brujas de aquella época. Se usó mucho durante la Inquisición para torturarlas y matarlas. —Luego miró a Daniel y arqueó una ceja—. ¿Vas a traducirles o qué? —preguntó con impaciencia.

Daniel permanecía tan pasmado como Aitor con la explicación del sacerdote, aunque asintió

rápidamente y miró a Nicholas.

—Es una daga muy importante. —Les indicó en inglés hacia la caja. Luego sonrió—. Coges la daga, se la clavas a la bruja y ¡zasca! ¡Te la cargas! Adiós bruja —comentó encogiéndose de hombros. Miró al sacerdote que había afirmado mientras él hablaba—. Ya está.

—Qué rápido, ¿no? —respondió Santiago.

Nicholas dio un paso hacia delante y contempló la daga.

—¿Seguro que servirá? —preguntó hacia Daniel.

Daniel miró al sacerdote.

—No está muy seguro de que pueda matarla —tradujo.

El sacerdote enarcó una ceja hacia Nicholas, el cual lo miró con gesto dubitativo.

—¡Pues claro que sirve! —contestó mosqueado haciendo que Nicholas mirase de reojo a sus compañeros—. ¿Crees que te mentiría? No vas a encontrar un arma más efectiva que esta contra demonios y brujas —sentenció.

Nicholas miró a Daniel esperando la traducción.

—Que sí —dijo directamente.

Aitor se puso al lado de Nicholas.

—Nosotros la usamos una vez —explicó—. Aunque contra una bruja de nivel tres, pero sirvió.

Aquella explicación le gustó más.

—¿Cómo se usa?

Aitor se encogió de hombros.

—Igual que cualquier daga. Directa al corazón, aunque cualquier corte con esa daga la debilitará bastante, además, no podrá regenerarse.

Nicholas se acercó un poco más para observarla. Si aquella era la única forma de acabar con Agnes debería hacerlo, quizá con los trucos que había aprendido con ellos durante los días que llevaban en España lograría acercarse lo suficiente como para poder acabar con ella.

—¿Nos la podría prestar? —preguntó Nicholas señalando al sacerdote.

Daniel tradujo a Santiago.

—Pregunta si se la podría dejar.

Santiago afirmó efusivamente.

—Claro, claro... pero que la devuelvan, ¿eh? —respondió rápidamente.

Daniel afirmó y miró a Nicholas con una sonrisa.

—Podéis llevárosla, pero debéis devolverla cuando acabéis el trabajo.

—Por supuesto —pronunció Nicholas. Luego miró a Santiago y sonrió—. Muchas gracias —dijo en castellano, haciendo que todos sonriesen de nuevo.

Aitor cerró la caja y la cogió.

—Bueno, pues... a ver cómo la pasamos por el aeropuerto —bromeó mirando la caja. Nicholas enarcó una ceja hacia él.

—Nosotros disponemos de unas cajas especiales que...

—Sí, sí, era broma. Nosotros también tenemos de esas cajas.

Aitor fue quien cogió la caja con la daga mientras todos salían de la habitación y volvían a la capilla.

—Muy instructivo, padre —bromeó a Santiago—. Menuda historieta.

—Bahhh —dijo el sacerdote moviendo la mano ante él—, tampoco es para tanto.

Daniel se acercó a él y sonrió un poco tenso.

—Cualquiera diría que ha ensayado varias veces el discursito… —se burló.

Santiago golpeó levemente la espalda de Daniel que avanzó más rápido.

—Menos bromas, ¿eh? Recordad lo que dijo Anael, jamás debe saberse lo que ocurrió ni de dónde ha salido esa daga, así que es mejor tener un buen discurso preparado.

Daniel puso los ojos en blanco y resopló mientras Aitor reía con la caja en las manos.

—Bien hecho, padre —lo felicitó, aunque aún con cierto tono de burla.

Pese a que su principal misión en la Antártida había finalizado hacía meses, seguían teniendo una magnífica relación. Quedaban con él varias veces a la semana para tomar un café o pasar un rato hablando. Aquella misión les había unido mucho, además, todos estaban seguros de que Anael sería la primera que no querría que dejasen a Santiago solo.

—¿Nos vemos mañana para merendar? —preguntó Daniel con gesto gracioso hacia Santiago mientras salían de la iglesia. El sacerdote se encogió de hombros mientras observaba a los miembros de la división de Canadá entrar en el todoterreno. Asintió ante la pregunta de Daniel—. ¿En su casa, padre?

Santiago resopló.

—¿Y por qué no en la vuestra? Siempre os tengo metidos en la mía —se quejó, aunque obviamente estaba encantado.

Aitor abrió y depositó la caja con la daga en el interior.

—Está bien, mañana paso a buscarlo a las cuatro por aquí y se viene con nosotros toda la tarde.

Santiago asintió realmente contento.

—Así nos puede explicar más historietas de las suyas… —siguió bromeando Daniel.

Santiago le hizo un gesto de burla y se despidió de ellos con la mano antes de cerrar la puerta de la iglesia donde, seguramente, a lo largo de aquella tarde acudirían algunos fieles a pedirle consejo.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella mientras observaba el interior de la iglesia.

Tragó saliva y dio unos pasos hacia delante, fijándose en la estatua de Jesús crucificado ante el pequeño altar. Fue hacia uno de los bancos y se sentó.

Echaba de menos a Anael. Cada mañana cuando se despertaba y cada noche antes de ir a dormir, sus pensamientos iban hacia ella y hacia Gadreel, recordándolos con cariño.

Los primeros días después de volver de la Antártida habían sido duros, la extrañaba a cada momento, se sorprendía muchas veces buscándola por la iglesia o en el comedor de su casa… poco a poco todo había vuelto a su cauce y se comenzaba a hacer a la idea.

Había cumplido lo que les había prometido, aquella guerra entre el cielo y el infierno permanecería siempre oculta, secreta, jamás nombraría nada sobre ello. Jamás los defraudaría.

Solo esperaba que aquella daga negra, la hoja de la espada del arcángel Miguel, cumpliese bien con su cometido y pudiese ayudar a la división de Canadá a tener éxito en su misión. Mientras, él seguiría ayudando a la gente como mejor sabía hacer.

Se puso en pie cuando escuchó la puerta abrirse y una mujer entró en la iglesia. Caminó hacia ella con una agradable sonrisa en sus labios.

—Buenas tardes —pronunció Santiago dirigiéndose a la mujer que le sonrió con cariño, llevaba unas flores en las manos—, ¿en qué puedo ayudarla?, ¿necesita algo?

29

Henry Anderson entró por la puerta de su casa y depositó el maletín sobre la mesa. Se quitó la americana y la dejó colocada suavemente sobre la silla. En cuanto subiese a la planta superior, la colgaría en el armario.

Aunque disfrutaba de su trabajo en la Universidad de Stanford, muchas tardes llegaba agotado.

Cerró los ojos y suspiró.

Miró a su alrededor observando su casa limpia y escrupulosamente ordenada. Desde la aparición de los dos ángeles en el interior de su vivienda y la advertencia del ángel masculino, se había puesto las pilas.

Mantenía su vivienda totalmente limpia y había comenzado a hacer deporte. Cada día, cuando acababa su jornada laboral en la Universidad de Stanford, se dirigía a su casa, comía algo sano y, sobre las cuatro y media o cinco como muy tarde, se dirigía al gimnasio donde lo esperaba su entrenador personal. En menos de tres meses se había puesto en forma. El cambio era impresionante. Se sentía orgulloso de sí mismo.

Había dejado la comida precocinada y la cerveza y había adquirido buenos hábitos de salud. Lo cierto era que se sentía mucho mejor.

También se había marcado una rutina para mantener limpia y ordenada su vivienda. Había hecho un horario y, cuando regresaba del gimnasio, se dedicaba a hacer la tarea de cada día. El resto de la tarde se dedicaba a preparar las clases del día siguiente en la universidad o corregía trabajos o exámenes.

Al principio, le había costado adaptarse a esa nueva rutina, pero se había empeñado en llevar una mejor vida, tal y como le habían indicado aquellos seres de luz y, lo cierto, era que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados a mejor.

—Vamos a ver… —dijo dirigiéndose hacia la cocina. Se acercó a la nevera donde tenía la dieta que le habían organizado desde el gimnasio y que debía seguir—. Verdura y carne a la plancha —comentó abriendo la nevera.

La imagen de aquellos dos ángeles le había perseguido durante los últimos meses.

Las siguientes semanas al acontecimiento se había obsesionado, había leído la Biblia y había acudido a la iglesia. Había pensado en hablar con algún sacerdote para explicarle lo sucedido, quizá, explicándolo, se sintiese más calmado. Poco a poco había comenzado a entrar en razón y a recordar aquella experiencia como algo único y que le había ayudado a mejorar. Se sentía agradecido por lo que había vivido, ya no estaba asustado, aunque sí que se había descubierto varias noches rezando y pidiendo volver a verlos.

La imagen de aquel hermoso ángel suspendido en medio del comedor e irradiando aquella luz de su pecho no le causaba ansiedad, todo lo contrario, lo relajaba.

Cogió una sartén, la depositó sobre el fuego y echó un trozo de carne. Abrió la nevera y cogió una bolsa de verduras que se hacía en el microondas. En otras circunstancias hubiese comido un trozo de pizza o una hamburguesa, pero ahora, y viendo los resultados que había obtenido en menos de medio año, deseaba seguir con aquella rutina. Además, la ropa le quedaba mucho mejor.

El vello de su cuerpo se erizó cuando sintió una suave corriente de aire a su espalda y un golpe provino del comedor. Apartó la sartén del fuego rápidamente y miró hacia atrás. Tragó

saliva nervioso sin osar moverse.

—¿Hola? —preguntó. Nadie respondió. Había sentido una corriente de aire y escuchado perfectamente un golpe. Apagó el fuego y dio unos pasos hacia delante, hasta la puerta de la cocina. Situó la mano en el marco de la puerta y miró de un lado a otro del comedor—. ¿Hola? —repitió.

En ese momento, observó por el rabillo del ojo cómo uno de sus libros de la estantería caía hacia el lado.

Miró directamente hacia allí.

—Pero… ¿qué ocurre? —Fue directo hacia la estantería y tomó el libro encuadernado que acababa de caer de lado.

Lo tomó entre sus manos y sintió que se le cortaba la respiración al leer el título, aunque lo había reconocido desde que lo había cogido.

—Tesis doctoral sobre la importancia del rey Salomón en la cultura de su época y en la actual —susurró.

¿La tesis doctoral que había prestado a los dos ángeles?

Miró de un lado a otro rápidamente, ahora seguro de que aquella suave brisa y el golpe en el comedor habían sido intencionales. ¿Habían vuelto los ángeles para devolverle la tesis que les había prestado? El ángel masculino le había prometido que se la devolvería.

Situó la tesis en su pecho y miró con una sonrisa a cada lado del comedor.

—¿Estáis aquí? —preguntó con el corazón latiendo desbocado—. Gracias por devolvérmela —dijo con voz temblorosa.

El sonido del timbre de su casa le hizo brincar.

—Joder —protestó depositando la tesis sobre la mesa—. Mucho deporte y al final moriré de un infarto —se quejó.

Miró de nuevo a su alrededor mientras avanzaba hacia la puerta de su casa a través del recibidor. ¿Serían ellos? No tendría sentido que llamasen al timbre de su casa, aunque recordaba que la primera vez así lo habían hecho.

Abrió la puerta y desencajó la mandíbula al observar a una chica rubia con una gran sonrisa en su rostro. Tenía los ojos azules más grandes y hermosos que había visto en toda su vida.

Se quedó consternado al ver a aquella muchacha en la puerta de su casa.

—Hola —lo saludó la chica con un movimiento de mano.

Él tragó saliva y la miró confundido.

—Ho… hola… —logró articular, aunque luego carraspeó.

Ella se encogió de hombros con un gesto que le pareció realmente encantador.

—Soy Alyn Taylor… su nueva vecina —comentó sonriente y tendió la mano hacia él.

Henry se quedó mirándola sin moverse, lo que provocó que la muchacha se removiese un tanto incómoda. El gesto de ella le hizo despertar de su ensoñamiento y tomó su mano rápidamente para estrecharla.

—Henry Anderson, encantado —se presentó.

Ella estrechó su mano y se encogió de hombros. Jamás había visto una chica más delicada y preciosa que aquella. ¿E iba a ser su vecina?

Estuvo a punto de echarse a reír cuando recordó la conversación que había mantenido con los dos ángeles.

—No te imaginas cuánto nos has ayudado… —continuó hablando Anael—, ¿podemos llevárnosla? —preguntó tomando la tesis entre sus brazos.

—Mmm… sí, claro —respondió Henry pasándose la mano por la nuca.

—Te prometo que te la devolveremos —intervino Gadreel acercándose a él—. Nos has ayudado mucho, no te imaginas cuánto. Anael —la señaló—, es el ángel del amor, te buscaremos una novia, ¿de acuerdo?

Henry los había mirado con incredulidad.

—¿De… de verdad? —preguntó Henry. Anael, que seguía mirando de reojo a Gadreel por su comentario, asintió al final—. ¿Puede… ser… rubia? —acabó con timidez.

Anael sonrió un poco forzada.

—Ya veremos —comentó

—Bueno, pero tienes que arreglar el piso y ponerte a dieta, ¿eh? —le sugirió Gadreel.

—Sí, sí, claro… —respondió emocionado.

Gadreel le había sonreído y tendido su mano hacia él.

—Encantado de conocerte, Henry —se despidió Gadreel. Henry tomó su mano y miró a Anael repitiendo el gesto—. Nos vemos pronto —comentó colocando un brazo sobre los hombros de Anael que llevaba la tesis junto a su pecho.

Gadreel le había guiñado un ojo con perspicacia y ambos habían desaparecido.

Y, ahora, casi medio año después, aparecía la tesis del doctorado en su estantería y una preciosa muchacha rubia llamaba al timbre de su puerta anunciándole que era su nueva vecina.

Henry observó el camión de la mudanza aparcado frente a la casa del que había sido su vecino durante los últimos años, el señor Potter, y que ahora se había marchado a vivir a Colorado con su hijo.

Se puso erguido rápidamente.

—¿Necesitas ayuda con la mudanza? —se ofreció señalando el camión.

Ella se giró para observar a los dos hombres que había contratado para ayudarla y lo miró con timidez.

—No… no te preocupes —dijo tiernamente.

—No es ninguna molestia. Dime, ¿te has mudado por trabajo? —preguntó directamente sin darle tiempo a que volviese a negarle. Por Dios que si los ángeles habían llevado a su puerta a aquella preciosa mujer no iba a perder la oportunidad con ella.

Ella se mordió el labio y asintió.

—Sí, bueno, me ofrecieron venir aquí como responsable de ventas. Trabajo para una importante inmobiliaria y no podía negarme —rio.

Henry asintió mientras entraba de nuevo en su vivienda y cogía las llaves que colgaban del perchero que él mismo había montado.

Cerró los ojos unos segundos, suspiró y acabó sonriendo.

—Gracias, gracias —susurró sin salir de su asombro.

Carraspeó y se giró de nuevo hacia ella, saliendo de la vivienda y guardando las llaves en su bolsillo.

—Te agradezco mucho que me ayudes —pronunció Alyn mientras se dirigía con él hacia el camión—. Esto de llegar a un nuevo lugar, sola y sin conocer a nadie, asusta un poco, la verdad —acabó confesando.

Él se detuvo al lado de ella y la miró con una sonrisa.

—Sí, supongo que sí, pero aquí estarás bien, ya verás. Es un barrio tranquilo y, bueno… —se encogió de hombros—, cualquier cosa que necesites estaré aquí al lado.

Ambos se miraron unos segundos con una sonrisa hasta que ella sintió que sus mejillas se teñían de rojo y apartó la mirada de él.

—Gracias —carraspeó.

—Bueno, vamos a ver… —dijo él dando una palmada, encantado de ver el gesto tímido de ella cuando habían cruzado las miradas—, ¿voy dejando las cajas en el parquin?

—Sí, estoy poniendo las que pone frágil en un lado y las normales en el otro —explicó ella mientras cogía otra de las cajas.

Henry cogió una caja y se encaminó directamente hacia el parquin abierto de la que sería su nueva vecina. Sin duda, ahí había ayuda angelical.

En la acera de enfrente, Anael y Gadreel observaban divertidos la escena.

—Te dije que esa chica le gustaría —comentó Anael dándole un golpecito suave en el pecho a Gadreel.

Gadreel puso los ojos en blanco y asintió.

—Es mona, y seguro que ambos serán muy felices —canturreó mientras observaba a Henry llevar las cajas hacia la casa—. Además, Henry se ha puesto en forma como le sugerí. Buen chico —acabó riendo.

Anael sonrió por su comentario mientras observaba a Henry y a Alyn.

—Sí, hacen buena pareja —comentó feliz y suspiró—. Ayyy… qué bonito —dijo pestañeando varias veces ante la mirada conforme de Gadreel.

Gadreel ladeó su cabeza situando sus manos a su espalda.

—El chico se lo merece. Nos ayudó mucho con su tesis. Qué menos…

—Por supuesto —reconoció ella asintiendo y se abrazó a sí misma, sonriente, emocionada por el nacimiento de un nuevo amor.

Los dos observaron durante unos minutos cómo ambos sacaban las cajas del camión mientras compartían una conversación que parecía hacerles sonreír.

—Bueno, pues ya está, lo prometido es deuda… —comentó Gadreel y se giró hacia Anael —. Y ahora, ¿qué? —preguntó ladeando su cabeza hacia ella.

Anael se encogió de hombros.

—No sé, dímelo tú… tú eres el jefe —ironizó ella.

Gadreel la escudriñó con la mirada de la cabeza a los pies y puso los ojos en blanco.

—No digas eso, por favor… —suplicó cerrando los ojos como si estuviese cansado de hacerle esa petición.

Anael rio y se mordió el labio.

—Me gustaría llevarte a un sitio… —propuso ella—. Si te parece bien, claro.

—Me parece estupendo. ¿Adónde quieres ir? —preguntó intrigado, con un ligero toque de emoción en su rostro.

Aquella pregunta hizo que Anael se quedase pensativa unos segundos.

—Sinceramente… —respondió dejando la vista clavada en un punto de la calle—, me gustaría ir a visitar a…

—Sabes que no podemos intervenir más de lo que ya lo hemos hecho —le recordó al entender a lo que se refería y se giró hacia Henry y Alyn—. Esto porque era una promesa que hicimos, pero sabes que nuestras normas son no interferir en la vida de los humanos, a no ser que sea estrictamente necesario o que nos vaya la vida a todos.

Ella asintió lentamente.

—Lo sé —contestó con tristeza.

Gadreel se quedó observándola. Él también los echaba de menos, pero sabían cuáles eran las normas. La humanidad debía librar sus propias batallas, tomar sus propias decisiones y mejorar poco a poco.

Tomó su mano y la acarició.

—Los echo de menos… —se sinceró Anael.

—Yo también —comentó Gadreel—, pero ya los estuvimos observando ayer a escondidas. —Ella chasqueó la lengua—. Sabemos que están bien —sonrió él. Luego se puso más serio e inspiró hondo—. Sabes que lo más importante ahora es vigilar Canadá con la llegada del Anticristo. No podemos permitir que eso suceda.

Ella asintió.

—¿Hablaste con Gabriel sobre ello?

Gadreel asintió.

—Sí, una de las legiones de Gabriel está vigilando los movimientos de la división de Canadá, pero ya sabes… solo intervendremos si es estrictamente necesario —recordó—. Espero que no lo sea, eso implicaría que la cosa no va nada bien.

Ella hizo un gesto nervioso.

—Esperemos que no. —Inspiró hondo y apretó más fuerte su mano. Se giró de nuevo hacia él, más sonriente—. Bueno, y… ¿qué te parece si visitamos algún lugar?

—Sabes que me encanta visitar lugares nuevos y ver cómo han cambiado —comentó Gadreel con una sonrisa de oreja a oreja mientras situaba un brazo por encima de los hombros de ella, atrayéndola—. ¿En qué estás pensando?

Ella lo miró intrigada.

—Me apetece sol y playa, ¿y a ti?

Él la miró con cariño.

—Me da igual el lugar mientras esté contigo —dijo con una tierna sonrisa.

Ella lo miró con cariño y asintió dándole a entender que ella pensaba lo mismo que él. Se puso de puntillas y besó sus labios de forma lenta, disfrutando de su contacto. Se quedó mirando sus ojos hasta que ladeó su cabeza con un gesto gracioso.

—¿Quieres ver las islas Fiyi? —propuso Anael.

—Me apunto —dijo tendiéndole la mano—. Podemos tomar un refresco tumbados en una hamaca…

—O darnos un chapuzón —propuso ella.

—Lo del chapuzón me apetece más —pronunció con voz grave, mostrándole los dientes con una sonrisa tirante.

Ella rio y asintió tomando su mano.

—Pues vamos allá —dijo Anael sujetándola con fuerza.

Echaron una última mirada a Henry y a Alyn, los cuales se encontraban todavía descargando cajas, y desaparecieron del lugar.

Henry se giró hacia la zona donde Gadreel y Anael habían estado hasta pocos segundos antes. ¿Por qué le llamaba tanto la atención ese lugar? Sintió una calma y una paz como hacía tiempo que no había sentido y miró a Alyn que dejaba unas cajas en el suelo.

Se sorprendió sonriendo hacia ella. Sin duda, aquella muchacha había sido traída por los ángeles, pues la ternura que desprendía su sonrisa no era de ese mundo. Además, había aceptado ir a cenar con él al día siguiente. Nunca sabías cuándo la vida iba a sorprenderte ni cuándo los actos de un pasado podían interferir en la vida de las personas en un futuro. Sin duda, aquella sorpresa iba a traerle muchas alegrías a su vida.

Anael y Gadreel se dirigieron hacia las olas del mar, riendo y chapoteando en el agua.

Ahora que todo estaba en calma, todos podrían disfrutar de un período tranquilo para disfrutar de sus vidas, bien se lo merecían, ¿no?

Siempre tendrían que estar alerta, aunque, sin lugar a dudas, habían cumplido con la misión

más peligrosa a la que se había enfrentado la humanidad, una misión que permanecería solo en la memoria de los que allí habían estado, de los que habían luchado e incluso entregado sus vidas para que la humanidad y la creación siguiesen existiendo. Una gran cantidad de héroes anónimos que jamás serían reconocidos, pero a los que se lo debíamos todo.

La vida en la Tierra, la creación del Universo, todo seguiría adelante gracias a ellos, a la unión de la valiente división española, la Aurora Dorada, parte del ejército y a las legiones de ángeles que habían luchado juntos para ponernos a salvo.

Nadie era consciente del regalo tan grande que habíamos recibido: poder seguir aquí para contarlo, poder disfrutar con nuestros amigos y seres queridos de un día más junto a ellos… estas cosas, que en principio eran normales y a las cuales no dábamos importancia por lo cotidiano del hecho, ahora, para todos los que habían intervenido en esa arriesgada misión, se habían vuelto algo hermoso y único.

Nadie conocería jamás de esta aventura, no quedaría registrada para la posteridad, no se conocería a los héroes que habían luchado para defendernos y el inmenso sacrificio que muchos de ellos habían hecho. Solo quedaría en la memoria de aquellos que hubiesen leído este libro. Así que disfrutad de la vida y de cada pequeño momento que se os ha brindado y jamás… jamás perdáis la esperanza.

Así lo dejo escrito, para que, en un futuro, cuando las generaciones venideras lean esto, sean conscientes de que, en un tiempo no muy lejano, los ángeles descendieron a la Tierra y lucharon junto a los humanos. Siempre estaremos a vuestro lado, protegiéndoos y cuidando de todos vosotros, y así lo seguiremos haciendo por toda la eternidad.

Anael.

FIN


SERIE NUEVA YORK
CIUDAD DE REYES
REYES DE LA NOCHE
ATRAPADOS EN LA NOCHE
NOCHE DE LOBOS
UN ÁNGEL EN LA OSCURIDAD
LAS ÚLTIMAS SOMBRAS
SERIE ESPAÑA
LA LLAMADA DE LA OSCURIDAD
EL CONFINADO
EL GRIMORIO PERDIDO
DESCENSO A LOS INFIERNOS
ASTAROTH
SERIE CANADÁ
EL RESURGIR DE LOS LOBOS
OCULTA EN LAS TINIEBLAS
LÍNEAS DE SANGRE
ANIQUILACIÓN
LA DAGA DEL DESTINO
CUANDO TODO ESTÁ PERDIDO
EL REINADO DE LA MALDAD
CUANDO LOS ÁNGELES LLORAN
SERIE CAZADORES
Mariah Evans

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

En primer lugar, a mis padres, ya que sin su apoyo y cariño no hubiese sido posible alcanzar mi sueño. Infinitas gracias por apoyarme siempre.

A todo el grupo de Mariah Evans (libros) creado por Magda Navarro, infinitas gracias por apoyarme en todo momento y por divertirme tanto con vosotras en esas conversaciones que mantenemos. Siempre lo he dicho, pero una de las mejores cosas que tiene el dedicarme a la literatura es conocer a personas maravillosas como vosotras.

A Magda Navarro de nuevo y a Katherine Fernández, por estar siempre ahí y ser mis lectoras cero: muchísimas gracias por ayudarme siempre tanto.

A mi pareja, Raúl, ya que sin él no podría lograrlo. Gracias por estar siempre a mi lado, por apoyarme y cuidar tanto de mí.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Siempre es un placer trabajar contigo, no me cansaré nunca de decírtelo.

Y, por último, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado a escribir esta serie y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

Solo me queda decir que este mundo, el de la escritura, es muy difícil, no obstante, conlleva múltiples alegrías y la satisfacción de saber que ya no escribo solo para mí, sino que tengo much@s lector@s que me animan a seguir creando nuevas historias, nuevos mundos, nuevos personajes con los cuales pasar un rato entretenido y despreocupado, con la única premisa de disfrutar leyendo.

Muchas gracias por estar siempre ahí durante todo este tiempo.

Finalmente, he acabado una etapa muy importante de mi vida y creo que las historias de los cazadores necesitan poner un punto y final. Ha sido maravilloso entrar en ese mundo y documentarme sobre todo ello para luego transmitirlo a todos vosotros.

Estos libros me han transportado a lugares llenos de fantasía, amor y magia, y espero que vosotros también hayáis logrado evadiros y ser cómplices de sus aventuras.

De todo corazón, muchas gracias por haber acogido con tanto cariño a mis cazadores y haber leído todas sus historias.

Ahora, ellos se merecen también un descanso.

María.

---

[1] Mrhban: hola, en árabe.

[2] Hal yumkinuk musaeadati?: ¿Puede ayudarme? En árabe.

[3] Del latín: En el nombre de Dios, desaparece.